

DAN ABNETT

PLANETA 86

**Una obra maestra
del mejor autor de
ciencia ficción bélica**



timunmas

Lectulandia

El periodista Lex Falk viaja al planeta colonia 86 para cubrir un conflicto de poca importancia. De pronto descubre que lo que parece un simple enfrentamiento es en realidad una guerra en toda regla. El alto mando militar le prohíbe el acceso a la zona en conflicto. Para conseguirlo, Falk se introduce en la mente de un soldado a cargo de una unidad y es testigo de la batalla en primera persona. Pero el mecanismo mediante el cual controla al soldado falla y debe enfrentarse con sus propias armas a una guerra para la que no ha sido entrenado. Falk usará todos sus recursos para volver a casa y destapar la oscura trama que ha descubierto.

Lectulandia

Dan Abnett

Planeta 86

ePUB v1.0

Kundalpanico 10.12.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Embedded*

©2011, Dan Abnett

Traducción: Juan Pascual Martínez

©2012 TIMUN MAS

Editor original: Kundalpanico (v1.0 a v1.x)

ePub base v2.1

Gracias a Marco y a Nik
Para Adelle y Cal, y para treinta años

1

EL broche digital de la garganta del mono de combate reglamentario ponía «Fanciman, mayor Gene Gillard, D.M.O.A.», pero el saludo de bienvenida y el apretón de manos le dejaron claro que el mayor hablaba pronunciando con claridad todas las sílabas, de un modo bastante afectado, y que decía algo parecido a Funsnum.

Le indicó la silla en la que se debía sentar, para que se sintiera como en su casa, y luego se volvió a sentar detrás de la mesa de escritorio. Al hacerlo, tiró de la tela del mono de combate a la altura de los muslos para que las perneras no le quedaran tensas sobre las rodillas.

—¿Cuándo llegó? —le preguntó.

—Ayer por la noche —le explicó Falk—. En realidad, llegué en una nave de la clase Spinrad hace un mes, pero he pasado veinte días en proceso de aclimatación en el Cabo.

—Entonces, todavía no habrá visto casi nada de 86. Verá que es un planeta estupendo, señor Falk. Un planeta muy hermoso.

—¿Un planeta por el que merece la pena combatir? —le preguntó Falk, aunque con un tono de voz despreocupado.

El mayor Fanciman lo miró con expresión de disgusto, como si Falk hubiera tarareado los primeros compases del Himno del Asentamiento con una serie de hábiles pedos.

—¿He dicho algo malo? —quiso saber Falk.

Fanciman iluminó su rostro con una sonrisa, con lentitud y de un modo experto, como hubiera encendido un puro Corona Grande.

—Nos importa el vocabulario que se utiliza, señor Falk. Las palabras que ha dicho tienen connotaciones negativas. Son... inadecuadas en su sentido. Dios sabe que no lo culpo. La verdad es que acaba de llegar y todavía no ha tenido tiempo de asimilar todo nuestro paquete de documentos de guía.

—Lo siento —mintió Falk.

No había tenido otra cosa que hacer durante la cuarentena de adaptación. Los manuales de guía tenían varios cientos de miles de palabras cada uno, y le habían resultado realmente informativos. A Falk le habían dejado muy claro el enorme secretismo que se había levantado alrededor de lo que ocurría en el planeta.

El mayor Fanciman mantuvo en todo momento la sonrisa, y se aseguró de que no desapareciera.

—Existe un mensaje, señor Falk, y nos gusta ceñirnos a él —declaró—. También nos gusta que todos los corresponsales patrocinados se ciñan a ese mensaje. Somos una especie que ya ha madurado, y no creemos que sea necesario recurrir a prácticas tan primitivas como las guerras para resolver los conflictos.

Falk se inclinó un poco hacia adelante.

—Lo comprendo muy bien, mayor, pero ¿toda esta situación no tiene un carácter militar?

—Eso no se puede negar. Disponemos de cinco brigadas del Directorio Militar de la Oficina de Asentamiento con las armas acumulando polvo aquí mismo, en Shaverton. Su misión es únicamente de protección. De protección de la población.

—De acuerdo, pero digamos que la población se ve envuelta en una amenaza inmediata. En ese caso, ¿la misión de protección le podría exigir a la D.M.O.A. que utilizara sus armas?

—Así es.

—¿Y eso no sería entrar en combate?

—Ya veo por qué me ha sido usted tan recomendado —le respondió Fanciman, al mismo tiempo que abría una carpeta sobre la mesa—. Preguntas perspicaces. Inquisitivas. Una mente ágil. Me gusta.

—Vaya, me alegro —le contestó Falk.

—¿Dónde se aloja, señor? —le preguntó el conductor que Fanciman había llamado para que se llevara a Falk.

—No importa. ¿Dónde bebe usted normalmente?

—¿Quiere ir a un bar? —le contestó el conductor con un leve titubeo en la voz, como si se temiera que la pregunta tuviera alguna clase de truco.

—¿Dónde bebe usted normalmente? —le insistió Falk.

—En el comedor de la tropa, o en el Club Cabo a veces.

—Cualquiera de ellos me sirve —le sonrió Falk.

Cerró la puerta y volvió a sonreírle en un gesto amistoso.

—Los dos son de servicio, señor —le aclaró el conductor, que parecía sentirse incómodo.

—Bien. No quiero ir a un bar que no sean serviciales.

—No, me refiero que ambos están reservados para el personal que está de servicio. La gente como usted van al Embassy, o al Holiday Inn, o al GEO.

—¿La gente como yo? —inquirió Falk.

—La prensa —le aclaró el conductor—. Hay una lista de bares y de clubes que pueden utilizar los corresponsales, siempre que estén acreditados.

Falk estaba acreditado. Era una de las pocas cosas de las que estaba seguro. La mayoría de las demás eran un poco confusas. Era difícil saber qué hora del día era. No podía fiarse de lo que su cuerpo le indicaba. Reflexionó sobre el hecho de que no había experimentado un ritmo diario continuado desde hacía cinco años, y la estancia

en Fiwol, con sus frenéticos días de veinte minutos, le había jodido por completo el reloj biológico.

Tenía la impresión de que era ya la última hora de la tarde. El cielo que se extendía por encima de los mástiles de cristal, de los bloques y de las columnas de Shaverton tenía el aspecto de ser un cielo de última hora de la tarde, con el color de una delicia turca de limón con una capa de polvo de azúcar formada por nubes.

No sabía cómo iba el ciclo día/noche en 86. No era que no hubiese efectuado una tarea de investigación, sólo que no le interesaba demasiado el ecosistema físico. Ya lo aprendería durante el tiempo que viviera allí. Lo que estudió durante la aclimatación y el tramo de aproximación al sistema a bordo de la nave circular, que deceleraba lentamente, fueron los contenidos políticos, militares y sociales del paquete de información de bienvenida, y cualquier otro documento similar al que tuvo acceso. La Oficina de Asentamiento había realizado un esfuerzo más extravagante de lo habitual a la hora de redactar material y de neutralizar las filtraciones de noticias, incluso las de las grandes redes de información y los medios de comunicación autorizados.

La reunión que había mantenido con el mayor Fanciman tenía como propósito transmitirle un mensaje específico muy claro: «Lex Falk es un corresponsal muy famoso con numerosos premios de diversas agencias y la reputación de presentar pruebas tras una cobertura amplia y profunda, por lo tanto, la Oficina de Asentamiento está encantada de darle la bienvenida al Asentamiento 86 y de validarle la acreditación. Tenerlo aquí demuestra al público general que, a pesar de los rumores de un conflicto abierto, la Oficina de Asentamiento no tiene nada que ocultar en 86, y su reportaje será recibido como algo creíble, como la verdad sin adornos.

»Por supuesto, sólo informará de lo que nosotros le permitamos.»

Y eso había sido todo básicamente. Fanciman le había puesto de manifiesto todo aquello sin utilizar en realidad ninguna de aquellas palabras. Falk tenía que entenderlo, y tenía que dejar claro que lo hacía. Si fuese necesario, el mensaje se podría repetir y enfatizar con otras reuniones en las que participaran directivos superiores de la Oficina de Asentamiento de mayor rango que el propio Fanciman. Si fuera realmente necesario, se podría llegar a alguna clase de acuerdo en el que la Oficina de Asentamiento le pasaría una noticia muy jugosa a Falk, algo que proporcionara a cualquier artículo el sabor de la verdad más pura. Una mano lava a la otra.

Falk se recostó contra el respaldo del asiento automoldeable mientras el conductor giraba hacia el oeste por Equestrian y aceleraba hacia la borrosa megaestructura de la Terminal. Le divertía pensar que la Oficina de Asentamiento no tenía ni puñetera idea de lo poco que le interesaba lo que ocurría allí. Estaba cansado, harto de tantos años yendo de un lado a otro, y le costaba encontrar algo que le

importara de verdad. Había aceptado el encargo de 86 sólo porque la paga más gastos de estancia era más que generosa comparada con cualquier otro salario habitual que se pagara en el sector de las comunicaciones, y porque le olía a otro Pulitzer. Tenía otros asuntos que resolver. Había cosas de las que se tenía que haber ocupado hacía ya mucho tiempo, cosas para las que no conseguía reunir el entusiasmo suficiente como para solucionarlas. Tenía un plan un tanto difuso que compartía con cualquiera que le preguntara, porque eso le hacía sentir que estaba haciendo algo al respecto. El plan consistía en volver a casa, recuperar enteramente su salud y alquilar algo junto al mar durante un año, donde cambiaría de ritmo de vida y escribiría *la Novela*. Lo que no compartía con los demás era que ya no estaba seguro de qué trataría *La Novela*, o que todo aquel plan ya no le importaba una mierda, aunque la verdad era que vivir al lado del mar sonaba bien.

A Falk no le gustaba mucho 86. El clima de la región de Shaverton, fuera cual fuese la estación del año, estaba en los límites soportables de lo caluroso y de lo húmedo. Era uno de esos sitios, y Falk había estado ya en unos cuantos, que no eran un paraje adecuado para vivir. Se trataba de un mínimo margen de variación, casi de un matiz, pero que una atmósfera no fuera hostil a la vida humana en un sentido técnico no implicaba que la gente tuviera que vivir allí. En el exterior hacía un calor raro, y había demasiada luz. Existía una curiosa saturación de colores.

En el interior, todo era demasiado fresco. Todo olía a aire acondicionado, y el ambiente estaba cargado del omnipresente aroma a limón del repeleinsectos.

El conductor le llevó al GEO. Era el nombre tanto de la corporación como del enorme mástil de cristal que la corporación ocupaba en la franja exterior de la gigantesca Terminal. Desde las oficinas administrativas, los empleados de la Habilitadora de Operaciones Geoplanitia veían los transbordadores cargados que subían y bajaban de las plataformas de frenado y de lanzamiento del Cabo para repostar y suministrar lo necesario a las enormes naves que flotaban invisibles en el borde de la atmósfera superior del planeta.

Había un bar en la planta baja, con una luz ambiental enfermiza, música enlatada y un toque de aerosol matabichos, todo ello rematado con mobiliario del estilo Primeros Asentamientos, que sin duda era falso, fabricado con un entramado de polímero que imitara el aspecto del mimbre. El lugar compensaba la falta de auténtico espíritu con la gran cantidad de gente que lo frecuentaba. Se veían con claridad los distintos tipos de personas y de clientela que había: los corresponsales y los enviados que no eran del planeta, agrupados por viejas amistades o por afiliación a distintas compañías de comunicación; empleados de la GEO; habitantes del planeta que recorrían el bar cobrando por todo lo que proporcionaban, desde fuentes de

información hasta sexo, y todo para sacarle un poco de partido a los gastos que se dejaban las compañías de comunicación en lugares como aquél.

Falk se puso a hablar con un ejecutivo de la GEO en la barra de imitación de mármol. El ejecutivo había pedido una nueva ronda de bebidas. Era el cumpleaños de un colega de trabajo. El camarero se puso a servir las bebidas, y entretanto, un par de preguntas formuladas con un tono de voz despreocupado hicieron que el ejecutivo admitiera que los ánimos estaban bajos entre el personal trabajador de la GEO. El ejecutivo, incluso después de dos copas de imitación de cerveza, seguía estando lo bastante alerta como para no referirse a la situación con palabras como «guerra» o «conflicto», por lo que dijo que la «disputa» no estaba teniendo un resultado favorable para la corporación. Los plazos de los contratos de desarrollo se incumplían alargándose más de lo previsto o no se llevaban a cabo, las concesiones de explotación de la Oficina de Asentamiento se declaraban desiertas y el precio de las acciones de la GEO había bajado bastante en el mercado debido a la percepción que el público tenía de esa situación. La GEO poseía numerosos holdings en 86.

—El valor de las acciones está por los suelos, y la reputación de la compañía sólo está un peldaño por encima —le comentó el ejecutivo—. La gente cree que estamos promoviendo esta disputa simplemente por avaricia empresarial. Es como en 60, otra vez.

—Sólo que ahora no estamos hablando de una gran compañía postglobal a la que culpar de algo que resultó ser una campaña del terror con bombas por parte de unos fundamentalistas fanáticos contrarios a los asentamientos de las compañías farmacéuticas.

—¿Qué cojones sabes tú de eso? —le preguntó el ejecutivo.

—Estuve allí.

—¿En 60?

—Sí, al final de todo.

El ejecutivo hizo un gesto de asentimiento y torció la comisura de los labios hacia abajo para indicar que estaba bastante impresionado.

—Las compañías farmacéuticas se llevaron toda la culpa de lo que ocurrió en 60 hasta que se descubrió que lo que se estaba produciendo eran actos de terrorismo. Pero no es eso lo que está ocurriendo aquí, ¿verdad? Esta disputa se ha producido por culpa de las agresivas políticas comerciales de corporaciones como la GEO. Por favor, no compare esto con lo que pasó en 60 a menos que sepa de qué coño estamos hablando.

El ejecutivo lo invitó a una copa y se lo llevó para presentarle a sus colegas. Eran un grupo de individuos de tez cetrina que estaba claro que pasaban mucho tiempo sin salir, encerrados en el medio ambiente modificado de su mástil de cristal corporativo. Falk jamás había entendido algo así. Él tenía un aspecto penoso porque había pasado

demasiado tiempo a bordo de naves, y allí no había sitio al que salir. Pero si has planificado pasar los cinco o los siguientes diez años de tu vida viviendo y trabajando en otro planeta, o incluso para siempre, ¿por qué coño no sales nunca al exterior? ¿Por qué coño te quedas encerrado en tu mástil? Para eso, te quedas en una nave. Para eso, te quedas en Beijing.

Todos querían saber lo que había ocurrido en 60. Les contó la versión reducida pero llena de elementos decorativos, con unos cuantos toques novelescos en lo relativo a su propia actuación como reportero veterano. Todos lanzaron exclamaciones de expectación en los momentos adecuados, como si supieran una mierda al respecto. Todos hicieron graves gestos de asentimiento al oírlo proclamar sus veredictos duros pero llenos de sentimiento.

Tres de ellos se marchaban esa misma semana, seis años antes de la finalización de su contrato. Otros dos al mes siguiente. Se enteró de que había plantas enteras del mástil que estaban desocupadas. Algunas habían empezado a vaciarse con el comienzo de la disputa, cuando los directivos de la GEO comenzaron a reubicar a parte de la plantilla en otros asentamientos menos problemáticos. Otras ni siquiera se habían empezado a utilizar. Sólo habían pasado veinte años desde la construcción del mástil de cristal. Cabía la posibilidad de que tuviera que cerrarse y malvenderse antes de que la corporación que había invertido en su construcción la hubiera ocupado de forma completa y apropiada.

Falk los escuchó parlotear. Fue algo automático, simplemente para calentar sus músculos periodísticos. No dijeron nada que fuera interesante o que fuera más allá del estado del mástil. Estaban preocupados por su futuro, por sus carreras. Estaban inquietos por los lugares a los que los destinarían, y por lo que la mala prensa les estaba haciendo a sus acciones e incentivos de productividad.

La bebida de imitación a whisky escocés era una mierda, pero se agradecía después de la abstinencia obligada del viaje y del periodo de aclimatación. Empezaba a entonarse y a sentirse bien. Puso cara de estar interesado.

No dejó de mirar con el rabillo del ojo a una mesa cercana, donde se habían reunido varios jóvenes de una cadena. Una de las caras le resultaba familiar, como si fuera la versión vieja y gastada de un hombre al que había conocido en el pasado, un hermano mayor, un padre.

—¿Falk? ¿Eres tú?

Reconoció la voz, pero no la cara cuando se volvió para mirarla. Había engordado, parecía más gorda incluso que la última vez que la había visto. Pero al igual que su voz, su sonrisa no había cambiado.

—Cleesh.

Se puso en pie y la abrazó. Las manos no llegaron a tocarse en su espalda. Le llegó el olor a barritas de cereales y al regusto de plástico azucarado de las raciones

de control de dieta. Se le veían los pequeños parches de piel que cubrían la constelación de escisiones de las conexiones quirúrgicas que le salpicaban el cuero cabelludo, un lado del cuello y la parte de los flácidos brazos que se veía bajo las mangas de la camiseta que llevaba puesta.

Falk no la había visto desde 77, e incluso entonces sólo había sido en pantalla.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Estoy forrada. Realmente forrada —le contestó ella entre risas.

—Pero mírate... Te has desenganchado.

—Tuve que hacerlo —le respondió Cleesh, y luego lo miró de arriba abajo—. Los doctores me dijeron que tenía que hacerlo. No se puede orbitar para siempre. Es un fruto® problema. Necesitaba pasar algún tiempo en gravedad.

—Pero orbitar es lo que siempre has hecho, Cleesh.

—Lo sé. No soy una persona dada a ampliar mi círculo de conocidos, pero era eso o palmarla, así que pensé en pasar un poco de tiempo en compañía de una gravedad normal, bajar un millón de tallas y asegurarme de que no me reventara el corazón. —Cleesh lo miró de la cabeza a los pies—. Mírate bien, Falk. Pareces un pajarito. Parecemos la entrada en la enciclopedia para lo sublime y lo ridículo.

—Eh, oye, que estoy en una condición física de cojones —protestó Falk.

—Pareces estar hecho una mierda, pero una mierda que me encanta ver. Anda, invítame a un trago —le replicó ella.

La conocía desde hacía muchos años, pero el eje central de su relación lo formaba un trabajo de dieciséis meses que había realizado en 77. Cleesh era una encargada modificada de datos, que transmitía, suministraba y organizaba las líneas de noticias desde una estación espacial que orbitaba a cincuenta kilómetros de altura. Era la ingeniera editora más capacitada de todos aquellos con los que había trabajado. Se habían hecho amigos, pero nunca se habían visto cara a cara en carne y hueso. Ella jamás se desconectaba de la red de informaciones ni abandonaba su hogar sin gravedad. La exposición prolongada a la falta de gravedad acababa jodiéndote tarde o temprano. Te dejaba ligero de huesos o cargado de carne, y a veces, ambos al mismo tiempo. No importaba lo bien que se simulara la luz del sol, el aire limpio o la comida o el agua frescas. Seguían siendo imitaciones, y al final acababan envenenándote. Diabetes, desorden psicoafectivo, pérdida muscular, fallo multiorgánico, obesidad, eczema: siempre se pagaba un precio por ello.

Charlaron. Falk se dio cuenta de que sus muñecas parecían palitos secos comparadas con las de ella. Quizá llevaba demasiado tiempo viajando en las naves estelares.

—¿Has venido a cubrir eso que no es una guerra? —le preguntó ella.

—Por supuesto.

—¿Tienes un pase? No hay otro modo de que la prensa independiente se relacione sin problemas con los militares.

—Tengo un pase completo —le respondió Falk. Tomó un sorbo de su whisky de imitación—. Una acreditación de la propia Oficina de Asentamiento. Acceso ilimitado.

—Cómo no ibas a tenerlo —le sonrió Cleesh. Era la misma sonrisa amistosa y reconfortante que había visto un millón de veces a través de las pantallas de alta resolución.

—Me han preparado unas cuantas visitas. Ya he hablado con un chupatintas del D.M.O.A.

Se frotó las manos y luego encendió la diminuta pantalla de su teléfono para abrir el documento que Fanciman le había enviado.

—Dentro de dos días le echaré un vistazo a Mitre Sands y luego visitaré Marblehead.

Le mostró la pequeña imagen en la palma de la mano. Cleesh frunció los labios y meneó la cabeza en un gesto negativo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Falk.

—Todo eso no será más que material del departamento de Relaciones Públicas. Mitre Sands es un campamento falso que le enseñan a todo el mundo.

—No es falso.

Cleesh bebió un trago del vaso de tubo con CeroCal-Cola. Le dio varias vueltas al borde del vaso con el pulgar y otros dos dedos, como si estuviera intentando abrir una caja fuerte.

—Vale, pero no es más que una base de almacenamiento que han cambiado lo suficiente como para que la gente se crea que visita algo auténtico. Marblehead sí que era una zona caliente, pero ahora ya no. Falk, es sólo turismo. Te enseñarán una pared con agujeros de balazos. Se la enseñan a todo el mundo. Dentro de cuatro días estarás sentado aquí mismo contándome que te enseñaron la pared con agujeros de balazos.

—Así es como funciona siempre —le replicó Falk—. Sigues las visitas guiadas al principio, mientras te haces una idea de la situación, y luego les das esquinazo a los guías. Ya lo sabes.

—Aquí eso es más difícil —le advirtió ella—. Un jodido esfuerzo de narices.

—¿Has venido a informar?

—Sí. Es un cambio. Pensé que si Falk podía hacerlo, no puede ser muy difícil. No dejan que nadie se acerque a lo bueno. Hay mucha gente dando vueltas por los canales más bajos intentando tener acceso.

—¿Mucha gente, incluida tú?

—Claro, por supuesto.

—¿Has pillado algo, Cleesh?

Ella lo miró con expresión ceñuda.

—Falk, llevo aquí tres meses. He sacado algo, y puede que sea bueno. Casi lo tengo cerrado y en el bolsillo. Lo compartiría contigo, pero lo más probable es que tú en tres minutos ya tengas algo mejor.

—Vamos, Cleesh.

—Ten paciencia. Utiliza tu magia. Lo que tengo no está garantizado ni nada parecido. Y si sale a la luz, podría acabar con mi permiso rescindido para siempre.

—¿Tan arriesgado es?

Cleesh se encogió de hombros.

—Pasaré el resto de mi vida enseñando lengua a los niños pequeños de algún asentamiento. O en la cárcel.

—Dame algo —insistió Falk—. ¿Qué es lo que sabes? ¿El Bloque está involucrado de verdad en esto, o no es más que un enfrentamiento armado entre corporaciones?

Cleesh bajó la voz y se inclinó hacia adelante.

—Falk, puede que esta vez el Bloque sí esté implicado...

2

Fue un buen chico. Se quedó en Shaverton durante los dos días siguientes, y no se pasó de la raya. Paseó por avenidas que mostraban un diseño tan prosaico que la falta de imaginación de sus urbanistas era tan evidente como las filas de palmeras falsas. Bebió té helado y CeroCal-Cola bajo las sombrillas protectoras de las terrazas de los restaurantes, y desde allí contempló a los bichos y a unos grandes insectos parecidos a mariposas zumbar bajo la luz del sol. A los bichos de mayor tamaño los llamaban *blurds*. Tenían las medidas aproximadas de una golondrina, y eran muy comunes. Revoloteaban por todos lados como piezas de papel doblado de un modo muy ingenioso.

El segundo día almorzó con Cleesh en una cadena de Pro-Food situada en el extremo norte de la carretera del Cabo. Se sentaron al lado de una gran estatua de plástico de Booster Rooster. Cleesh llegó acompañada de dos personas, una mujer llamada Sylvane, una corresponsal independiente que en aquel momento trabajaba para NetWorth, y un individuo de aspecto anodino que según Cleesh trabajaba en el departamento logístico de la Oficina de Asentamiento. Falk se preguntó si aquel individuo sería el contacto de Cleesh, e intentó sonsacarlo un poco, pero el tipo resultó ser especialmente soso y poco comunicativo, y pasó la mayor parte del tiempo hablando con Sylvane sobre las tarifas de importación.

—¿Sabes que por fin le han puesto un nombre a 77? —le comentó Cleesh.

—¿De forma oficial? No me había enterado.

—Pues sí. Lo han llamado Fronteria.

—¿Y eso en qué lo convierte? ¿En un asentamiento? ¿O ya es un Estado formal?

—Un Estado con todos los derechos.

—Vaya.

—El centésimo decimotercer Estado de la Unión.

—Para mí siempre será 77 —replicó Falk—. ¿A quién coño se le ocurrió un nombre como Fronteria?

—Es verdad —asintió Cleesh, mostrándose de acuerdo—. Es un nombre ridículo.

—Oye, ¿de qué va eso de fruto®? —le preguntó Falk, dejando el rollito en el plato.

—Improperio patrocinado —le contestó Sylvane.

—¿Qué?

Sylvane era guapa, pero se trataba de un atractivo para las cámaras. No había interés alguno en su belleza. Toda era comprada y artificial.

—La Oficina de Asentamiento quiere controlar el lenguaje malsonante en todas las emisiones —le explicó Sylvane—. Sobre todo en las noticias que llegan a las transmisiones libres de las cadenas de los Estados Unidos. Iban a conectar una

máscara de pitidos para anular cualquier palabra malsonante.

—Entonces apareció CeroCal-Cola y se ofreció a financiar un impropio para utilizarlo en la zona —siguió contándole Cleesh—. Fruto®. Como en CeroCal-Cola Fruto®, la bebida de lima cargada de cafeína. ¿No se ofrecieron a incorporártelo cuando llegaste?

—No.

—Ya os dije que era especial —le comentó Cleesh a sus acompañantes.

—¿Es que te han conectado algo? —le preguntó Falk con cierta inquietud.

—Un parche lingüístico —le contó Cleesh—. Es un requerimiento básico para que le concedan permiso a cualquiera que pertenezca a la asociación o a las independientes. Para mantener limpios los canales.

—¿Así que de aquí es de donde viene ese ruidito al final de la palabra? —quiso saber Falk.

—Te quedas pasmado del fruto® asombro, ¿verdad? —le contestó Cleesh de forma deliberada, para disfrutar del momento—. Pasé los primeros cinco días soltando tacos por el fruto® morro, y no soy capaz de decir nada que no sea el fruto® palabro.

—¿Ninguno de vosotros puede soltar tacos? —les preguntó Falk, riéndose.

—Desde luego que no —le respondió Cleesh, y Sylvane negó con la cabeza.

—¡Decid joder!

—¡Fruto®! —exclamó Cleesh.

—No quiero hacerlo —le contestó Sylvane.

—A mí nadie me conectó nada —le explicó el hombre del departamento logístico—. Soy de los que creen que un lenguaje soez indica una tremenda falta de imaginación.

—Y una mierda —le replicó Falk—. ¿Qué hay de la libertad de expresión?

—Esto es libertad de expresión. No me ha costado nada. No he tenido que pagar por la conexión.

—Me refiero a tu derecho constitucional como ciudadana de Estados Unidos insistió Falk.

—De ese fruto® asunto es de lo que te estoy hablando, chaval —le contestó Cleesh.

La mañana del primer día de visita guiada lo hicieron acudir dos horas antes del amanecer al almacén de Camp Lasky, situado en la orilla meridional de Shaverton. Consiguió un transporte y pudo llegar a tiempo, pero se sentía hecho una mierda. No era capaz de sincronizarse adecuadamente con el ciclo día/noche. El cambio de horario había podido con él. Estaba completamente despierto en plena noche y ansioso de algo que no fue capaz de identificar con certeza. Había pasado la mayor

parte de la tarde bebiendo imitación de whisky en el bar del D.M.O.A. en un intento por adormilarse al mismo tiempo que intentaba llevarse a la cama a Sylvane. Esto último lo hizo simplemente como un puro ejercicio académico. No es que le apeteciera mucho acostarse con ella. Sólo quería dormir con alguien. No se sentía nada quisquilloso. No era más que parte de esa ansia. La dejó decirle el «no» que ya se estaba esperando, y se dijo a sí mismo que era útil practicar antes de volver al cuadrilátero.

Le pareció que se despertaba a una hora repugnante. Falk tuvo la sensación de que alguien había doblado por la mitad la noche. Al final había logrado echar una cabezada de media hora, y tenía la cabeza embotada por el exceso de whisky. No logró mejorar su estado a pesar de tomar algunas pastillas y toda una botella de agua.

El transporte lo dejó a él y a otros dos corresponsales en la puerta, bajo la brillante luz azul blanquecina de los focos. Los *blurds* no hacían más que estrellarse contra las rejillas que protegían los focos hasta que caían derrumbados.

Los otros dos corresponsales parecían estar frescos y preparados. Él se sentía hecho polvo y embotado. Se preguntó si les llegaría el olor de su aliento. Que les dieran si era así.

Dos rapados de la SOMD con uniformes de camuflaje para la tundra comprobaron sus credenciales y les dejaron pasar la barrera para que se dirigieran a una zona de espera situada al lado del muelle de carga. Una oficial, una brigada llamada Tedders, acudió para recibirlos. Comprobó de nuevo sus credenciales y les hizo meter en una bolsa todas sus conexiones de teléfonos y cualquier otro aparato transmisor. Las tres bolsas de polietileno, marcadas con sus respectivos nombres, acabaron metidas en unos armaritos.

—Van a quedar incorporados a la patrulla de control de Mitre Sands. No podemos dejar que salga de ustedes ninguna clase de señal sin controlar —les explicó.

Uno de los corresponsales sacó una placa de escritura y le preguntó si no era problema llevarla. Tedders la revisó durante unos momentos. Era una mujer pequeña y robusta, con las mangas del uniforme remangadas hasta los codos y el cabello recogido en un moño pequeño y duro como una granada de mano.

—¿Cómo se encuentra hoy, señor? —le preguntó a Falk cuando le llegó el turno de ser registrado.

—Me siento bien, gracias —contestó, poniendo su cara de trabajo y procurando aumentar su encanto personal.

—Me alegra oírlo —dijo ella.

La expresión de sus ojos, la mirada que le lanzó, sugerían que le habían ordenado que tuviera especial cuidado con alguien como él.

—Ya le han hablado de mí, ¿verdad? —le preguntó Falk.

—Hago mi trabajo, señor. He leído los informes. He visto que vamos a recibir a

un tipo que tiene premios de prensa repartidos por toda su casa, así que me lo tomo en serio.

—No muerdo.

—Ni yo dejo que me muerdan —le replicó Tedders. Su sonrisa era firme, sin tonterías. Luego, la expresión de su cara cambió y se hizo un poco más amable—. Si quiere, puede saltarse la presentación informativa. Estoy segura de que a alguien como usted no le aportará nada nuevo.

—A alguien como yo le gustaría oírla de todas maneras —le contestó Falk—. Forma parte de la experiencia de estar acoplado a la patrulla. Además, no quiero que se molesten conmigo por recibir un trato preferente.

Señaló con un gesto de la cabeza a los otros dos corresponsales.

—Muy bien —asintió Tedders.

Los representantes de otras cuatro agencias ya estaban reunidos en un despacho que se encontraba detrás de la zona de espera. Al igual que los dos que habían acompañado a Falk, parecían despiertos e impacientes. A él lo que le apetecía era un té, un trozo de pastel y veinte minutos a solas en una letrina limpia. Tenía la sensación de que era un familiar viejo y de mala reputación que había aparecido de repente en la boda de uno de sus parientes jóvenes.

—La mayor Selton —anunció Tedders.

Selton apareció en la puerta del despacho. Era una amazona alta y delgada, comparada con la compacta y robusta Tedders. Las líneas de planchado de su uniforme serían capaces de cortar y hacer sangre. Llevaba el cabello negro corto, con el aspecto de un campo de césped. Las luces del techo, que no favorecían en nada a su rostro, se reflejaban en el broche digital que llevaba en la garganta.

—Bienvenidos a Lasky —los saludó—. Espero que todos se encuentren bien y a gusto esta mañana. La D.M.O.A. quiere que su visita sea cómoda y segura, pero quiero tener la certeza de que todos han firmado su renuncia a cualquier posible reclamación. Mi colega, la brigada Tedders, ya habrá efectuado todas las comprobaciones previas, pero quiero insistir en que si llevan encima cualquier aparato capaz de transmitir, tienen que entregármelo ahora mismo. Necesitamos que todas nuestras comunicaciones sean seguras. Si no lo saben, si no están seguros, pregúntenlo.

Se acercó a una gran pantalla de pared. La proximidad del broche la activó. Lo primero que apareció fue una imagen de prueba de color, y luego el emblema del D.M.O.A. recortado contra un fondo azul. La mayor no dejó de hablar en ningún momento.

—El asentamiento 86 se inició hace ciento diez años, durante la Segunda Expansión. Siempre ha sido un enclave de elevada productividad, con sectores especializados entre los que se incluyen la agricultura, explotación de minerales,

manufactura de grandes piezas y ensamblajes orbitales. Entre los recursos del sistema se incluye el segundo satélite natural de 86, 86/b, al que se ha bautizado como «Fred». Página tres del manual de bienvenida. Fred posee la tercera concentración más elevada de minerales de extrotransición de todos los territorios con asentamientos.

La pantalla de la pared mostró una compleja imagen giratoria de 86 y el entramado del sistema estelar que lo rodeaba. Fred aparecía resaltado.

Selton continuó con la explicación.

—Hace cuarenta y cuatro años, la Oficina de Asentamiento declaró de modo oficial que todos los Territorios Septentrionales de 86 quedan bajo la jurisdicción de los Estados Unidos, lo que reconoce la legitimidad de la inversión continuada de los E.U. a lo largo de muchos años y su apoyo a los asentamientos establecidos en los Territorios Septentrionales. La decisión se ratificó dos años más tarde. Diecinueve pequeñas parcelas de las zonas meridionales y subpolares se mantienen fuera de la jurisdicción de los Estados Unidos. Siete de ellas son estaciones de investigación comercial independientes. Las demás son feudos agrícolas del Bloque Central.

Los mapas topográficos y geopolíticos dibujados a partir de imágenes por satélite aparecieron a lo largo de la pantalla. Unos pequeños y brillantes marcadores de datos fueron apareciendo y desapareciendo a gran velocidad, y cada uno de ellos señalaba con una diminuta flecha algún detalle de la superficie antes de desvanecerse. Selton ralentizó la rotación del mapa con un gesto de la mano.

—Los Territorios Septentrionales solicitaron la condición de Estado con plenos derechos hace diez años. Estamos recorriendo el largo proceso de descubrimiento y evaluación de los posibles conflictos de intereses. La Oficina de Asentamiento ha apoyado la solicitud, y se espera que 86 sea nombrado Estado de pleno derecho dentro de un plazo de cinco años.

—Eso suponiendo que la guerra no se interponga en ese proceso —comentó una de las corresponsales sentada en la primera fila.

«¡Ayyy! ¡No la interrumpas! —Falk torció la boca en una mueca de disgusto—. ¡Y no digas guerra!»

Selton ni se inmutó. Miró a la corresponsal, una chica que llevaba puesta una chaqueta de acampada de tela ligera verde acolchada, y le lanzó una sonrisa de relaciones públicas apuntada con un láser antiaéreo. Falk notó como la chica se incineraba.

—Es posible que la situación por la que pasa 86 obligue a revisar ese cálculo —le contestó Selton con suavidad—. Sin embargo, no tiene una influencia directa en el proceso de solicitud actual.

—Pero seguro que... —siguió diciendo la chica.

«¡Joder, a ver si te enteras y lo dejas de una vez! —pensó Falk—. ¡Por Dios, deja

de provocarla!»

Levantó con rapidez una mano.

—Eso convertiría a 86 en el... ¿centésimo decimocuarto Estado de la Unión? —le preguntó Falk.

—El centésimo decimocuarto o el centésimo decimoquinto —le contestó Selton, reconociéndole la pregunta con una sonrisa amistosa—. Depende de lo que tarde 66 y 6 en alcanzar la condición de Estado, si lo consigue.

—¿Cómo se llamará 86? —quiso saber Falk.

—No lo sabemos. Todavía no se ha decidido.

—Pero lo habitual es que a la solicitud de la declaración de Estado se le acompañe un nombre formal.

—Por supuesto. Lo que quería decir es que nosotros no estamos enterados de esos detalles. Creo que se han preseleccionado unos cuantos nombres, pero ése no es mi cometido. Tendrá que preguntárselo directamente a la Oficina de Asentamiento.

—Gracias —le respondió Falk al mismo tiempo que fingía tomar nota.

La chica de la chaqueta verde le debía una, y bien grande, por evitarle el fuego graneado que le iba a dirigir la mayor.

—Calculamos que estaremos fuera unas catorce horas. El tiempo parece despejado a lo largo de la zona marítima, así que no tardaremos en llegar a la zona montañosa. Para el último tramo pasaremos del cóptero a un vehículo terrestre. Voy a colocarlos por parejas con un miembro de la unidad de patrulla. Pueden hacerles preguntas, pero obedecerán, repito, obedecerán de inmediato cualquier orden que les den en cualquier momento. Vamos a entrar en una posible zona de riesgo, así que siempre existe el peligro de morir. Cumplan las órdenes. No se desvíen de lo establecido. No esperamos encontrar problemas, pero si empezamos a tener problemas, no podemos permitir que ustedes los empeoren.

—De nada —le dijo Falk.

La chica de la chaqueta verde miró.

—¿De nada por qué? —le preguntó ella.

—Por cubrirte de ese balazo.

—¿De qué estás hablando? —le replicó la chica.

Era evidente que aquello no la divertía ni la impresionaba. El puente de la nariz se le cubrió de arrugas por el gesto de irritación.

Ya estaban fuera, abrochándose las chaquetas y rociándose con repeleinsectos, a la espera de que apareciese la patrulla. El sol ya estaba saliendo.

—Selton iba a machacarte —le explicó Falk.

—Hice una pregunta perfectamente legítima —le contestó la chica.

—¿Eso es lo que era? ¿De verdad? —preguntó Falk entre risas.

—¿Quién coño eres tú? —inquirió la corresponsal.

—Falk.

—Sé muy bien lo que estoy haciendo, Falk —recalcó con énfasis su nombre.

—¿A cuántas clases de sutileza faltaste en el colé mientras crecías?

—¡A la mierda! —exclamó la joven al mismo tiempo que retrocedía—. No sé de qué va esto. ¿Es que me estás tirando la caña? Eres un tío muy raro.

Luego se marchó.

—Muy sutil también —comentó Tedders. Estaba justo a su lado.

—Hay gente que no se da cuenta cuando le haces un favor.

—Tiene toda la razón —le confirmó Tedders.

—¿Quién es? —le preguntó, y la brigada consultó su teléfono.

—Noma Berlin, de Affiliated Dispersal. Dice que tiene un contrato de corta duración con Data-Scatter.

—Una novata —murmuró Falk.

—Es joven, ya aprenderá —le contestó Tedders.

—¿Qué se supone que significa eso?

—¿Lo de que es joven o lo de que aprenderá? —le preguntó Tedders.

Falk meneó la cabeza como si todo aquello no fuese más que una broma y a él no le importara en absoluto. La sonrisa compacta y portátil de Tedders no desapareció de sus labios en ningún momento.

—¿Viene con nosotros, Tedders?

—¿Hoy? No, gracias, joder.

Selton los llamó a todos. El sol ya estaba haciendo subir la temperatura y el aire estaba cargado de bichos diminutos. Recordó unas cuantas advertencias más, contestó a un par de preguntas y luego los condujo hasta los hangares.

El rato que había pasado desde el final de la charla lo había dedicado a ponerse las placas del chaleco corporal y un arnés del color de la masilla. En la cadera llevaba un arma corta metida en su funda correspondiente.

Los hangares eran enormes, un espacio abierto y aireado en el que no hacía calor. Una fila de grandes cópteros de transporte de color gris mate estaba alineada en dirección a la puerta norte. Eran aparatos de la clase C440, unos aparatos costosos y extremadamente novedosos, pensados para impresionar. Las hojas de sus turborrotores estaban plegadas como si fueran los pétalos de una flor fotonástica a la espera de que le diera el sol.

Al lado de cada cóptero había un grupo de combatientes del D.M.O.A. que se estaban preparando para la misión con las piezas de equipo dispuestas en el suelo del hangar, todos con los mismos elementos. Eran individuos de gran tamaño, incluso las mujeres. Al igual que Selton, llevaban uniforme de camuflaje de tipo tundra y un arnés de armadura. Eran precisos y eficaces de un modo intimidatorio. Cada equipo

incluía un arma principal, colocada de una manera reverencial sobre una funda que la protegía de la suciedad del suelo. El arma más común era el pesado emisor láser de color negro M3A, al que llamaban la «gaita» o el «gaitero», aunque algunos especialistas de la misión empuñaban PAP 20, que utilizaban la munición estándar sin casquillo de dos milímetros del D.M.O.A. metida en cargadores de presión. Falk captó el olor a aceite de armas y lubricante antipolvo.

—¿Falk?

Uno de los especialistas se le había acercado. Era bastante alto, y su cuerpo fornido se veía aumentado por las placas de la armadura corporal. El rapado propio de los militares hacía que su cabeza pareciera sobredimensionada.

—¿Es usted Falk? —le preguntó.

—Sí.

El especialista alargó una mano.

—Soy Renn Lukes, especialista en explosivos. Voy a ser su compañero.

3

Los cópteros sobrevolaron el terreno a baja altura con un rumbo decidido, impelidos por el chorro de sus aspas aullantes.

Falk contempló a través del hueco dejado por la compuerta lateral abierta cómo la sombra de la aeronave los perseguía en una trayectoria paralela perfecta, a veces grande, cuando ascendían los peñascos volcánicos, a veces desigual, al pasar sobre las formaciones de sal, a veces diminuta, cuando las cuencas llenas de dunas descendían.

Lukes volvió a comprobar el arnés de seguridad de Falk.

—No quiero que se caiga —le dijo.

Su voz, medio ahogada por el rugido de los turbos, sonaba con un leve retraso en el comunicador que Falk llevaba incorporado en la oreja izquierda. La voz del especialista en explosivos también era perseguida por su propia sombra borrosa, lo mismo que la del cóptero.

Había otros ocho militares del D.M.O.A. en el compartimento de carga junto a otros dos corresponsales. Uno era un reportero tecnológico de thInc, un pequeño individuo barbudo y pesado que se llamaba Jeanot. La otra era la chica de la chaqueta verde campestre.

Lukes hizo otra comprobación de la carga y cruzó la cubierta del compartimento con el paso amplio propio de alguien acostumbrado a los balanceos de un vehículo aéreo. Se agarró a los raíles del techo con una facilidad inconsciente, parecida a la de un simio arborícola.

—¿Qué quiere saber? —le preguntó.

Falk se encogió de hombros.

Lukes se sentó a su lado y se abrochó el arnés correspondiente.

—La mayor Selton nos ha dicho que tenemos que responder a todas sus preguntas, mostrarles lo que hacemos, explicárselo todo.

—¡Para eso estamos aquí! —le contestó Falk. Lukes le sonrió y acercó poco a poco el pulgar y el índice de una mano, como si estuviera ajustando con suavidad un mando.

—No hace falta que grite. Lo oigo bien —le dijo.

—Lo siento.

—¿Quieren saber algo acerca de este trasto? —se ofreció Lukes—. Es la cañonera y aeronave de carga estándar en el D.M.O.A. Los llamamos «panzudos».

—C440 Avery Boreal —los interrumpió Jeanot, que estaba sentado cerca de ellos—. Aeronaves de transporte y de asalto, conocidas por los mote de «panzudos» o «pájaros panzudos». Se trata de una reconversión del C400, que lleva mucho tiempo en servicio, al que se le han incorporado nuevos sistemas de instrumentación y una

cubierta de seis capas de material hermético entrelazado sobre el fuselaje. La fabrica D.M.O.A. y Lowmann-Escaper Systems con licencia de Avery Daimler Eiser. Posee una capacidad de carga de veinte toneladas. Velocidad máxima, quinientos diez kilómetros por hora.

Lukes se echó a reír con fuerza.

—Casi no te merece la pena estar aquí —le dijo Falk a Jeanot.

—Sabes de lo que hablas —le comentó Lukes sin dejar de reír y abandonando toda formalidad.

—Tú ponme a prueba —le replicó Jeanot con una sonrisa—. ¿Qué más quieres saber? Tiene un alcance de mil setecientos kilómetros, un régimen de ascenso de seiscientos sesenta metros por minuto y un empuje de rotor de treinta y dos kilos por metro cuadrado. Por supuesto, todas estas cifras son las del modelo estándar. Esta es la variante Egress con refuerzo en...

—No.

Los dos se volvieron hacia Falk.

—Esta es la versión Echo. Esos impulsores no son Lycoming. Las góndolas de motor son demasiado voluminosas. Son unidades de fusión fría T490 Northrop.

—Buena vista —asintió Lukes, echándose a reír de nuevo.

—Buenos motores —le contestó Falk.

—Estabas escondiendo al empollón que llevas dentro —bromeó Lukes.

—A diferencia de otros —comentó Falk.

Le devolvió a Jeanot la mirada asesina que éste le lanzó y articuló con los labios pero sin sonido su respuesta: «Que te jodan.»

Era difícil ver muy lejos en el exterior. El cielo tenía el color y la textura de la lana de acero, y daba la impresión de que estaban rodeados por un calor polvoriento, casi tangible.

Se podía ver lo desolada e interminable que era la tierra bajo la sombra parpadeante y difusa que los perseguía de un modo insensato.

Aterrizaron en Mitre Sands, en una meseta que se alzaba sobre la pista del campamento. Bajaron de la aeronave con la cabeza agachada mientras los impulsores disminuían de potencia y los rotores de velocidad de giro.

En el aire se desvanecían los torbellinos de polvo. El cielo era calor difuso y luz agria, demasiado caliente, demasiado suave. Falk sacó las lentes y se las puso. Luego tecleó la función de disparo automático en el antebrazo izquierdo y la activó para poder registrar notas fotográficas mientras caminaba.

La luz le producía una sensación abrasiva en la cara. Notaba el picor de la estática de una tormenta por encima del sabor del polvillo que le llenaba la boca. El cielo que

se extendía sobre la colina de cima plana era al mismo tiempo muy grande y muy cercano. Los estaba intimidando como si llevara una máscara de esquí puesta. Tuvo ganas de carraspear y escupir para quitarse el polvo que se le pegaba a la garganta, pero fue muy consciente de lo que ese gesto supondría. Le pareció que, en cierto modo, escupir sería un acto demasiado provocador y falta de respeto. Falk decidió que era el cielo lo que lo acobardaba, no los fornidos militares del D.M.O.A.

Los *blurds* del desierto, blancos como huesos viejos y tan grandes como su mano, aleteaban a su alrededor. Se sacudió el polvo de la ropa con unos cuantos manotazos y luego tomó su mochila. Al levantarse, parpadeó unas cuantas veces para tomar algunas instantáneas mientras los demás se preparaban.

Consiguió un par de imágenes de los panzudos posados en una larga fila y algunas de la chica inclinada para atarse los cordones. Las imágenes permanecieron en el interior de las lentes antibrillo durante unos momentos antes de desvanecerse.

Bajaron por la ladera hacia el campamento. Era una aldea de barracas cuadrangulares de paredes prefabricadas y de cúpulas de almacenaje de tela rígida hinchable. El viento cargado de polvo había eliminado por abrasión la pintura de todas las superficies. Varios miembros del personal del D.M.O.A. los esperaban para darles la bienvenida. Falk vio una hilera de Fargos y otros vehículos de orugas que estaban aparcados al otro lado del cobertizo de los generadores y de los mástiles de comunicación. Los artilleros del D.M.O.A. desplegados en los puntos defensivos del campamento se encargaban de manejar los vehículos artillados equipados con sistema de búsqueda automática. Las bocachas de los cuatro cañones acoplados de su armamento principal estaban pintadas de blanco para reducir su visibilidad al quedar recortadas contra el cielo.

Selton se encaminó a reunirse con el jefe del campamento y ambos empezaron a charlar. Otro oficial condujo al grupo de reporteros y a sus camaradas del D.M.O.A. hacia un cobertizo de aluminio sin paredes donde habían apilado cajas de suministros bajo la cobertura de unas redes de camuflaje.

—Es hora de que te pongas las placas —le dijo Lukes a Falk—. ¿Qué talla tienes? ¿Una treinta y seis?

—Una cuarenta, o cuarenta y dos —le respondió Falk. ¿Es que Lukes pensaba que era una renacuajo?

Lukes lo miró fijamente.

—Empezaremos por una treinta y ocho. La armadura tiene que estar ceñida o no te protegerá ni del disparo de un fruto® tirachinas.

Los militares comenzaron a sacar placas de armadura y arneses pectorales de las cajas. Las piezas eran del mismo color masilla que las que llevaban los militares, pero

tenían pintada la palabra «prensa» en letras mayúsculas en la zona dorsal y pectoral y en las hombreras. Falk se preguntó si no deberían dejarse de tonterías y poner directamente las palabras «apunta aquí». Lukes lo ayudó a ponerse las piezas.

—¿Marblehead es de verdad una zona peligrosa, o todo esto no es más que para darle un sabor de autenticidad a la visita? —le preguntó Falk mientras se ajustaba los cierres de la cintura.

—Puede ser problemática —le contestó Lukes—. Probablemente no pase nada, pero no sería bueno para nosotros volver a Lasky con un reportero con un boquete enorme en el pecho porque no insistimos en que se pusiera la armadura.

—¿Eso ha ocurrido alguna vez?

—No, porque insistimos en que os pongáis la armadura.

—Eres de los E.U., ¿verdad?

Lukes asintió.

—¿Cuánto te queda de asignación en la Oficina de Asentamiento?

—Estoy en el segundo año de un total de cuatro. La mayoría de nosotros somos de los E.U., pero hay toda una brigada china en Thompson Diez.

—Me preguntaba si tendríamos a fuerzas del Bloque como parte de nuestra escolta.

Lukes sonrió.

—Siempre existe esa posibilidad.

—¿Pero?

—Se trata de una posibilidad muy teórica. En la práctica se aplican ciertas políticas de conducta de las que no se habla.

—¿Las fuerzas del Bloque asignadas a la Oficina de Asentamiento no protegerían a los reporteros de E.U. que estuvieran en 86?

—He dicho que no se habla de ciertas políticas de conducta. No soy yo quien las establece. No soy yo quien va a hablar de ellas.

—¿Esto es una lucha contra las fuerzas del Bloque? —le preguntó Falk.

Lukes le quitó el par de guantes que le acababa de poner a Falk y se los cambió por otros de una talla menor.

—Las fuerzas paramilitares contrarias a las grandes corporaciones han organizado una resistencia armada contra los intereses territoriales de los Estados Unidos —le contestó el militar—. Se ha recurrido al Directorio Militar de la Oficina de Asentamiento para vigilar y contener la disputa.

—Eso suena como algo que hayas leído en un guión ahora mismo.

—¿No es terrible cuando te cuentan la verdad? —le replicó Lukes. Luego le dio una palmada en la espalda—. Listo.

Falk flexionó los hombros y giró los brazos como aspas.

—Bien. Ya te dije que era la cuarenta y dos.

—Ésa es una treinta y seis —le respondió Lukes.

Los vehículos ya tenían en marcha los motores, que ronroneaban retumbantes en mitad del calor matutino. La mayoría eran grandes Fargos de seis ruedas pintados con el esquema de camuflaje de manchas moteadas de la tundra, pero había dos pequeños todoterrenos Smartkart que cumplirían las funciones de coches de seguimiento. Lukes condujo a Falk hasta el Fargo que se encontraba en cabeza y le indicó cuál era su asiento. El especialista llevaba su M3A colgado del hombro con una correa de rejilla. El arma tenía lo que a Falk le parecía un conjunto de visores ópticos innecesariamente complejos sobre la parte superior del cañón. La bocacha que envolvía el tubo del emisor era grotescamente ancha y parecía un trozo de tubería de desagüe de plástico negro.

Falk descubrió que lo habían colocado detrás de la mayor Selton, que se encontraba en el asiento de mando central.

—La mayoría de la gente piensa que los paramilitares no son más que ladrones de tierras —comentó.

—Eso es algo que ha ocurrido desde siempre, y 86 no es el primer asentamiento que sufre este tipo de problemas. Y no será el último —le contestó ella.

—¿De qué se trata? ¿De la independencia? ¿Del rechazo al dominio de los E.U.? ¿Éticas territoriales? ¿Derecho de culto?

—Es una buena lista —replicó ella por encima del hombro.

La mayor estaba ocupada escuchando por su microrreceptor al mismo tiempo que estudiaba con atención la imagen táctica que se había descargado.

—Podría ser hasta más larga —apuntó Falk—. Un informante me ha comentado que el Banco de Reserva ha incumplido la escala acordada de subsidios para las parcelas de los asentadores de primera y de segunda generación.

—No es cierto —negó ella.

—También he oído decir que los derechos minerales se han revisado y recortado a una revisión de ciento un años.

—Eso es cierto, pero apenas tiene importancia —admitió la mayor—. La probabilidad de que cualquier propietario de parcela pierda sus derechos minerales después de una revisión es mínima. En realidad, el periodo de revisión se ha cambiado para ayudar con la auditoría de recursos que ahora mismo está llevando a cabo la Oficina de Asentamiento. La única circunstancia en la que el propietario de una parcela perdería sus derechos minerales en una revisión sería si la veta que posee se encontrara dentro de las competencias y atribuciones de una orden de importancia estratégica.

—Bueno, también he oído decir que...

—¿Qué longitud tiene esa lista de preguntas, señor Falk? —quiso saber la mayor con una sonrisa—. Más que nada, para saber si tendré libre la tarde.

Falk le sostuvo la mirada.

—Supongo que irá creciendo y creciendo mientras la naturaleza concreta de esta disputa siga siendo imprecisa. Las especulaciones al respecto aumentan cada día que pasa, sobre todo porque se trata del primer enfrentamiento armado a gran escala que se produce a nivel global desde el comienzo de los asentamientos. Eso viene con las palabras «problema grande» estampado en la parte superior.

—Si esta es la pinta que tiene una guerra a gran escala, entonces no tenemos de qué preocuparnos. No es más que una pequeña disputa armada. No creo que se trate de esa gran noticia que busca. Lo tenemos controlado. Se acabará dentro de un par de meses como mucho.

—¿No cree que sea la gran noticia que yo creo que es, o no cree que sea la gran noticia que los tipos de la prensa creemos que es?

—Me refiero a lo segundo, señor Falk. ¿Por qué lo pregunta? ¿Es que se le ha disparado mucho la imaginación?

Algo le chasqueó en el oído. La mayor le hizo un gesto al conductor y el vehículo se puso en marcha.

El Fargo comenzó de inmediato a bambolearse y a sacudirse sobre el terreno desigual. Traqueteaba y daba la sensación de que cada uno de los gruesos neumáticos se había reventado y estaba hecho trizas.

—Todo el mundo se pregunta sobre la posible implicación del Bloque Central —comentó Falk.

Selton le lanzó una mirada, pero Falk fue incapaz de determinar si era una mirada nerviosa o compasiva.

—Falk, la guerra fría lleva fría desde hace casi trescientos años. Lo único que hace a medida que nos expandimos es volverse más y más fría. El vacío del espacio le quita cualquier posible calor a la situación. Estábamos pegados los unos a los otros cuando empezó, compartíamos el mismo planeta, y a pesar de ello, ya empezó fría. Ahora mismo debe de estar cercana a la muerte por congelación.

—Muy poético. ¿Puedo citarla?

—Claro. Ya hemos puesto mucho espacio entre ellos y nosotros, Falk. Lo digo de un modo literal. Los E.U, el Bloque, los chinos, todo el mundo tiene sitio de sobra para desarrollarse. Ya nadie se pisa los pies en este baile. Nadie acaba pareciendo un mal vecino. No hay razón alguna para la guerra, ya sea fría o de cualquier otra clase.

—Pero estará de acuerdo en que si nos encontramos con una, sería todo un bombazo —insistió Falk.

—Sí, y además, literalmente —le contestó ella, parpadeando con rapidez—. Pero no es ésa la situación que tenemos en 86. Se trata de una disputa local en los

asentamientos con elementos paramilitares desafectos.

—¿Y de dónde sacan las armas esos paramilitares? —le preguntó la chica de chaqueta verde desde el asiento que se encontraba detrás de Falk.

Falk no la había oído acercarse.

Selton le contestó antes de volverse para comprobar algo en la imagen del explorador de terreno.

—¿Qué es lo que ha dicho? —le preguntó la chica de la chaqueta verde, gritando por encima del retumbar de los motores.

—Creo que ha dicho que «eso no es relevante» —le contestó Falk.

A poca distancia de Mitre Sands, ya en terreno abierto, los Fargos elevaron la suspensión y pasaron a avanzar sobre lo que Lukes llamó «patas largas». Al alzarse el casco del vehículo y ensancharse la parte inferior, se lograba una mayor separación respecto al suelo y una mejor distribución del peso, y además, la base de avance extendida aumentaba la estabilidad. El recorrido se hizo mucho más cómodo.

Falk vio a través de una ventana lateral oscurecida por el polvo cómo los todoterrenos los acompañaban a través del suelo rocoso, levantando columnas de polvo que parecían surtidores de espuma. Eran vehículos ligeros y veloces. La luz del sol se reflejaba en las lentes antibrillo del soldado rapado que empuñaba el arma pesada colocada sobre una montura.

Las montañas se alzaban hacia el oeste de su posición como si fueran la pared gris de un granero. La capa de nubes se había comportado de forma caprichosa durante una hora, con grandes nubarrones, repentinos claros soleados y brillantes, grandes nubarrones otra vez.

Selton les avisó por el canal de comunicación común para que contemplaran un par de grandes y escasos rumiantes de la tundra, que aprovechaban las corrientes térmicas, pero Falk no llegó a tiempo a la ventana y lo único que vio fue el brillo de los parhelios en las nubes.

Se sentía incómodo en su asiento. Era estrecho, y el moldeado rígido que se pegaba a su cuerpo le transmitía cada choque y vibración al culo. Ya le empezaban a doler la espalda y la cadera derecha.

La chica de la chaqueta verde estaba escribiendo algo en una tableta.

—¿Es la primera vez que te destinan a una zona de conflicto? —preguntó en un intento por empezar de nuevo con buen pie.

—Tengo treinta y un años —le contestó la muchacha.

Falk la miró con expresión de extrañeza.

—¿Vamos a jugar a «Contesto a una pregunta con la respuesta a otra pregunta»?

—No voy a jugar a nada contigo, y eso es lo que hay —le replicó ella antes de volver a concentrarse en la tableta.

—Cuanto más tiempo paso contigo, más me parece que te conozco a fondo —le dijo Falk.

La chica volvió a levantar los ojos y a mirarlo. Falk se consideraba bastante inmune a las consideraciones de los demás, pero el desprecio que vio en sus ojos le impactó.

—Tengo la terrible sensación de que alguien te dijo alguna vez que eras encantador y tú te lo creíste —le espetó la chica.

Marblehead era un pueblo minero que se había fundado unos cincuenta años antes. Según Selton, los primeros pobladores eran de origen chino y portugués, aunque esa ascendencia se había difuminado con el aumento de la población y su prosperidad. Los habitantes habían conseguido jugosos contratos para suministrar minerales metálicos a la industria de la construcción, sobre todo conglomerados de metal azul para las mezclas de cemento preformado, aunque también extraían de las canteras materiales de calidad para las fachadas y los elementos decorativos. Las empresas de Marblehead habían tenido una contribución importante en el crecimiento de Shaverton.

Marblehead había sido uno de los puntos conflictivos en la primera fase de la disputa. La producción se había reducido por las medidas restrictivas respecto al transporte tanto de personas como de materiales que había impuesto el D.M.O.A., lo que había provocado durante los nueve meses anteriores una importante disminución de la población.

Selton les contó que la pauta de la misión sería reunirse con el grupo de patrulla avanzada, realizar una evaluación de seguridad y retirarse antes de que cayera la noche. Falk estaba bastante seguro de que todo aquello no era más que un puñado de palabras que sonaban duras y peligrosas y que, en realidad, se referían a un simple ejercicio rutinario de entrenamiento con un poco de decorado y un par de detalles realistas.

Bajaron la altura de los vehículos cuando ya se encontraban cerca del pueblo y recorriendo una carretera asfaltada. Los todoterreno se mantuvieron cerca, aunque uno de ellos se adelantó un poco para actuar como vehículo de avanzada.

—Mantened los chalecos bien abrochados—ordenó Selton por el micrófono. Los vehículos ya habían reducido la velocidad—. Permiso para quitar el seguro a las armas. Comenzad los barridos estándar de búsqueda de objetivos.

Se oyó un sonido desconcertante en el techo, por encima de ellos: el de un motor al ponerse en marcha. La torreta automática de la parte superior del casco del Fargo se activó y comenzó a girar a uno y otro lado.

Entraron en una larga pendiente, una carretera serpenteante que seguía el borde de un valle que bajaba hasta los límites del pueblo. El lugar parecía muy común, sucio y muerto, y más que un pueblo, era una fila tras otra de feos edificios prefabricados dejados caer en un vertedero a la espera de ser trasladados en camiones a su lugar de reciclaje final. La mayoría de los edificios tenían las contraventanas cerradas o las propias ventanas tapiadas con tablones, y aparecían rodeados de verjas de malla o de alambradas, sucios por la contaminación, decolorados por la luz del sol y cubiertos de pintadas realizadas por los aburridos, los indolentes, la juventud del pueblo, los inmigrantes sin trabajo o los mineros sin explotación. Al este del pueblo se veían las minas a cielo abierto y las canteras, como enormes cicatrices en la tierra. Eran unos

paisajes lunares con paredes formadas por terrazas que daban la impresión de ser el resultado de la presión de un zigurat contra la arcilla blanda. Cada uno de aquellos pozos era lo bastante grande como para que cupiera el pueblo entero dentro. Los montones de escombros y de desechos habían formado nuevas montañas. Las grandes excavadoras de color naranja óxido, los camiones con volquete y las cintas de transporte les daban el aspecto de una caja de arena de juegos en la que un niño hubiera abandonado sus juguetes a toda prisa por temor a que se pusiera a llover. Las canteras tenían una apariencia más desnuda, con las paredes excavadas hasta llegar a la roca pálida y vetada que parecía hueso expuesto al aire.

Al norte del pueblo se encontraban las plantas de formado, los talleres de curado del material y los altos hornos de aspecto feo y funcional que se utilizaban para procesar los subproductos. Cerca de estas monstruosidades se extendían los muelles de carga y los inmensos aparcamientos para los grandes camiones de transporte que no habían recorrido de forma regular la autovía de la costa desde hacía casi dos años, donde yacían cubiertos por unas amplias y sucias lonas protectoras.

—Parece un sitio encantador —comentó Falk.

—Estoy deseando venir a pasar el verano aquí —le contestó Lukes.

Llegaron al límite exterior del pueblo y siguieron el camino, que atravesaba tres o más puertas de alambradas que estaban abiertas de par en par y que no parecían tener otra función que la estética. El camino estaba sembrado de bidones de combustible llenos de cemento fraguado, junto a otros restos como postes de valla y señales dobladas, un recorrido zigzagueante improvisado para ralentizar el avance de cualquier vehículo que no fuera un carro de combate. El convoy serpenteó para rodear los obstáculos pero sin perder la cohesión, aunque tuvo que aminorar la velocidad para ello.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Jeanot mientras se asomaba para grabar con su tableta el entorno.

—Hay toque de queda —le contestó Selton sin apartar la mirada de las imágenes de los sensores.

—Ya es de día —le señaló la chica de la chaqueta verde.

—Es un toque de queda muy estricto —apuntó Falk.

Algo en la pantalla de Selton emitió un pitido. Falk notó que durante un momento se ponía tenso de un modo instintivo.

—Contacto —avisó Selton, y tecleó algo en un panel de texto.

«Seré idiota —se recriminó Falk a sí mismo—. Me lo he creído.»

El grupo de patrulla avanzada salía a recibirlos.

Los miembros del grupo de patrulla avanzada también iban montados en Fargos, y en el centro de la columna había un grueso vehículo blindado con un arma pesada de la clase Long-pig. Los vehículos, y los soldados del D.M.O.A. que iban a bordo,

estaban cubiertos de suciedad transportada por el viento. Su equipamiento estaba un poco más personalizado y no era tan reglamentario como el aspecto de «recién puesto esta mañana» que el que llevaban Selton y los suyos. Los vehículos recién llegados se detuvieron, pero sin parar los motores, en un despliegue en forma de abanico con la pieza de artillería autopropulsada en el centro, igual que si fueran cartas extendidas por un tahúr sobre una mesa. Los soldados con las armas láser y lanzacohetes se bajaron de los vehículos y se desplegaron a su vez por la avenida, con las culatas pegadas al hombro, las mejillas pegadas al arma, los ojos pegados al sistema de puntería y los dedos preparados sobre la guarda de los gatillos. La pieza autopropulsada, que medía el doble que un Fargo, le recordó a Falk una criatura salida de un bestiario, la exageración imaginativa de un viajero entusiasmado al describir a un rinoceronte o un jabalí. Era ancha y gruesa, con un aspecto letárgico pero malhumorado. Reposaba de un modo pesado sobre sus anchas cadenas, con los faldones de blindaje antiohetes colgando sobre las ruedas que arrastraban esas cadenas. Casi era negro por la mugre que lo cubría. El obús MI90 apuntaba hacia el cielo como el cuerno de un unicornio de tamaño gigantesco, con un aspecto casi ridículo a causa del apagallamas de la bocacha, en el extremo del cañón. Esa pieza confería al conjunto de la máquina un aspecto fetichista desagradable.

El comandante de la columna era un mayor del D.M.O.A. que se llamaba LaRue. Selton y él charlaron durante un rato, y luego regresaron juntos para dar la bienvenida a los reporteros. A Falk le pareció un individuo auténtico, de verdad. Se preguntó si no habría subestimado por puro cinismo el valor de lo que les iban a enseñar. Notó el regreso de la tensión, la sensación de que, después de todo, sí que estaban en mitad del punto de mira de algún cabrón. LaRue realmente tenía la apariencia de alguien que llevaba al mando de un GPA en plena zona de conflicto desde hacía seis semanas. Hablaba como si así fuera. Su lenguaje corporal era directo y cansado. No había nada parecido a un guión o a un discurso ensayado en lo que decía.

Les contó que el GPA estaba a punto de realizar un registro estancia por estancia de la Fundición Número Dos, ya que habían recibido un aviso de uno de los equipos de vigilancia laboral. Una puerta forzada durante la noche había encendido la alarma en el panel de control de seguridad del capataz de la zona. La unidad de Selton y los corresponsales serían bien recibidos si querían acompañar a la GPA durante el transcurso de la operación, siempre que cumplieran de forma precisa las órdenes de sus miembros y no se interpusieran «en su puto camino», como expresó de forma amable LaRue.

«Sin chip que le haga morderse la lengua —pensó Falk—. Sin guiones previos.»

LaRue bajó el tono de voz y les informó con sencillez sobre los riesgos que corrían. Cabía la posibilidad de que hubiera disparos. Cabía la posibilidad de que se produjera un enfrentamiento directo. Sus vidas estarían en peligro a pesar de las

placas de la armadura y de la presencia de las fuerzas del D.M.O.A. Incluso si seguían al pie de la letra cada orden e instrucción que se les diera, era perfectamente posible que alguno de ellos resultara herido. LaRue quería estar seguro de que eran conscientes de eso. No quería que nadie actuara bajo la falsa impresión de que aquello no era de verdad. Que no era la «puta verdad», tal y como él lo expresó.

Cualquiera de ellos podía dar marcha atrás si quería, no había problema al respecto. Podían quedarse en los vehículos, protegidos por una escolta, o los podían llevar hasta uno de los fortines para esperar el regreso de los demás. A nadie se le tendría en cuenta algo así.

—Quiero que piensen en ello durante unos segundos —les dijo—. Para ser sincero, preferiría que no viniera ninguno de ustedes. Eso haría que nuestro trabajo fuera más fácil. Pero les haré un hueco. Piensen en ello, y luego hablen con mi sargento de pelotón si quieren participar.

Falk notó un curioso calor que le invadía el cuerpo. Tensión y miedo, una combinación que no había sentido desde hacía mucho tiempo. Por supuesto que quería participar. La cosa se había puesto interesante. Lo más interesante de todo era la respuesta inconsciente que lo había invadido. Estaba nervioso. Estaba atemorizado. Notaba cómo el cinismo se le desprendía capa a capa, como la piel de una cebolla. No quería que le pegaran un tiro, pero estaba ante la posibilidad de que algo así le ocurriera. Se sentía dolorido por el viaje, con náuseas por la bebida de la noche anterior y mareado por la emoción. Pero, sobre todo, se sentía asombrado del buen ánimo que aquellas respuestas fisiológicas asquerosas le provocaban.

—Ah, hay algo que quiero enseñarles —añadió LaRue—. Es algo especial. Les encantará. Les proporcionará una cierta perspectiva respecto al asunto mientras deciden qué hacer.

LaRue y un grupo de soldados, con las armas cruzadas sobre el pecho y preparadas para disparar, los condujeron hacia un punto situado algo más lejos en la misma carretera. Al llegar, salieron del camino y entraron en una explanada que se extendía detrás de un edificio en construcción que había quedado en ruinas.

—Miren ahí —les señaló.

Lo dijo lleno de orgullo, como si fuera un criador que les estuviera mostrando su potro más premiado o un patriarca en la presentación familiar de un nuevo descendiente.

Lo que les estaba enseñando era una pared. Estaba cubierta de agujeros provocados por los disparos de balas de pequeño calibre.

—In-fruto-sible —murmuró Falk.

Cleesh no estaba en el bar del GEO. La llamó al teléfono, y le explicó que estaba en el Hyatt Shaverton y que debería reunirse con ella allí.

—¿Por qué te comportas como si fueras un fruto® majadero cabreado? —le soltó Cleesh—. Ya te dije lo que harían. Agujeros de bala. Ya te lo dije.

Cleesh había quedado para cenar con el tipo corriente de logística de la Oficina de Asentamiento y con otro individuo al que Falk no conocía. Habían tomado *parmigiana* de imitación de pollo, y habían empujado los platos hasta el centro de la mesa cuando terminaron. Falk pensó en pedir comida, pero estaba claro que el servicio en el Hyatt era penoso.

—Parezco cabreado porque estoy cabreado.

—¿Estás cabreado porque te lo dije?

Falk soltó un bufido.

—Los de la Oficina de Asentamiento creen que somos estúpidos. Nos tratan como si fuéramos imbéciles.

—Ya debes de haber pasado antes por este tipo de situación de mierda —le dijo el desconocido.

—¿Es que nos conocemos? —le replicó Falk, quien no tenía ganas de esforzarse lo más mínimo por actuar de un modo socialmente aceptable.

—No —admitió el individuo—. Pero sé quién eres. Estaba en 77 por un asunto de trabajo. Solía leer tus reportajes. Me gustaban.

—Gracias —le contestó Falk.

El hombre le ofreció una mano.

—Bari Apfel —se presentó. Falk se la estrechó.

—¿Y a qué te dedicas?

—Soy consultor. Solía trabajar con Liitz, pero luego me pasé a Norfolk-Zumin. Ahora tengo un contrato temporal con la GEO.

—¿Qué clase de consultoría? —quiso saber Falk.

—Asuntos aburridos. Imagen corporativa, relaciones públicas. Soy muy bueno en mi campo.

—Sí que lo es —confirmó Cleesh.

—Ahora mismo, GEO necesita toda la ayuda que pueda contratar —comentó Apfel.

Un camarero ciego y sordo pasó al lado de la mesa sin hacer caso del dedo con el que Falk le llamaba.

—El servicio es una mierda —le comentó el tipo que trabajaba en logística.

—¿Por qué habéis venido a comer aquí? —les preguntó Falk.

Cleesh y sus amigos intercambiaron una mirada breve y extraña. Falk estaba tan

ocupado intentando pedir un trago de imitación de whisky que apenas le importó. Seguro que tenía algo que ver con ese gran secreto que Cleesh se traía entre manos.

—Era por cambiar —le contestó Apfel—. Es que siempre vamos al bar del GEO.

Falk echó la silla hacia atrás.

—Voy a pedir una copa en la barra. Si tengo que esperar a que me atiendan estos capullos, me voy a morir de sed. ¿Queréis algo?

Así era. Tomó nota mentalmente de lo que querían y se dirigió hacia la barra. Todavía le dolía la cadera por el viaje en el Fargo. Era un dolor sordo, apagado. Se preguntó si debería pedir un informe médico para ponerle una reclamación al D.M.O.A.

El bar se encontraba a poca distancia del restaurante, en el hueco de una esquina de grandes ventanales. Se encontraban en la cuadragésima planta de ese mástil. La noche flotaba en el exterior, tan negra y tan pesada como la cortina de seguridad de un teatro. Los *blurds* de colores se estrellaban contra el exterior del cristal y dejaban marcas polvorientas de escamas.

La luna ya había salido. Parecía un foco, pequeño y situado muy arriba. Debajo de él, las luces de Shaverton titilaban como las llamas de unas velas votivas dejadas en una acera en homenaje a alguien. Tres veloces meteoritos cruzaron el cielo occidental en rápida sucesión.

Falk pidió una imitación de whisky, y se la bebió mientras el camarero le preparaba otra y el resto de las copas. Se tragó el líquido y le echó un vistazo al resto del restaurante. Vio que había más de lo mismo, muebles del estilo Primeros Asentamientos de imitación, desgastados y raídos. Había empleados de diversas compañías hablando demasiado alto y riendo sin convicción. El hedor a repeleinsectos. Falk se volvió de nuevo y se fijó otra vez en el paisaje exterior. De repente, vio aquella cara que le resultaba familiar y que había visto la primera noche que había estado en el bar del GEO, la versión vieja y gastada de un hombre al que había conocido en el pasado.

Se dio cuenta de que era el reflejo de su propio rostro. También debió de ser su reflejo en el cromo y el cristal del bar del GEO. Se sintió hundido, desinflado. Ya no quería ese informe médico, ni siquiera para denunciar al D.M.O.A. No quería saber qué le pasaba en esa cadera que le dolía. No quería saber qué otra dolencia podía aparecer.

No quería saber lo jodido que estaba por pasar tanto tiempo a bordo de las naves y de vivir en malas condiciones. No tenía el aspecto que él creía que tenía. Se preguntó cuánto tiempo hacía que le pasaba eso.

—Necesito otra de lo mismo —le dijo al camarero.

—¿Quieres que te eche una mano con eso? —le preguntó Bari Apfel, que se puso a su lado—. Creíamos que te habían raptado.

—Perdona. Me he puesto a pensar —se disculpó Falk.

—¿Has llegado a alguna conclusión interesante?

—¿Sabes? Vine a este sitio porque parecía un trabajo fácil. Me llevaría una pequeña pasta en concepto de gastos, escribiría un reportaje sencillito. Sabía que la Oficina de Asentamiento no cooperaría. Sabía que sería turismo para periodistas. Lo sabía antes de que Cleesh me avisara. Pero no me importaba.

—¿No te importaba?

—No era más que la siguiente tarea. La siguiente excusa para no hacer otra cosa.

—¿Actividad de desplazamiento? —apuntó Apfel.

—Exacto. No me importa una mierda lo que esté pasando en 86.

—Pero ahora te lo has pensado mejor.

—Joder, no —le replicó Falk—. Sigue sin importarme una mierda. Pero lo que sí que me importa es que me traten como a un imbécil. Me da igual lo que ocurre, pero quiero echarle mano para metérselo por el culo a la Oficina de Asentamiento. Hay algo que jamás debes ponerle delante a un gacetillero viejo y cansado como yo...

—¿Una tercera copa? —lo interrumpió Apfel.

Falk sonrió.

—Eso también. Iba a decir un desafío.

—Sabía que era eso —asintió Apfel.

—La actitud altanera de la Oficina de Asentamiento ha hecho que me interese por lo que pasa más de lo que lo habrían logrado un centenar de buenas historias. Se acabó.

—¿Vas a ponerte en serio con esto, Falk?

—Lo que voy a hacer es encontrar algo —le replicó Falk—. Voy a cambiar de perspectiva. Si los de la Oficina de Asentamiento me hubieran pasado cualquier noticia un poco interesante, me habría ido de aquí a un mes. Ahora me voy a quedar, y voy a ocuparme de esto hasta que encuentre algo, por pequeño que sea, algo con lo que pueda darles un guantazo en la cara.

—¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar? —quiso saber Apfel.

—No estoy demasiado acostumbrado al concepto de «demasiado lejos» —le aseguró Falk.

—Joder, sí que estás cabreado esta noche.

Falk asintió y tomó un trago.

—Por cierto, creo que todo el asunto va sobre eso, si te interesa saberlo —le dijo Apfel.

Falk miró hacia donde le señalaba Apfel.

—¿La luna?

—Sí. Supongo que no te importa lo que una puta consultoría de corporaciones piensa...

—Suéltalo ya.

—Fred. La segunda luna —concretó Apfel.

—Entre los recursos del sistema se incluye 86/b, al que se ha bautizado como «Fred». La tercera concentración más elevada de minerales de extrotransición de todos los territorios asentados.

—Exacto.

—Vale. Lo que dices es que... ¿esto no es una lucha por conseguir más tierras en 86? ¿Qué es una lucha por apoderarse de 86 para controlar su luna?

Apfel levantó la copa y le sonrió.

—Tiene bastante sentido —explicó—. Desde que comenzaron los asentamientos, nadie se ha molestado por librar una guerra de verdad con nadie por culpa de unas tierras, porque siempre hay de sobra. Hay planetas enteros. En cualquier lado. Así que tiene que ser bastante importante para hacer que estemos aquí.

—Si eso es lo que está pasando... —respondió Falk—. A mí me han enseñado una pared llena de agujeros.

—Sí, sí que está pasando.

—¿Cómo lo sabes?

—Llevo aquí ocho meses. Oyes cosas. Nada que puedas utilizar en un artículo, pero son cosas que tienen cierta... sustancia. El Bloque Central está involucrado.

—¿Apoyas esa teoría?

—Sí. El rumor es demasiado persistente. Si 86 se convierte en parte de los dominios de los Estados Unidos, eso le impedirá al Bloque cualquier acceso a Fred. Si le echas un vistazo a los informes de la Oficina de Asentamiento, las últimas nueve fuentes importantes de minerales de extrotransición acabaron en manos de los E.U. El Bloque posee tierras, pero también quiere una parte de los pasteles más lucrativos.

Falk pensó en todo aquello.

—No llegué a enterarme de por qué la llaman Fred —comentó.

—Por Frederick Shaver, el capitán de la primera misión de asentamiento —le aclaró Apfel—. A la primera luna la llaman Ginger, que era su mujer. Bueno, eso es lo que he oído decir.

—No debería estar hablando contigo —le dijo Tedders.

—Tienes buen aspecto —le respondió Falk—. Sin el uniforme. No me refiero a desnuda, sino que lo que llevas puesto no es el uniforme.

—Vaya. Tengo un permiso de fin de semana y estoy desperdiciando una cena contigo, aunque no sea una cita, con el conocimiento de que era una condición imprescindible para que yo aceptara verte.

—Lo sé. Además, lo pedí de forma educada.

—Pero tú no supones que esto es una cita conseguida mediante el truco de «en realidad no es una cita», ¿verdad?

—No. Esto no es más que un corresponsal que invita a cenar a una atractiva oficial del D.M.O.A. para tener una charla agradable e informal.

Tedders miró a su alrededor con expresión de duda. Falk había elegido un pequeño restaurante familiar que estaba en una calle lateral de la Equestrian.

—¿Por qué aquí? —le preguntó Tedders.

—He oído que la imitación del pollo a la parmesana es mejor que en el Hyatt.

—Es imitación del pollo a la parmesana. Defíneme «mejor».

—Llega cuando todavía estás vivo —le contestó Falk.

Un camarero les trajo vino y una bandeja de bollitos de pan recalentados.

—No sé qué esperas que pueda hacer por ti —le dijo Tedders.

—Sólo charlar.

—Mira, Falk, si te vas a quejar de que la Oficina de Asentamiento no te proporciona el acceso a la información que necesitas, lo más que voy a poder hacer es escucharte y asentir de un modo comprensivo.

—La excursión que nos montasteis no tenía sentido —le dijo Falk.

—Sí, así fue. ¿No es así siempre? —Tedders lo miró fijamente desde el otro lado de la mesa—. Siempre me sorprende que los medios de comunicación se sientan asombrados de que la Oficina de Asentamiento sea capaz de transmitir sus propios mensajes al público. Da la impresión de que pensáis que, como llevamos uniformes y manejamos tanques, debemos ser demasiado lerdos como para conocer lo que es el subtexto y el matiz. El D.M.O.A. tiene el aspecto de un ejército moderno, pero en realidad es una compañía de relaciones públicas muy, muy astuta, y con armamento.

Falk no le respondió nada. Permaneció a la espera para oír lo que Tedders diría a continuación.

—Una vez me contaron que en la antigüedad, la reina de Inglaterra creía que el mundo olía a pintura fresca, porque allá adonde iba, un puñado de trabajadores había estado el día anterior a su llegada arreglándolo todo para ella. Eso es lo que nosotros hacemos, Falk. Pintamos los desconchones y hacemos que el lugar sea agradable para todo el mundo.

Cortó un panecillo con el cuchillo adecuado.

—A veces, eso no es lo mejor para el interés público —apuntó Falk.

—No eres tú quien tiene que tomar esas decisiones —le replicó ella—. De verdad, no hoy en día, no en situaciones de esta magnitud.

—Quiero hacerte una pregunta. Por simple curiosidad. ¿Es que sabes algo y no me lo quieres contar, o es que a ti también te tienen al margen?

Tedders le mostró una rápida versión de su sonrisa portátil y compacta.

—Sólo lo que necesito saber, y no necesito saber nada.

—Escucha, en ningún momento he pensado que podrías hacer nada por mí, ni contarme nada importante, pero quería cubrir todas las posibilidades —le explicó

Falk—. Me vas a decir, me vas a insistir, que utilice los canales oficiales y que vea cuánta cooperación adicional puedo conseguir, y voy a hacerlo. De verdad, voy a hacerlo. Pienso hacer esto del modo que debería hacerlo un corresponsal. Pero, y no quiero que pienses que soy un derrotista por decirlo, no creo que vaya a funcionar, y después de un mes o dos estaré de vuelta por aquí en busca de un medio extraoficial de información. Pensé que podía ahorrarme un poco de tiempo y poner en marcha al mismo tiempo los dos modos de hacerlo. Hacer que las dos cosas se pongan en marcha a la vez.

—¿Y?

—Si cambias de opinión de repente, o si súbitamente te crece una conciencia...

Tedders soltó una risotada.

—O si te encuentras con algo, o con alguien, que te parezca lo bastante interesante como para comentármelo, por favor, hazlo. Puede ser cualquier cosa, un elemento del trasfondo general, un matiz en el comportamiento, cualquier cosa. No aparecerá tu nombre. No habrá ninguna represalia o inconveniente.

—Eso lo dices tú. Siempre los hay.

—¿Es que ya lo has hecho antes?

—No, pero ya he visto un par de veces a gente de la Oficina de Asentamiento perder el trabajo porque han sido tan idiotas como para relacionarse con la gente que no debían. Gente en la que creyeron que se podía confiar. Gente con la que creyeron que se podrían relajar y charlar libremente, sin reserva alguna.

—Yo no soy así. Te lo prometo. Eso no ocurrirá.

—No va a poder ser —insistió Tedders.

—¿Por qué?

—Por este pase de fin de semana. Me lo han dado porque el viernes que viene me toca el turno de destino en las tareas de campo. Asignaciones de rutas. Órdenes de activación.

—¿Dónde?

—Claro, te voy a decir dónde es, y te lo señalaré en un mapa.

—Vale, joder, vale.

—Lo siento. Ahora pareces triste, como si te hubiera sacado una cena con una falsa promesa —le dijo Tedders.

—¿Estás de broma? Además, mira.

Ya les traían la imitación de pollo.

6

Durante su estancia en 77 había vivido unos pocos meses en la costa, en una casa de verdad, sin prefabricar, en un cabo cercano a Beakes. De noche, el océano descargaba su fuerza contra la orilla. Era un fuerte retumbar seguido de un largo repiqueteo sibilante producido por el agua al arrastrar los guijarros de la playa. Ambos sonidos marcaban su trabajo y su sueño. Se despertaba cuando sonaba su celéfono con otra conexión u otra noticia de Cleesh, y luego se quedaba tumbado escuchando ese ritmo.

El océano lo había despertado de repente, de forma abrupta. El sueño que estaba teniendo se partió como una ramita y se espabiló por completo, a sabiendas de que algo lo había despertado.

Estaba a muchos kilómetros de la orilla más cercana. Estaba en un apartamento pequeño que había alquilado en la calle Parmingale de Shaverton. Había toda una ciudad y una extensa franja de tierra entre él y el mar. Estaban la ciudad y la noche.

Se puso en pie. Ya hacía tiempo que había pasado la medianoche. Las ventanas del apartamento estaban encaradas hacia el norte, y más allá del brillo suave y ámbar de las luces de la ciudad le pareció distinguir otro brillo más débil y difuso, lejos, hacia el noroeste. Cuanto más lo miraba, más difícil le resultaba verlo.

Conectó la pantalla del apartamento, pero no había nada en las noticias. Encendió el celéfono. Tenía mensajes, la mayoría basura, y dos de Cleesh a los que contestaría más tarde. Bebió un poco de agua. Era demasiado temprano para levantarse del todo y demasiado tarde para volver a dormir. En cuanto encendió la lamparilla de la mesita de noche, los *blurds* comenzaron a estrellarse contra las ventanas.

Tomó otro sorbo. Hasta el agua tenía el sabor ácido a limón del repeleinsectos.

Parecía que lo único sensato era volver a dormirse, pero no fue capaz de quitarse de la cabeza el retumbar medio soñado del océano, su estruendo y su siseo. Efectuó unas cuantas búsquedas en el celéfono.

Una central de noticias de poca importancia, sin afiliación a ninguna gran compañía ni bajo la supervisión de la Oficina de Asentamiento, tenía algo. Un accidente en el noroeste de Shaverton. Una explosión en el distrito de Letts. Sin detalles.

Esperó treinta segundos. De repente, el celéfono comenzó a resonar una y otra vez a medida que las búsquedas de información que había tecleado al despertarse empezaron a devolverle confirmaciones a los parámetros que había introducido. Al principio fueron los pequeños canales de noticias, luego las grandes cadenas, y después, un flujo continuado de los corresponsales independientes que estaban a la escucha de las conexiones principales. Un accidente en Letts. Una explosión. Sin detalles, sin confirmación.

Unos instantes más tarde, la principal cadena de noticias saltó con una

información de última hora. Casi al mismo tiempo que el teléfono sonaba, el canal que aparecía en la pantalla de la habitación comenzó a explicar lo ocurrido en Letts. Se había producido una explosión a las 2.09. Eso había sido diez minutos antes.

Falk llevaba despierto diez minutos.

El mundo se puso al día. Al cabo de un minuto, se pasó de no tener noticia alguna a que aparecieran cuarenta informaciones relativas al suceso. Intentó ponerse en contacto con Cleesh para ver lo que ella tenía, pero no tuvo respuesta ni de su teléfono ni de su casa.

Se sintió un poco nervioso. Comenzó a preparar café, y se puso los pantalones y la camisa mientras el filtro burbujeaba. Ya eran sesenta y seis elementos los que aparecían. Los primeros detalles sin importancia. Una gran explosión en un edificio industrial en ruinas de Letts, al norte de Landmark Hill, en una zona no residencial que se extendía entre el distrito Through y la autovía del Cabo. Dos informativos hablaban de materiales químicos inestables, de condensaciones de combustible, que se habían almacenado de forma inapropiada en un almacén abandonado. Otro decía que se trataba del impacto de un meteorito. Nadie hablaba de muertos o heridos.

El filtro borboteó. Regresó a la ventana y se quedó contemplando la noche vidriosa y tranquila que no quería hacer ningún comentario oficial respecto a lo que había ocurrido. ¿Lo que se veía al noroeste era un leve resplandor? ¿Un brillo? ¿Un incendio? Si la explosión había sido capaz de despertarlo, debía de haber sido potente.

Probó a ponerse en contacto de nuevo con Cleesh. Nada. Probó suerte con otros dos corresponsales a los que conocía. En la pantalla, una portavoz de la Oficina de Asentamiento apareció en una conexión en directo. Habló con voz tranquila y solemne. Detrás de ella se veía el brillo amarillo difuso de un incendio de proporciones importantes, y las siluetas de los equipos de emergencia se recortaban contra el resplandor.

Falk subió el volumen. La portavoz se encontraba en Letts. En aquel momento estaba explicando que los impactos de los meteoritos eran muy poco habituales, pero algo que había que tener presente en la vida diaria de 86. Todo el mundo había visto los meteoritos. La mayoría sólo rozaban la atmósfera o eran demasiado pequeños como para tener importancia. Casi ninguno tenía la entidad física suficiente como para provocar daños o impactos a hipervelocidad. El distrito de Letts había tenido muy mala suerte. Seguía sin haber información sobre muertos o heridos. Los servicios de rescate de la ciudad se estaban encargando de contener los daños producidos.

Era demasiado temprano, y el servicio de metro subterráneo de la ciudad todavía no estaba abierto y los taxis ya se habían acabado. Un conductor que se encontraba en el bar de comidas situado al otro lado de la calle del apartamento de Falk le dijo que

estaba en su tiempo de descanso, de ahí que estuviera desayunando, y que además, la Oficina de Asentamiento había cerrado todos los accesos al noroeste de la ciudad. Habían declarado el estado de alerta.

Falk salió a la calle vacía. Estaba desierta, de un color gris oscuro. La ventana principal del establecimiento de ProFood relucía igual que una pantalla gigante, que un acuario, que una obra de Edward Hopper. Falk pensó en la posibilidad de entrar de nuevo en el mundo cálido y vivido del interior del bar de ProFood para ofrecerle al conductor de taxis un buen fajo de dinero, pero era evidente que el individuo estaba completamente concentrado en sus salchichas y sus huevos. Durante un rato observó cómo comía a través del logotipo del pollo enfundado en un traje espacial, el Booster Rooster® de ProFood, que estaba grabado en el cristal.

Cruzó de nuevo la calle para entrar en el edificio de apartamentos y despertó al encargado, que se encontraba en un estado comatoso con la barbilla apoyada en el pecho y sentado en su despacho, delante de una pantalla portátil donde se veía una comedia. Cuando consiguió despertarlo del todo, negoció con él el alquiler temporal de su vehículo de transporte.

El vehículo del encargado era un pequeño Shifty de dos asientos, abollado y de un color azul perlado, con un interior que olía a varitas de pescado. Del espejo colgaba la imagen de una *madonna*.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Falk condujo algo en algún lugar, incluido un coche de juguete como el Shifty, con sus mandos de control automático, sus sensores de seguridad y el navegador de lectura de carreteras. Le dio la impresión de que el volante se le resistía. El coche bajaba de velocidad cuando él quería que acelerara por una vía de servicio despejada y tomaba cruces por los que él no quería pasar. Cuando llegó al límite de la zona de alerta, justo entre el distrito Through y el distrito Letts, el vehículo aparcó y se paró por completo. Una pantalla del salpicadero le informó de que el Shifty no podía continuar por la zona de alerta, y que sólo podría funcionar si se sacaba al vehículo de esa zona.

Falk le expresó con claridad lo que opinaba de su funcionamiento. No podía activar el modo manual porque no sabía el código de activación de su propietario.

Entró caminando en el distrito de Letts, atravesando pasos subterráneos industriales y calles desiertas. Todavía le dolía la cadera por el viaje en el puñetero Fargo. Su teléfono no paraba de recibir noticias de última hora que se encargaba de filtrar y de elegir. Había muy pocos detalles, pero la versión oficial hablaba de un impacto de meteorito. Mientras caminaba le dejó a Cleesh un mensaje para que lo llamara.

Empezó a notar la presencia de otra gente. Pasaron unos cuantos vehículos. Algunos de ellos eran transportes públicos con las luces de emergencia encendidas.

Le llegó el murmullo de unas voces y de cierta actividad. Había un olor seco en el aire. La oscuridad había envuelto, camuflándola, la luz del incendio, pero el cielo pálido de los instantes previos al amanecer no conseguía ocultar el rastro sucio del humo.

Salvó de un pequeño salto una boca de alcantarilla repleta de restos y dobló una esquina. Esta vez, la calle que se abría ante él se encontraba abarrotada de gente y de vehículos hasta un punto que resultaba asombroso. Letts no era una zona muy poblada dentro de la ciudad, pero en aquel lugar se había reunido un tremendo gentío: habitantes del distrito, vagabundos, guardias y trabajadores en cambio de turno. Los soldados del D.M.O.A. y los agentes de protección civil se esforzaban por mantener apartados a los mirones de los vehículos de emergencia, de los transportes de la Oficina de Asentamiento y de las furgonetas de rescate que se apiñaban a lo largo del arcén. También había acudido ya la prensa. Falk vio, mientras avanzaba cojeando por la zona exterior del gentío, a bastantes conductores de taxis con aspecto de estar bien pagados que esperaban para comenzar los viajes de regreso.

Al otro lado de la línea de separación y de los vehículos agrupados, al otro lado de las luces rojas y azules que lanzaban destellos estroboscópicos a la todavía escasa luz del amanecer, se veía una gran extensión de una zona de almacenes envuelta en llamas. Una buena parte había quedado arrasada y demolida. En algunos puntos, los incendios ardían con una fuerza tremenda. En otros, las estructuras metálicas humeantes formaban un diagrama ennegrecido de los lugares donde antes se alzaban edificios. A Falk le llegó el olor a cenizas y a hollín, a retardantes químicos, a cemento húmedo, a humo. Por encima del murmullo de la muchedumbre oyó las órdenes lejanas que se gritaban por doquier.

Se abrió camino entre la multitud para llegar al límite de la zona del incidente. Habían desaparecido unas tres o cuatro manzanas de edificios. Vio con claridad los escombros, algunos fundidos, con ampollas por el calor o ennegrecidos, esparcidos por la calle, el pavimento y los tejados planos. Un trozo retorcido de techado humeante colgaba de un cartel de la calle. Debajo de cada farola se veía un charco reluciente de cristales rotos. La ceniza había acabado cubriendo todas las superficies, y las motas que flotaban en el aire iban de un lado a otro empujadas por las ráfagas de viento como si fuera nieve gris. Los ríos de agua de superficie oleosa y llenos de cuajarones de espuma retardante bajaban por los canalones, por las alcantarillas y formaban grandes charcos sobre la calle.

—Por favor, vuelva detrás de la barrera —le ordenó un individuo de mediana edad que llevaba puesto un chaleco reflectante de protección civil.

Falk ni pestañeó.

—No, tengo que ir a mi ambulancia —le respondió.

El hombre titubeó, pero señaló con aire de duda la indumentaria de Falk.

—¿Eso que lleva es el uniforme reglamentario? —le preguntó Falk, señalando la ropa que el hombre vestía debajo del chaleco.

—Iba con prisa.

—A eso me refiero —le respondió Falk, y pasó a su lado con una confianza nacida de quince años de actuar como un capullo arrogante.

Recorrió la calle y pasó al lado de un camión cisterna de espuma y de un trío de transportes de emergencia. Las compuertas laterales de los tres camiones estaban abiertas de par en par. Se inclinó hacia un lado al pasar junto a uno de ellos y se apropió de un chaleco reflectante que colgaba de uno de los ganchos. Se lo puso sin dejar de andar. El calor de los incendios le llegaba con cada bocanada de viento. Oyó las sirenas de otros vehículos de emergencia. Varios grupos de operarios pasaron a su lado en dirección contraria, mientras algunos de ellos hablaban casi a gritos por sus celulares. Las aspas de un cóptero retumbaban por encima de él agitando el aire, y aparecía y desaparecía entre las vaharadas de humo.

Falk se limpió los cristales de las lentes y se las puso activando el modo «instantánea». Comenzó a parpadear y a cargar imágenes para tener luego una referencia general de la situación. Dobló una esquina y recibió un chorro de calor. Vio una multitud de operarios de emergencia enfrascados en diversas tareas de emergencia. Retrocedió. Todos formaban parte de la Oficina de Asentamiento, desde bomberos, hasta personal sanitario. Algunos daban órdenes e instrucciones a gritos mientras que otros corrían de un lado para otro con maletines y piezas de equipo sacadas de los transportes. Había cuerpos tendidos en el suelo. Falk no logró verlos con claridad ni captar más que unas pocas imágenes generales de la escena, pero sin duda se trataba de cuerpos humanos. Eran tres o cuatro, cubiertos con sábanas de plástico y rodeados de personal médico.

Quería verlo mejor, y pensó en abrirse paso hacia uno de aquellos grupos, pero había una diferencia entre marcarse un farol para cruzar una línea policial y entorpecer una serie de procedimientos destinados a salvar vidas, algo que incluso un capullo arrogante desde hacía quince años era capaz de reconocer.

Rodeó a los médicos y se acercó a los bomberos que intentaban apagar una columna de fuego con chorros a presión, pero la tremenda intensidad del calor lo hizo retroceder. Encontró un sitio algo más tranquilo donde descansar un momento, una sección de almacén que había sido derribada por la explosión pero que no se había quemado. Se quitó la ceniza, el sudor y la suciedad de la cara con el faldón de la camisa, y luego limpió las lentes.

—No deberías estar aquí —dijo una voz a su espalda.

La chica de chaqueta verde llevaba un botiquín, un brazalete reflectante de la Oficina de Asentamiento en el brazo y una sonrisa astuta.

—Tú tampoco —le contestó Falk.

—A mí no me importa hacerlo.

—Ni a mí me importa lo que hagas, así que lárgate y fingiré que no te he visto — le replicó él.

Ella siguió sonriéndole de aquel modo tan raro, y a él aquello le pareció curioso.

—¿Lo viste en las noticias de última hora? —quiso saber la chica.

—Oí la explosión.

—Yo también —dijo ella, y luego miró el chaleco que Falk llevaba puesto—. Un disfraz muy completo.

—Obviamente, no se trata de algo tan complicado y estudiado como un brazalete en el brazo y un botiquín.

Ella le mostró el broche digital enganchado en el cuello de la chaqueta.

—Esto es un poco más auténtico —le comentó.

—Y también es una idea realmente mala —replicó Falk antes de empezar a alejarse ella.

La chica lo siguió.

—¿Por qué? —le preguntó.

Falk pensó durante un momento pararse para explicárselo, pero luego decidió que no le importaba lo bastante y que tenía mejores cosas que hacer, como perderla de vista. Le pareció un poco desconcertante que se comportara de repente de un modo tan cercano cuando no había querido saber absolutamente nada de él durante el viaje a Mitre Sands.

Un instante después se dio cuenta, y se sintió estúpido por haber tardado tanto en hacerlo.

—Me has investigado.

—¿Cómo dices?

—Que me has investigado, ¿verdad? Después de la visita a Mitre Sands. Ahora sabes quién soy.

La chica sonrió.

—¿Y qué?

—Y nada.

—Sí, es verdad. No sabía quién eras. No sabía que habías ganado todos esos premios tan bonitos. ¿Y qué?

—Así que, de repente, resulto interesante, ¿no?

—Venga, supéralo. Sólo que me resulta interesante que el gran Lex Falk haya aparecido aquí esta noche. Me hace pensar que esto es muy raro. Todo esto. Además, el gran Lex Falk se ha colado en el perímetro del mismo modo que lo he hecho yo.

—No, no lo he hecho —le replicó él.

—Sí, sí que lo has hecho. Has pillado unas cuantas cosas de los transportes médicos.

Falk ni siquiera le contestó. Había visto algo.

—Sabes quién soy —le dijo ella mientras lo seguía.

—No lo creo. No me acuerdo.

—Sí, sí te acuerdas.

—Eres una novata de Affiliated Dispersal.

—Preguntaste deliberadamente mi nombre y mis referencias. Oí cómo lo hacías.

—Vale, quizá lo hice. Estaba aburrido. Ahora no lo recuerdo.

—Noma Berlin. Trabajo para Data-Scatter. ¿Siempre haces lo mismo? ¿Te esfuerzas por acercarte y luego te haces el interesante a más no poder? Eso no es nada atractivo.

Falk se volvió y la miró directamente a los ojos.

—No he venido para tener una conversación contigo —le espetó.

Ella volvió a sonreírle.

—¿Qué es lo que te parece tan interesante de todo esto? —le preguntó, señalando con un gesto del mentón el lugar hacia el que se dirigía Falk.

Falk dudó un momento, pero luego le contestó.

—Mira a esos tipos. No, no a los que tienen las taladradoras. A los que están en el otro extremo de ese techo derrumbado. ¿Ves lo que tienen en las manos?

A pesar de la neblina provocada por el humo, se veía con claridad a dos individuos que pasaban unas varas rematadas por unos discos sobre los escombros humeantes.

—Olisqueadores —dijo la chica.

—Sí.

—Es bastante normal, ¿no? Revisarlo todo.

—Si se trata del impacto de un meteorito, ¿por qué están buscando restos de explosivos?

—Pueden estar buscando cualquier cosa. Se pueden haber liberado todo tipo de sustancias, o el incendio puede haber provocado su aparición. Toxinas. Ya sabes, cuestiones de salud pública. Eso es todo.

—O podrían estar buscando restos de explosivos. Algún tipo de munición. Aquí hay algo más de lo que dicen las noticias. Para empezar, hay heridos, como mínimo.

—Ya los vi —le confirmó la chica, que perdió la sonrisa durante un momento—. Creo que son cinco en total. Me han dicho que son vagabundos.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Uno de los bomberos. Me dijo que estaban sacando cuerpos de algunos vagabundos que estaban viviendo en los almacenes.

—No creo que sea eso —la rebatió Falk.

—¿Por qué no?

—Porque le eché un buen vistazo a uno de ellos.

—Todos estaban muy quemados.

—Sí, pero el que yo vi estaba bien afeitado y llevaba un buen corte de pelo.

—Los vagabundos también se cortan el pelo.

—¿Tú qué eres? ¿La señora «el vaso está medio loco»?

—Sólo digo que nada de eso tiene por qué ser una prueba sólida.

—Por eso me gustaría que te callaras y te largaras para que pueda seguir haciendo mi trabajo.

La chica estaba a punto de contestarle cuando alguien los llamó.

Los dos se dieron la vuelta. Un soldado del D.M.O.A. se les acercaba al trote. Llevaba una armadura completa y empuñaba un arma.

—Vosotros dos. Vuestros papeles. De prisa.

—Quítate el broche —le dijo Falk a la chica con un susurro.

—¿Qué?

—Que te quites el puto broche, estúpida de mierda. ¡Ahora!

El tipo del D.M.O.A. llegó a su altura. Su armadura constaba tanto de arnés pectoral como de protecciones para las extremidades. El arma que empuñaba sobre el pecho era un PAP 20, un arma estándar muy común, una carabina de cañón corto. «Personal, (Arma), Polivalente.» Al acercarse, el soldado pareció aumentar de tamaño de un modo alarmante y extravagante.

—No deberían encontrarse en esta zona —dijo el soldado.

Sonaba cansado y un poco tenso. Falk tuvo claro de inmediato que no iba a tener ningún sentido que intentara engañarlo. El soldado no estaba de humor para juegos. Ni siquiera les había preguntado por el chaleco o por el brazalete.

—Lo siento —se excusó Falk.

—No hacéis más que dificultar la situación. ¿Dónde está vuestro fruto® respeto? Hay gente achicharrada por ahí. Estáis estorbando metiéndoos en el fruto® trabajo de los demás.

—Lo siento —repitió Falk.

—¿De la prensa? —le preguntó el soldado.

—Sí —le confirmó Falk.

—Bueno, supongo que es mejor eso que unos frutos® fisgones. Los papeles.

Falk metió con rapidez una mano en el bolsillo, esforzándose con gestos exagerados en mostrar que no iba a sacar nada extraño.

—Tengo una autorización de la Oficina de Asentamiento —le dijo con rapidez antes de que la chica de la chaqueta verde pudiera decir nada o enseñarle cualquier papel que ella llevara—. Esta es mi ayudante de investigación.

Deseó que la chica no dijera nada, que no lo contradijera.

El soldado miró la identificación de Falk.

—¿Tu ayudante de investigación?

—Sí.

—Vale.

—He sido yo quien la ha hecho venir. Es culpa mía. Ella insistió en que no deberíamos cruzar la barrera.

El soldado la miró.

—Yo no quise —confirmó ella, pero con lentitud, mientras se esforzaba por seguirle la corriente a Falk con lo que quiera que estuviera intentando hacer—. Le dije que no lo hiciéramos.

—Debería haberle hecho caso —añadió Falk.

Las lentes militares habían revisado la identificación de Falk al mismo tiempo que los ojos del soldado. El reportero vio una leve luz azul detrás de las lentes cuando la respuesta del procesador de seguridad llegó desde el centro de mando del D.M.O.A.

—Muy bien. La identidad concuerda —dijo el soldado—. Vais a tener que salir de la zona. Os acompañaré. Puede que no haya ninguna investigación, pero tengo que avisaros que es posible que os caiga una sanción económica, o incluso una suspensión temporal de los privilegios de la autorización.

—Vale —respondió Falk.

—Así es como funciona.

—Lo sé. Sólo quise probar suerte. Lo siento.

—Vamos de vuelta a la barrera —les dijo el soldado. Comenzaron a caminar—. Hacedme un favor y volved de verdad a casa. No quiero enterarme de que intentáis colaros de nuevo.

—Por supuesto, por supuesto. Que siga bien. Gracias por no ser muy duro. Fue una idea estúpida. Pero tenía que intentarlo. ¿En cuántas noticias de impactos de meteoritos se puede informar en directo?

El soldado les indicó con un gesto que pasaran al otro lado de la barrera.

—Casi ninguna —admitió.

Dejaron el chaleco, el brazalete y el botiquín en el portalón trasero abierto de un vehículo médico. Varios individuos emprendedores de la zona norte habían aparecido con carritos de comida y quioscos móviles y se dedicaban a proporcionar bebida y comida a la multitud mañanera de curiosos y a los miembros del personal de rescate en sus ratos de descanso. Falk pagó dos té de una carretilla con un calentador eléctrico con forma de urna cromada.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó la chica de la chaqueta verde.

—Era el mejor modo de salir de la situación —le contestó Falk.

La joven tomó la taza que le ofrecía.

—No querías que viera mi identificación —comentó ella.

—Yo tengo una autorización de la Oficina de Asentamiento. Y soy Lex Falk. Mi acreditación puede absorber ese tipo de cosas. Si me multan, siempre lo puedo cargar

a los gastos. Probablemente no me aplicarán ninguna sanción si no me meto en más problemas. Tú sólo estás afiliada a un canal de noticias, así que no estás ni de lejos a prueba de algo grave como pueda estarlo yo.

—¿Así que te llevaste el rapapolvo por los dos porque eres una persona buena de cojones?

—Me llevé el rapapolvo por los dos porque me lo iba a llevar de todas maneras, y llevármelo por los dos no iba a ser peor.

Tomó un largo sorbo de té.

—Y me llevé el rapapolvo por los dos por culpa de ese broche de mierda. ¿Dónde lo tienes?

La chica se lo sacó del bolsillo. Él lo tomó en la mano y lo examinó.

—Es de verdad.

—Sí —le confirmó la chica—. Estaba en el hueco lateral de la puerta del transporte donde conseguí el botiquín.

Falk la miró fijamente.

—No lo entiendes, ¿verdad? —le soltó—. Si te pillan colándote en una zona de seguridad, te dan una patada para echarte, te multan y te la cargan por intentarlo. Te dan una palmadita en la mano por ser una reportera mala y traviesa. Si te pillan en una zona de seguridad con una identidad del D.M.O.A., ya sea falsa o robada, eso es hacerse pasar por personal de la Oficina de Asentamiento, y esa infracción entra dentro de las leyes marciales. Eso significa una montaña de mierda que se te cae encima de la cabeza. Para empezar, te anulan la acreditación, y para toda la vida. De hecho, lo siguiente sería mandarte de una patada en el culo a la órbita para que pillaras la próxima nave que saliera del planeta.

—Supongo —respondió ella.

—No, no se trata de una suposición —le bufó Falk—. Es la puta verdad de lo que sucede. Tienes que saber este tipo de cosas. Tienes que conocerlas para que no la jodas con una estupidez que acabe con tu carrera.

Echó el brazo hacia atrás y arrojó el broche por encima de una valla, hacia una zona de aparcamiento.

—Vaya. Casi parece que te preocupa lo que me pase. O quizá quieres ligar conmigo.

—Ni una cosa ni otra —le replicó Falk—. Me pilló justo a tu lado. Si ése hubiera encontrado el broche, la mierda seguro que también me habría salpicado a mí.

Cleesh lo había estado llamando. Cuando por fin pudo hablar con ella, parecía enfadada por algo.

—Necesito que vengas y conozcas a una gente —le dijo.

—¿A quién?

—Tú ven a conocerlos y ya está.

—¿Dónde?

Cleesh se lo dijo.

—¿Puedes venir esta tarde? ¿Alrededor de las cuatro?

—Vale.

En realidad no quería ir, y cada vez estaba menos interesado en lo que Cleesh andaba metida.

Pero era Cleesh, y parecía enfadada, y Falk tenía la puñetera idea de que le debía algo.

Tenía otras cosas que hacer. La cadera todavía le dolía. Le dolía mucho. Intentó ponerse cómodo en su apartamento acoplando cojines a la mesa del escritorio, pero le dolía menos estando de pie. Decidió que lo mejor era ir a la biblioteca que la Oficina de Asentamiento tenía en Furth y trabajar allí. Tenían sillones de cuero de imitación. Podría recostarse a gusto.

Su celéfono sonó.

—Soy yo.

—¿Quién?

—Noma.

Falk se quedó callado un momento, aunque sólo fuera para hacerle ver lo poco que pensaba en ella.

—Ah, sí. ¿Qué quieres?

—Tengo algo.

—Vaya, eso es ser generoso —le replicó Falk—. Si trabajas mucho durante otros cinco años y explotas a tus fuentes sin piedad, puede entonces que quizá...

—Ja, ja, ja. Eres muy gracioso. Tengo algo. Creo que querrás verlo.

—¿Por qué?

—Porque es bueno, Falk.

—No. ¿Por qué me llamas? Si tienes algo, y de verdad es bueno ¿por qué me llamas? ¿Por qué no sigues tú sola con ello?

—¿Quieres una respuesta convincente? —le preguntó ella.

—Vale.

—Porque esta mañana en Letts me salvaste de cagarla, así que intento darte las gracias. Un gesto único, sin repeticiones. Lo tomas o lo dejas.

—Vale, es bastante convincente. Y ahora dime el verdadero motivo.

—Porque esto que tengo... No tengo ni puta idea de lo que tendría que hacer con esto que tengo.

Se alojaba en un hotel de cubículos de la Zona Sur, el barrio más antiguo de Shaverton. Cuando pasaran otros veinte años, a la zona llegaría la moda de los Primeros Asentamientos, y los inversores derrocharían dinero en sus calles estrechas, en los depósitos y almacenes, en los negocios de venta de tablas de contrachapado y de bloques de hormigón. La gente compraría encantada ese ambiente de colonizadores y buscadores pioneros, y en las fachadas de la casa de cuentas y en la de la oficina de pesos y medidas aparecerían placas conmemorativas.

Hasta entonces, la Zona Sur seguiría siendo un agujero reservado únicamente para los alojamientos más baratos, para los trabajadores inmigrantes temporales, para los asuntos turbios y para los mercadillos de segunda mano. El aire estaba cargado de un olor a sopa rancia procedente de las bocas de los grandes canalones de desagüe de la lluvia y del hedor a alquitrán echado a perder y a agua estancada. También había olores de cocina, calientes y cargados de especias, procedentes de los puestos de comida colocados entre las hileras de tienduchas y en las calles laterales. Los vendedores gritaban los platos y los precios, pero los olores a comida gritaban más que ellos. Eran recetas de ocultación. Gran cantidad de pimientas y de potenciadores del sabor, de dosis importantes de especias, de salsas de marinado. Era cocina pensada para ocultar los sustitutos que se utilizaban para el pollo, el cerdo y la ternera. Ni siquiera eso. Aquellos puestos trabajaban sin nada que imitase siquiera al pollo, el cerdo o la ternera.

Los edificios de la Zona Sur estaban cubiertos de mugre, o de una capa húmeda de suciedad. Algunos mostraban la imagen vaga de los carteles originales pintados a mano de los primeros colonizadores. La pintura se había resecado y se había levantado formando costras, y los colores habían perdido toda la intensidad antes de que la propia pintura comenzase a ser arrastrada por el viento. Los *blurds* aleteaban alrededor de las linternas chinas y de las bombillas sin pantalla de protección alguna. Las calles eran tan estrechas y estaban tan abarrotadas que Falk se abrochó hasta arriba el abrigo y se metió las manos en los bolsillos.

Había tomado un taxi desde su apartamento. La ciudad mostraba un aspecto apagado, carente de luz. La capa de humo producida por el incidente que había tenido lugar en Letts había formado una enorme masa de oscuridad en la zona noroeste y había absorbido todo el color. En el aire flotaba una neblina llena de partículas. Incluso las superficies majestuosas de los mástiles de cristal parecían haber sido lijadas hasta quedarse con un acabado mate bajo la penumbra del atardecer.

A Falk no le gustaba mucho la Zona Sur. Las posibilidades de que ocurriera algo

criminal y desafortunado eran demasiado elevadas. Sin embargo, al menos, el lugar tenía algo de color. Había luces y lámparas de colores, lonas de colores, bandejas de acero inoxidable llenas de comidas de colores intensos, llamas de colores brillantes de los fogones de los puestos, telas teñidas de colores, olores cargados de color en el aire.

Pasó al lado de cestas de alambre llenas de zapatos de goma de colores chillones situados en el borde del mercadillo, y luego por delante de más contenedores con juguetes baratos, gorras deportivas de saldo, fregonas, escobas y utensilios de cocina. Cada contenedor tenía un cartelito clavado en un alambre y colocado encima donde se había escrito a mano el precio de los productos. Las lentes antibrillo de moda colgaban como fruta puesta a secar sobre una cuerda, y las etiquetas de sus precios se agitaban con el viento. Había individuos que sostenían bandejas igual que las antiguas chicas de concesión en las que mostraban celulares sin cajas de embalaje y sin papeles de autorización.

La chica de la chaqueta verde lo estaba esperando en la escalera de entrada del edificio de cubículos. No tenía una habitación a la que invitarlo a entrar, ni un lugar donde se pudieran sentar para hablar. Le dijo que conocía un sitio.

Llevaba otra vez la chaqueta verde de campamento, pero Falk empezó a pensar en ella como Noma.

—¿Cómo estás? —le preguntó la chica con desenfado mientras atravesaban el mercadillo.

—Estoy bien.

Falk se fijó en que llevaba la tableta portátil metida en un bolsillo pectoral de la chaqueta, y que no dejaba de tocarla para asegurarse de que seguía allí.

Lo llevó a una franquicia de ProFood que se encontraba en la esquina occidental del mercado. Noma pidió dos botellas de CeroCal-Cola porque se podía comprobar el sello de los tapones y estar seguro de que no las habían rellenado. Falk tomó un puñado de servilletas de un dispensador y unas cuantas pajitas que venían en fundas de papel individuales. La joven pidió algo de comida para ella. Al ser una franquicia, todavía tenían el viejo logotipo de Bill Berry Astronut en las servilletas en vez de la marca más moderna y triunfadora del pollo de Booster Rooster.

Se sentaron apartados a una mesa de la parte trasera. La superficie de plástico de la mesa estaba cubierta de circunferencias pegajosas. Noma le ofreció un poco de lo que había pedido: un cucurucho de papel parafinado que contenía lo que parecían ser trozos de carne a la parrilla servidos en palillos. El hizo un gesto negativo con la cabeza.

—En realidad, la comida por aquí no está tan mal —le comentó Noma.

—Dicen que el salto base no está tan mal, y tampoco quiero probarlo.

Noma sacó con los dientes un trozo de carne de uno de los palillos.

—Fíjate que me parece que le han puesto tropezones de *blurd* —apuntó la joven.

—Vaya, parece que me estás vendiendo que haga salto base —le contestó Falk.

Ella le sonrió sin dejar de masticar.

—Bueno, ¿de qué va todo esto? —le preguntó.

—Cuanta prisa. ¿No podemos seguir tonteando?

—¿De qué va todo esto? —le repitió Falk.

Noma tomó una de las servilletas, limpió un poco la mesa, y luego colocó encima su tableta para deslizarla hacia él. El artefacto estaba del revés, pero ella activó una imagen, la rotó, y la expandió.

—¿Qué es esto? —le preguntó.

—Tú ponlo en marcha y míralo bien.

Falk activó la grabación. Duraba unos cuarenta segundos. Permaneció un momento en silencio cuando terminó, y luego lo volvió a activar para verlo de nuevo.

—¿De dónde has sacado esto? —quiso saber.

—De unos amigos. Altas instancias. Ya sabes.

Falk la miró fijamente. Por fin, Noma se encogió de hombros.

—86 tiene tendencia a sufrir impactos meteóricos. Es un hecho comprobado. El riesgo es mínimo, pero existe. Esa es la postura oficial. Letts no tuvo suerte en la lotería meteórica. ¡Ah, así es la vida! Sin advertencia. La velocidad del impacto fue tan elevada que nadie detectó el meteorito, ni las estaciones de superficie ni las orbitales. Nada. Ésa es la postura oficial que acaba de aparecer en los canales de noticias hace menos de una hora. Nada. Olvidemos por un momento que tenemos toda una Terminal en el Cabo. Nada lo detectó hasta que se estrelló.

Noma activó de nuevo la grabación. Levantó la mirada y la cruzó con la de Falk. Pareció divertirla que él la estuviera mirando a ella en vez de a la grabación.

—Además, ¿sabías que hay ahora mismo ocho naves en posición geoestacionaria ahí arriba? Ocho naves aparcadas directamente sobre Shaverton.

—Con sus sistemas de detección apuntando hacia abajo —aventuró Falk.

—Sí, para vigilar y supervisar el tráfico de naves de carga. Y eso que usted ve, señor Falk, es una grabación procedente de los archivos de la nave *Manchurian*.

La grabación, repleta de datos sobrescritos, era una grabación orbital de la zona noroccidental de Shaverton. Era nocturna. Una imagen térmica. El plano de una ciudad con un leve toque borroso. Veintiocho segundos después del comienzo, aparecía un destello al rojo blanco en Letts.

—No hay estela —dijo Falk.

—No hay estela. Ni siquiera invisible al ojo humano. Nada en los sensores. No fue un meteorito.

—¿Cómo has conseguido esto?

—La *Mancharían* fue la nave que me trajo. Un miembro de la tripulación de

cierto rango pensó que era mejor enviarme esta grabación que dejarme que escribiera sobre la relación antirreglamentaria que tuvo con un miembro del pasaje durante el viaje.

—Un chantaje —musitó Falk, casi con admiración.

—Ni siquiera era algo que me hubiera guardado por si acaso —le explicó Noma—. Fue una oportunidad que aproveché. Cuando me dijiste que me mandarían de una patada a la próxima nave que saliera, me puse a pensar en las naves en órbita. Y justo a tiempo.

—¿A qué te refieres?

—A la hora de comer vi en uno de los canales generales de noticias a un tipo que le hacía una entrevista a un representante de la Oficina de Asentamiento. Le preguntó directamente si algo estacionado en la atmósfera o que se encontrara en órbita había captado alguna imagen del impacto, y el representante le contestó de un modo categórico que se habían comprobado todas las fuentes posibles y que no se había encontrado nada al respecto.

—Ya lo tenían preparado.

—Así es.

Falk tamborileó con los dedos en la superficie de la mesa, al lado de la tableta. Sentía calor, y la silla de plástico hacía que le doliera la cadera. Rasgó uno de los envoltorios de papel para sacar la pajita, le quitó el tapón a la botella de cola y tomó un sorbo.

—Ya veo por qué no sabes qué hacer —comentó.

—Me pareció que quizá a ti se te ocurriría algo.

Falk alargó una mano y cogió uno de los palillos con trozos de carne del cucurucho de papel parafinado. Estaba sufriendo algo parecido a los efectos de una inyección de cafeína, y necesitaba mantenerse tranquilo. Necesitaba carbohidratos y proteínas. Lo cierto es que sabía bien. Estaba crujiente. Era algo parecido a un caramelo de cacahuete con sabor a carne de cerdo.

—Ahora sí que tienen un poco más de importancia los detectores de explosivos —comentó.

—Así es.

—Si vamos a «hacer» algo con esto, tenemos que saber con certeza qué es lo que estamos «haciendo».

—Sigue.

—Si vamos a desvelar algo, tenemos que saber qué es lo que estamos desvelando. ¿Qué es lo que está pasando como para que necesitaran esa mentira de un impacto de meteorito? ¿Lo que ocurrió, fuera lo que fuese, pasó en Letts al azar, o precisamente por lo que había en Letts?

—Vale. ¿Y cómo averiguamos eso?

—Déjame que me ponga a ello. Nos vemos esta noche otra vez.

Noma hizo un gesto de asentimiento.

—¿Me puedo llevar esto?

—No.

—¿Y hacerle una copia?

—No.

—Pero puedo fiarme de ti para que lo guardes con cuidado.

—Sí.

—Y puedo confiar en que no harás nada estúpido con esto.

—Sí —lo tranquilizó la joven.

Cleesh había estado llorando.

—Llegas tarde —le dijo.

—Está un poco lejos de mis rutas habituales —le replicó Falk. La miró fijamente y entrecerró los ojos—. ¿Has estado llorando?

—Los ojos me juegan malas pasadas —le explicó—. Ya te lo conté el otro día. Los conductos lacrimales, algo sobre la humedad. Pasé demasiado tiempo metida en una lata. Ya te lo dije.

Recordó que ella le había contado algo sobre eso. No era la primera vez que la veía con esas bolsas hinchadas de color rojizo bajo los ojos. Empezó a darse cuenta de que no la conocía tan bien en persona. No sabía si sufría alguna alergia, si tenía tendencia a llorar, si esos párpados hinchados eran su aspecto habitual.

Las letras de aluminio de un metro de alto montadas a lo largo del patio delantero de cemento del edificio decían «USEO del PIONERO» porque alguien se había llevado la M inicial. El lugar se encontraba justo a la salida de Equestrian, en una zona dedicada a parques y monumentos por los planificadores de la ciudad. En algún momento, alguien había insistido mucho en que se invirtiera una gran cantidad de dinero en un museo para celebrar el asentamiento de 86, cuando todavía había muchos elementos de infraestructura en el planeta que necesitaban fondos. El proyecto había quedado paralizado. No era el primer planeta que Falk visitaba en el que un gran plan de conmemoraciones quedaba en el olvido.

Las malas hierbas se habían abierto paso entre las fisuras de las losas del sendero principal, en la gravilla coloreada de los lechos de flores y en el conjunto de sendas. No se había llegado a plantar nada ornamental, por lo que los hierbajos lo habían invadido todo y se habían apoderado de las zonas donde el césped no había crecido fuera de todo control. La estructura del museo se asemejaba a un inmenso cobertizo, parecido a un hangar de grandes dimensiones o a un muelle de atraque cubierto. La construcción se había interrumpido una semana o dos antes de que se terminara el

tejado y todo quedara protegido del agua. Los canalones de desagüe se habían desplomado. Los tragaluces de colores del enorme techo estaban rotos. Las hojas secas del invierno anterior y las vainas de semillas se habían colado empujadas por el viento a través de las puertas principales, medio abiertas, y habían formado enormes pilas crujientes y polvorientas. Los *blurds* habían encontrado refugio entre las vigas. Había puntos donde giraban enloquecidos, casi furibundos, alrededor de esos lugares, como si una serie de torbellinos hubieran lanzado al aire de nuevo algunas de las hojas secas.

Falk siguió a Cleesh cuando entró en el edificio. El museo habría sido un edificio magnífico, amplio, luminoso. Incluso con la construcción a medio terminar y los resultados del abandono, era evidente que el arquitecto era un magnífico profesional en su campo.

Era un museo de huecos y de espacios vacíos, una conmemoración de la desidia. Los podios y las vitrinas nunca se habían llenado, ni se habían estampado ni colocado las placas con descripciones. Los bloques de piedras blancas y los elegantes caballetes de metal no sostenían nada que el público pudiera ver.

Los únicos elementos de exposición evidentes eran tres primitivas naves de aterrizaje que ocupaban el espacio principal del museo. Cada una de ellas se encontraba sobre un enorme soporte de piedra tallada. Los cascos mellados de acero martensítico estaban descoloridos y llenos de salpicaduras, cubiertos de manchas de carbón y de quemaduras provocadas por la reentrada, pero todavía se podía distinguir el dibujo en blanco y negro, el plateado de las toberas y de las válvulas de escape, el rojo intenso de los Estados Unidos y los identificadores de la Oficina de Asentamiento. Aquellos gigantescos tambores de metal habían sido los que llevaron a los primeros colonizadores al planeta. Fred Shaver viajó a bordo de uno de ellos. Probablemente, su esposa Ginger también.

—¿Por qué estamos aquí? —quiso saber Falk.

Ella siguió caminando. A veces, Falk se olvidaba del volumen de su cuerpo y lo que le costaba caminar a Cleesh.

—Nadie viene por aquí —le explicó ella.

—¿Debería haberme traído una gabardina con el cuello levantado? —bromeó Falk.

Cleesh no se rió.

—Tú sígueme. Aquí disponemos de cierta privacidad. Esta zona no está conectada en absoluto.

Falk había tomado un tranvía eléctrico para recorrer Equestrian y luego había hecho a pie el resto del camino. Supuso que ella había hecho lo mismo, porque no había visto ningún vehículo al llegar. Cleesh lo condujo a lo largo del cavernoso museo, y sus pasos sólo provocaron un pequeño eco. Echó la cabeza hacia atrás para

admirar las gigantescas naves al pasar junto a ellas.

—Entonces, lo de Letts... —dijo, para empezar una conversación.

—Sí, fue otra cosa —le confirmó ella.

—¿Qué has oído sobre eso?

—Lo mismo que todo el mundo. Un impacto de meteorito.

—No he podido evitar fijarme en que no muestras tu alegría habitual —comentó Falk.

Ella lo miró brevemente por encima del hombro, hacia atrás, y sin dejar de caminar. El reportero se fijó en que se había rascado mucho las cicatrices de la retirada quirúrgica de los implantes de conexión.

—Están pasando cosas. Por eso estás aquí.

—Cleesh, ¿es que he hecho algo que te cabrea?

—Sí. Tú eres Lex Falk y yo soy yo.

—¿Qué?

Cleesh se detuvo y se volvió para encararse con él. Una emoción difícil de describir le pasó por la cara, semejante a cuando las nubes se interponen a la luz del sol.

Le sorprendió que regresara hacia donde él estaba y que lo abrazara. La gran masa corporal de Cleesh le envolvió por completo.

—Lo siento. Eso ha sido un golpe bajo. No quería ofenderte. He tenido algunos disgustos. Unos cuantos golpes en mitad de mi confianza.

—¿A ti?

—Burlarte no va a ayudar, Falk. Todo estaba bien, iba de fábula, cuando yo era una voz omnipotente en una lata orbital. La vida en gravedad es una frutada®.

—Sólo es cuestión de un proceso de adaptación —le contestó Falk, quien en su fuero interno deseaba que lo soltara, pero no quería ser él quien se separara—. Todo irá mejor dentro de poco, ya lo verás.

—No. Orbitar te deja hecho unos frutos® zorros. Todo se convierte en un fruto® problema de salud. A mí se me han cerrado para siempre un montón de posibilidades, y eso me agujerea la confianza detrás del escudo térmico.

Cleesh lo liberó del abrazo de oso y le sonrió.

—No te culpo por ser como eres. Mírate... Vas a aprovecharte de mis contratiempos.

—¿Cómo?

—Ya lo verás.

Volvieron a caminar de nuevo.

—Respecto a lo de Letts, no fue un meteorito.

—Lo sabemos —le respondió ella.

—¿A quiénes te refieres con eso de «sabemos»?

—El meteorito no es más que una tapadera.

—¿A quiénes te refieres con eso de «sabemos»? —repitió Falk.

Bajo unos grandes ventanales de la parte posterior del museo habían levantado una plataforma elevada desde la que los visitantes podían ver bien el casco seccionado de un modo quirúrgico de la tercera nave de aterrizaje. Bari Apfel los esperaba en la plataforma. Llevaba puesto un traje oscuro, uno típico de ejecutivo, y encima un abrigo de color marrón.

—Hola, Falk —lo saludó, y le estrechó la mano.

—Bueno, ¿de qué va esto? —quiso saber Falk—. ¿De un asunto legal de la D.M.O.A., o de algo más extraoficial?

—¿No pueden ser las dos cosas a la vez? —le preguntó Apfel.

—No lo sé —contestó Falk—. ¿Pueden ser?

Apfel siguió sonriendo, y se encogió de hombros con un gesto de «ya veremos».

—Habilitadora de Operaciones Geoplanitia me ha contratado de forma temporal. Mi tarea es la imagen corporativa.

—Eso ya lo dijiste —le indicó Falk.

—Mis atribuciones son muy amplias, y parte de ellas son bastante confusas de un modo deliberado. Existen aspectos de mi cargo que no se han puesto por escrito para facilitar cualquier negación de responsabilidad en caso de un... percance.

Falk soltó una risita.

—Me encanta el modo en que habla la gente como tú —dijo.

—Estoy seguro de que te gusta. Encuadramos los términos que utilizamos del mismo modo que las putas de la información como tú hacéis —le contestó Apfel. Luego bajó la mirada hacia la tercera nave—. La parte mala de este trabajo es que sólo soy un número de contrato enterrado en alguna parte oculta y sin especificar de los libros de contabilidad de la GEO. Mis parámetros de trabajo son extraordinariamente imprecisos, y la GEO puede dejarme tirado en cualquier momento y negar cualquier relación conmigo en interés de la integridad de la compañía.

Se volvió hacia Falk con una sonrisa.

—La parte buena son los recursos.

—¿Un presupuesto en negro?

—Más bien en gris, en realidad. Pero es muy amplio. La remuneración personal es muy elevada, por supuesto, y muy superior a la que cualquier contratista de mi importancia aparente podría soñar. Sin embargo, el capital con el que puedo trabajar... El acceso del que dispongo. Las posibilidades de las que disfruto. Tengo carta blanca para utilizar cualquier cosa que quiera, incluidos el desarrollo y el despliegue de las propiedades más experimentales. Siempre que logre unos beneficios adecuados, los jefazos de la GEO seguirán encantados de invertir y de hacer la vista gorda. De hecho, prefieren no saber en realidad lo que estoy haciendo.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —le preguntó Falk—. No soy más que otra puta de la información. Quién sabe lo que puedo terminar haciendo. Si me filtras noticias como ésta, de algún modo dejas sin efecto todo eso de negar tu existencia.

—Tú escucha lo que tiene que contarte —lo interrumpió Cleesh.

—No me importaría colarte alguna mentira si hace falta, pero siempre he preferido no mentir a menos que sea necesario —le contestó Apfel—. No hay que recordar tanta mierda. Hace que la vida sea mucho menos complicada, y que las mentiras, cuando se producen, sean mucho más valiosas. Te cuento todo esto porque estoy bastante seguro de que acabaremos teniendo intereses comunes, así que tú también lo mantendrás en secreto. Cleesh está de acuerdo, ¿no es verdad?

—Fui yo quien sugerí tu nombre cuando nos dimos cuenta de que necesitábamos a otra persona —declaró Cleesh.

Apfel señaló con un gesto de la cabeza hacia los escalones de cemento de la plataforma.

—Los negocios de la GEO en 86 están sufriendo un serio retroceso debido a esta situación.

—Eso lo sabe todo el mundo, y no es la única gran corporación a la que le pasa.

—Cierto, pero a nosotros no nos importan las demás. Los problemas de 86 comienzan a afectar seriamente al mercado base y al de los demás asentamientos. La cosa está mal, y tiene pinta de ir a peor. El problema principal es la percepción que se tiene del asunto. En general, todo el mundo piensa que la GEO es la responsable de la difícil situación en 86.

—Bari, ¿ahora me vas a decir que pasa lo mismo que en 70? ¿Una pobre corporación transglobal que está sufriendo injustamente por culpa de otros?

—¿Tan difícil es imaginarse algo así? —replicó Apfel—. El enorme poder y tamaño de las compañías transglobales hacen que sea fácil creer que son crueles, insensibles, anónimas y las responsables de todos los males de la sociedad. Pero en 70 no fueron las compañías farmacéuticas. Recibieron una lluvia de mierda, y no fueron ellas. Lo sabes bien. Más que nadie.

—Curiosa forma de expresarlo.

—Tú estabas allí. Hablaste con mucha claridad al respecto, en defensa de esas compañías y contra el modo en el que fueron tratadas.

—Sabes mucho sobre mí —comentó Falk.

—Yo le he contado unas cuantas cosas —intervino Cleesh con un cierto tono de disculpa en la voz.

—Si no te preocupas por investigar en condiciones a una persona con la que pretendes tener tratos, más te vale sacar el culo del puto negocio.

—Entonces, ¿quién es el que se está portando mal aquí?

—Los Estados Unidos se han metido en un follón aquí en 86 —le explicó Apfel

—. Han empezado a enfrentarse con el Bloque. La tensión ha degenerado en combates directos de verdad por primera vez.

—¿Esto tiene que ver con Fred?

—Con Fred y con otras muchas mierdas. Ni siquiera sabemos la mitad de lo que está pasando, pero todo parece tener que ver con ciertos recursos. Ordenes de importancia estratégica. Vetas de minerales. Es algo que está metido, de forma bastante literal, en el territorio. Como los E.U. y el Bloque se han lanzado a por ello, la Oficina de Asentamiento se ha visto metida en el embrollo.

—Pero la GEO no.

—Cuando la GEO llegó por primera vez a 86 y comenzó a invertir, lo hizo de un modo inteligente y seguro. La práctica operativa estándar. La GEO tiene un vínculo importante con los E.U., no voy a decir que no, pero no se trata de una relación exclusiva. La empresa creció de tal manera que sin importar quién estuviera arriba, quien tuviera el mando, la GEO siempre estaba en una posición de privilegio, con la infraestructura adecuada, lista para sacar beneficios.

Apfel se volvió hacia Falk. Habían llegado a un gran muelle de carga situado en un lado del gran cobertizo del museo, donde los peldaños de cemento llevaban a una puerta corredera cerrada. Una pila de hojas secas se había acumulado al pie de la escalera.

—¿Pillas la situación general? —le preguntó Apfel.

—La Oficina de Asentamiento ha establecido un apagón informativo sobre la disputa que enfrenta al Bloque y a los E.U., y como consecuencia de eso, la GEO está sufriendo ataques porque se la considera la agresora.

—Bastante acertado.

—¿Y cómo cambiarías eso? Me refiero a si tuvieras un contrato un tanto impreciso con la finalidad de limpiar la reputación corporativa de la GEO.

—Diría la verdad y culparía a los responsables —le contestó Apfel.

—¿A qué te refieres exactamente con eso?

—Tú consigues más elementos reales sobre lo que verdaderamente está pasando y los pones en circulación para que la gente tenga una visión más realista de la participación de la GEO en todo esto. Reinformar, Falk.

—¿Y cómo se hace eso? —le preguntó Falk.

Apfel se agachó y agarró el tirador de la puerta corredera. Se irguió de nuevo y levantó con él la hoja, que se enrolló en el tambor acoplado a la jamba del hueco. La luz del sol entró a raudales.

—Pues encuentras un corresponsal con unas credenciales y una reputación fabulosas y lo envías a la zona de combate —le explicó Apfel.

—La Oficina de Asentamiento no dará su autorización —le contestó Falk—. Quiero decir que se negará en redondo a nada parecido.

—Lo sé —admitió Apfel.

—Pues entonces, no puedes hacerlo. No puedes hacerlo si no cuentas con toda su cooperación.

—Pues resulta que sí que puede —lo contradijo Cleesh.

Salieron a un espacio abierto cubierto de maleza situado bajo el alero del museo. Los *blurds* revoloteaban alrededor. Falk sintió como los microbichos le irritaban la piel, y deseó haberse acordado de ponerse el repelente de insectos. Era un acto diario al que todavía no se había acostumbrado.

Habían abierto un sendero de ceniza a través de la zona de matorrales y habían colocado en el otro extremo un objeto para su exposición bajo un puñado de árboles rectilíneos de color marfil que o bien estaban secos o se habían quedado sin hojas. El objeto en sí tenía el tamaño de una casa de campo, y estaba montado levemente inclinado sobre tres cuartas partes de su longitud total en una zona de grava de color rosado. Los matorrales y las malas hierbas habían invadido el sendero, la parte de la gravilla y las cavidades del mellado objeto metálico. El líquen ya cubría la parte inferior, a la que nunca llegaba de forma directa la luz del sol.

—La cápsula de exploración original —le explicó Apfel—. Lanzada desde una nave de sondeo de la Oficina de Asentamiento. El primer objeto creado por la humanidad que llegó a 86. Tuvieron que excavar para sacarla de una cuenca endorreica situada a unos dos mil kilómetros de Marblehead. Enterrada, envió información que cambió este planeta.

—Vaya, es algo tan simbólico... Me voy a morir de la emoción —dijo Falk con sarcasmo.

—¿Crees que soy tan pretencioso? —le preguntó Apfel con un cierto tono de diversión.

—Es que eres muy pretencioso —le contestó Cleesh.

—Lo soy, pero eso no importa —replicó Apfel—. Vinimos por aquí porque tengo el camión un poco más allá.

Siguieron el sendero que rodeaba los restos maltrechos de la cápsula de exploración hasta cruzar los árboles, y fue entonces cuando vieron el camión. Era un vehículo de transporte de tipo medio, de color azul pálido, sin símbolos o emblemas, aparcado en un arcén del camino del parque. Al salir del museo por el muelle de carga, la masa de la cápsula había mantenido oculto al vehículo.

Apfel dio un par de golpes despreocupados en la puerta posterior del camión, y luego fue el primero en subir cuando alguien la abrió desde dentro. Falk lo siguió.

Cleesh tuvo que agarrarse al marco de la puerta, poner un pie en el peldaño de apoyo y esforzarse para subir. El pequeño paseo ya la había hecho jadear.

El interior del camión estaba bien iluminado. Habían pintado las paredes de blanco mate y colocado superficies de goma para absorber los golpes y las vibraciones. Luego habían instalado una serie de sistemas de datos, y todos ellos estaban activados y en funcionamiento. La parte posterior de la zona de carga, cerca de la cabina de conducción, la ocupaba lo que parecía ser una consulta de dentista en miniatura, con aparatos de exploración e instrumental médico cuidadosamente dispuestos alrededor de una silla reclinable situada bajo unas lámparas ajustables.

Dentro del camión había tres personas esperándolos: un joven negro de aspecto atractivo, una mujer de mediana edad vestida como si se ocupara de las tareas veterinarias en un asentamiento agrario y un tipo de aspecto corriente que Falk había visto en compañía de Cleesh en varias ocasiones, la última en el Hyatt.

—Es del departamento de logística de la Oficina de Asentamiento —dijo Falk.

—Sí, sí que lo es —le confirmó Apfel.

—¿No hay por qué alarmarse?

—Es un tipo seguro —lo tranquilizó Apfel—. Necesitamos gente dentro de la Oficina y en varios puestos clave. Hemos investigado con mucho cuidado a todo el mundo antes de reclutar a nadie.

—¿No te importa que hable de ti de ese modo? —le preguntó Falk al tipo de aspecto corriente.

—Sé muy bien lo que hago —le respondió el individuo, aunque sin mucha emoción—. No estoy de acuerdo con el comportamiento de la Oficina de Asentamiento ni de los Estados Unidos en este asunto, y éste es mi modo de presentar una objeción al respecto.

—Este es Ayoob, y ella es Underwood —le dijo Apfel para presentarle al joven y a la mujer.

El joven sonrió de oreja a oreja y le tendió la mano a Falk, quien se la estrechó.

—Me gustaría que se tendiera en la silla —le dijo la mujer, Underwood.

Tenía un rostro hermoso pero desgastado por las condiciones atmosféricas, por pasar mucho tiempo fuera de casa, y una mata de cabello fino y dorado. La ropa que vestía era funcional, de tejido elástico artificial.

—Acabamos de conocernos... —le contestó Falk.

—Underwood pertenece al grupo de mis asistentes médicos —le explicó Apfel—. Tiene que hacerte un reconocimiento médico. Algo básico y sencillo. No podemos seguir adelante contigo sin estar convencidos de que no existen condiciones ocultas que podrían poner en peligro todo el proceso.

—Todavía no me has contado adónde vamos ni en qué consistirá ese proceso —le dijo Falk.

—Y no lo haré hasta que estemos seguros de que eres viable —le replicó Apfel—. Sería una pérdida de tiempo, tanto para nosotros como para ti. Si resulta que no es posible, cuanto menos sepas, menos responsabilidad tendrás que cargar.

—Ya me has dicho mucho.

—Apenas ha empezado —le comentó Cleesh antes de limpiarse con un pañuelo de papel.

Falk se fijó en que tenía las mejillas enrojecidas. Había comenzado otra vez a llorar, en silencio. Cleesh no había superado el examen médico. Se dio cuenta en aquel momento. Estaba en la lista de Apfel, pero no había pasado los límites mínimos de la prueba. Por eso estaba disgustada. Por eso lo había llevado a él.

Pero también existía cierta tensión. El factor tiempo tenía algo que ver, de eso estaba seguro. Algo había adelantado las manecillas del reloj y se había cargado todo el plan y los márgenes de error.

Falk dejó que Underwood lo llevara hasta el asiento reclinable. La doctora le dijo que se desprendiera del teléfono, el abrigo y la camisa y que se sentara bajo las lámparas de focos. Notó la frialdad de la superficie de plástico en la espalda. De repente, se dio cuenta de lo blanco y hundido que parecía su pecho, de lo delgados que tenía los brazos.

—Lleva mucho tiempo a bordo de naves, ¿verdad? —le preguntó Underwood mientras preparaba unos cuantos algodones.

—Sí. Viajo mucho por mi trabajo.

La doctora comenzó a recoger muestras de piel y de saliva, y luego le sacó un poco de sangre. Por último, pasó unas cuantas varillas por distintas partes de su cuerpo. Le hizo unas cuantas preguntas sobre su salud, la clase de comida que tomaba, y tomó algunas anotaciones.

—Se trata de Letts, ¿verdad? —le preguntó Falk a Apfel, mirando por encima del hombro.

—¿A qué te refieres?

—A lo que pasó anoche en Letts. Os ha obligado a acelerarlo todo.

—Nuestra ventana de actuación se ha estrechado considerablemente —admitió el tipo de aspecto corriente.

—¿Qué pasó en Letts? —quiso saber Falk.

Tanto Cleesh como el joven miraron a Apfel, quien hizo un gesto de asentimiento en dirección al joven.

—Ese lugar de Letts era un centro de operaciones secreto del Directorio Militar de la Oficina de Asentamiento —le explicó Ayoob—. Era un centro estratégico, para intereses especiales. Un recurso extremadamente valioso. Creemos que el Bloque lo arrasó con alguna clase de proyectil de superficie autoguiado.

—¿Han lanzado una bomba autopilotada en una base estratégica del D.M.O.A.?

—Ya viste el tamaño del agujero —le recordó Apfel—. Lanzaron una bomba autopilotada contra todo el barrio.

—¿Por qué?

—Suponemos que el D.M.O.A. encontró algo, datos de alguna clase. Lo enviaron a ese centro de intereses especiales para procesarlos o estudiarlos, y resultó que el Bloque no quería que se compartiera esa información. —Se volvió hacia Underwood—. ¿Y bien?

—Tengo que esperar a unos cuantos resultados, y hay un par de cosas que me preocupan. Por ejemplo, la densidad de los huesos, o las funciones renales. Unos cuantos problemas más. Ojalá tuviera una semana o dos para procesarlo y...

—No las tienes —la interrumpió Apfel.

—Bueno, pues entonces, basándome en todo esto, está razonablemente sano.

—Gracias por una apreciación tan halagadora —le dijo Falk.

—Ya puedes ponerte la camisa —le contestó ella.

—Entonces, ¿estoy en esto, o no?

—Vamos a suponer que sí —le respondió Apfel.

—Pues contadme ya de qué va todo ese proceso.

—¿Has visto alguna vez un tanque Jung? —le preguntó Ayoob.

—¿Un qué?

—Un tanque Jung —le repitió Apfel—. Se trata de un concepto teórico.

—Es curioso, pero no he visto demasiados de éstos.

—Se trata de un concepto teórico para cualquiera que no pertenezca a la división de actualizaciones de la GEO —añadió Ayoob—. En realidad, es una tecnología experimental. Está basada en una tecnología rompedora de telepresencia que la GEO desarrolló en los primeros tiempos de los asentamientos combinada con un equipo de reposición de sensores en tiempo real con el que llevamos trabajando desde hace más o menos diez años. Le hemos dado un nuevo uso a una tecnología pensada para ayudar a pilotar aeronaves sin tripulación en situaciones extremadamente hostiles.

—¿Y qué es lo que hace? —inquirió Falk—. ¿Permite la visión remota?

—Algo así —admitió Ayoob.

Falk se levantó, se puso la camisa y volvió a conectarse el teléfono. Luego se abotonó la camisa y se la remitió en los pantalones, todo ello sin dejar de mirar a Apfel.

—Entonces, ¿qué, Bari? —dijo—. ¿Me propones que pirateemos una señal militar segura para que yo pueda echar un vistazo a través de las lentes de algún pobre rapado del D.M.O.A.? Ya he visto ese tipo de conexiones, y son una mierda. Es toda una novedad. La calidad de la imagen es de puta pena, y el encuadre es otra mierda. Siempre están mirando en la dirección equivocada. No me interesa nada. De hecho, no se me ocurre ninguna cadena de noticias con cierta credibilidad que

aceptara algo así, a menos que se consiga por accidente una toma espectacular. No la pondrían en el sumario de noticias. Me refiero a que no la pondrían por las razones serias relacionadas con esas intenciones por las que quieres que las acepten. Se quedarían con seis segundos de una explosión exclusiva delante de la cámara. No querrían una noticia así.

—Lo sé. No te estamos hablando de una toma pirata para ver a través de las lentes de alguien.

—¿De verdad?

—Falk, esto te permite ver a través de los propios ojos del individuo en cuestión —le explicó Cleesh—. Te conviertes en esa persona. Esto te permite meterte en el fruto® cerebro de cualquiera.

Ya estaba oscureciendo cuando bajó del tranvía en el centro de la ciudad. Las luces brillaban a través de las ventanas de los comercios, y los matabichos de las farolas ya habían comenzado a relucir. Por encima de la línea de tejados, que era una silueta de color púrpura, los mástiles de cristal estaban iluminados igual que si fueran escaleras de neón.

Unas escaleras de neón a las que les faltaban muchos peldaños.

Falk se sentía bastante bien. Esa respuesta emocional se podía calificar de excitación nerviosa, a pesar de unos cuantos recelos que sentía. Ante él había aparecido una oportunidad realmente tentadora, e incluso si terminaba siendo algo insustancial, iba a convertirse en un reportaje bastante vendible.

Caminó por la calle mientras los tranvías pasaban con un zumbido a su lado. Las pantallas de las calles mostraban los últimos titulares sobre el incidente ocurrido en Letts. Ya se hablaba de crear un programa de defensa de meteoritos con fondos públicos.

El clásico engaño.

Entró en un ProFood y pidió un café. Se quedó mirando por la ventana principal mientras se lo servían. Contempló la oscura noche y meditó sobre los recelos que sentía. El ruido de la máquina de hacer palomitas repiqueteó entre el sonido de trasfondo.

Notó una incómoda sensación de culpabilidad y de responsabilidad respecto a Cleesh. Él no era así. No le gustaba verla con un ánimo tan bajo, y aunque había sido ella quien lo había metido en aquel asunto, Falk tenía la sensación de que le estaba robando algo a Cleesh, algo que, en justicia, tendría que haber sido de ella.

Siempre se había mostrado muy cauto sobre la posibilidad de jugar en las zonas grises de las grandes corporaciones, y donde se estaba metiendo era sin duda un barrio peligroso, pero precisamente por eso era tan interesante la noticia. Si la Oficina de Asentamiento los descubría, le podrían rescindir la autorización. Podría ser una tremenda herida en su carrera, una de la que quizá jamás se podría recuperar.

El proceso sonaba a algo demencial. Si alguien era capaz de hacerlo era la GEO, pero estaba seguro de que todo aquello no sería más que un tremendo fracaso, o como mínimo, se darían cuenta de lo verdaderamente patéticas que eran las maravillas tecnológicas de las que habían estado fanfarroneando. Aunque lo cierto era que todo eso también formaba parte de la noticia: las maquinaciones corporativas, las desgracias, el *schadenfraude*, el regodearse del fracaso de otro.

Se percató de que lo que más le estaba estropeando la emoción era el modo en el que Underwood le había mirado el flaco torso blanquecino cuando se quitó la camisa. El tono de voz con el que le había enumerado a Apfel sus deficiencias. Podría haber

soportado sin problemas el desprecio. También el desdén.

Había sido pena.

Llegó hasta el edificio donde tenía alquilado el apartamento y abrió la puerta situada bajo una luz de porche contra la que se estrellaban de vez en cuando los *blurds* que revoloteaban a su alrededor. La escalera olía a comida, y su apartamento estaba frío. Ya iba por su segunda imitación de whisky cuando llamaron a la puerta. No era la chica de la chaqueta verde. La comida a domicilio había llegado antes: las cajas de corcho blanco llenas de comida vietnamita procedente de la cocina de un hotel medio en condiciones que se encontraba un poco más arriba en esa misma calle.

Noma apareció diez minutos más tarde, sonriente. Llevaba consigo una botella de vino espumoso.

—¿Qué es lo que has hecho? —le preguntó Falk.

—Nada —le respondió ella.

—Será mejor que sea así.

Noma entró en el apartamento.

—Acogedor —comentó.

Falk estuvo a punto de decirle que era un agujero y que estaba buscando un lugar mejor, pero luego se acordó del sitio donde vivía ella.

Noma se sirvió un vaso de vino. Era imitación de vino, pero la envoltura de aluminio y el corcho eran de verdad.

—¿Cuándo nos ponemos manos a la obra con esto? —quiso saber.

—Ya te dije que tendríamos que esperar, y que tendríamos que actuar de un modo inteligente.

—Entonces, ¿no has hecho nada en todo el día?

—Esto nos va a llevar más de un día —le replicó Falk. Luego abrió las cajas de comida.

El olor a comida caliente comenzó a invadir la habitación, lo que ocultó en parte el ambiente a alfombra húmeda y a yeso frío.

—Estoy empezando a conseguir algo, y eso es más motivo todavía para mantener el asunto bien oculto. Es una noticia importante, y podría dar lugar a una noticia todavía más importante. No quiero que la caguemos con nuestras propias pistas.

Noma cogió un cuenco y empezó a comer.

—Cuéntame algo de lo que has hecho.

—Todavía no puedo.

—Me vas a robar la noticia, ¿verdad, cabrón?

—No. Esta misma tarde he hecho unas cuantas pesquisas, y me han conducido a un lugar muy interesante. Vas a tener que dejarlo en mis manos durante unos pocos días más. Quizá una semana.

—¿Una semana? ¿Estás de broma?

—Una semana no es tanto tiempo. No para algo tan bueno como esto.

—¿Cómo de bueno? —quiso saber ella.

—Mira, o es bueno porque es bueno, o es bueno porque es malo, pero en cualquiera de los dos casos, los dos saldremos muy beneficiados. Tú déjame a mí. Es algo delicado. No podemos arriesgarnos y ponerlo en peligro.

Ella lo miró fijamente moviendo sin parar el tenedor en la mano. Falk tuvo la impresión de que le estaba tomando la medida. Lo que no sabía era de si se trataba de unas medidas para un traje nuevo o para su ataúd.

—Estarás metida en todo. Por completo. Es el tipo de noticia que necesita dos puntos de vista. Los uniremos. La noticia falsa del meteorito y la noticia verdadera a la que lleva.

—Cuéntame.

—No puedo.

Noma inspiró profundamente.

—Puedo colocar la noticia —le dijo.

—¿A qué te refieres?

—He hablado con algunos contactos.

—¡Mierda, la vas a joder! —exclamó Falk. Se levantó de repente y dejó con un golpe el cuenco en la mesa—. ¿Qué fue lo que te dije? ¡Una sola cosa, y muy sencilla! ¿Qué fue lo que te dije?

—Tranquilízate. No soy estúpida, Falk. No le dije a nadie en qué consistía la noticia. Sólo hice un tanteo con algunos responsables de redacción y comenté la situación como una teoría. Jill Versailles de Reuters estuvo interesada, aunque sólo por principio.

—Jill Versailles es buena —admitió Falk.

—¿Lo ves? No la estoy jodiendo. Sólo es un poco de tarea base realizada con cuidado. No crucé ninguna línea. Yo sí que confío en ti.

Falk hizo un gesto de asentimiento, pero lo vio en sus ojos. No importaba lo cuidadosa que hubiera sido, ni lo discreta, había captado el interés de Versailles, y de otros, sin duda. Había captado el olor de su ansia, el olor de su dinero. Quería esa posible paga ya, cuando todavía la tenía a la vista. Una semana era una eternidad. Quería la paga del dinero, de la fama, el repentino ascenso meteórico de la reputación.

Una semana era una eternidad. Noma se iba a descuidar, iba a tomar atajos para ahorrarse tiempo. Iba a hacer todo lo que fuera necesario para meter la noticia hasta el fondo de la red.

La idea, la simple posibilidad de que cualquier otro se le adelantara, le dolía como si fuera una herida física. No podía permitirlo.

—Una semana —le dijo en voz baja—. Sólo una semana, y esto será mejor de lo

que jamás te hayas imaginado.

—¿Me lo prometes, Lex Falk?

Su teléfono sonó. Se apartó de la chica para responder a la llamada. Era Cleesh, con un tono de voz directo y sin emotividad alguna, le dijo que quizá tendría que hablar con él más tarde. Luego cortó la llamada con rapidez. Falk miró a su espalda para ver si Noma se había marchado.

El problema de ponerle un sobrenombre a alguien basándose en una prenda de ropa era que cada vez era menos apropiado a medida que se iba conociendo a esa persona. Su nombre comenzaba a imponerse a su sobrenombre.

Se dio cuenta de que ya no podría volver a pensar en ella como la chica de la chaqueta verde después de verla así, desnuda.

Fue un reclutamiento. Fue el modo que tuvo ella de mantenerlo de su lado. Falk se despertó en mitad de la noche todavía envuelto en el efecto de la descarga de endorfina, pero ya empezaba a sentir el dolor de cabeza típico de haber tomado demasiada imitación de vino y de whisky. El adormecimiento no tardaría en desaparecer, y entonces sentiría con más intensidad sus dolores y sus deficiencias físicas. Lo que le quedaría no sería un recuerdo de su entusiasmo desnudo y sumiso, sino la expresión de su mirada. Era pena, lo mismo que había visto en Underwood. Había sido muy buena a la hora de reducirla al mínimo, pero no había sido capaz de esconderla por completo. Él no era más que un medio con el que conseguir un fin, lo mismo que en el pasado otros habían sido un medio para sus propios fines. Probablemente no había sido la primera vez, pero sin duda, sí la primera vez que se había dado cuenta de ello.

Ella estaba dormida. Se puso en pie tambaleándose y vio su reflejo en una de las ventanas. Un tipo como el que estaba iluminado por las luces de la ciudad no conseguía una chica como la que estaba tumbada en la cama sin que ella consiguiera algo a cambio.

Encontró su vaso y tomó un trago de imitación de whisky para intentar recuperar el subidón postcoital, pero ya era demasiado tarde. Pensó que aquel momento era uno de esos instantes en la vida en los que uno se da cuenta de ciertos aspectos de su propia existencia y que sólo se dan cuatro o cinco veces en la vida, uno de esos momentos que a uno le cambia por completo la forma de ver el mundo, y que te muestran que no eres la persona que tú crees que eres, y que te demuestran que ya no podrás volver a serlo jamás, algo que te deja destrozado en la cuneta al lado del camino de la vida.

Estaba a la deriva y sin salvavidas. Ya hacía mucho tiempo que había dejado de ser el tipo atractivo capaz de quitarle las bragas a cualquiera con su encanto y de conseguir cualquier noticia. Pensar que todavía estaba intentando utilizar ese tipo de

trucos y que lo único que conseguía era quedar como un capullo hizo que se le revolviere el estómago.

Sonó el teléfono.

Se dio cuenta de que ya debía de haber sonado antes. Eso fue lo que lo había despertado. Se metió en el cuarto de baño para no despertarla. Un cretino de rostro ojeroso y avejentado le devolvió la mirada en el espejo.

—¿Qué?

—Lex, soy Cleesh.

—¿Qué hora es?

—Eso no importa.

—¿Qué?

—Que eso no importa, Falk. Tiene que ser ahora. Tienes que venir ahora mismo.

—Y una mierda —replicó Falk. La cadera le incomodaba con un dolor palpitante, y estaba seguro de que iba a vomitar—. Llámame mañana por la mañana. Quedaremos a una hora...

—Falk, tiene que ser ahora. Todo va demasiado de prisa. Si quieres formar parte de esto, ven aquí ahora mismo.

«Aquí» resultó ser una suite en la planta treinta y ocho del Hyatt Shaverton.

—¿Por qué no en el mástil de la GEO? —le preguntó Falk a Apfel cuando éste acudió a recibirlo al ascensor.

—Negación plausible —le respondió Apfel con una sonrisa que indicaba su convencimiento de que el concepto realmente servía para algo.

—Entonces, ¿no hablamos de una imitación del pollo a la parmesana?

—Eso no es más que un premio añadido —le respondió Apfel.

Recorrieron juntos un pasillo enmoquetado con paredes de ladrillo de cristal iluminadas en su parte posterior desde arriba. Habían intentado quemar varillas de *muzak* en un intento demencial de contrarrestar el olor del repeleinsectos, como la colisión mutuamente aniquiladora de la mierda y la antimierda.

Apfel le indicó con un gesto que entrara en la primera gran estancia de la habitación. El techo tenía el doble de altura que el normal. Falk notó el olor a maquinaria, a plástico y componentes eléctricos calientes. También le llegó un leve aroma a desinfectante de pino y a sal. Oyó el zumbido de los ventiladores que removían el aire caliente. En el exterior, al otro lado de las ventanas que sólo dejaban ver por uno de sus lados y que llegaban desde el suelo hasta el techo, se extendía Shaverton, bajo el abrigo de la noche de color ámbar, salpicado de luces y clavado al suelo con las agujas luminosas de otros mástiles de cristal.

Habían quitado las alfombras y las habían sustituido por las placas de goma que Falk había visto en los hospitales de campaña del D.M.O.A. Las paredes estaban cubiertas por una capa de goma blanca aplicada con aerosol, igual que el interior del camión del parque. La configuración de las paredes interiores y de los puntos de luz se había modificado ampliamente. Un lado de la suite se había convertido en una plataforma elevada situada delante de una pared de pantallas y de consolas informáticas de tecnología muy avanzada. En las superficies de todas las pantallas se veía una actividad frenética y no dejaban de mostrar un texto tras otro entre los que se intercalaban multitud de imágenes y de datos. Cleesh estaba sentada en una silla de ruedas especialmente adaptada e iba de una consola a otra realizando cambios y ajustes. Se volvió un poco para mirarlo por encima del hombro, pero no le dijo nada y no mostró expresión alguna en el rostro. Se colocó mejor los auriculares y volvió a su tarea.

Detrás de la plataforma había una amplia zona médica, unos cuantos módulos grandes montados en el suelo, que parecían equipo militar al que le habían dado un nuevo uso, y una puerta corredera al otro lado de la zona. El individuo de aspecto corriente del departamento de logística de la Oficina de Asentamiento estaba cerca de los módulos, hablando con dos personas a las que Falk no reconoció. Underwood

estaba atareada en la zona médica.

—Pareces un muerto recalentado —le dijo la doctora.

—Estoy muy bien, gracias —le respondió Falk—. Perfectamente bien.

Underwood miró a Apfel y enarcó una ceja. La doctora llevaba puesta una bata quirúrgica tan nueva que el olor a limpio lo invadía todo a su alrededor.

—Si pudiera... —empezó a decir, pero Falk siguió caminando y pasó de largo a su lado en dirección a la puerta corredera.

—¿Falk? —lo llamó Apfel.

—Cuéntamelo todo —contestó Falk por encima del hombro.

—Lo haré —le aseguró Apfel, acercándose hasta ponerse a su lado—. Siéntate para que pueda ponerte al día.

Falk abrió la puerta corredera. Del interior surgió un chorro de aire demasiado caliente. Fue la misma sensación que abrir la puerta de una sauna. El brillo de la luz era mucho menos intenso. Le recordó un acuario en las profundidades del mar. Había cuatro grandes cápsulas de metal colocadas sobre un andamiaje. Eran de un color gris apagado y tenían forma de huevo. De la parte superior salían manojos de cables y de tubos de alimentación, lo que les daba el aspecto de ser cocos con melena. Todos aquellos tubos y cables se conectaban con una serie de artefactos colocados por encima de todo aquel montaje. Ayoob se encontraba a media altura, sobre una pasarela, donde comprobaba uno de los paneles.

—¿Ya está aquí? —le preguntó a Apfel—. ¿Está listo?

—Todavía no —le contestó Apfel—. El señor Falk le está dando un vistazo por su cuenta a todo. ¿Falk?

—Eso es el tanque Jung, ¿verdad? —quiso saber Falk.

—Sí —le confirmó Apfel—. ¿Podemos volver a la zona médica? Tenemos poco tiempo.

—¿Por qué tenemos poco tiempo, Bari? Me dijiste que el incidente de Letts lo había acelerado todo, pero por lo que decías, daba la impresión de que nos quedaban unos cuantos días.

—Tiene que ser esta noche.

—No estoy preparado. Todavía tengo que rematar algunos asuntos que...

—Dile a Cleesh cuáles son —lo cortó Apfel. Por primera vez desde que lo conocía, Falk lo notó impaciente—. Ella puede encargarse de cualquier cosa que necesites. Lo de Letts ha hecho que todo se ponga en marcha antes de lo esperado. Tenemos que hacerlo ya, mientras nuestros Pums Jungs siguen siendo accesibles.

—¿Los qué?

—Es cosa mía —le dijo Ayoob, que había bajado del costado del tanque para reunirse con ellos. Se encogió de hombros en un gesto de disculpa—. Se me ocurrió. Es una broma. Suena bastante estúpido ahora que todo es tan serio.

—Ayoob se refiere a los sujetos elegidos para el proceso de inserción —le aclaró Bari. Luego miró una pantalla de datos que le acababan de enviar al teléfono—. Todos pertenecen al D.M.O.A., por supuesto. Hemos efectuado el reclutamiento con mucho cuidado. Tanteamos de forma discreta a unos cuantos candidatos apropiados que parecían dispuestos a ganar algo más de dinero de un modo alternativo. Tenemos contratos y acuerdos en caso de daños o de destitución.

—¿Cuántos candidatos son? —inquirió Falk.

—Nueve —le respondió el individuo de logística de la Oficina de Asentamiento. Cada vez quedaba más clara cuál era su función en todo aquello.

—¿Él es vuestro «descubridor»? ¿El cazatalentos?

—Así es —le confirmó Apfel.

—¿Nueve soldados de infantería? —aventuró Falk.

—Sí.

—¿Cómo seleccionarán al mío? ¿Cuándo lo conoceré?

—La concordancia se basa en cierto número de variables —le explicó Underwood—. Existe cierto número de cuestiones biológicas, y el patrón sináptico es la más...

Apfel la interrumpió.

—Lo cierto es que ahora mismo la cuestión más importante es la disponibilidad. Y no lo conocerás en persona.

—Un momento...

—Debido a lo ocurrido en Letts, la D.M.O.A. ha organizado una fuerza de combate de gran tamaño en respuesta al ataque. Están movilizándolo todo. Todos y cada uno de los nueve posibles candidatos estarán en servicio de combate para mañana al mediodía, y entonces será imposible insertarlo. Tardaríamos semanas en efectuar una nueva preselección y otra lista de candidatos de sustitución. A menos que actuemos ahora mismo, ya nos podemos ir olvidando de ser operativos hasta por lo menos dentro de seis meses.

Falk se acercó a uno de los sillones médicos y se sentó. Apoyó los codos en las rodillas y se frotó la cara con la palma de las manos, con los ojos y la boca abiertos de par en par. La cabeza le daba tantas vueltas que apenas notaba el dolor de la cadera.

—¿Cómo se llama? —quiso saber.

Apfel miró a Underwood y le hizo un gesto de asentimiento. Ella tomó una carpeta de un carrito que tenía al lado, la abrió y buscó la respuesta.

—Bloom. Nestor Bloom, soldado de primera clase. Veintiséis años.

—¿Está preparado?

—Lo tenemos preparado en una unidad móvil justo a las afueras de Camp Lasky —le informó Ayoob—. Dentro de cuarenta y cinco minutos debe presentarse para la

movilización. Eso es lo único que queda de nuestra ventana de oportunidad. Si perdemos la ocasión, lo perdemos a él.

—Vale, vale —susurró Falk.

Se quedó sentado durante unos momentos más mientras Underwood comenzaba a abrir los envoltorios de papel y de plástico de diverso instrumental médico. Dejó los utensilios en una bandeja metálica. De repente, Falk se dio cuenta de que Cleesh se encontraba a su lado.

—Todo irá bien —le dijo—. Será un fruto® alucine.

—¿Qué pasará cuando esté dentro?

—No estoy completamente segura.

—Habéis efectuado comprobaciones prácticas y de campo, ¿verdad?

—No tantas veces como hubiéramos querido —le contestó ella, y le dio unas palmaditas en el brazo—. Todo irá genial.

—Pero quiero saber qué pasa cuando ya estás metido dentro —respondió él.

Falk notó una leve sensación de pánico en su fuero interno, una sensación de estar dejando atrás cierto punto de control. Una sensación en la que era incapaz de impedirse a sí mismo tomar una mala decisión.

—Yo también quiero saberlo —le respondió Cleesh—. Lo descubriremos juntos. Improvisaremos. Lo resolveremos juntos a medida que aparezcan los problemas.

—No sé, Cleesh...

—Estaré contigo en cada momento —le prometió ella.

Hacía calor dentro del tanque Jung. La cubierta metálica del artefacto era tibia al tacto, casi como la piel. Había creído hasta ese momento que era metal, pero al tocarla se dio cuenta de que era una especie de material cerámico. Oyó a Apfel y a Ayoob hablar cerca de él, e imaginó que tendría que sentirse raro así, como Dios lo trajo al mundo aparte de la conexión exterior que formaban los tubos intravenosos y los cables sensores que Underwood le había colocado por todo el cuerpo.

Sin embargo, no se sentía incómodo. Le daba vueltas la cabeza. Underwood le había inyectado bastantes dosis de diversas sustancias, desde anestésicos previos a una operación hasta relajantes musculares.

Ayoob y Underwood lo habían ayudado a subirse a la placa de acceso que estaba al lado de la compuerta superior abierta del tanque. El olor a sal y a desinfectante era muy fuerte. De la escotilla salían vaharadas de vapor caliente. Miró en el interior. Estaba lleno de agua oscura, o al menos de un fluido oscuro que apenas se movía, y que estaba lo bastante caliente como para que de su superficie surgieran volutas de vapor en mitad de aquella cámara húmeda.

Murmuró algo.

—Privación sensorial —le explicó Ayoob, como si Falk le hubiera hecho una

pregunta. Quizá lo había hecho—. Es básicamente una tecnología de la vieja escuela, pero justo el medio que necesitamos para mantenerte en suspensión. Hemos descubierto que es lo que le da mejor resultado al insertado en términos de recepción de datos y de respuesta. También ayuda a la recuperación del individuo.

Underwood siguió conectando tubos y cables del sistema del tanque a algunos conductos que había insertado en la piel de Falk. Éste torció el gesto en una mueca de dolor cuando la doctora empujó un catéter para meterlo en una de las cánulas.

—Vamos allá —le dijo Apfel al mismo tiempo que lo sostenía por un brazo.

Había una especie de rejilla en la que debía colocarse. Oyó que un motor eléctrico se ponía en funcionamiento y notó que empezaba a hundirse en el tanque. Sintió cómo la calidez agradable del fluido le envolvía las piernas. El motor se detuvo cuando estaba metido hasta la cintura. Entonces, Ayoob le colocó unos tapones para los oídos, una máscara facial y, por último, unas lentes que le taparon por completo los ojos, dejándolo ciego.

Lo último que vio fue a Ayoob sonriéndole y levantando un pulgar para indicarle que todo iba a bien.

Lo último que oyó después de que le llegara el sonido apagado del motor al volverse a poner en funcionamiento y del golpeteo del líquido tibio del tanque que le subía por el pecho fue el chasquido de la compuerta al cerrarse por encima de su cabeza.

Se oyó un chasquido cuando la compuerta se abrió y la luz entró a raudales.

Apoyó un talón en el peldaño y se bajó de un salto del Fargo. La arenilla crujió bajo sus pies. El cielo del amanecer sobre Camp Lasky era del orgulloso color azul del logotipo de alguna corporación empresarial. El campamento estaba recibiendo ya la luz del sol, y las paredes mostraban un color blanco luminoso. Habían apagado los focos. El lugar estaba rebotante del ruido de todo el personal que desembarcaba de los transportes. Él ya se encontraba al otro lado de la puerta.

Atravesó a buen paso la zona de reunión. No sabía hacia dónde se dirigía, pero eso no parecía importar. Sus pies sí lo sabían. Caminaba con confianza, con cierta fanfarronería. Tenía la cabeza un poco acorchada, como las horas posteriores a una migraña, pero hacía muchos años que no se había sentido tan ágil, tan físicamente capacitado. La sensación era la misma que estar a los mandos de un vehículo de competición. Sabía, lo sabía con toda certeza, lo rápidamente que se movería todo si apretaba a fondo el acelerador.

Pero había algo extraño. Intentó adivinar qué era lo que lo desconcertaba. Había algo que lo incomodaba, que lo hacía sentirse intranquilo. Otros soldados le sonrieron al pasar y le dieron puñetazos amistosos a modo de saludo cuando entró. Sabía sus nombres. Sabía con quién bromear y a quién evitar. Sabía exactamente cómo pinchar a algunos de ellos, las palabras adecuadas, los nombres, las referencias. En la mayoría de las ocasiones de un modo amistoso, a veces con un toque de rivalidad, otras, como una reprimenda verbal para hacerle saber a alguien cuál era su sitio. Le pareció ver a Selton, pero en ese momento se dirigía hacia otro lugar.

A pesar de eso, creyó conveniente esquivarla.

Se detuvo y se agachó para atarse mejor los cordones de las botas. Ante su vista apareció la bota izquierda; una pierna arrodillada que se le pegó a la barbilla, con unos pantalones con camuflaje de tundra; unas manos fuertes pero delicadas, morenas por las tareas al aire libre, por la polvorienta luz del sol. Recolocó la lengüeta de la bota, volvió a hacer el nudo con los cordones y apretó. Se dio cuenta de que no sabía que fuera capaz de hacer semejante clase de nudo.

El personal del D.M.O.A. estaba haciendo cola a través de las pantallas antipolvo del bloque de almacenamiento. Tenía que ponerse en la cola para esperar su turno, pero le apetecía muy poco perder el tiempo en una fila. Cruzó un trozo de terreno soleado para llegar al edificio de los lavabos. Había una serie de compartimentos para los retretes, con un suelo de baldosas, y con el bloque de las duchas en el lado opuesto. El aire estaba cargado del olor húmedo a cuerpos, a jabón barato, a la peste de un calcetín olvidado en un armario o al de una camiseta que se quemaba poco a poco detrás de un conducto de calefacción. Al entrar saludó a dos soldados que salían

del edificio echándose la mochila al hombro.

Por fin se quedó solo. Se quitó las lentes antibrillo y se dirigió a los lavabos. Habían atornillado a la pared de hormigón, por encima de los lavamanos de acero inoxidable, un largo espejo de superficie algo borrosa.

Se miró a sí mismo. La camisa de uniforme reglamentaria, limpia y planchada, con el camuflaje de tundra, el broche digital y la etiqueta de tela que llevaba cosida encima del bolsillo izquierdo de la camisa, donde se leía el mismo nombre; las mangas cortas dejaban a la vista unos brazos nervudos, con los músculos tensos al inclinarse hacia adelante para mirarse mejor. El cabello de color rubio pajizo, cortado a cepillo, con un aspecto semejante a una pelusa. Una cara que le resultaba desconocidamente familiar, hermosa y fuerte, del mismo modo que una buena pieza de mobiliario o un paisaje son hermosos y fuertes. Unos ojos azules, azules como el cielo de 86, como el logotipo de una corporación. Unos ojos azules que se fijaron en el espejo borroso y que veían un lugar completamente distinto. Una media sonrisa traviesa.

—Hola —le dijo, con los ojos azules fijos en los otros ojos azules—. Deberías ser capaz de oírme. Me dijeron que podrías hacerlo. Yo no podré oírte a ti.

Se encogió de hombros.

—No sé si estás ahí dentro. No te siento, pero sí que siento algo. Algo... algo parecido a un dolor general. Como cuando estás a punto de tener la gripe. ¿Eres tú? Eso espero. No quiero tener la gripe. Además, ya me han puesto inyecciones.

Se inclinó todavía más hacia adelante sin dejar de mirarse fijamente.

—Sólo quería decirte hola, porque lo más probable es que no tengamos otro momento como éste. Si empiezas a hablar solo delante de los demás, lo normal es que te quiten el arma y te manden al servicio de cocinas. No vamos a estar mucho a solas a partir de ahora.

La sonrisa se ensanchó y alargó una mano hacia su propio reflejo en un remedo burlón de saludo.

—Me llamo Bloom. Nestor Bloom. Encantado de conocerte. No tengo fruto® modo de saber cuál es tu nombre. No me lo han dicho. Pero me alegro de que vengas. Tú sólo quédate ahí dentro tranquilito, ¿vale?

La puerta se abrió a su espalda. Entraron dos soldados.

—¡Eh, Nestor! ¡Mi amigacho! —dijo uno de ellos.

—Nos vamos —añadió el otro, un individuo más bajo de aspecto hispano—. ¡Al sitio duro! ¡Tío, vamos a enseñarles a esas nenazas cómo se pelea de verdad!

Se echaron a reír y chocaron las palmas de las manos.

Tenía demasiadas preguntas. Notaba una sensación enfermiza en lo más profundo, el ardor desagradable de la adrenalina. No quería apartarse de los lavabos, pero se estaba apartando de los lavabos. No quería mear, pero estaba meando. ¿Qué

cojones? Pero ¿qué cojones? Tenía la impresión de que estaba paralizado, de que se movía, pero de que estaba paralizado. Quería hacer una cosa, pero su cuerpo hacía otra completamente distinta. Aquella claustrofobia lo estaba volviendo loco.

Emitió un sonido con un último esfuerzo titánico.

—¿Nestor, estás bien? —le preguntó el soldado hispano mientras echaba un largo chorro en la canaleta metálica con las manos apoyadas en las caderas.

—Sí.

—Tío, ¿vas a vomitar?

—No, estoy bien. Sólo tengo un poco de ardor de estómago —le contestó.

—Pues parecía que estabas a punto de potar.

—Sólo fruto® ardor de estómago, tío —insistió, dándose unos golpecitos en el estómago, sonriéndole. Por dentro no sonreía—. Estoy bien.

El pequeño hispano se le acercó. Sabía su nombre antes de leerlo en el broche. Valdes. La expresión de Valdes era la de un cuñado que llevara mucho soportándolo.

—¿Te vas a quitar de una vez ese parche lingüístico? —le preguntó Valdes—. Ya sabes que allí donde vamos no vas a tener que preocuparte por decir tacos.

—Al sitio duro, Nestor —le dijo el otro soldado—. Allí no hay munición de fogeo, allí se habla de verdad, ya lo sabes.

—Voy a hacer que me lo quiten.

—Bien, muy bien —respondió Valdes.

—Eres del D.M.O.A., será mejor que hables como un cabrón de verdad —le dijo el otro soldado—. No como un puto anuncio.

—¿Te vienes? —le preguntó mientras se dirigía hacia la salida.

—Ya mismo voy.

Lo dejaron a solas. Se dio la vuelta y se miró de nuevo en el espejo.

—No montes ese fruto® numerito de nuevo, ¿entendido? —dijo en voz baja—. Me da igual lo que haya sido lo que has hecho. No lo hagas. Tú déjate llevar. Sólo déjate llevar. No me frutees® de nuevo.

Se puso las lentes y se dirigió hacia los almacenes para escapar de la tremenda luz. Ni siquiera eran todavía las 6.30 de la mañana. El aire comenzaba a cargarse de polvo, como si fueran hilos de seda. El azul del cielo se había difuminado hasta casi apagarse. En el lado occidental de Lasky, los panzudos estaban realizando las comprobaciones de ignición, lo que estaba provocando la misma escandalera que un buen puñado de desbrozadoras.

Ya había descubierto por qué se sentía tan desconcertado. Su punto de vista, el nivel al que se encontraban sus ojos, estaba unos quince centímetros más arriba de lo que estaba acostumbrado. Era una falta de familiaridad leve pero importante. Lo

hacía sentirse mareado.

Había unos diez miembros del personal encargados de los puntos de servicio. Cada uno de ellos utilizaba un teléfono militar que pasaba por encima de los broches de identificación para comprobar y saber las especificaciones propias de cada soldado. Aproximadamente unos cuarenta segundos después del pase y de la confirmación, por la cinta llegaban las piezas de equipo envueltas en plástico, las mochilas y los correajes. Las placas pectorales y las demás piezas de la armadura corporal tardaban un poco más, y llegaban colgando y balanceándose de un raíl eléctrico igual que si fueran esqueletos de una casa del terror.

Su encargada de distribución era una pequeña chica coreana con una sonrisa sarcástica.

—¡Nestor! —lo saludó mientras le pasaba el teléfono nada más llegar delante de ella—. ¿Qué coño pasa, tío?

—Prepárame, Chin.

—Eso haré, soldadito. Suelen ser de los primeros en llegar.

—Me entretuvieron.

—Vaya mierda. ¿Vas a matar a alguien por mí, en condiciones?

—Claro. ¿Tienes una armadura para mí?

Chin dio unos cuantos pasos de baile con los codos hacia fuera mientras las placas de la armadura ablativa/balística traqueteaban por el carril igual que si fueran prendas de ropa que salieran de una lavandería en seco.

—Para ti, la mejor armadura, tío sexy.

—Eres una fruta® maravilla, Chin.

—¿Te vas a quitar esa mierda de una vez, Nestor? —le preguntó ella, señalándole la boca—. No me gusta. Quiero oírte decir guarradas.

—No sé.

—Los médicos lo están haciendo ahora mismo. Ve a preguntar —insistió Chin—. No tardan más de cinco puñeteros minutos.

—Supongo que mejor me lo dejo, Chin. Dejaré que mi arma hable por mí.

—¡Pero qué puto duro eres! —le replicó ella.

Tenía aspecto de duro. Diez minutos más tarde, equipado con la armadura y el arma, vio su reflejo en los ventanales del puesto de observación. Las placas corporales aumentaban su ya de por sí alto y voluminoso cuerpo, que de ese modo adquiriría unas proporciones heroicas. A la espalda llevaba las baterías de energía recargables necesarias para hacer funcionar todo el equipo, incluida la Estructura Exógena de Ayuda a Extremidad, un servoarmazón externo que le rodeaba el brazo izquierdo y estaba diseñado para ayudar a empuñar y a apuntar el M3A durante las

operaciones de larga duración. Las articulaciones reactivas por inercia emitían un leve zumbido cada vez que movía el hombro o el codo.

Pasó de largo por debajo de los pulverizadores, que llenaban el hueco del pasillo con una leve neblina de repeleinsectos.

La escuadra Kilo se estaba reuniendo en la cubierta, junto a su cóptero, en la oscuridad cargada de motas de polvo del hangar. Tenían todas las armas, las de proyectiles, las láser y los lanzagranadas, colocadas en el suelo sobre sábanas de plástico bajo la cola del cóptero. La aeronave era una de las dieciocho que ya estaban efectuando las últimas comprobaciones mientras la escuadra se agrupaba para la charla de preparación y las oraciones finales. El aire estaba cargado con el olor a pintura y a productos petroquímicos. Las voces amplificadas daban órdenes que resonaban por todo el espacio del hangar, y el aire retemblaba con el estampido de las pruebas de arranque de los motores de encendido, con las sirenas de advertencia de las carretillas transportadoras de suministros y el chillido rítmico de los destornilladores eléctricos al fijar los remaches de cabeza hexagonal.

Dieciocho panzudos de color gris mate alineados como misiles en un silo de lanzamiento.

—Me alegro de que te hayas unido a nosotros —lo saludó Huckelbery, el sargento mayor, cuando llegó hasta la estera de plástico.

Todos los demás, menos el sargento, ya estaban allí. Caudel, Stabler, Goran, Jay, Preben, Valdes, Ratonazo y el resto. Todos estaban arrodillados o en cuclillas, formando un semicírculo alrededor de Huck. Alguno de ellos todavía se estaban ajustando los arneses que les acababan de entregar o volviendo a atarse los cordones de las botas.

—Iba a dejarlos que fueran por delante —le contestó mientras se dejaba caer al lado de Caudel—. Pero sabía que no iban a durar ni cinco minutos.

—Ja, ja, ja —se rió el sargento—. El informe preliminar lo daremos en el aire, pero ahora mismo ya sabemos que es la autovía Gunbelt y el cruce de Eyeburn Hill. También sabemos que es un reconocimiento cercano de objetivo.

—Pero sabemos que es el sitio duro, ¿no? —quiso saber Valdes.

—El más duro de todos —le confirmó Huck—. Una zona caliente garantizada. No es ninguna gilipollez para perder el tiempo. Ha venido directamente de arriba. Se acabó pelear con guantes. Vamos a ir a por todas, así que espero que ninguno de vosotros, cabrones con culos de rata, me vaya a dejar mal. Os habéis pasado todos los días de los últimos meses diciéndome que queréis un combate de verdad. Ahí lo tenéis: un combate de verdad. Si la cagáis con esto, pienso sodomizaros a todos y cada uno de vosotros con un PAP 20 cargado. ¿Quiénes sois?

—La escuadra Kilo.

Huck no pareció impresionado y se llevó una mano a la oreja.

—¿Quién?

—¡La escuadra Kilo!

—Mucho mejor. Vamos a tomarnos un momento, ¿de acuerdo?

Todos inclinaron la cabeza. Algunos se cubrieron el corazón con la mano, y otros cerraron los dedos alrededor de los broches de identificación. Oyó el zumbido de varios servobrazos.

—Dios de mi fe personal —dijo Huck, y todos repitieron sus palabras—. Protégeme esta mañana, y a lo largo de toda esta empresa, y protege a mis camaradas de esta unidad, aunque sean unos paganos cabrones que crean en otra deidad que no seas tú. Ayúdame a mantener mi honor y mi valentía, y sostén a la gran institución que es la Oficina de Asentamiento y la Constitución de los Estados Unidos. Amén.

—Amén.

Todos levantaron la cabeza.

—¡Vamos! —ordenó Huck, dando una fuerte palmada.

Se puso en pie. Al otro lado de la esterilla, junto al siguiente panzudo de la fila, vio al especialista en explosivos Renn Lukes. Estaba hablando con uno de los técnicos de la tripulación de vuelo.

Se acabó. Sintió que se le agarrotaba el corazón. Lukes lo conocía. Se acabó. Todo el asunto se había acabado, se había ido al traste.

Lukes miró en su dirección.

—¡Nestor! —lo llamó. Luego le sonrió y se llevó dos dedos a la ceja en un gesto de saludo. Después volvió a la conversación con el técnico.

—¿Todo bien, Bloom? —le preguntó Stabler.

Su compañera de escuadra se le había acercado por la espalda.

—¿Qué?

—La expresión de tu cara —le aclaró ella.

Karin Stabler. Sabía que sabía qué aspecto tenía desnuda.

—Estoy bien. No me pasa nada.

—Joder, eso espero. Nes, ¿te has hecho daño?

—¿Qué?

—Cuando te has levantado, te has dado la vuelta de una forma rara. Como si cojearas del pie izquierdo.

—No, es que tengo que atarme bien los cordones de la bota. Me aprietan.

—Si te pasara algo, me lo dirías, ¿verdad? —le preguntó Stabler—. A ver, me refiero a que soy yo...

—Te lo diría —le respondió él.

Se saludaron chocando levemente los puños. Luego ella le dio un apretón en el cachete derecho del culo y se marchó.

Cada panzudo tenía su nombre. Las tripulaciones respectivas habían pintado un

pequeño mensaje o algún dibujo en el morro. Estaba absolutamente prohibido durante las operaciones normales, porque la Oficina de Asentamiento no quería que se viera esa clase de estupideces capaces de ofender. El cóptero que tenían a la derecha se llamaba *Ensalada de Mierda*. A la izquierda, estaba el *Que te jodan mucho*, acompañado del dibujo de una muchachita coqueta pillada con poca ropa interior. El panzudo de la escuadra Kilo se llamaba *Pika-don*. Un calígrafo muy diligente había escrito un lema debajo del nombre: «No preguntes qué coño puede hacer tu país por ti, pregúntate qué coño te puedes follar tú por tu país.»

El hangar se llenó de un ruido tremendo, y todo el mundo se volvió para mirar. De repente, en la amplia franja de cielo desvaído del amanecer que se veía al otro lado de la abertura que dejaban las enormes puertas abiertas del hangar, apareció una escuadrilla de panzudos que se alejaba de ellos en formación dispersa y ganando altitud por momentos. Era la fuerza aerotransportada del Hangar Dos, el que estaba justo al lado del suyo. Ya habían despegado y se marchaban. Todo el mundo vitoreó y aplaudió y silbó mientras contemplaban la escuadrilla que se dirigía hacia el horizonte de color azul polvoriento.

Le recordaron un enjambre de *blurds* que hubieran salido volando de una zona de matorral ahuyentados por una pisada. Pero no huían, no del modo que lo hacían los inofensivos bichos que se estrellaban contra las farolas.

Volaban de una manera feroz, como los feroces depredadores de cuerpo negro.
Los que podían picarte.

Cicero, el sargento, les informó. En ese momento estaban atravesando unos gruesos jirones de nubes matutinas, anchas y lisas, y el fuselaje se estremecía. Su servobrazo se tensó cuando se agarró con la mano izquierda a una abrazadera de la pared. No oyó el zumbido de su funcionamiento debido al ruido del rotor y a que por el comunicador acoplado en su oído estaba escuchando el informe del sargento. Acababan de efectuar la comprobación de la seguridad de las comunicaciones militares. No había pantalla central alguna en la que mostrar los detalles. En vez de eso, Cicero estaba derivando los detalles visuales a las lentes de cada uno, y marcaba los detalles relevantes mediante un punzón en su teléfono.

Les soltó un discurso breve aunque innecesario sobre la «amenaza paramilitar», algo que era un término demasiado vago y general para que nadie lo utilizara, pero a la vez lo suficientemente incisivo como para describir a sus oponentes y dejar claro que eran los malos. Utilizó la palabra «terrorista» en dos o tres ocasiones, un término de vocabulario que la Oficina de Asentamiento, en la mayoría de las ocasiones, se había esforzado por evitar de una manera denodada en todas las entrevistas y declaraciones a los medios. No se trataba de que la palabra fuera agresiva para la gente sensible, sino que era de por sí incendiaria. Era subir al siguiente nivel. Si la mantenían, les proporcionaba una retórica de destrucción en masa a la cual podrían recurrir más tarde. La utilizaban en ese momento simplemente para encenderles la sangre. La Oficina de Asentamiento había dado su permiso para utilizar la palabra en los informes previos de campo. Era un término demasiado contundente para utilizarlo con los medios de comunicación, pero les proporcionaba a las escuadras de combate la sensación de que eran ellos quienes estaban haciendo lo justo.

—La autovía de Gunbelt —dijo Cicero al mismo tiempo que cargaba la siguiente imagen en las lentes de la escuadra. Era información orbital, en tiempo real, con colores reales. La autovía era la carretera costera continental. Serpenteaba a lo largo del borde de la masa terrestre unos tres mil quinientos kilómetros, alrededor de los salientes formados por las penínsulas y las gargantas de las ensenadas. Unía Shaverton con Antrim atravesando media docena de nudos de comunicación. Era una ruta larga y difícil, incluso en el módulo con aire acondicionado de un transporte pesado. Su línea serpenteante se veía cruzada por miles de arroyos secos, de cauces que bajaban desde el borde de la caldera volcánica elevada y que permanecían también secos desde hacía años. Desde el aire, desde la órbita, parecían proyectiles acoplados en una cinta de munición de un arma de apoyo.

—El cruce de Eyeburn Hill es una estación meteorológica —les siguió explicando Cicero mientras cargaba la siguiente imagen—. Hay un depósito de repostaje de combustible, un observatorio oceánico y una factoría hortícola. Seleccionad

multivisión para dar una vuelta por el lugar. Hacedlo. Tú también, Valdes.

Éste soltó un bufido.

—Valdes, ¿cómo vas a demostrarles tu famoso y fabuloso estilo de combate si no prestas atención? —le preguntó Cicero. Se oyó un coro de risas.

—Eyeburn dejó de comunicarse hace dos noches, aunque podría no ser nada importante —siguió explicando Cicero—. Muchas de las ciudades de la costa han tenido problemas de comunicación a lo largo del último mes.

—¿La causa? —preguntó Caudel.

—Estacional. Por las llamaradas solares. Eso es lo que me han dicho.

—¿Sólo vamos nosotros? —quiso saber Jay.

—Tres panzudos. *Juliet*, *Hotel* y nosotros.

Los tres aparatos de la clase Boreal se habían separado de la escuadrilla cinco minutos antes. Distinguió las siluetas de *Juliet* y de *Hotel* atravesando la nube en línea a popa y por babor.

Estaba sentado, intranquilo, con el arma láser metida en una funda a su lado, sobre la cubierta. Todo vibraba debido a lo agitado del vuelo. Notaba un cosquilleo en la piel por el tremendo traqueteo, y los órganos parecían salirse de sitio con cada salto en el aire de la aeronave.

En su interior albergaba una extraña quietud. Estaba rígido, como algo que hubieran tensado hasta llevarlo al límite de su resistencia. Notó al otro tirando de él, como si fuera un «anti-él», igual y opuesto, que bloqueaba cada impulso, cada deseo que tenía, que se negara a cada movimiento. No podía hablar, y cuando era capaz de hacerlo, no tenía la sensación de que fuera su propia voz. Se sentía igual que si acabara de superar un ataque epiléptico, aturdido. Le parecía que llevaba puesta una ropa que no era de su talla. Tenía la sensación de estar a punto de sufrir un ataque repentino de dimorfia.

Utilizó el celéfono para teclear un mensaje instantáneo y que apareciera en el interior de sus lentes, un carácter tras otro.

«Necesito que te tranquilices, o algo así, tío. Me estás poniendo malo.»

Esperó, y luego lo borró en vez de enviarlo. Tecleó otro texto distinto:

«Si eres tú, supéralo de una vez. Para ya. Relájate o algo así. Si el proceso es algo así, vamos a tener que sacar el enchufe, porque no soy capaz de aguantar esta sensación.»

Lo borró.

—¿Bloom?

—¿Qué?

Alzó la vista.

—El sargento te estaba hablando a ti, Nestor —lo avisó Huck por el micrófono—. Despierta de una puta vez.

—Lo siento.

Cicero lo estaba mirando fijamente por encima de sus lentes.

—Quiero que Kilo Uno tome y asegure la estación meteorológica. ¿Puedes hacerlo, o estás demasiado ocupado mirando por la puñetera ventana?

A Cicero no le habían implantado el parche lingüístico porque Cicero no decía palabrotas. «Puñetero» era la palabra más fuerte que se le había oído decir jamás, lo que hacía que fuera tan chocante.

—Puedo hacerlo, sargento. Kilo Uno puede hacerlo.

—¿Estás seguro?

—Completamente seguro, sargento.

Cicero lo dejó pasar, pero mantuvo la mirada fija en él.

—¿Estás bien, Bloom?

—Estoy bien, sargento. Estamos bien.

—¿Sí?

—Estamos bien. Estamos de fábula.

Cicero hizo un gesto de asentimiento. Se volvió para mirar Goran.

—Kilo Dos se encargará del depósito de combustible.

Si se miraba el borde continental desde arriba, parecía un sendero cubierto de surcos de barro visto desde la parte inferior de un vehículo. La caldera volcánica era profunda como una sima, con el interior lleno de agua. Los restos de agua que llenaban otros surcos y hendiduras reflejaban la luz igual que si fueran astillas de cristal. El terreno en su mayor parte era de color marrón salpicado de motas blancas, como la superficie de un pastel de café glaseado. Sólo los jirones de nubes que pasaban por delante de las lentes sensoras proporcionaban una referencia dimensional.

Pika-don se estremeció. Una lluvia repentina lo azotó de lado, y las gotas repiquetearon contra la cubierta de la cabina y las ventanas como un fuego graneado de armas de pequeño calibre. El agua corría por el cristal como gusanos de diamante líquido.

—¡Cuatro minutos! —gritó el oficial de explosivos.

Comenzó a ponerse los guantes. La mano derecha le temblaba. La agarró con la mano izquierda para detener el temblor. Nadie se había dado cuenta. Terminó de ponerse los guantes y abrió la funda de su M3A. Se quedó mirando el arma. Era de color negro regaliz, y se parecía a una herramienta para construcciones pesadas o para romper carreteras. La culata ajustable, la caja principal fabricada por estampado de lámina y la empuñadura de activado, la ranura superior y el conjunto óptico, la célula de energía, la empuñadura delantera y el largo tubo del cañón eran todos de

color negro aceitoso, de un tono apagado.

Le daba miedo. Tenía demasiado miedo de empuñarla. Tenía miedo de que si la empuñaba no tendría la fuerza suficiente como para levantarla. Para apuntar con ella.

—Fruto® cacharro —masculló en voz baja.

—¿Nes?

Los suyos lo estaban mirando. Kilo Uno. Stabler, Preben, Ratonazo. Ellos ya estaban preparados. La expresión de sus caras era impenetrable, indescifrable, pero notó su actitud cautelosa. Vio el reflejo de la cara de otra persona en las lentes negras de sus camaradas.

Stabler se quitó las suyas un momento. Sus ojos eran de color gris.

—¿Estás bien, Nes?

—Perfectamente —le contestó él, obligándose a sí mismo a sonreír con el mismo esfuerzo que le suponía al reportero de la última fila hacer una pregunta—. ¿Listos?

—Lista —respondió ella con un gesto de asentimiento.

—Listo —dijo Preben.

—Listo —afirmó Ratonazo—. Tengo un punto de entrada preparado, verificado en el mapa del terreno.

—Tú irás en cabeza. Nos desplegamos en formación dispersa —ordenó.

Eso era lo bastante cerca como para no perderse de vista entre sí, y lo bastante separados como para que un proyectil de granada o una trampa explosiva no acabara con todos de golpe. Joder, ¿tan cínico era? ¿Ya contaba con que no todos ellos lograrían llegar hasta el primer objetivo?

Hizo caso omiso de ese susurro interno.

—¿Tienes los códigos de entrada?

—Tengo los códigos —le confirmó Ratonazo.

—¿Y si la energía está desconectada?

—Tengo otras habilidades —le contestó Ratonazo.

Stabler y Ratonazo chocaron los puños.

—¡Dos minutos! —gritó el oficial.

Ellos serían los primeros en desembarcar. Todos se pusieron en pie y se acercaron a la compuerta, inclinados bajo el peso del equipo como si fueran inválidos.

—No la jodas —le advirtió Huck.

—Lo tendré en cuenta —le contestó él.

Huck le propinó un puñetazo en el brazo.

—¡Un minuto!

Ya volaban bajo, muy bajo, y se estremecían de un lado a otro en el aire frío mientras atravesaban una zona de vientos cruzados. El sonido de los rotores les llegaba de vuelta rebotado en las paredes del valle. Las tripas les saltaban arriba y abajo debido a las sacudidas y al bamboleo.

El oficial deslizó la compuerta sobre sus raíles para abrirla por completo. La lluvia estalló como una avalancha empujada por el viento. El aire, el ruido, el aullido de los rotores y el chorro de empuje que provocaban penetraron en el fuselaje. También el frío, un aire helado que congelaba los huesos, duro como una pared.

Todos estaban ya al lado de la compuerta, con las piernas separadas y bien afirmadas, agarrados a un raíl del techo con la mano izquierda. Los trozos sueltos de sus uniformes se agitaban azotándolos como látigos. Sentían la lluvia en la cara como un chorro de alfileres.

—¡Diez segundos!

La voz del oficial le llegó ahogada por el micrófono debido al ruido ambiental. El suelo se acercaba a toda velocidad. Era una montaña que se alzaba para recibirlos, un leviatán temible que se elevaba desde las profundidades. El bamboleo los sacudía con tanta intensidad que apenas era capaz de ver con claridad. Debajo había cobertizos, algunos edificios prefabricados, otros edificios desmontables, algo de hormigón con las paredes cubiertas con planchas de madera. En un terreno un poco más elevado se veían un sendero y un almacén. Dos camionetas aparcadas. Un bosque de mástiles de turbinas, un parque eólico, parecidos a margaritas robóticas. Unos cuantos edificios prefabricados. Un cercado para animales.

Un patio, un amplio patio trasero del complejo. Barro, semejante al bizcocho de café, arado con ruedas de verdad. Charcos que eran charcos de verdad, no lagos de montaña.

El barro húmedo quedó convertido en gotas que volaban por doquier formando círculos concéntricos y acabó aplanado por el empuje del rotor del panzudo. La espuma se convirtió en una neblina, en una circunferencia a su alrededor. Un arco iris apareció cuando la luz del sol atravesó el agua que saturaba el aire.

Abajo.

Abajo.

Ya.

El suelo se hundió bajo sus pies cuando chocaron con el barro y dos chorros de agua marrón le subieron por las piernas. El barro de aquel lugar era nieve fangosa, más parecido a aguanieve sucia que a otra cosa. No era un lodazal espeso y pegajoso. La lluvia de la mañana había caído con tanta fuerza sobre la cima de la colina que todo estaba empapado, saturado de agua, suelto.

El chorro de los rotores lo empujaba de espaldas, y quedó empapado por la espuma vaporizada. La espalda y los hombros le quedaron helados de un modo desagradable. El aullido repiqueteante de los motores lo martilleó. Las gotitas de agua le cubrieron las lentes, aunque estaban en modo vibratorio para repeler la humedad.

Agachó la cabeza y comenzó a correr. El M3A le pesaba tanto en los brazos como si llevara un trozo de viga. En cuanto se puso a correr, el servobrazo se activó para proporcionarle una plataforma estable de disparo. El armazón le distribuyó el peso por todo el cuerpo y le permitió moverse con mayor agilidad. La liberación le resultó toda una sorpresa, lo que a su vez lo aterrorizó. Sabía lo que hacía un servobrazo. Por supuesto que lo sabía. Las misiones en activo, las semanas de acondicionamiento y entrenamiento... Sabía perfectamente que sensación se tenía cuando se activaba un servobrazo. ¿Qué demonios le pasaba que aquello lo sorprendía tanto?

El ritmo tintineante del sensor del sistema de adquisición de objetivos resonaba en su oído izquierdo a través de la conexión auricular. Al igual que un detector de metal, el ritmo del repiqueteo disminuía o aumentaba según el lugar al que apuntara el arma. Si movía el cañón del M3A hacia un espacio abierto, el repiqueteo disminuía. Si apuntaba hacia una silueta que los sensores captaban como una entrada o un punto a cubierto, el repiqueteo se aceleraba. Los gráficos pasaban con rapidez por la superficie interior de la lente izquierda y encuadraban la amenaza en potencia. Umbral de entrada, puerta lateral de camión, zona inferior de camión, techo bajo, ventanas laterales, muelle de carga de granero. Cada uno de esos lugares quedaba marcado de color amarillo, o naranja, dependiendo de la intensidad de amenaza que se percibía. Unos instantes después, el sensor captó una silueta humanoide, y la marca se volvió roja.

No era más que un espantapájaros, un Cristo vagabundo machacado por el tiempo y crucificado en aquel huerto.

Siguió avanzando. Era muy consciente de su propia lengua, de su jadeo ahogado. Cuando los otros se cruzaban en la línea de tiro, el sensor reconocía el código de su aura y no los marcaba.

Ratonazo estaba delante de él, con Stabler bastante más a la derecha. Preben se encontraba detrás. Subieron por el sendero tras dejar atrás el lago de barro gracias a

una pasarela de madera y se dirigieron hacia los edificios auxiliares de la estación meteorológica. El aire era frío y estaba cargado con el olor suave de la lluvia. Le escocían las mejillas. El cielo por encima de la cima de la colina era inmenso y blanco, salpicado tan sólo por unas cuantas nubes grises. Ratonazo llegó a la puerta, situada a dos cobertizos desmontables a su derecha. Eran de un color amarillo intenso, y los utilizaban para almacenar equipo fuera de los edificios principales.

A su espalda, el aullido de los motores cambió de tono. *Pika-don* se elevó por encima del barro empezando por la cola y lanzó un vendaval de agua y barro por doquier con fuerza renovada. La señal de despedida del oficial fue un rápido chasquido en el comunicador. Una última ráfaga de frío viento huracanado, y el panzudo pasó por encima de ellos saliendo de la zona. Sobrevoló los tejados y el mástil de comunicación, y la sombra que lo perseguía parpadeó un momento sobre sus cabezas.

El batir de los rotores se convirtió en un chasquido monótono en la lejanía que resonaba como un eco entre las colinas. El silencio que dejó tras su partida fue incómodo. Se sintió vulnerable. Deseó que regresara para poder esconderse detrás de ese ruido.

Un cierto número de ruidos mucho más suaves los rodeó. El batir del viento, el repiqueteo de la lluvia contra el barro y los tablones desgastados de la pasarela de madera. El chapoteo de sus pisadas. El jadeo de sus respiraciones. El murmullo batiente de los grandes molinos que había colina abajo. El aleteo rápido y agudo de los molinillos de juguete colocados a lo largo de la valla del huerto. Eran diminutos molinillos de hélice doble que giraban y silbaban con la brisa, y el color de sus hojas de plástico estaba desvaído por el sol y las condiciones atmosféricas.

Se oyó un chillido. Se volvió en redondo esperando encontrar una marca roja.

Ratonazo había abierto la puerta del patio, una estructura de alambre oxidado que habían sacado de un viejo gallinero de engorde. Chirrió al girar sobre las bisagras. Stabler pasó a su lado con la culata de su PAP pegada a la mejilla, la primera en entrar en la pasarela de madera que cruzaba el espacio situado entre los edificios principales del lugar. Sus botas sonaban igual que si alguien estuviera llamando a la puerta. Los tablones, empujados por el barro que había debajo, se balanceaban bajo las pisadas de Stabler y de Ratonazo y lanzaban salpicaduras al aire.

Llegó a la puerta, se quedó quieto, y se tomó un momento. El girar frenético de los molinillos de juguete lo estaba poniendo de los nervios. Tenía miedo otra vez.

Dio una vuelta sobre sí mismo en una circunferencia completa. La cima de la colina era amplia, redondeada. La llamaban Eyeburn, «quemadura ocular», porque como afirmaba el informe preliminar, en los días despejados de verano, el sol salía con un tamaño tan grande y con tanta fuerza sobre la cima que era capaz de quemar las retinas de un ser humano.

Era difícil imaginarse algo así en un día como aquél, gris y húmedo. La difusa línea de la caldera se alzaba por detrás de los chorreantes edificios de la estación meteorológica. En la dirección opuesta, más allá del bosque de turbinas que no dejaban de girar en la explotación eólica, la línea costera descendía. La mayor parte del asentamiento se encontraba en las faldas de la colina, pero la estación meteorológica estaba en la cima, donde el viento y la lluvia la podían encontrar con facilidad. El mar era una llanura oscura, cubierto por la escarcha de la niebla matutina. El cielo bajaba a encontrarse con el mar como si fuera una pared de metal pulido, un panel batido, acabado pero sin pintar. Si escuchaba atentamente, más allá del zumbido hipnótico de las turbinas, le llegaba el sonido retumbante y el siseo del mar en la bahía. «Brrrrmmm braaamm», seguido del característico «sssshhh».

—Ponte a ello —le soltó Preben.

—Estoy en ello. Sólo estoy comprobando los alrededores.

Preben soltó un bufido. Farel Preben tenía la cara de un chico preadolescente pero el cuerpo de un culturista.

—Estabas en un puto sueño, joder.

Cruzaron la puerta y siguieron por el sendero. La vibración de las lentes las había limpiado de gotas. El sol apareció de repente brillando de un modo muy intenso. Todavía no se había recibido respuesta alguna a los intentos de comunicarse por radio. Ratonazo y Stabler se acercaban a la puerta delantera del edificio principal de la estación meteorológica. Tenía una cerradura de teclado. El viento hacía repiquetear una ventana mal cerrada. *Pac, pac, pac, pac*, una señal telegrafiada en un código desconocido. Preben empuñaba un arma láser, igual que él. Stabler iba armada con un PAP, y Ratonazo contaba con la potencia de fuego de su lanzagranadas. En ese momento estaba al lado de la puerta, esforzándose por teclear el código adecuado en el panel de botones. A Ratonazo hacía mucho tiempo que lo llamaban así, una mezcla tanto de su gran tamaño como de su habilidad informática, aunque nadie fuera de un museo había utilizado un ratón de ordenador desde hacía unos ciento veinte años. Stabler decía que el mote de Ratonazo era «retro», como si eso fuera un elogio. Era el técnico del grupo. Llevaba acoplado en el muslo izquierdo el instrumental para la guerra virtual.

Ratonazo era un individuo de extremidades grandes y carente de elegancia. Su cuerpo era básicamente práctico, con un aspecto nada heroico. Sus ojos recordaban las ventanas de un apartamento vacío, y el surco que tenía entre la nariz y los labios era tan pronunciado que le hacía parecer una mala caricatura de una cara de verdad.

Los códigos no funcionaban.

Falk se mantuvo algo atrasado con Preben, y ambos siguieron cubriendo la zona con barrido de los cañones de sus armas. El corazón le palpitaba con rapidez, como si estuviera enfermo de verdad o bajo los efectos de una estimulación química. Un

apagón cardíaco. Un reventón cardíaco. El miedo estaba en su fuero interno, clavado como un cuchillo que le rozara las costillas, el corazón, los pulmones, haciendo que se vaciaran de aire y no fuera capaz de respirar de forma apropiada.

—¡Date prisa!

—¡La puerta no funciona! —le replicó Ratonazo.

—¿La corriente?

—¡No hay corriente!

—Es sólo la puerta —les informó Preben.

Lo miró, y Preben señaló el tejado con un gesto de la barbilla. Allí, al lado de la chimenea, había una pequeña antena de disco que se encontraba en mitad de una realineación automática.

—¡Ábrela ya! —le ordenó.

Ratonazo se echó el lanzagranadas a la espalda, abrió el pequeño paquete con herramientas que llevaba en el muslo y sacó un destornillador eléctrico, un objeto del tamaño de una pluma. Luego sacó los tornillos que sostenían la placa en su sitio de un modo casi completamente silencioso. Ratonazo dejó que la placa le cayera en la mano y luego cambió el destornillador por un lápiz de energía. Lo insertó y activó el montaje de apertura. La puerta se estremeció dos o tres veces, chirrió y luego se abrió unos pocos centímetros. Stabler metió el cañón del PAP en el hueco e hizo palanca para meter la mano y el pie izquierdos y abrirla del todo.

Lo que encontraron dentro era un pasillo de entrada. El suelo era de rejilla metálica, bancos para cambiarse de calzado, una estantería en la pared para colocar linternas y herramientas, una hilera de ganchos de los que colgaban abrigos impermeables, todos con colores de alta visibilidad, y que se mecían al viento.

Dio un paso adelante. El miedo lo hizo vomitar. Contuvo el vómito en la boca y se lo volvió a tragar.

—Por ese lado —dijo con la garganta irritada por el ácido estomacal—. Encontrad el suministro secundario de energía.

Stabler se lo quedó mirando.

—Tú y Preben. Vamos.

Los dos se alejaron pegados a lo largo de la pared, en el lado del mar del edificio.

Él entró el primero. Era un lugar estrecho. Todo aparecía marcado de algún modo en su selector de objetivos. Le dio a la estantería de herramientas con el extremo del cañón.

—Joder, Bloom —lo advirtió Ratonazo desde atrás.

Qué estúpido. Sabía lo que debería haber hecho. Los nervios estaban haciendo que se comportara de un modo estúpido. El sabor a vómito en la boca lo había vuelto un descerebrado. El arma láser era demasiado grande para despejar una casa. El PAP era el arma preferida para esa clase de tareas. Por eso Stabler lo había mirado de un

modo tan raro cuando la había enviado a otro cometido en vez de hacerla entrar la primera.

Le puso el seguro al arma y la encajó en la ranura que llevaba en la placa dorsal, por encima del hombro izquierdo. Desenfundó su pesada ADP de color gris, la amartilló y la empuñó de forma cómoda con las dos manos. El «Arma de Defensa Personal» era una pistola automática, sin casquillos, que la Colt fabricaba bajo contrato para la Oficina de Asentamiento. Albergaba cuarenta proyectiles en un cargador desechable. En la parte interior de la lente apareció una señal de interrogación: ¿quería conectar el sensor del cañón del ADP al sistema de selección de objetivos?

Eligió «no» y apagó todas las tonterías visuales que aparecían en las lentes. No necesitaba más distracciones.

Miró hacia atrás, hacia Ratonazo. Se dio cuenta por el leve brillo que se veía tras sus lentes que él había elegido «sí». Claro que lo había hecho. Eso era lo inteligente. Sería lo correcto. Sería el procedimiento estándar de operaciones.

—La energía que activaba la puerta la cortaron desde dentro —comentó Ratonazo tras comprobar el interior de la placa de apertura—. Alguien ha quitado uno de los fusibles.

El pasillo se alejaba de la puerta en dirección a un cruce. Los abrigos allí colgados olían a humedad. Puso la mano en la estantería debajo de ellos y notó el agua acumulada. Alguien había salido hacía poco bajo la lluvia. ¿Desde cuándo llevaba lloviendo? ¿Desde el amanecer? ¿Desde la madrugada?

Las lámparas del techo se activaban al captar movimiento, lo que servía para ahorrar energía, pero no se encendieron al entrar ellos. Alguien había tapado los sensores de las paredes con pequeñas tiras de cinta adhesiva.

¿Por qué lo habrían hecho? ¿Tendría una buena razón quien lo hubiera hecho, como el que las luces se encendieran y apagarán hubiera acabado cansando a alguno de los científicos que llevaban mucho tiempo allí? ¿Era por una razón desfavorable para ellos, como que el pasillo estuviera preparado para ser el lugar de una emboscada?

Las estanterías de la pared estaban repletas de instrumentos de todo tipo, desde modernos hidrómetros hasta antiguos barómetros, incluso había manojos de algas que no eran de la zona, con un aspecto quebradizo y de los que emanaba un olor penetrante. Entre todo aquello se veían dibujos de niños, con el cielo en la parte superior, el suelo en la parte inferior y los soles en diferentes puntos entre ambos, con cabañas cuadradas y gente que llevaba puestos impermeables de color naranja o amarillo, y muchos molinos de viento.

Siguieron avanzando sin dejar de mover las armas a izquierda y a derecha. Vieron viejas latas de café colocadas bajo algunas goteras del techo. Ya estaban llenas de

agua, que se salía por los bordes. En una de las paredes había una bandera firmada de la Oficina de Asentamiento con el emblema de la División Climatológica y enmarcada detrás de un cristal, igual que si fuera un cuadro valioso. Vieron viejos libros de papel en otra estantería, con las páginas algo pegadas por la humedad ambiental. Debajo de una mesa de trabajo pegada a una pared había varias cajas de madera con verduras que todavía tenían la raíz y estaban cubiertas de tierra. El aire estaba lleno de olor a nabo y a tierra húmeda. Una cometa con el color desvaído por el sol colgaba de un gancho de la pared.

Oyó un ruido y se volvió para apuntar el arma hacia arriba. Un *blurd* de costa, del tamaño de un dedo humano, rebotaba contra el tragaluz de cristal teñido del techo en un intento por escapar hacia un día soleado de verano que en realidad no existía.

Bajó el arma y también intentó disminuir el ritmo de su respiración. Faltaba aire en aquel maldito lugar. Sentía una opresión en el pecho.

—Bloom.

Ratonazo había encontrado el centro neurálgico de la estación. A través de una puerta abierta a su izquierda se veía una gran estancia de monitorización, llena de equipo de medición y de cacharros similares. La mayoría de las consolas y de las pantallas estaban apagadas, pero algunas todavía permanecían encendidas en el modo de ahorro de energía.

—Los conductos de refrigeración todavía están calientes —comentó Ratonazo tras tocarlos—. ¿Adonde se ha ido todo el mundo?

—Mira en uno de éstos a ver si encuentras la respuesta —le contestó, señalando con el mentón a las consolas.

Ratonazo enfundó la pistola y se sentó en el puesto principal. Revisó la consola y luego abrió un panel lateral para conectar otro lápiz de energía. La pantalla instalada sobre la consola se encendió. Ratonazo pasó sin mirar por encima de las pautas térmicas, las tablas de temperaturas y los diagramas de medición de las precipitaciones.

Siguió oyendo al *blurd* golpetear contra el tragaluz teñido.

—Busca un registro diario —le dijo.

—Ya estoy buscando un registro diario —replicó Ratonazo.

Salió y atravesó una despensa con las estanterías metálicas llenas de comida seca y enlatada. Al otro lado de una puerta lateral había un lavabo, con su mueble estantería, su lavamanos y su espejo. Olía intensamente a lejía, con lo que se intentaba disimular la peste a humedad y a un tanque séptico lleno hasta rebosar. Las ventanas estaban reforzadas con malla de alambre, y formaban rectángulos de luz solar pálida pero intensa. La malla y el antepecho de las ventanas estaban cubiertos de *blurds* muertos.

Salió agazapado. El pozo sin apenas luz que formaba el pasillo daba a un taller de

maquinaria, al otro lado del cual se encontraba una planta generadora de energía. Se oía un zumbido de fondo. Se tragó el miedo y la bilis. Utilizó el servobrazo para mantener empuñada el arma con firmeza.

De los tableros de la pared colgaban multitud de herramientas. Las etiquetas estaban escritas a mano. Las cadenas de las poleas colgaban sobre los bancos de trabajo, y el pozo de inspección de vehículos parecía una tumba recién excavada, con el aire cargado del olor a aceite lubricante. Había una gran puerta corredera, en aquel momento cerrada, por la que podía pasar un vehículo de tamaño pequeño o medio tras subir la rampa que probablemente habría al otro lado.

Las manos le temblaban a pesar del servobrazo.

—Para. Para de hacerme esto —susurró.

Activó el rastreador de objetivos y la lente se le iluminó. Había algo en el taller. El generador siguió zumbando, activado en reserva. La puerta, marcador amarillo. Muebles estantería, marcador amarillo. Sombras del pozo de inspección, marcador naranja. Puerta lateral, marcador amarillo.

Movimiento, marcador rojo.

Iba a lanzar un grito de advertencia, pero otra arcada de bilis le inundó la boca. Tuvo la impresión de que el corazón le iba a estallar.

Disparó la pistola.

Su arma rugió atronadora dos veces. El retroceso le sacudió la muñeca. El chorro acre de gas lo asfixió durante un momento e hizo que le escociera la piel de la cara. El destello de los disparos fue tan intenso que las lentes se oscurecieron de forma automática.

Le dio a algo. La pared que tenía delante estalló. Uno de los tableros se despedazó y una de las esquinas se soltó, por lo que cayó de lado sobre el banco de trabajo que había bajo él. Se produjo una avalancha ruidosa de martillos, destornilladores, llaves y sierras de mano. Los clavos y los tornillos repiquetearon por el suelo y rodaron como monedas al dispersarse.

Se quedó parpadeando un segundo, con la pistola todavía empuñada y los oídos zumbándole. El humo que lo rodeaba era visible bajo los rayos que atravesaban el tragaluz. El último tornillo se detuvo.

—¿Bloom? ¡Bloom!

Era Ratonazo a través del auricular. La voz de su compañero también le llegó cuando salió corriendo del centro de control de la estación.

Tragó saliva con dificultad.

—¡Despejado! —gritó. Todavía no había bajado el arma. Ratonazo entró en tromba en el taller con la pistola en la mano.

—¿Qué coño ha pasado? —le preguntó.

—Despejado —le contestó. Le pareció que era lo único que se sentía capaz de decir.

—¿Ha sido un contacto? ¿Tenías un objetivo?

—Sí.

—¿A qué coño le has disparado?

La puerta corredera empezó a abrirse con un traqueteo y dejó entrar la luz del sol y el olor húmedo de la lluvia. Preben y Stabler se encontraban al otro lado, enmarcados por el rectángulo de luz, apuntando hacia el interior con sus armas principales.

—¡Despejado! —les gritó.

Ambos bajaron las armas con cautela. Le llegó el olor a metal quemado procedente del panel de apertura que habían achicharrado.

—¿Qué coño está pasando aquí? —preguntó Stabler mientras entraba—. ¿Nes?

—Empezó a disparar —le explicó Ratonazo.

—Me señaló un contacto. Vi un contacto. Delante de la puerta.

—Aquí no hay nada —dijo Stabler, y luego miró a Ratonazo.

Vio que éste le hacía un gesto negativo con la cabeza a Stabler.

—Hubo movimiento. Justo delante de mí. Vi a alguien. Vi un arma.

Los miró a los tres. El miedo le recorría las tripas como una serpiente que se estuviera mordiendo a sí misma la cola. Le repelió la expresión de sus caras.

Enfundó la pistola y ajustó las lentes. Repetición de imágenes. Movimiento. Marca roja. Dos destellos, tan intensos como un sol cegador. ¿A qué coño le había disparado?

Disminuyó la velocidad de visionado. Alerta de marca roja. Destello. Un poco más atrás. Una sombra borrosa antes de la marca. Un nanosegundo de movimiento. ¿Qué era eso? ¿Una bata que colgaba de uno de los tableros a la que había movido el viento? Aumentar. Nada. Algo.

Una figura. Una figura humana.

—Alguien salió por esa puerta —dijo, señalando al lugar en cuestión sin apartar la mirada de la imagen de las lentes.

—¿Quién? —quiso saber Stabler.

Meneó la cabeza en un gesto negativo.

—Sólo era una silueta.

—Entonces no era de verdad —comentó Preben.

—Era una persona. Se puede ver en las imágenes. Las estoy pasando una por una. Una figura. Y aparece una marca roja.

—¿Estaba armada? —le preguntó Ratonazo.

—Sí. Lo vi. Una pistola, en la mano izquierda.

—¿Qué aspecto tenía? —insistió Ratonazo.

—No era más que una sombra. Una... silueta. Aparece en una imagen, ya está.

—¿Y adónde fue? —le preguntó Stabler, mirándolo fijamente—. Vamos, Bloom. Por favor. ¿Qué coño te pasa hoy? ¿Adónde fue?

Los auriculares restallaron. Ratonazo se apartó para comunicarle la situación a Huck por el canal seguro.

—Alguien salió por esa puerta —le repitió a Stabler.

¿Qué expresión era la que aparecía en su cara? ¿La compasión? Eso le dio ganas de echarse a gritar.

—¡Joder! —exclamó Preben de repente.

Los dos se volvieron para mirarlo. Tenía la vista fija en el fondo del pozo de inspección. Se acercó para ponerse al lado de Preben.

Vio una joven con las extremidades retorcidas tirada en el fondo del pozo, boca abajo. La cabeza parecía recién sacada de un cubo lleno de sangre.

Lo más probable era que hubiera salido de una estancia lateral, el almacén del taller, y que se hubiera caído en el pozo al intentar apartarse de la línea de tiro. Los disparos no le habían acertado porque ya se estaba cayendo en el pozo cuando él abrió fuego. En vez de eso había acabado con el tablero de pared. Casi le había

volado la cabeza.

Se había golpeado en la cabeza contra la pared del pozo al caer, y casi se había arrancado el cuero cabelludo. Se le veía un trozo suelto de piel, y había sangre por todas partes, una tremenda cantidad, lo que al principio los había hecho pensar que le había acertado en la cabeza y la había matado.

La sacaron utilizando una camilla de la zona médica, y Preben le había limpiado y cosido la herida de la cabeza. La muchacha no se despertó. La pusieron cómoda y la dejaron tranquila.

—No lleva etiqueta con su nombre.

—La ropa es la habitual en un asentamiento —comentó Preben—. Es de aquí.

—Alguien de aquí, y asustada —asintió Stabler, mostrándose de acuerdo.

Los dos lo miraron.

—Tenía un arma —les dijo.

—Vale. Entonces, ¿dónde está? —quiso saber Preben.

La muchacha estaba pálida, tan pálida como si hubiera muerto. Respiraba de un modo tan leve que apenas se le notaba. La habían tumbado sobre un sofá que había en una estancia llena de estanterías al lado del centro de control. Se puso en cuclillas a su lado. Le llegó el olor a sangre, pegajosa sobre la chaqueta impermeable, apelmazada en el cabello y a lo largo de la línea de los puntos de sutura. Era pequeña, con el rostro simétrico de forma ovalada y los rasgos marcados. Se preguntó cómo serían sus ojos. El cabello era oscuro, casi negro, y muy espeso, recortado hasta quedar como una melena a la altura del cuello.

—No lleva tarjeta con el nombre, ni broche... ¿Habéis buscado en los bolsillos? —les preguntó.

—No hay nada —le respondió Stabler.

—La funda de la tarjeta también está vacía, ¿lo veis?

Señaló la pequeña funda transparente que llevaba prendida en el pecho de la chaqueta. Estaba vacía.

—Quizá haya sacado la tarjeta —comentó Stabler.

—Quizá la chaqueta no es suya. Quizá la chaqueta no es de nadie —apuntó Preben.

—¿Y por qué se iba a sacar la tarjeta? —les preguntó.

—¿Qué coño pasa? —le preguntó Stabler a su vez—. Nes, ¿qué pasa? ¿Crees que hemos pillado a una paramilitar? Pero qué cojones... ¿Me estás diciendo que es eso?

—No es más que una de los técnicos de la estación. Es alguien de aquí —declaró Preben.

—Eso no lo sabemos.

—Sabemos que la asustaste tanto que se tiró al pozo y casi se abre la cabeza —le replicó Preben.

—Cicero —dijo Stabler de repente.

—¿Qué?

—El sargento quiere hablar de esto personalmente contigo en cuanto Eyeburn esté asegurado —le explicó con cierta reticencia—. Quizá tenga que redactar un informe oficial. Me refiero a lo de abrir fuego contra un civil.

—Sabes que no ha sido eso lo que ha pasado —le dijo—. ¡Karin!, ya te he enseñado las imágenes. Marca roja. Esa tía llevaba un arma.

—Yo no he visto ninguna. No hemos encontrado ninguna pistola —le respondió Stabler.

—¡Tú la viste!

—Vi algo. Una sombra. Quizá era su mano. O una linterna.

Stabler lo miró fijamente. Ni siquiera estaba claro por su expresión que quisiera ayudarlo. Todos notaban lo tenso que estaba. Parecían no conocerlo. Como si no fuese él mismo.

—Ni siquiera sabemos quién es —insistió, pero se sintió estúpido al decirlo.

Se irguió y se marchó apretando los puños para que no le temblaran. Abrió de golpe la puerta del lavabo y luego la cerró de un portazo. Miró las ventanas, que no eran más que rectángulos de luz diurna sin brillo alguno, con las mallas de alambre llenas de *blurds* muertos. Excepto la del extremo. Los *blurds* de esa parte se acumulaban en el suelo situado bajo el antepecho. El hedor medio camuflado por la lejía seguía en el aire.

Se quitó las lentes y se miró fijamente en el espejo. La superficie tenía una grieta que la recorría de través. Su cara le devolvió la mirada, demacrada y pálida. La tez morena había desaparecido, y el color azul de sus ojos se había apagado. Parecía un demente.

—Quienquiera que seas, te llames como te llames, para. ¡Deja de darme la lata! Lo digo en serio. Tienes que parar. ¡No puedo pensar! ¡No puedo concentrarme! ¡Eres un fruto® estorbo, tío!

Inspiró profundamente, luego otra vez, con fuerza, en un intento de contener el pánico.

—Nunca tengo miedo —susurró—. No lo tengo. De verdad. Estoy a cien. Estoy preparado. Pero no estoy atemorizado. Nunca tengo miedo. ¿Qué fruto® miedo me estás metiendo? ¿Eres un fruto® bebé que tiene tanto miedo que me lo estás pasando? ¡Que lo tengo dentro, tío! ¡Se me está colando dentro! ¿Eres tú? ¿Tienes un fruto® ataque de miedo por esto? ¡Pues lárgate! ¡Lárgate de una fruta® vez! ¡Lo digo muy en serio! ¡Lárgate de una vez para que pueda hacer esto!

Inspiró profundamente otra vez.

—Tengo que cumplir con mi trabajo. Si esto es por tu culpa, me lo estás impidiendo. Eres un fruto® estorbo. Si el proceso consiste en esto, tenemos que

detenerlo. Se acabó. *Finito*. Díselo. Diles que te saquen de mi cabeza.

Nadie le contestó, pero la serpiente que notaba en su estómago se desenroscó de nuevo.

—Casi le pegué un tiro a esa chica. Casi le pegué un tiro porque me estabas volviendo loco. Tal y como están las cosas, con esa herida en la cabeza, lo mismo se muere de todas maneras.

Nada.

—¡Fruto® pirado! ¿Me oyes? ¿Estás ahí?

—¿Con quién coño estás hablando? —le preguntó Stabler.

Su compañera estaba en el umbral del cuarto de baño, con la mano sujetando la puerta abierta. La nueva expresión que se veía en su cara le gustaba todavía menos que la anterior.

Stabler dio un paso hacia él.

—¿Con quién estabas hablando, Bloom?

—Con nadie. Conmigo mismo.

—¿Qué coño te pasa?

—Nada.

—No me vengas con esa mierda, Nes. Tengo que saberlo. ¿Qué es lo que te pasa?

—Yo... Nada. Nada. Estoy bien. Estoy de fábula.

Stabler negó con la cabeza.

—Nunca pensé que serías tú. Nunca pensé que serías tú. Dicen que hay gente que se viene abajo cuando por fin llegan al sitio duro, y que a menudo es la persona que menos te lo esperas, pero nunca pensé que serías tú.

—No me he venido abajo. No me he venido abajo.

—Pues entonces no sé qué coño está pasando —le replicó ella—. Apenas acabamos de empezar, Bloom. Ni siquiera hemos entrado en combate, y ya le estás pegando tiros a los civiles.

—No es eso lo que ha pasado.

—Entonces, ¿qué mierda es lo que ha pasado?

—No es eso lo que ha pasado. No me he venido abajo.

—Estás jodido. Tendrías que haberte dado cuenta esta mañana y haberlo dejado. No deberías haber subido al panzudo. Ya estabas jodido cuando te vi esta mañana, y ahora estás más jodido. Nes, no tenías derecho a hacernos esto. No tenías derecho.

—Estoy bien.

—¡Venga ya! ¿Qué es lo que pasa? ¿Son las drogas otra vez? Creía que las habías dejado.

—No son...

—Es algo. Esa cojera tan rara, esa mirada en tu cara. ¡Ni siquiera me hablas como solías hacerlo!

—Karin...

—¡Cállate, joder! Voy a hablar con Cicero. No. No. Tú vas a hablar con Cicero. Ponlo al tanto. Tienes que dejar que te evacúen antes de que hagan que maten a alguno de nosotros.

—No...

—Nes, tienes que hacerlo, y sería mucho mejor que saliese de ti. Que fuera voluntario. Probablemente te harían alguna evaluación, te arreglarían y luego volverías al servicio activo. Si soy yo quien habla de lo que ha pasado, estás acabado. Te retirarán de cualquier clase de servicio activo.

Preben apareció en la puerta, detrás de ella. Los miró a los dos con suspicacia.

—Ratonazo ha encontrado algo —les dijo.

Ratonazo estaba sentado en el puesto principal del centro de control.

—La lista de personal —les dijo, señalando a la pantalla—. Estaba guardada en uno de los archivos de administración doméstica.

Separó los dedos sobre la pantalla táctil y abrió cuatro hileras de paneles con pequeñas imágenes de los rostros y datos biológicos.

—Diecisiete residentes.

—No salen los niños —comentó Stabler—. Pero está claro que aquí hay niños.

—Entonces, es que la lista no está completa —dijo Preben.

—Puede que sólo salgan los empleados —apuntó Ratonazo—. Por ejemplo, aquí. ¿Lo veis? AnniMari Tuck. Dice que tiene dos hijos, pero no se ven imágenes de ninguno de los dos.

—Pero entonces, ¿viven aquí, o es que ella tiene dos niños que viven en otro sitio? —quiso saber Stabler.

—Puedo dar otro barrido por la estación y contar las camas y los camastros —le respondió Preben.

—¿Adónde coño han ido todos esta misma mañana? —preguntó Stabler en voz alta, aunque parecía más bien que se lo preguntaba a sí misma—. ¿Por qué sólo se quedó ella aquí?

—Ella no está aquí —dijo.

Los tres se volvieron para mirarlo. Señaló a la pantalla con un gesto de la barbilla.

—Ella no está aquí. No es una de los diecisiete.

—Esta podría ser ella —comentó Stabler, dando unos golpecitos con el dedo sobre una de las imágenes.

—No, no si la miras bien. La nariz y las mejillas son distintas.

—Entonces es ésta —dijo Preben, señalando a otra.

—Ni por asomo.

—Podría serlo —insistió Stabler.

—No lo es. No está aquí —replicó él. Los miró fijamente—. Quizá por eso no lleva una etiqueta con su nombre, para asegurarse de que no podamos comprobarlo con los miembros de la lista de personal.

—Ya hemos dicho que en esa lista no aparece todo el mundo —contestó Preben—. Puede que no sea uno de los empleados. Quizá sea una invitada, una visitante. Una hermana. Una novia.

—O quizá otra cosa —apuntó él.

—Cierra ya la puta boca —le soltó Stabler—. ¿Es que no te parece suficiente haberle hecho que se abriera la cabeza?

Iba a contestarle, pero del exterior llegó un estruendo. Era un panzudo posándose justo delante. Salieron todos. El cielo era más grande, más luminoso, pero la lluvia seguía cayendo de forma dispersa. Más allá, en el mar, el rumor de la verdadera tormenta resonaba en el oscuro horizonte.

El *Pika-don* descendía poco a poco levantando un muro de agua pulverizada. Se posó con un crujido del tren de aterrizaje en mitad del patio trasero de la estación meteorológica, levantando un torbellino de barro desmenuzado que parecía una pantalla de humo protectora. Los rotores comenzaron a disminuir de velocidad, la intensidad del ruido descendió y la neblina de barro empezó a disiparse.

Cicero salió por la escotilla de estribor, seguido por el oficial del cóptero y un soldado llamado Martinz.

Cruzó el barro a grandes zancadas hacia ellos.

—¡Todos dentro! —ordenó—. Menos tú, Stabler.

Regresaron al interior. Stabler se acercó a la puerta y se quedó hablando con el sargento.

—No pinta nada bien para ti —le comentó Ratonazo.

—Cállate —le contestó.

Esperaron dentro, en el centro de control, y Cicero se reunió más tarde con ellos, acompañado por Stabler y Martinz.

—Quiero hablar contigo —dijo, y luego ordenó a los demás que reunieran todos los datos que fueran capaces de sacar del sistema de la estación—. Stabler dice que estás un poco fuera de ti —le comentó en voz baja cuando ya estaban fuera del centro de control, en el pasillo.

—Estoy bien, sargento.

—Parecías distraído, esta mañana —le replicó Cicero.

—Estoy bien. Estaba bien esta mañana y estoy bien ahora.

—No es eso lo que le parece a Stabler. Está preocupada. Dice que te sobresaltas con nada.

—No es verdad.

—Ahora es el momento de que lo digas, Bloom. Ahora mismo. Ella está pendiente de ti.

—Estoy bien, sargento.

—Pues entonces, cuéntame qué ha pasado con esa joven —le ordenó Cicero.

Le explicó lo ocurrido lo mejor que pudo. Le entregó sus lentes a Cicero para que él mismo pasara las imágenes una por una.

—No está claro que tuviera un arma —le dijo Cicero—. Ni siquiera ella está clara. ¿Habéis buscado un arma?

—Lo hizo Preben. Stabler también.

—¿Tú no buscaste, Bloom?

—Quería sacarla cuanto antes del pozo y curarla, sargento.

—Mira, Bloom, creo que ésta es una de esas situaciones. Es justo una de esas puñeteras situaciones que se producen a veces. Por lo que he visto en las imágenes, no creo que te equivocaras, a menos que estuvieras colocado o ya sobresaltado. Pero si es una civil, y por lo que parece, lo es, habrá un informe. Quizá haya una sanción. Es posible que incluso nos denuncie por daños y perjuicios. ¿Quién sabe? Voy a necesitar que un médico te tome una muestra de sangre y que haga unas cuantas comprobaciones. ¿Estás tomando algo que no deberías?

—No.

—¿De verdad que no?

—No, sargento.

—¿No hay nada en tu sangre de lo que no quieras que yo me entere?

—No, sargento.

—Muy bien, Bloom. Vamos a echarle un vistazo también a ella.

Llevó a Cicero hasta la estancia.

La chica no estaba. En el sofá había quedado una leve mancha de sangre y un ligero olor a gel antiséptico en el aire.

—¿Dónde está la chica, Bloom?

—No... No lo sé, sargento.

—¿A nadie se le ocurrió mantenerla vigilada?

No supo qué decir. Por fin tartamudeó una respuesta.

—No... no se nos ocurrió, sargento. Estábamos intentando descubrir quién era.

—Será mejor que la encontremos.

—Iré a buscarla.

—No, tú no, Bloom.

El sargento se dio la vuelta y llamó a Martinz, a Preben y a Stabler. Les ordenó que organizaran una búsqueda.

—Tú ve a sentarte en algún lado. No te metas en problemas —le dijo Cicero—. Haré que venga el médico del panzudo para que te saque sangre.

Regresó al cuarto de baño para poder pasear y hacer que dejaran de temblarle las manos mientras esperaba que llegara el médico. Un examen médico, cualquier examen médico, revelaría ciertas cosas, como las marcas de agujas y los moratones producidos por las pruebas biológicas a las que lo habían sometido la gente de la corporación. No sabía qué parte del proceso resultaría evidente en un análisis de sangre, pero le habían inyectado toda clase de mierdas para tenerlo preparado para la posible concordancia, y algo de eso seguro que era detectable.

Estaba jodido. Había apostado, y había perdido. Su carrera estaba en un sitio que olía peor que el lavabo de la estación meteorológica.

Le faltaba aire. El hedor a excrementos y a humedad era nauseabundo. Se acercó para abrir una ventana y dejar que entrara un poco de aire. Las mallas de alambre, repletas de cuerpos de *blurds* muertos, estaban atornilladas.

Excepto la del extremo. Los *blurds* muertos estaban esparcidos bajo el antepecho de esa ventana porque la rejilla de malla estaba suelta. Alguien le había quitado los tornillos para que se pudiera sacar y abrir la ventana. Cada vez que lo hacían, caían los cuerpos de los *blurds* muertos.

Quitó la rejilla y abrió la ventana.

El olor empeoró. Empeoró de un modo terrible. Se asomó a mirar con la serpiente del miedo retorciéndose en sus tripas.

Las ventanas del cuarto de baño daban a un espacio muerto, a una franja de gravilla situada entre dos alas de la estación meteorológica. Directamente debajo de la ventana había cinco cadáveres humanos boca arriba, con la ropa pegada a la piel, que parecía queso blanco. Estaban amontonados unos encima de otros, en la postura que habían quedado después de que los tiraran por la ventana. Unos *blurds* de color negro zumbaban alrededor de las bocas pálidas y abiertas o se agolpaban como si fueran lentejuelas sobre los ojos sin parpadear o sobre los agujeros rojizos de las heridas de proyectil sólido.

Se echó hacia atrás notando cómo el ataque de pánico lo golpeaba como si fuera un camión de transporte. La ventana se cerró de golpe y él vomitó en la parte interior del hueco, y luego otra vez en el suelo.

Escupió. Se dirigió a la puerta y probó a llamar por el canal seguro.

—¿Sargento? Sargento, aquí Bloom. Vuelva. ¿Stabler? ¿Kilo Uno?

Salió al pasillo. Estaba justo delante de él. Era la joven que habían sacado con tanto cuidado del pozo de inspección. Se detuvo en seco cuando él salió del cuarto de baño. Su rostro mostraba una expresión decidida, pero una curiosa falta de emociones. Una costra de sangre seca le cubría la herida suturada.

Llevaba en la mano una ADP de la Oficina de Asentamiento.

Le disparó sin decir nada.

Alguien en el cielo le estaba sonriendo. Quizá era Dios. Su madre le habría dicho que era Dios. Dios le sonreía desde el cielo y lo cuidaba, pero su madre no estaba allí, y no sabía adonde se había ido.

La sonrisa era muy grande. Llenaba casi todo el cielo. Era una sonrisa alegre, animada, una sonrisa llena de enormes y pulidos dientes blancos. De hecho, en uno de ellos se reflejaba la luz, igual que en los dibujos animados. En las comisuras de los labios había hoyuelos, los hoyuelos de la risa.

Quería saber dónde estaba su madre.

Una lluvia fría le cayó sobre la cara, y la sintió como alfileres de costurera. La sonrisa no cambió. Oyó unas voces a lo lejos. Era muy extraño. No se veía señal alguna de su madre.

Se dio cuenta del momento, y lo reconoció como una de las veces que más miedo había tenido en la vida. Le había dado miedo porque no entendía qué era lo que estaba pasando, y se había perdido, y su madre no estaba allí para encontrarlo o explicarle lo que sucedía.

La sonrisa comenzaba a ser un poco inquietante. Nadie mantenía una sonrisa durante tanto tiempo. Había periodos de negrura visual, y era incapaz de calcular cuánto tiempo duraban. Cada vez que recuperaba la visión, la sonrisa seguía allí. No se había marchado a ninguna parte, no había dejado de sonreír, ni siquiera cuando él era incapaz de verla. Seguían allí, la sonrisa, las voces y la lluvia en la cara.

Significaba algo. Todo aquello significaba algo. Tenía un significado muy importante, aunque no para él.

Le dolía la cadera. Le dolía la cabeza. Se preguntó dónde estaría su madre.

Habían ido juntos a la ciudad tras salir temprano de casa. Ella se había puesto su mejor abrigo, y él había sido capaz de darse cuenta sin que ella le dijera nada de que pasaba algo. Que se pusiera su mejor abrigo y salieran de casa temprano significaba algo. Tenía importancia, aunque no para él.

Habían ido en tren en vez de en autobús. Eso también era importante. Su madre le dijo que quería estar segura de llegar puntual, y uno no se podía fiar de los autobuses. El tren era mucho más caro. Su madre no dejaba de sonarse la nariz.

Desde el tren se veía mucho mejor la ciudad que desde los autobuses. Se la veía extendida bajo uno, medio tapada por las columnas de humo blanco que expulsaban las factorías de procesamiento, que destellaban al reflejar la luz del sol como si fueran dientes muy pulidos.

Tenía hambre, pero debían acudir a una cita. Quiso pararse en un mostrador de ProFood y comerse una barra de chocolate o una magdalena Bill Berry. Su madre le dijo que tenían que ver a un hombre. Le dijo que el trabajo en la construcción orbital

era peligroso, que era una tarea muy peligrosa, y que tenías que ser muy valiente para dedicarte a eso, y que ellos siempre lo habían sabido, ellos siempre habían sabido cuáles eran los riesgos. Le dijo que era algo terrible, pero que estarían bien. La Oficina cuidaría de ellos. Por eso iban a ver a aquel hombre.

Todo eso significaba algo. Sabía que significaba algo. Tenía gran importancia, aunque no para él.

El hombre los estaba esperando en un edificio de color marrón, apartado de las calles más concurridas. Fuera estaba la luz del sol, y dentro, unos pasillos resonantes y unas voces apagadas que lo cubrían todo como si fueran de terciopelo. Su madre se había detenido en la escalera que daban al edificio marrón y había inspirado profundamente, como si estuviera a punto de ponerse a cantar. Cuando cantaba en la iglesia, siempre se detenía un momento para prepararse y tener la compostura adecuada.

El hombre era agradable, pero no era agradable de verdad. Era un agradable falso. Un agradable por obligación. El hombre no dejaba de mirarlo y de sonreírle.

—Y éste es su hijo —le dijo.

Su madre se sentó. Se estiró el dobladillo de su mejor abrigo. El hombre le ofreció un pañuelo de papel que sacó de una caja que tenía sobre la mesa. Alguien trajo té de imitación. Al otro lado de las ventanas que el hombre tenía a su espalda, el cristal de la ciudad centelleaba como un montón de dientes pulidos que reflejaran la luz.

El hombre habló de cosas que él no entendía en absoluto, pero estaba claro que el hombre se sentía preocupado por la posibilidad de que lo entendiera, de que entendiera demasiado, y no dejó de mirarlo para comprobar que no era así. Entró otro hombre. Era más joven, y llevaba puesta una ropa larga y negra, y tanto el hombre como su madre lo llamaron «padre».

Pero el hombre de la ropa negra no era su padre. Ni siquiera era el padre Ercole de la iglesia a la que su madre iba a cantar, aunque la ropa que llevaba puesta era muy parecida a la del padre Ercole. El padre Ercole era mayor, y muy amable. Amable de verdad. El padre Ercole le pedía a su madre que cantara la mayoría de los domingos, y siempre le daba a su madre un momento para que se preparase y tuviese la compostura adecuada antes de cantar delante de todo el mundo.

Ese hombre, el que también llevaba ropa negra, era demasiado joven para ser el padre de nadie. Estaba claro que no era su padre. Su padre era mayor que ese hombre, y más alto, y tenía unos brazos grandes y fuertes, y trabajaba en la construcción orbital, y no lo veían mucho porque siempre estaba trabajando en algún contrato nuevo.

No le habían visto desde hacía meses.

El hombre de la ropa negra preguntó qué preparativos había que hacer, y su

madre le dijo que su marido nunca había sido muy creyente. Ella era la creyente. Ella era la que iba a la iglesia. Le gustaba cantar en los servicios religiosos. Era algo de la comunidad. Su marido nunca se había interesado por ese tipo de cosas. Incluso cuando él estaba en casa, no se había molestado en acompañarla a la iglesia, aunque jamás le había impedido ir. Les explicó que era un racionalista. Así era como se describía a sí mismo. De eso se trataba el futuro. Dios sólo había metido a la gente en guerras y cosas similares. No necesitabas a Dios cuando tenías el espacio.

El hombre de la ropa negra mostró cierta preocupación. En el formulario del fallecido se establecía claramente que su fe personal era la misma que la de ella. Muchos aspectos del trabajo del fallecido dentro de la Oficina se habían basado en ese supuesto, incluidas las tareas que se le habían encargado, los complementos por familia y por alojamiento, y las vacaciones. La Oficina subvencionaba un servicio funerario basado en la fe personal, tal y como se detallaba en el impreso. El hombre de la ropa negra mostró cierta preocupación respecto a la posibilidad de que su madre estuviera tergiversando las creencias y las convicciones de su marido. ¿Quizá estaba furiosa y enfadada con Dios debido al accidente? Si se trataba de eso, era comprensible debido a la pena, pero el hombre de ropa negra insistió en que necesitaba saber la verdad. Ella no podía, no debía, permitir que sus propias emociones se interpusieran en la última voluntad de su marido.

Además, si resultaba que el fallecido había fingido su fe personal y había puesto información falsa, habría que abrir una investigación para ver si el alojamiento y las compensaciones se habían concedido de forma errónea.

Su madre le contestó que su marido había sido criado en la fe de la Iglesia, lo mismo que ella, lo mismo que el hijo que estaba allí presente, pero que se había convertido en algo marginal. Había tachado esa casilla porque tenía que tachar una casilla. Su fe había disminuido a lo largo de los diez años anteriores.

Su madre necesitó unos cuantos pañuelitos más para sonarse la nariz. Su tono de voz cambió. Todo eso significaba algo. Sabía que significaba algo. Tenía gran importancia, aunque no para él. Su madre dijo que no se podía creer que estuviera diciendo algo así en un momento como aquél, después de lo que había ocurrido. Su marido había servido bien, de un modo devoto. ¿Qué quería decir con eso de abrir una investigación? Si se habían producido pagos incorrectos o en exceso, ella no se podía permitir devolver nada. Tenían muy poco, y menos en esas circunstancias. El hombre de ropa negra le aseguró que no se llegaría a ese punto, y que habría una compensación industrial completa. Pero quizá ocurrirían ciertas cosas. Era posible, por ejemplo, que se los trasladara a otro alojamiento. De menor tamaño. Ya sólo eran dos, y las casas de ese tipo eran muy solicitadas. Esto último era bastante probable si se les había concedido un alojamiento basado en la creencia en cierta fe bajo una premisa falsa.

Su madre le contestó en voz muy baja que aquello ni podía ni iba a ocurrir. Era su hogar, su hogar familiar. El hogar de su hijo. Su hijo, que estaba allí mismo, tenía su hogar allí. Ella formaba parte de la comunidad, de la parroquia. Tenían vecinos y amigos. Llevaban allí diez años.

El hombre de la ropa negra le sugirió al otro hombre que quizá lo mejor sería que el chico esperara en el pasillo mientras ellos hablaban. Quizá se podría molestar. No parecía entender realmente lo que estaba pasando. Después de todo, sólo tenía cuatro años. Había libros con dibujos allí fuera, y algunos juguetes.

Su madre le dio un beso y dejó que lo sacaran de la estancia, lejos de la ventana con las vistas a la ciudad, que brillaba como dientes pulidos.

Lo llevaron a un pasillo que olía a cera de suelo y le dijeron que se sentara en un banco situado debajo de una ventana por donde entraba un amplio rayo de luz. Una chica joven le trajo un zumo y una fruta. Le enseñó la caja que había al lado del banco, que estaba llena de libros de dibujos, además de un rompecabezas de bloques, un tanque de plástico con el emblema del D.M.O.A. y una nave giratoria de juguete hecha de metal.

No le gustó mucho la fruta, así que la dejó en el alféizar de la ventana. Pero seguía con hambre. Después de lo que le pareció una eternidad, llamaron a la joven, y la nave de juguete perdió su atractivo. Vagabundeó por los anchos pasillos atravesando los amplios rayos de sol que entraban por las grandes ventanas, acariciado por las suaves voces.

Fuera, en la escalera bajo el sol, se encontraba un puesto de ProFood, el mismo con el que se había cruzado con su madre cuando iban hacia el edificio. Los trabajadores hacían cola para comprar bebidas y barritas de chocolate. Bajó hasta allí y se quedó mirando el menú con fotografías que había sobre el mostrador, los cafés glaseados, los pasteles cubiertos de azúcar espolvoreado y los pasteles de queso con espinacas.

El hombre del puesto le dijo a una mujer de la cola que era un niño muy guapo, y la mujer contestó que el niño no era suyo. Entonces, ¿de quién era? El pequeño estaba perdido. Un niño pequeño perdido en mitad de una calle concurrida. ¿Dónde estaban sus padres? Oh, pobrecito. Debía de tener mucho miedo.

Él no tenía miedo, al menos no lo tuvo hasta que todo el mundo comenzó a alborotarse. Le preguntaron dónde estaba su padre, y él no supo decirlo. Le preguntaron dónde estaba su madre, y se dio cuenta de que tampoco sabía eso. Estaba en el edificio grande y marrón que tenía una escalera en la parte delantera, pero había edificios de color marrón con escaleras en la parte delantera por todos lados, y él no era capaz de distinguirlos entre sí.

Entonces fue cuando le entró miedo de verdad. Quiso saber dónde estaba su madre. No se la veía por ningún lado. En el fondo no entendía qué estaba pasando,

excepto que se había perdido y que su madre no estaba allí para encontrarlo o explicarle lo que sucedía.

Tampoco estaba su padre.

El hombre que trabajaba en el puesto de ProFood salió y se lo llevó a un lado del mostrador para sentarlo delante de la gran imagen recortada de colores brillantes de Bill Berry, el astronauta. Luego le dio un helado de CeroCal-Cola para que se entretuviera mientras alguien llamaba a la policía.

Se tomó el helado y se quedó mirando la imagen recortada de Bill Berry. Llevaba puesto su reluciente traje plateado y tenía en la mano una barrita de chocolate al mismo tiempo que mostraba su sonrisa de marca registrada, la Sonrisa Feliz Berry®.

Era una sonrisa grande. Llenaba casi todo el cielo. Era una sonrisa alegre, una sonrisa llena de dientes blancos grandes y pulidos, tanto que uno de ellos reflejaba la luz. En las comisuras de los labios se veían hoyuelos, hoyuelos de sonrisa.

—¿Cómo se llama tu madre? —le preguntó el hombre de ProFood.

—La señora Carmela Bloom —respondió él.

—Vale, muy bien. Eso está muy bien. La encontraremos, no te preocupes. La encontraremos en seguida. ¿Y tú cómo te llamas, chaval?

—Lex Falk.

La negrura llegó y se fue de nuevo, llegó y se fue. En un par de ocasiones, durante esos apagones, tuvo la certeza de que se oía un leve sonido de chapoteo, como si alguien se moviera dentro de una bañera llena. Cada vez que recuperaba la visión, la sonrisa seguía allí. La sonrisa gigante del astronauta Bill Berry. No se había marchado a ninguna parte, no había dejado de sonreír, ni siquiera cuando no podía verla. Seguía allí, la sonrisa, las voces y la lluvia sobre su cara.

La lluvia era muy extraña. No entendía el significado que tenía la lluvia. Estaba al lado del puesto de comida de ProFood, mirando la Sonrisa Feliz Berry® al mismo tiempo que procuraba no dejarse llevar por el miedo, y hacía sol. Hacía calor. Era un día muy, muy soleado.

¿Por qué sentía lluvia en la cara, fría, que le pinchaba como diminutos alfileres? ¿Dónde estaba su madre? Le dolía la cadera. Le dolía la cabeza.

Cuando el hombre del puesto de ProFood le había preguntado el nombre de su madre, él había respondido Carmela Bloom, pero estaba claro que aquello era una ridiculez, porque su madre se llamaba Elaine, y había muerto cuando él sólo tenía dos años, y su madre adoptiva, la mujer que lo había criado, se llamaba Clare Chavest, aunque luego se llamó Clare Falk, y ninguna de ellas lo había llevado jamás a un edificio marrón de la Oficina de Asentamiento en un día soleado para discutir los preparativos del funeral de su padre ni la compensación por el accidente industrial, porque su padre no trabajaba en la construcción orbital. Él trabajaba en Lowmann-

Escaper, y además, tampoco había muerto. Vivía en Veintiuno con una nueva familia, una familia que le había permitido crear a Clare, una familia a la que Lex jamás había conocido porque nunca había estado preparado de verdad como para hacer el esfuerzo de subirse a una nave y viajar hasta Veintiuno, aunque fueran sus medio hermanos.

¿Por qué llovía en un día soleado? ¿Por qué le dolía? ¿Por qué estaba tan confuso?

Quiso ponerse de pie. Estaba tumbado de espaldas. Quiso ponerse en pie, pero sabía que eso sería algo muy difícil de conseguir.

Por muy difícil que llegara a ser la tarea de ponerse pie, sabía que iba a ser mucho más difícil recordar exactamente quién era.

Lex Falk abrió los ojos de Nestor Bloom.

La sonrisa era una sonrisa grande. Llenaba casi todo el cielo. Era una sonrisa alegre, agradable, con hoyuelos en las comisuras de los labios, hoyuelos de sonrisa. Era una sonrisa llena de dientes blancos grandes y pulidos, tanto que uno de ellos reflejaba la luz, como si fuera un dibujo animado.

No, no era «como». Era un reflejo de dibujo animado, un centelleo hábilmente imitado.

Falk parpadeó para quitarse el agua fría de lluvia de los ojos. Aunque la estaba viendo desde un ángulo curioso, era sin duda una Sonrisa Feliz Berry®. Estaba desgastada por el tiempo, y en algunos puntos se le había levantado la capa de pintura, estaba claro que se trataba de la clásica imagen del astronauta, no esa mierda de Rooster Booster que había instaurado ProFood desde hacía quince años como parte de su renovación como gran compañía. ¿Para qué cojones hacían algo así? Bill Berry, con su traje de astronauta plateado y de aspecto antiguo, con su piel de color de mora y su enorme sonrisa descarada, incluido el centelleo del diente, tenía verdadera personalidad. El emblema del astronauta era una pieza clásica dentro del diseño comercial. Booster Rooster no era más que un gallo enorme metido en un traje.

La sonrisa colgaba en el aire por encima de su cabeza, a unos dos metros de él. Era una sección de plancha de fibra cortada de un viejo anuncio que se había colocado como defensa contra el viento. Formaba parte de toda una hilera de pantallas de protección fabricadas a partir de anuncios viejos, o de placas publicitarias, o incluso con las paredes laterales de cubierta metálica de los contenedores de carga, algo dobladas y cubiertas de óxido. Retemblaban bajo el empuje de la corriente de aire provocada por el incesante viento de la colina. Las estructuras crujían levemente. La llovizna repiqueteaba contra la superficie levemente inclinada de cada una.

El cielo era toda una nube baja esponjosa de un color blanco que recordaba a la espuma antincendios. Estaba tendido de espaldas sobre el barro. Le dolía la cadera, y también la cabeza. Estaba completamente empapado, y tenía frío. A lo lejos, por encima del sonido del silbido del viento y del repiqueteo de la lluvia, le llegaba el palpar bajo y profundo de las turbinas eólicas.

Por encima de eso se oía otro sonido: voces.

Intentó inclinar la cabeza hacia un lado para oír mejor, pero fue incapaz de mover el cuello. Abrir y cerrar los ojos era todo el control muscular que era capaz de lograr. Se sintió atrapado, completamente claustrofóbico, del mismo modo que se había

sentido cuando lo colocaron como un pasajero impotente dentro del soldado de primera clase Nestor Bloom. Estaba paralizado. Estaba aprisionado dentro de un cuerpo que no obedecía sus órdenes, por mucho que se esforzara en obligarlo. Y ahora, Bloom tampoco se movía, no movía a ninguno de los dos.

Falk empezó a sentir pánico. Intentó dominarse, pero le fue prácticamente imposible. La sensación era la misma que verse encerrado en un ascensor con una carga incendiaria al lado. La fuente de combustión ya estaba ardiendo, y lo hacía cada vez con más intensidad, con más brillo, con más calor. No podía alejarse de la carga, y lo quemaría al mismo tiempo que se quemaba ella.

Emitió un sonido. Notó una gota de lluvia en el labio. Luego logró emitir otro sonido, un gemido, un murmullo. Recordó cuando estaban en Camp Lasky, y contempló el rostro desconocido de Bloom en el espejo del lavabo mientras el propio Nestor se presentaba. Recordó haber perdido los nervios debido a la parálisis absoluta, y que intentó hacer algo, cualquier cosa. En ese momento había proferido un sonido, sólo un carraspeo, pero consiguió arrebatarse el control a Bloom durante una fracción de segundo. A Bloom no le había gustado en absoluto. Había amenazado a Falk con rajarse del asunto.

«Habértelo pensado mejor, soldadito. ¿Dónde estás ahora? ¿Por qué me has dejado aquí tirado bajo la lluvia, dentro del peso muerto de tu cuerpo...?»

La chica. La chica misteriosa con la herida en la cabeza y la curiosa falta de emoción. Ella le había disparado. Bueno, le había disparado a Bloom, pero para el caso era lo mismo. Falk recordó el Colt en su mano, la corredera moviéndose casi a cámara lenta, el estallido brillante del gas ardiente del disparo.

No recordaba haber sentido que los proyectiles le impactaran. Sólo había notado oscuridad hasta que Bill Berry comenzó a sonreírle desde arriba. Mierda. Se había quedado perdido en esa oscuridad, se había quedado encerrado en la parte inconsciente de la mente de Bloom, donde había tropezado a ciegas con recuerdos que en realidad no eran suyos. El recuerdo de haberse perdido cuando era un crío, de que lo encontrara el encargado de un puesto de ProFood. La aparición de ese recuerdo probablemente la había provocado de forma subconsciente la vieja imagen que había en esa pantalla improvisada contra el viento. La experiencia resultante había sido muy peculiar. El recuerdo era muy intenso, y era evidente que había tenido mucha importancia para él, pero para Falk no tenía valor alguno. La evocación de Bloom se había quedado pegada en la mente de Falk. Este se había limitado a ver el recuerdo, del mismo modo que alguien vería una imagen tomada en la infancia de una persona. El contenido, los detalles, el significado, todo había sido completo. Falk lo había comprendido porque Bloom lo comprendía, y ambos estaban compartiendo las mismas funciones cerebrales.

Pero para él no tenía importancia, no poseía un contenido emocional. Falk no se

había sentido implicado. La sensación era la misma que si lo hubiesen obligado a ver el último capítulo de una serie dramática que no hubiera seguido en absoluto.

No recordaba el impacto de los proyectiles. La fuerza tuvo que ser tremenda. Un ADP Colt era un arma de increíble potencia, y más a una distancia tan corta. Joder, lo mismo ni estaba inconsciente. Quizá Bloom estaba muerto. El cabrón debería estar muerto, desde luego. ¿Dos disparos de ese calibre casi a quemarropa? Lo que estaba era muerto. Falk estaba atrapado dentro de un puto cadáver. Estaba metido dentro de un cuerpo muerto; allí lo habían dejado...

¿No querría decir eso que él también estaba muerto? Seguro que las heridas lo habrían matado, y si no eso, la propia muerte biológica. ¿Y la conmoción? ¿No debería haberlo matado la conmoción? Estaba claro que no era así, pero entonces, ¿por qué no se había interrumpido la conexión? ¿Por qué no estaba de regreso, metido otra vez en el cuerpo de mierda de Lex Falk mientras Ayoob y Cleesh lo sacaban de ese puto tanque Jung?

¿Por qué no habían abortado la operación y lo habían sacado ya?

Bloom debía de estar vivo todavía. Estaba herido, probablemente de un modo crítico, pero vivo. Su cerebro todavía debía de estar funcionando. Falk no era precisamente un experto, pero lo razonable era pensar que no se podía mantener una suplantación sensorial cuando algo estaba muerto y, por lo tanto, no disponía de sentidos o de funciones cerebrales.

Pero lo cierto era que Bloom estaba ausente por completo, y Falk se encontraba atrapado en un cuerpo que se enfriaba y que se negaba por completo a obedecer ninguna de sus órdenes, en un cuerpo afectado por una inmovilidad muscular absoluta. El síndrome del cautiverio. Falk había leído algo sobre esa cabronada. Una parálisis física completa. Sólo la mente estaba despierta dentro de un cascarón de carne muerta, incapaz de comunicarse.

Aquel pánico cegador lo asaltó de nuevo y se le revolvió en el estómago como si fuera una serpiente. Joder, joder, joder...

Un momento. Había conseguido parpadear. Había dejado escapar un sonido, un carraspeo. Había emitido un sonido cuando Bloom todavía estaba en su propia cabeza; había sido capaz de quitarle el control. Si había logrado hacer eso, y podía parpadear y casi graznar, seguro que podía hacer algo más, joder.

Falk se tensó. Se concentró tanto que tuvo la impresión de que le iba a reventar una vena o a romperse algo. Tuvo la sensación de que iba a quemarse toda la memoria muscular. Cuando llegó a un punto en el que ya no se podía esforzar más y tuvo la convicción de que iba a explotar, hizo un ruido.

Otro graznido. Un pequeño carraspeo ronco. Al mismo tiempo, soltó una ventosidad.

Pero ¿qué coño...? Tras ese esfuerzo sobrehumano, titánico, ¿lo único que había

conseguido era tirarse un pedo? Era fantástico, fantástico de cojones. Eso era ciertamente un resumen del miserable choque entre el resultado y el esfuerzo de la vida del propio Lex Falk.

Era tan trágico que hasta era divertido.

Eso lo hizo reír. Se echó a reír. Se estuvo riendo, riendo a carcajadas, durante todo un minuto antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

No había intentado reírse, pero se había puesto a reír. Lo estaba intentando con demasiadas ganas. Era evidente que lo que hacía falta era algo mucho más subliminal.

Se relajó. Movi6 la cabeza hacia un lado. La cabeza de Nestor Bloom se volvió hacia un lado. Vio a una distancia realmente corta el barro sobre el que estaba tendido, sobre cuya superficie se levantaban pequeñas columnas marrones con cada impacto de las gotas de lluvia. Delante de 6l tenía el microrreceptor estándar del D.M.O.A., su conexión con el canal seguro. Se le había caído. Eso era lo que oía. De ahí salían las voces que oía.

Se esforzó por oír algo. Había mucha estática y muchos chasquidos. Una voz repetía las mismas palabras una y otra vez.

—«El canal de comunicación ha caído. El canal de comunicación ha caído.»

Falk se incorporó.

Se produjo un retraso que a 6l le parecieron segundos enteros, pero probablemente sólo fue el tiempo que necesitó una de las sinapsis para activarse, y el cuerpo de Nestor Bloom también se incorporó.

El equilibrio era un problema. La cabeza le colgaba sobre los músculos lacios del cuello. El dolor aumentó de intensidad, tanto en la cadera como debajo del ojo derecho. Falk se sintió aturdido.

Bajó la mirada a las piernas, a las piernas de Nestor Bloom, que estaban extendidas delante de 6l. La lluvia seguía cayendo sobre todo su equipo de combate. Las piernas estaban rectas y flácidas. Sus lentes, rotas a la altura del puente de la nariz, estaban en el suelo, al lado del muslo derecho. Tenía sangre en el regazo y en la pechera de la camisa. La lluvia estaba enjuagando la sangre además de hacer que empapara aún más la ropa. Le caía goteante de la cara, de la nariz. Movi6 la mano para limpiársela. La mano izquierda no se movió. La derecha apareció a su vista con un movimiento torpe. Casi se dio a sí mismo un puñetazo en la boca. Tardó un momento en conseguir el delicado control necesario para utilizarla, para mover la mano de manera que le limpiase la cara y comprobase el estado de la mejilla y de la boca.

Los dedos le quedaron cubiertos de sangre. Era la sangre de Nestor Bloom, y cubría por completo los dedos de Nestor Bloom. Falk notó todo el daño que había sufrido su cara. Le dolía, pero ya era un dolor apagado. La sangre le salía de la nariz,

de la boca, y de una herida que había sufrido en la mejilla derecha, debajo del ojo. Le dolía y palpitaba cada vez que lo apretaba: el pómulo, la piel, la mandíbula, los dientes, las fosas nasales, el tabique nasal, la lengua, la cuenca del ojo derecho. Se dio cuenta de que estaba babeando saliva y sangre, e intentó limpiarse de nuevo.

Falk se esforzó por mover el brazo izquierdo de Bloom. Tuvo la sensación de que el cuerpo de Bloom había sufrido alguna especie de ataque de apoplejía y que sólo le funcionaba un lado del cuerpo. La cabeza le palpitaba debido a que el dolor se había redoblado con el contacto de sus dedos exploradores. Le dolía la cadera. Era raro, muy raro, que a Bloom le doliera precisamente en el mismo lugar que le dolía a Falk. Intentó ponerse en pie. Fue un error táctico. Resbaló y se desplomó sobre un costado, el costado izquierdo, el costado paralizado por la apoplejía.

Quedó cara a cara con Stabler. Ella también estaba tendida en el suelo bajo la lluvia, a su lado. Estaban uno al lado del otro, como si fueran amantes tendidos sobre la cima en una colina que se dedicaran a contemplar las nubes o las estrellas. Tenía los ojos abiertos. La parte posterior de la cabeza le había desaparecido. La lluvia que le goteaba del cabello tenía un color rosáceo.

Falk retrocedió de forma brusca y violenta. Se deslizó y rodó para alejarse del cadáver de Stabler. El cuerpo de Bloom se agitó, lacio, como si fuera una marioneta manejada con torpeza, al deslizarse sobre el barro. Emitió una serie de sonidos terribles, gemebundos, incoherentes y sollozantes.

Estaba diciendo su nombre. Estaba diciendo su nombre con una boca que estaba rota y que no podía moverse de forma adecuada.

Falk se quedó quieto a pocos metros de ella, sin apartar la mirada del rostro salpicado de barro. Él simplemente había reaccionado por puro asco, un acto reflejo fruto del horror de verse al lado de un cadáver que tenía un disparo en la cabeza. El asombro, la pena y la desesperación no habían salido de él en absoluto. Habían salido de Bloom. Bloom la conocía. Bloom había tenido una relación con ella, como camarada y como algo más. Había sido Bloom el que había sollozado su nombre lleno de tristeza, no Falk.

Bloom, o una parte involuntaria de su ser, continuaba con vida dentro de su cuerpo, en algún lugar.

Falk intentó ponerse en pie de nuevo. Escupió un chorro de sangre, y tragó un poco junto a algo de saliva cuando jadeó y se incorporó de nuevo hasta quedar sentado. Logró quedar en esa posición apoyando la espalda contra uno de los protectores contra el viento, parte de un anuncio de maíz de GM.

Lo más que pudo llegar a adivinar Falk fue que se encontraba en un pequeño callejón situado al lado de la estación meteorológica, en el lado de la colina que daba al mar. De allí llegaban un viento y una lluvia bastante fuertes, y el propio mar estaba oculto por una niebla blanca y los rociones de espuma. Tuvo la sensación de que era

ya la última hora del día, quizá primera hora de la tarde.

Debajo de él, a lo largo de las laderas, se veían almacenes y edificios desmontables, además de numerosas parcelas cultivadas y cubiertas. Todo estaba protegido de la fuerza primigenia del tiempo atmosférico por los paneles contra el viento. El callejón era en realidad una senda, un camino embarrado que llevaba hasta un patio trasero. Los cobertizos desmontables formaban una de las paredes. Las placas contra el viento, incluida la Sonrisa Feliz Berry®, formaban la otra y protegían un lado de la estación meteorológica.

En realidad, era una nada, un espacio vacío, un camino perdido en aquel lugar. Al igual que el espacio muerto que había bajo la ventana de los lavabos, era un sitio conveniente hasta el que arrastrar cadáveres para esconderlos allí. Tanto a él como a Stabler los habían arrastrado desde el edificio principal. Falk distinguió a pesar de la lluvia los surcos que habían dejado al arrastrarlos por el barro. Había otro cadáver, un tercer soldado del D.M.O.A. Falk no llegó a verlo hasta que quedó sentado del todo. El cuerpo estaba boca abajo al otro lado del cadáver de Stabler. Falk no tenía la seguridad, pero le pareció que era el soldado llamado Martinz. En su espalda se veían tres heridas de salida de forma irregular que parecían pequeños volcanes sanguinolentos.

Se habían llevado las pistolas y las armas principales, y parecía que también habían vaciado los morrales de munición y los bolsillos.

Deseó con todas sus fuerzas ser capaz de controlar su postura y su equilibrio. Al tener el costado izquierdo inmovilizado y el control muscular totalmente jodido, estaba apoyado contra la placa inclinado hacia un lado, como si fuera un inválido inútil recostado en la cama de un hospital a la espera de que llegara un enfermero para ponerle bien la almohada y recolocarlos. Tenía la mano derecha completamente flácida y apoyada en el regazo. Notó como la saliva se le acumulaba en el borde del labio antes de caer formando un largo hilo de baba que terminaba en la pechera de su camisa.

Se quedó sentado durante unos momentos, y luego intentó de nuevo ponerse en pie. Descubrió que la inmovilidad de su lado izquierdo se debía en parte a la armazón del servobrazo, que estaba diseñado para captar la tensión y ponerse rígido. Tuvo que intentarlo todo media docena de veces antes de lograrlo. La paciencia lo hacía ponerse furioso, pero era lo único que le funcionaba. Cada movimiento, cada gesto, tuvo que repetirlo una y otra vez hasta conseguir hacerlo con movimientos torpes e increíblemente imprecisos. No habría sido capaz de llevarse una cuchara a la boca. Por lo que se refería a enhebrar una aguja, ni siquiera habría podido agarrar la aguja.

Gracias a que se había quedado rígido alrededor del brazo izquierdo, que seguía inerte, el servobrazo se convirtió en una ventaja, en una muleta rígida con la que podía contar, una extremidad que se mantendría firme, sin importar lo que pasara, en

vez de ceder de repente. Se arrastró hacia la tubería de desagüe de los canalones que recogían el agua de la lluvia, y al llegar a ella la utilizó para ponerse en pie. Tardó un millar de años. Los continentes cambiaron de lugar mientras esperaban a que recuperara la posición vertical. El bamboleo y el vaivén de su cabeza se volvieron tan enloquecedores que lanzó un chillido sin palabras que quería ser una exclamación de rabia.

Por fin consiguió ponerse en pie del todo. Se quedó apoyado en la pared, pero ya estaba de pie, con la lluvia en la cara, el dolor en las venas y tan impotente como en el momento en que se había despertado.

Caminó igual que un zombie, igual que una criatura torpe y vieja que sólo conservara las conexiones neuronales más básicas que coordinaran impulso y acción. Caminó tanteando con la mano izquierda, utilizando el servobrazo como muleta y para mantener el equilibrio, y arañó con sus aristas la superficie de las placas colocadas contra el viento, luego la pared y después el umbral de una puerta. Mantuvo el equilibrio con una mano en la pared y las piernas bien separadas, como un marinero a bordo de un barco que estuviera soportando una gran tormenta. Sintió que su cuerpo prestado comenzaba a sobrecalentarse por el tremendo esfuerzo. El sudor le cubrió el pecho y la espalda, y luego se enfrió bajo la lluvia y el viento.

Todavía no había aparecido nadie para abrir el tanque y sacarlo de Nestor Bloom. Ni Ayoob, ni Cleesh, ni el puto Bari Apfel.

La lluvia amainó. El viento también. La luz se volvió amarillenta y el día pareció apagarse. Todo se quedó en silencio a excepción del gorgoteo del agua que bajaba por los canales y la que caía goteando de las hojas.

Intentó abrir la puerta. Tuvo que intentarlo tres veces antes de conseguir que la mano derecha rodeara el pomo. La puerta se abrió.

Se oyó un ruido, repentino y penetrante. Fue una especie de antisonido, un ruido tan potente y agudo que existió tan sólo en el límite de la capacidad normal de audición. Lo sintió más que lo oyó. Fue un chasquido chirriante. Lo sobresaltó tanto que lo hizo saltar de espaldas, y cerró la puerta de golpe de un modo accidental.

El sonido provocó que también se sobresaltaran otras cosas. Un enjambre de grandes *blurds* de color blanco salió volando y se alejó por encima del tejado inclinado.

El sonido se oyó de nuevo. Aunque esta vez ya estaba prevenido, hizo que se sobresaltara de nuevo. Se estampó contra la pared contigua a la puerta y estrelló de forma involuntaria la nuca de Bloom contra las planchas de la pared. El pie derecho le resbaló en el lodo y casi se cayó. Alargó la mano izquierda, se agarró al marco de la puerta y notó como el servobrazo se cerraba y se bloqueaba.

Falk se dio cuenta de algo. No había reconocido el sonido. No era más que un sonido agudo de modulación extraña que lo sobresaltaba por lo repentino. Pero lo cierto era que estaba respondiendo con más nerviosismo y preocupación que eso. El retroceso de su cuerpo no encajaba con la simple curiosidad de su mente. Tuvo la impresión de que el cuerpo de Bloom sí que sabía lo que era aquel sonido. Tuvo la impresión de que la memoria muscular de Bloom sabía que debía temerlo.

El sonido se oyó una tercera vez. Falk captó un olor a quemado en el aire frío. Se echó hacia atrás obedeciendo al instinto precavido del cuerpo de Bloom. Se colocó en el umbral de la puerta y utilizó el hueco para ponerse a cubierto.

Oyó unas pisadas. Eran botas que chapoteaban por el barro a paso ligero. Dos figuras, apenas unas sombras, pasaron corriendo al final del callejón cruzando el patio abierto de la estación meteorológica. Fue apenas un vistazo, pero Falk supo que empuñaban objetos pesados.

«Gaitas.» Armas láser.

Oyó el sonido de nuevo, esta vez acompañado por un leve parpadeo de luz procedente de la dirección en la que habían desaparecido las figuras.

Ahora ya sabía qué era aquel sonido.

Era el disparo de un arma. El disparo de un M3A.

Abrió la puerta con una mano derecha temblorosa y entró en el pasillo trasero, a oscuras, de la estación. Cerró la puerta a su espalda.

El aire del interior era fresco. Le llegó el olor a algo quemado, pero ya rancio. También le llegó el olor a sangre quemada y a mierda.

Comenzó a avanzar bamboleándose sin dejar de apoyarse en la pared y se adentró en la estación.

Estaba a mitad del pasillo cuando alguien lo agarró y lo inmovilizó por la espalda. Un brazo le rodeó el cuello. Tuvo la sensación de que lo había atrapado un armario ropero.

—¡Ni una palabra! ¡Ni una sola! —le susurró una voz al oído derecho.

Tenía algo más pegado al oído derecho. El cañón frío de un ADP.

Se dejó arrastrar por el pasillo hacia un pequeño dormitorio que olía a calcetines sucios y a ventilación escasa. La habitación estaba poco iluminada, desordenada, una unidad compartida llena de ropa sucia. Había imágenes de Shiona Kona decorando la pared del camastro de la izquierda.

Ratonazo lo soltó y lo empujó lejos para poder verlo bien sin dejar de apuntarlo a la cara con el Colt.

—¿Nes? ¿Nes? ¡Joder!

Falk parpadeó y se tambaleó. Se dejó caer para sentarse en uno de los camastros y se golpeó un lado de la cabeza contra una estantería al hacerlo.

—¡Joder! ¡Nestor! —musitó Ratonazo mientras enfundaba la pistola—. ¡Mierda, no quería hacerte daño! ¡Joder! ¡Mierda! ¡Joder!

Se arrodilló delante de Falk y se quedó mirando la cara de Bloom.

—¿Qué ha pasado? ¿Nes? ¿Qué es lo que te ha pasado?

La voz de Ratonazo era un murmullo tenso, desesperado por hacerse oír, pero angustiado por el terror. Falk jamás lo había visto así, y sabía que Bloom tampoco. La tensión nerviosa estaba empujando a Ratonazo hacia el punto de la desconexión absoluta.

Ratonazo se puso en pie y agarró la cabeza de Bloom con una de sus callosas manos por cada lado. Falk gimió e intentó resistirse, pero Ratonazo le movió el

cráneo de un lado a otro procurando ponerlo bajo la escasa luz y lo estudió con detenimiento.

—Mierda, te han dado. ¡Te han dado, Bloom! Mierda.

Falk se esforzó por responderle, pero Ratonazo no le soltaba la cabeza. Le recorrió con los pulgares las mejillas, debajo del ojo derecho, lo que provocó que el dolor le recorriera de nuevo toda la cara.

—¿Qué pasó? —quiso saber Ratonazo, que no dejaba la exploración de su cara—. ¡Joder, mira esto! ¡Tengo que curarlo! ¡Tengo que llevarte a un hospital de campaña!

Falk hizo un ruido.

—¡Tiene mala pinta, Bloom! ¡Está justo debajo del ojo! ¡Escucha, voy a sacarte de ésta! ¿Vale? ¿Estás bien? Dime, ¿te encuentras bien? ¡Voy a sacarte de esta mierda! ¿Vale? Vamos a salir de ésta juntos y voy a llevarte a un punto de evacuación y a un médico, ¿vale?

Falk logró emitir otro sonido desagradable y apartó de un manotazo los dedos de Ratonazo.

—Deja de tocarme.

—Vale, es que duele. Lo entiendo. Voy a curarlo.

—No.

—¡Joder, Nes! ¡Estamos de mierda hasta el cuello! ¡Aquí hay insurgentes, Bloom! ¡Se han apoderado de todo el puñetero lugar! ¡Nos estaban esperando! ¡Nos hemos metido de lleno en la trampa!

—¿Quién queda? —quiso saber Falk.

Cada palabra fue un esfuerzo susurrado. La lengua de Bloom era demasiado grande para su paladar.

—¡Y yo qué cojones sé! No tengo ni idea de adónde se fue Spierman, ni Cicero. Se fueron a por Preben, Stabler y Martinz cuando comenzó el tiroteo.

Spierman. ¿Quién coño era Spierman? ¿El oficial que había conversado con Cicero sobre la situación?

—¿El panzudo sigue en tierra?

Cada palabra era una lucha.

—Sí. No lo sé. No he salido a la parte frontal. Por los disparos, ya sabes.

En el Boreal debía de estar la tripulación de vuelo. El médico que Cicero había llamado. Probablemente, otra escuadra de combate. Falk necesitaba un médico.

—Stabler ha muerto —dijo

—¿Qué? ¿Estás de puta broma?

—No. Martinz también, o eso me parece. Alguien más.

Ratonazo empezó a balancearse adelante y atrás.

—¡Mierda! ¡Joder! ¿Estás seguro?

—Los vi.

Se echó un poco hacia atrás sobre el camastro y los omóplatos se deslizaron hacia abajo por la pared arrancando unas cuantas de las imágenes de Shiona Kona en bañador.

—Se llevaron nuestras armas y la munición —añadió.

—Mierda.

—Tengo que salir de aquí —le dijo Falk.

—Lo sé. Voy a sacarte de aquí, Nes.

—Me siento muy raro.

—Todo va a salir bien.

—¿Tenemos alguna conexión por la que podamos llamar? —le preguntó Falk.

Ratonazo hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Están todas interferidas. Todo está interferido. El canal seguro está lleno de interferencias.

—¿Qué hay del sistema de comunicación de la estación meteorológica?

—Está apagado.

—¿Puedes ponerlo en marcha de nuevo, Ratón?

Ratonazo lo miró fijamente y luego negó otra vez con la cabeza.

—No es seguro. Si lo enciendo, lo descubrirán en seguida.

Chasqueó los dedos, y Falk se fijó en lo mucho que le temblaban las manos.

—¿De verdad que a Stabler le han dado pasaporte? —le preguntó Ratonazo.

—Sí.

—Eso es una putada —dijo Ratonazo. Los ojos empezaban a llenársele de lágrimas detrás de las lentes.

—Tenemos que hacer algo —afirmó Falk. Empezaba a sentir náuseas por el esfuerzo que tenía que hacer para que Bloom hablara, y estaba harto del modo en que balbuceaba y arrastraba las palabras. Notaba la garganta como si le hubieran pasado un estropajo de acero por allí—. Ratón, estoy muy fastidiado. Tengo que salir de aquí.

—Lo sé, Bloom.

—No podemos esperar. Quizá sería mejor que probáramos con las comunicaciones de la estación.

—Ni hablar.

—Como mínimo deberíamos mandar un aviso. El mando central no tiene ni idea de lo que está ocurriendo aquí.

—¡Joder, es demasiado arriesgado, Bloom!

—Podemos mandar un aviso para que manden más gente. Podríamos activar el comunicador, enviar el aviso, pedir apoyo y marcharnos de inmediato.

—¡Y una mierda, Bloom!

Falk tragó saliva con dificultad.

—Ratón, tengo que salir de aquí. Necesito ayuda. No me siento bien.

—Nes, te han pegado un tiro.

—No me siento yo mismo.

Ratonazo se lo quedó mirando fijamente. Luego se quitó las lentes y se limpió los ojos con la manga de la camisa del uniforme.

—Ya te he dicho que si utilizamos ese comunicador, lo detectarán —insistió Ratonazo.

—Pues lo encendemos, mandamos de inmediato un mensaje, y un momento después nos vamos. Nos marchamos a otro edificio. Incluso podemos largarnos de este sitio.

Ratonazo titubeó. Se oyó un ruido impreciso cerca de donde estaban, quizá una puerta al cerrarse. Su compañero sacó con inusitada rapidez el ADP de la funda. Pasó de cero a apuntar hacia la puerta en poco más o menos un tercio de segundo.

Se quedaron inmóviles, esperando. El latido retumbante de la sien de Bloom marcó un ritmo que no seguía el curso natural del tiempo. Después de que pasara la eternidad y algo más de tiempo añadido, Ratonazo bajó el arma.

—No podemos quedarnos aquí —susurró.

—No podemos quedarnos aquí —repitió Falk, mostrándose de acuerdo. La serpiente que acechaba en sus tripas había regresado—. Están por todas partes. Si nos quedamos quietos, nos encontrarán. Tenemos que mandar un mensaje de aviso, pedir ayuda y largarnos de aquí.

Ratonazo se puso en pie, enfundó la pistola y puso en pie a Falk sin delicadeza alguna. Luego le colocó un brazo por debajo de la axila. Falk intentó no mostrar gesto de dolor alguno. Aquel movimiento repentino le había provocado una descarga de dolor en la cabeza y en la cadera.

—Estoy bastante jodido. No sé si voy a servir de mucho —dijo con voz ronca.

—No pasa nada —lo tranquilizó Ratonazo—. Yo estoy muy bien. Te ayudaré a caminar.

Una vez tuvo sujeto con firmeza a Bloom, Ratonazo empuñó de nuevo la pistola.

—Dámela a mí —le dijo Falk.

—Despierta.

—Tú tienes el lanzagranadas —le respondió Falk.

Su compañero todavía conservaba la aparatosa arma enfundada en la placa dorsal.

—¿Es que ese disparo te ha vuelto un puto subnormal? —le preguntó Ratonazo.

Por supuesto. Tenía razón. Un lanzagranadas dentro de un edificio. Menuda estupidez.

Se dirigieron hacia la puerta arrastrando los pies como si fueran dos tipos que

participaran en una carrera con tres piernas. Ratonazo abrió la puerta una rendija, echó un vistazo al pasillo, y luego comenzó a recorrerlo llevando a cuestas a Falk sin dejar de mover el Colt de un lado a otro en movimientos de barrido.

Llegaron al centro de control de la estación meteorológica. Las herramientas de lucha electrónica de Ratonazo seguían donde las había dejado, en una de las mesas, con los cables de diagnóstico conectados al panel de una consola que había abierto. Ratonazo colocó a Falk en una silla giratoria, la aseguró contra uno de los lados de un monitor de control y se dispuso a recoger las piezas de su equipo.

—Date prisa —lo urgió Falk.

La cabeza comenzaba a darle vueltas de nuevo. Ratonazo desconectó todas las herramientas, cerró la funda y se dirigió hacia el puesto de radio. No tardaría mucho en saber si estaba apagado o fuera de servicio.

La puerta lateral se abrió, y un individuo al que nunca había visto entró empuñando un PAP 20.

Tendría poco más de veinte años, con el cabello corto de color marrón y un rostro enjuto que parecía acostumbrado a trabajar al aire libre. Llevaba puesto un sucio abrigo impermeable de litex de color oscuro y unas botas de suela gruesa. Las gotas de lluvia lo cubrían como si fueran lentejuelas. El PAP que empuñaba era el estándar del D.M.O.A. A primera hora del día había pertenecido a otra persona.

Falk lo supo por puro instinto. Asimiló todos los detalles de forma instantánea: el aspecto del individuo, su modo de actuar, su porte, el hecho de que el arma fuera robada, la oleada de aire frío y húmedo que había entrado con él, el momento de confusión evidente en su rostro al encontrarse a dos personas en una estancia que él creía vacía.

Levantó el PAP con rapidez. Lo único que ralentizó un poco el movimiento fue el hecho de que tuviera dos objetivos, uno en cada extremo de la sala de control. Hubo un nanosegundo de duda mientras decidía contra quién disparaba antes.

Eligió a Falk. Mala elección.

Ratonazo todavía tenía en la mano el Colt ADP y estaba tan tenso como el cable de una trampa. Se irguió de golpe, lo que lanzó por los aires todas las herramientas de equipamiento electrónico que llevaba en la funda, que aún no había cerrado. Las herramientas se desperdigaron por todas partes mientras él abría fuego. La ráfaga acribilló al desconocido y todo lo que tenía alrededor. Tres o cuatro proyectiles impactaron contra la pared. Otros tres o cuatro lo atravesaron por completo: en el esternón, en el hombro, en la frente y en la barbilla. El impacto de la barbilla fue el que provocó más daños visibles. La parte inferior de la cara del individuo se combó hacia dentro. Ya había salido despedido hacia atrás en ese momento, impulsado por la fuerza cinética, con los brazos agitándose en el aire. El choque le desplazó con tanta violencia el cuello que también se lo partió. El cabello se le alborotó. La mirada se le desenfocó y casi se puso bizco al mismo tiempo que la cara se le contorsionaba. Se estrelló contra la pared que tenía detrás y se deslizó hasta llegar al suelo, donde rodó hasta quedar de costado. El PAP rebotó con un repiqueteo.

El humo de los disparos envolvió el silencio y serpenteó a través de los rayos amarillos de sol que entraban por las claraboyas.

—La puta... —masculló Ratonazo, que ni siquiera estaba seguro de lo que acababa de hacer. Se incorporó y bajó el Colt.

Falk, todavía aturdido, hizo un mal gesto y la silla giratoria de ruedas se le escapó de debajo. Se estrelló de costado contra la consola en la que estaba apoyado, y acabó tendido de espaldas. La silla se volcó y las ruedas se quedaron girando en el aire. El golpe lo dejó sin respiración.

—¡Quédate en el suelo! —le ordenó Ratonazo.

Falk gruñó mientras intentaba incorporarse, y oyó a Ratonazo cruzar la estancia en dirección al individuo que acababa de matar. Vio a través del hueco inferior de la mesa cómo comprobaba que estaba muerto para después registrarle los bolsillos y recoger el PAP. Ratonazo no quería tocarlo. Falk se dio cuenta de su reticencia, como si para su compañero el muerto fuera radiactivo.

Los disparos no habían pasado inadvertidos. Alguien más entró corriendo por la puerta del otro extremo de la estancia, y Falk oyó un grito. Vio por debajo de la mesa cómo Ratonazo se ponía a cubierto. Otro PAP abrió fuego desde el otro lado de la sala. Emitió un ruido parecido al de un procesador de comida que estuviera triturando algo húmedo. La sala se estremeció por la onda expansiva de la descarga. Se produjo una repentina ventisca de polvo y restos diminutos. Eran las astillas de madera, los trozos de fibra, el ladrillo pulverizado procedente de la pared y de los muebles que rodeaban a Ratonazo. Los papeles sueltos volaron por los aires como un enjambre de *blurds*. Una taza de café estalló. Un cacharro lleno de bolígrafos también, y éstos salieron desperdigados por doquier.

Ratonazo había quedado inmovilizado por los disparos. Tenía el PAP para defenderse, pero estaba atrapado en la pequeña cobertura que le proporcionaban las estructuras metálicas de las mesas. El intruso invisible abrió fuego de nuevo, y las pantallas de las consolas estallaron.

Ratonazo miró con desesperación por debajo de las mesas hacia Falk, quien estaba dos hileras más allá. El segundo intruso ni siquiera se había dado cuenta de su presencia.

Todavía de espaldas, patético, herido, Falk alargó la mano derecha hacia Ratonazo e hizo un gesto como si quisiera agarrarlo. Ratonazo tardó un segundo en darse cuenta del gesto y de lo que significaba. Estaba encogido sobre sí mismo por el miedo mientras los disparos seguían acribillándolo todo a su alrededor.

Le dio un fuerte empujón al Colt para enviarlo deslizándose sobre el suelo como una piedra plana. El arma pasó por debajo de las mesas hasta que por fin se detuvo cerca de Falk, detenida por un manojo de cables de alimentación.

Falk rodó sobre sí mismo. Tuvo que intentarlo dos veces hasta lograr el impulso necesario para darle la vuelta al cuerpo de Bloom, y se golpeó la barbilla contra las baldosas al hacerlo. Rodeó el cañón del arma con los dedos, lo agarró con fuerza y la arrastró hacia él. Rodó de nuevo hasta quedar sobre un costado y dejó el arma otra vez en el suelo para poder cogerla por la empuñadura.

Se acomodó muy bien en su mano. La mano de Bloom conocía esa empuñadura. Le quitó el seguro con el pulgar.

Falk se irguió sobre una rodilla con un esfuerzo estremecedor y sobrehumano, pero permaneció por debajo de la línea formada por la superficie de las mesas. Tuvo que abrir un cajón para apoyarse con la flácida mano izquierda. El servobrazo se

tensó. La serpiente que llevaba en el vientre se agitó de forma convulsa. Utilizó el cañón del arma para apoyar la otra mano mientras se levantaba.

Un momento después, se asomó y disparó.

Ni uno solo de los disparos acertó su objetivo. El retroceso de la pistola era tan potente que casi se le escapó de las manos. El cañón se elevó y lanzó hacia arriba la mayor parte de los disparos. La pierna izquierda comenzó a fallarle bajo su propio peso.

En el otro extremo de la sala, el individuo que disparaba con la culata del PAP 20 pegada a la cara se volvió, sorprendido, con el rostro contraído ante aquellos disparos repentinos y erráticos. Dirigió el PAP hacia Falk.

El PAP 20 de Ratonazo lo estrelló contra la pared que tenía detrás. La ráfaga lo reventó y pintó de rojo todo lo que lo rodeaba, además de salpicarlo con trozos húmedos de carne y fragmentos de hueso. Cuando aquel despojo humano se desplomó en el suelo, dejó en el aire una gran y espesa nube de vapor de sangre.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —gritó Ratonazo mientras corría hacia Falk—. ¡Vámonos!

El aire quedó cargado de un fuerte olor a entrañas que les provocó arcadas. Era un hedor mezcla de carne, de órganos envueltos en grasa expuestos al aire, de estómago reventado y de músculo pulverizado. Ratonazo tuvo que soltar el PAP para ayudarlo a levantarse.

—Dame eso —le dijo Ratonazo con la mirada fija en la pistola.

—No —se negó Falk, y guardó el arma en su propia funda.

Ratonazo estaba tenso como una cuerda de piano. El miedo lo consumía, pero también la alegría, la alegría que proporcionaba una descarga de adrenalina de proporciones enormes.

—Ya van dos —le dijo con una sonrisa algo enloquecida—. Joder, ¿has visto cómo ha reventado ese cabrón?

Falk tuvo que esforzarse para encontrar las palabras adecuadas.

—En el sitio duro —logró decir con voz pastosa—. En mitad de la zona, Ratón.

Consiguieron de forma torpe hacer chocar los puños a modo de saludo. Ratonazo lo ayudó a avanzar hacia la puerta, hacia la salida delantera. Falk comenzó a lograr que Bloom arrastrara los pies por su propia cuenta en esa dirección. Los tipos malos iban a entrar en la sala de control dentro de pocos segundos, atraídos por el intercambio de disparos.

—Por la parte delantera —declaró Ratonazo—. El patio. Quizá podamos salir y bajar por la colina.

—Vale —le contestó Falk.

El dolor le estaba arrasando la cadera, y las piernas le ardían por el ácido láctico. Se conformaba simplemente con estar detrás de algo grande y sólido. Había

almacenes y silos alrededor de la zona del patio, eso sin contar con el parque eólico situado ladera abajo. Podrían ponerse a cubierto, recuperar el aliento y pensar algo entre los dos.

Salieron por el mismo pasillo por el que Ratonazo y él entraron al llegar al lugar. La puerta estaba entornada dejando pasar la luz del día. La brisa agitaba los dibujos de los niños colocados entre los manojos de algas de la pared. Los abrigos que colgaban de la otra pared se recortaban como figuras amenazantes contra el rectángulo de luz. Sus pasos sobre la rejilla metálica hacían demasiado ruido.

Ratonazo se adelantó hasta la puerta con el PAP preparado. Comprobó la salida y echó un vistazo al exterior. Falk esperó recostado contra los abrigos, sin dejar de jadear.

—Vamos —le dijo Ratonazo con un siseo.

Salieron al exterior y quedaron bajo la desapacible luz de la tarde. Todavía llovía, y hacía frío. El cielo era de color amarillo mostaza y estaba lleno de nubes gruesas que se enroscaban sobre sí mismas como si fueran coliflores o materia cerebral. Falk respiró con ansia el frío aire salado en un esfuerzo por limpiarse la nariz y la garganta del hedor a carne pulverizada.

Pika-don seguía posado en el patio principal, con los motores apagados y una compuerta lateral abierta. Bajaron hacia la vieja puerta metálica siguiendo la línea desigual de planchas de protección contra el viento.

Ratonazo le indicó por gestos que lo siguiera. Con el PAP preparado para disparar, avanzó por delante a través del lago embarrado en que se había convertido el patio en dirección al cóptero. Cuando ya estuvieron cerca, Falk vio que no había nadie a bordo. Eso no era nada bueno, y no lo era en muchos sentidos. Las tripulaciones de vuelo no abandonaban sus aeronaves en mitad de una zona de combate a menos que no les quedara más remedio. Y sin duda, no hubieran dejado su cóptero con las compuertas abiertas de par en par.

Llegó a la altura del aparato junto a Ratonazo. La cubierta del motor más cercano estaba fría, pero no demasiado. Los sistemas internos de espera seguían encendidos. En el interior del compartimento la humedad había dibujado un triángulo escaleno donde la lluvia había caído de lado. Era evidente que la compuerta llevaba abierta bastante tiempo. Ratonazo señaló algo. Eran varias melladuras pequeñas pero profundas en el revestimiento metálico de la cabina. Eran impactos de armas de pequeño calibre que alguien había disparado desde el exterior y que habían atravesado la abertura de la compuerta. El suelo estaba cubierto de pequeños trozos: proyectiles sin casquillo que se habían aplastado casi por completo al impactar contra la cubierta metálica del interior. También se veía sangre; varios chorros de fluido arterial que habían salpicado la pared, y un charco que se había extendido entre las ranuras del suelo. Ratonazo miró a Falk.

—Comprueba el comunicador de la nave —le dijo éste.

Su compañero hizo un gesto de asentimiento y subió a través del hueco de la compuerta. La lluvia siguió repiqueteando contra el casco del cóptero. Falk vio que los arneses de sujeción del asiento del piloto estaban liados entre sí.

—¡Consigue un botiquín también! —gritó al interior del cóptero.

Había un par de lentes tiradas en la cubierta, justo en el borde de la compuerta. Falk tuvo la certeza de que se habían caído de la cara de alguien, no de su bolsillo. Las recogió y logró colgárselas del cuello con una sola mano. Luego se sentó con cuidado en el peldaño de la compuerta para dar una oportunidad de descanso a su cadera.

—La radio no funciona. También está interferida —le gritó Ratonazo desde dentro.

—¿Del todo?

—A ver si puedo hacer algo.

—Ratón.

—¿Sí?

—¡Ratonazo!

—¿Qué?

»¿Qué?

Ratonazo salió de la cabina de mando y se acercó al hueco de la compuerta. Dos individuos habían salido de la estación meteorológica por la puerta principal. Los siguió un tercero.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamó Ratonazo en cuanto los vio.

Ninguno de ellos llevaba el uniforme del D.M.O.A. Los tres estaban armados. Falk se dio cuenta de que uno de los hombres era en realidad una mujer. La chica. La chica que se había caído en el pozo de inspección.

La chica que le había disparado.

Fue ella la primera en abrir fuego desde las planchas de protección, y lo hizo con el PAP que empuñaba. Se vio un leve destello intermitente en la bocacha del arma, y el ruido del disparo quedó absorbido por la amplitud de la cima de la colina. Los proyectiles rebotaron contra el fuselaje de la aeronave y levantaron surtidores furibundos en el barro alrededor del tren de aterrizaje. Varios impactaron contra el parabrisas delantero y provocaron la aparición de pequeñas grietas en forma de estrella en el policristal ultradenso.

Falk se protegió detrás del fuselaje. Varios disparos se hundieron en el barro que lo rodeaba. Se oyeron un par de estampidos fuertes y repentinos cuando dos proyectiles se estrellaron contra la cubierta del motor que tenía más cerca de la cabeza.

—Vaya mierda —exclamó Ratonazo, quien se bajó de un salto y se puso a

cubierto detrás del grueso morro blindado del panzudo. Apuntó y comenzó a devolver los disparos del enemigo.

Las tres figuras se dispersaron. Falk vio que los disparos de Ratonazo acribillaban la puerta, las planchas de madera, el barro y la valla que rodeaba la zona cultivada. El agua sucia se elevó en multitud de surtidores y las astillas de madera bajaron flotando por el aire como plumones. Una parte de la valla se rompió por completo. Las aspas de un molinillo de viento de juguete salieron girando por el aire.

Falk comprobó el Colt de Ratonazo. El lector de la parte superior de la empuñadura le indicó que quedaban dieciocho proyectiles en el cargador. Ratonazo llevaba los cargadores de repuesto. Ninguno de los dos tenía cargadores para el PAP con el que Ratonazo estaba disparando a discreción. Utilizaba el mismo tipo de proyectil que la pistola ADP, así que podían sacar la munición de los cargadores de la pistola y llenar el cilindro con una capacidad de doscientos proyectiles del PAP, pero para eso necesitarían tiempo.

—¡Cuidado con la munición! —le avisó Falk.

Ratonazo no le estaba disparando a nadie en realidad. Sus enemigos se habían puesto a cubierto detrás de las casetas desmontables o en la parcela de cultivo que estaba al lado de la estación meteorológica.

Su compañero dejó de disparar. También él se dio cuenta de la creciente falta de munición en el cargador del PAP 20.

Los insurgentes se rehicieron y empezaron responder a los disparos. Los dos hombres empuñaban M3A. De repente, Falk oyó otra vez aquel chillido que era como un antisonido ultraterrenal, la descarga aguda casi imperceptible para el oído humano del arma láser. Vio unos pequeños destellos luminosos al otro lado de las casetas desmontables.

Pika-don se estremeció varias veces con fuerza, como si hubiera recibido el impacto repetido de varios camiones lanzados a la carga. Uno de los disparos láser pasó por delante del cono del morro, demasiado veloz y brillante como para verlo de verdad, pero capaz de dejar una huella luminosa en la retina. Luego otro rayo salió del fuselaje del panzudo muy cerca de él. El disparo había atravesado la pared del fuselaje, la cabina de mando, y luego había conseguido salir por el otro lado. Abrió un agujero del tamaño de una moneda grande. De los bordes todavía fundidos y relucientes emanaba un tremendo calor. Falk no vio luz alguna, ni un destello, ningún rayo visible como el de las películas, sólo una vaharada de humo caliente, como la que dejaría la gelatina de petróleo quemada sobre un cristal.

Un segundo después ocurrió de nuevo. El cóptero recibió otro impacto, y apareció otro agujero sobrecalentado. Falk se acordó del tarado de Jeanot, que no dejó de parlotear sobre el blindaje del fuselaje del panzudo durante el vuelo a Mitre Sands. Una cubierta de seis capas de material dermético entrelazado sobre el fuselaje, una

construcción laminada diseñada para resistir el daño provocado por los disparos láser mediante una combinación de sistemas ablativos, de disipación y de absorción. Entre las capas de blindaje había otras capas de compuestos de cristales silíceos reflectantes, que se alternaban con membranas de grafeno capaces de absorber energía. Era un sistema bastante eficaz para detener el disparo de un arma láser portátil. Sin duda, era más que capaz de impedir que un tipo armado con un M3A derribara a un Boreal en pleno vuelo.

Pero en ese momento estaban posados en el suelo, eran un objetivo estático, y los M3A les estaban disparando desde una distancia menor de veinte metros.

Otro disparo atravesó la cubierta de la cabina de mando y dejó una enorme grieta hundida en el policristal curvado. El tinte interior que ese tipo de cristal contenía poseía propiedades polarizantes para repeler los disparos de láser, pero era algo inútil a una distancia tan corta. El cristal burbujeó y relució como si fuera miel. Ratonazo soltó un taco y se agachó más todavía.

Se oyó un fuerte estampido en un punto por debajo del cóptero, y vio otra vaharada de luz caliente. Otro disparo láser había impactado contra la pata delantera del tren de aterrizaje. Le llegó el penetrante olor a metal y a aceite quemados. Un chorro de restos salió de allí, y el cóptero se inclinó levemente hacia un lado e hincó el morro en tierra cuando el tren de aterrizaje delantero se partió.

—¡Ratonazo! ¡Ratonazo! —gritó Falk.

Su compañero dejó el PAP en el suelo y sacó el lanzagranadas de los acoples que llevaba en la espalda. Era un arma enorme, negra, de aspecto feo. El lanzagranadas 1090 MSGL Rand Dynamik con un tambor de ocho disparos. Anuló el sistema de estallido en el aire, seleccionó la detonación por impacto y lanzó dos proyectiles contra las casetas desmontables. El lanzagranadas emitió un ruido sordo pero potente, como el de una alfombra al ser golpeada durante una limpieza. Los gruesos proyectiles se estrellaron contra la pared de la caseta desmontable más cercana y la destrozaron convirtiéndola en una llamarada rugiente repleta de fragmentos de baldosas y de trozos de planchas de madera.

Ratonazo se inclinó hacia un lado y disparó otra granada hacia la parcela de tierra cultivada. Luego miró a Falk.

—Mueve el culo —le dijo.

Su compañero se detuvo sólo un momento para recuperar el PAP del suelo y juntos se alejaron de la estación con toda la rapidez que les permitió el estado de Falk. Cruzaron el terreno abierto en dirección a la ladera de la colina procurando mantener al cóptero agujereado entre ellos y los edificios de la estación meteorológica.

Pasaron unos pocos segundos antes de que se oyera de nuevo el antisonido de las armas láser, pero no vieron señal alguna de impactos a su alrededor. Los chorros de barro levantados por las pisadas les empujaron las piernas.

—Tira hacia esas prefabricadas —jadeó Falk.

Respiraba con dificultad. Ratonazo lo mantuvo en pie agarrado de un brazo y lo llevó casi en volandas por la ladera hacia una valla cubierta de matojos y un grupo de edificios construidos con materiales sencillos que se encontraba detrás de las turbinas del parque eólico.

Oyeron unos cuantos gritos a su espalda. Las voces no hablaban en el mismo idioma que ellos.

—Vaya mierda —repitió Ratonazo, que estaba luchando a la vez con el peso de las armas y el de Falk.

Preben se puso en pie detrás de la valla cubierta de matojos que tenían delante. Apareció como uno de esos objetivos sorpresa de los campos de entrenamiento de tiro. Tenía la culata del M3A apoyada en el hombro y apuntaba ladera arriba.

—Agachaos un poco, joder —les dijo.

Preben empezó a disparar. De cerca, el arma láser emitió un sonido semejante al de una foca que expresara su indignación mientras la mataban a golpes. Cada disparo chirrió en el propio sistema nervioso de Falk, le sacudió los huesos y empeoró el estado de la serpiente que albergaba en las entrañas.

Pasaron de largo y rodearon la valla y los matorros para entrar en una zona pavimentada cercana a los edificios. Habían colocado sobre el suelo grandes losas de cemento como las utilizadas en la construcción de paredes prefabricadas para crear una pista firme y adecuada para los vehículos. A lo largo de una de las paredes habían dejado apoyados sacos de fertilizantes y de carbón, con la parte superior atada con cuerdas para impedir que el viento desparramara el contenido. Los matorros de grama salada y de la hierba de la ceniza se agitaban y se mecían bajo la constante brisa del océano. Al haber descendido un poco por la ladera, el sonido procedente del parque eólico había cambiado. El ritmo cortante se había vuelto más profundo y ya tenía eco. Aquello no hizo más que aumentar la sensación de incomodidad inquietante de Falk.

Preben retrocedió con lentitud desde la posición inicial que había mantenido detrás de la valla. Disparó un par de veces más en dirección al patio generando nuevos chorros de aire sobrecalentado.

—Estamos muy jodidos —les dijo—. Esos cabrones están por todas partes.

—¿Son insurgentes? —le preguntó Ratonazo—. Son insurgentes, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir con eso? —le preguntó Preben, quien les lanzó a los dos una mirada cargada de sentido—. A mí un cabronazo me ha estado disparando ahí detrás durante cinco minutos. Os juro que lo que tenía era un Koba.

Koba Avtomat 90. El arma estándar de proyectiles sólidos de las tropas del Bloque Central.

—¿Qué coño te ha pasado? —añadió Preben, mirando a Falk.

—A Bloom le han pegado un tiro —le explicó Ratonazo—. Necesitamos un plan para salir de aquí, y un médico.

—No me jodas —le replicó Preben—. Toda esta zona es un caos. No hay nada organizado o de nuestro bando en este sitio. Sólo unos cuantos pobres cabrones como nosotros, solos y perdidos.

La esquina superior del edificio junto al que estaban estalló. Se produjo un fogonazo y luego la dolorosa onda expansiva de la transferencia de energía de masa. El hueco que había dejado se quedó negro y humeante, y la ignición secundaria provocada por el rayo láser inició un incendio en la cubierta del tejado y en los canalones llenos de hierbajos.

Aquello los acojonó a los tres. Ratonazo empezó a soltar tacos otra vez y tiró de Falk hacia la cobertura que ofrecía el resto de la hilera de edificios. Preben se dio

media vuelta y comenzó a disparar de nuevo. Su arma láser aulló.

—No vamos a salir de esta colina —dijo Ratonazo.

—No a este paso, desde luego —contestó Falk, mostrándose de acuerdo—. ¿Qué te parece eso?

Al otro lado de la fila de edificios había otra pequeña pista de cemento. En ella se veían dos vehículos muy destartados por el uso, uno al lado del otro. Ambos eran variantes del mismo modelo básico, perteneciente al tipo Smartkart de vehículos civiles de carga. Falk no logró recordar el nombre exacto. ¿Porta? ¿Mula? Eran camiones de carga sencillos con las cabinas y las partes posteriores abiertas. Uno era de color gris apagado y el otro de color verde lima con un ala blanca pintada en la parte delantera.

Ratonazo intentó abrir las puertas de los dos vehículos. Estaban cerradas con llave. Rompió el cristal del conductor del camión de color verde con la culata del PAP y metió la mano para abrirlo desde dentro.

—¡Sube! —le gritó a Falk.

Ratonazo ya estaba detrás del volante manipulando la parte inferior del salpicadero. Sus herramientas de combate electrónicas habían quedado esparcidas por el suelo de la sala de control de la estación meteorológica, pero todavía le quedan algunas herramientas de bolsillo y un par de lápices de energía. Los Smartkarts tenían motores de doble combustión, con uno eléctrico auxiliar que servía de apoyo para la omnívora planta de fusión. Su compañero estaba intentando activar el sistema eléctrico básico para ponerlo en marcha.

Falk rodeó el vehículo y se subió al asiento del pasajero en cuanto Ratonazo le quitó el seguro a la puerta. Se sentía muy mareado por el tremendo esfuerzo, y la parálisis de su costado izquierdo había vuelto con mayor intensidad. Le dio la impresión de que la mitad de la cara se le estaba cayendo como si fuera de cera derretida. Arrastraba el pie por el suelo y el brazo izquierdo se le había quedado doblado dentro del armazón del servobrazo como el ala herida de un pájaro. El simple hecho de subirse al asiento le supuso un esfuerzo tremendo.

—Vamos, vamos —le dijo Ratonazo al sistema de encendido.

Dos disparos pasaron muy, muy cerca. Unos enormes terrones de tierra saltaron por los aires y cayeron salpicando la carrocería del camión. Parte de la vegetación se incendió, igual que si fuera hierba seca bajo el rayo concentrado de luz de una lupa.

—¡Mierda! —exclamó Ratonazo.

Oyeron que Preben les gritaba algo. Llegó corriendo a toda prisa a la pista de cemento chillando a todo pulmón.

Ratonazo consiguió encender las luces del panel de control y luego se oyó un zumbido bajo. De repente, el estruendo de la música estalló dentro de la cabina procedente de los altavoces de las puertas. Era una música rápida y chillona, el último

éxito de Shiona Kona.

Su compañero hizo caso omiso del estruendo y cerró de golpe la puerta del conductor antes de soltar el freno.

El Smartkart de color gris que tenían al lado recibió un impacto directo. El disparo causó un estampido ensordecedor. El rayo láser le dio de lleno y desgarró el chasis y la estructura del vehículo. Todas las ventanas reventaron. Las llamas surgieron con fuerza de debajo del capó cuando el bloque motor se incendió.

Ratonazo soltó otra maldición. Preben se subió de un salto a la parte posterior del camión y dio unos cuantos golpes en la ventanilla trasera para que se pusieran en marcha.

Otro disparo pasó de largo. El camión empezó a moverse y aumentó de velocidad cuando salieron de la pista de cemento y entraron en el sendero de la ladera de la colina, acompañado todo el rato por una banda sonora de restallidos retumbantes. Dejaron el otro Smarkart atrás, destrozado y envuelto en llamas. Ya se estaba elevando una columna de humo negro hacia el cielo.

Ratonazo ni siquiera parecía saber hacia dónde se dirigían. La velocidad aumentaba a cada momento que pasaba, sin dejar de saltar y bambolearse sobre la senda de la ladera. La brusquedad de los movimientos había derribado a Preben y lo había obligado a agarrarse a las cinchas de las paredes laterales de la parte posterior del camión. Ratonazo forcejeaba con el volante. La música alegre e irrefrenable hacía que toda aquella situación pareciera irreal.

Falk miró a Ratonazo. Se dio cuenta de que su compañero había conseguido sortear el cierre de los mecanismos principales para encender el sistema eléctrico, pero que el bloqueo del volante seguía activado. No podía girar el volante. Iban cada vez más rápido por el sendero empinado y serpenteante de una colina y no podían girar. Y la puñetera Shiona Kona seguía emocionada por lo genial que era su chico.

Ratonazo empezó a pisar con fuerza el freno, pero con eso lo único que consiguió fue que el camión se saliera de la pista y comenzara a resbalar y a deslizarse por el barro cuando las ruedas fueron incapaces de agarrarse al suelo.

—¡Cuidado con...! —empezó a gritar Falk.

Se estrellaron contra el poste de una puerta, el último de una valla metálica de cuatro barras. La colisión destrozó el alerón delantero al vehículo y le arrancó el guardabarros. La fuerza del choque hizo que la parte posterior del camión girara sobre el propio eje del vehículo, lo que arrojó a Falk y a Ratonazo hacia adelante.

El motor de fusión se puso en marcha. La velocidad en aumento por fin lo había activado. Retumbó y rugió como un aparato de bombeo industrial o la maquinaria carente de mantenimiento de una línea de producción. El vehículo se estremeció y saltó. Del tubo de escape salió una vaharada de humo gris y grasiento.

En cuanto la planta de fusión se activó, el bloqueo del volante se desconectó de

forma automática. Ratonazo gritó de alegría.

Bajaron a toda velocidad por el sendero emitiendo música a todo volumen.

La mayor parte del asentamiento de Eyeburn Hill estaba disperso por las laderas de la colina. Tras dejar atrás el parque eólico, el sendero empezó a ser un camino más ancho y pasó por campos con sistemas de irrigación en dirección a un caserío. Ratonazo bajó un poco la velocidad cuando hubieron dejado atrás el parque eólico, y tuvo ocasión de buscar el botón que callara para siempre los gritos de Shiona.

Entraron en la zona del caserío. En la parte delantera del granero principal, como si fuera un mascarón de proa, había un mástil del que colgaba una bandera de los Estados Unidos. No se veía a nadie por los alrededores. Las contraventanas de las casas estaban cerradas. Se detuvieron entre un edificio bajo y largo construido con tablones de madera y del que salía un fuerte olor, sin duda un vivero y gallinero a la vez, y otro que era un cobertizo estrecho que albergaba maquinaria procesadora para reconvertir materia vegetal. Falk tuvo la certeza de que también convertía a los *blurds* en bloques de proteínas para los animales.

Ratonazo y Preben se bajaron del camión para comprobar la zona. Falk también bajó, pero aguardó al lado del vehículo. Pensaba que iba a morir muy pronto. Notaba algo mal en la visión del ojo derecho, y el control motor de los músculos era cada vez peor. Sentía frío. Iba a morir, o iba a despertarse justo mientras lo sacaban de ese puto tanque Jung.

Caminó varias veces alrededor del vehículo para intentar recuperar el control de las piernas. El camión era viejo y había sido reacondicionado varias veces. A lo largo del chasis, debajo de la pintura de la carrocería, se veían los viejos sellos de los pagos de tarifas aduaneras. El vehículo, o al menos su base mecánica, había llegado de importación a 86. Eso sugería que se había utilizado antes de que existieran plantas de manufacturación. O eso, o se había utilizado en los asentamientos de otros mundos. Algunos colonos eran supersticiosos en ese sentido. Si ellos o las personas que dependían de ellos o sus sucesores se trasladaban a un nuevo mundo, a menudo se llevaban consigo los vehículos o la maquinaria que les había servido y funcionado bien: un camión que nunca se había averiado, un mástil de conexión que había soportado tempestades, un autoarado que los había ayudado a alimentar a una generación o dos de la misma familia. También se debía en parte a una forma de pensar frugal, y en parte a la necesidad de unas herramientas en las que se pudiera confiar.

Un *blurd* grande de color verde azulado, del tamaño de su mano, bajó revoloteando y dio un par de vueltas lentas y tranquilas alrededor del vehículo y del propio Falk. Luego se elevó por el cielo con el cuerpo centelleante como si fuera de cristal.

Falk empezó a llorar. No era un llanto de niño pequeño, como el que podría esperarse de un crío que estuviera al lado de un puesto de ProFood bajo la cálida sonrisa de Bill Berry. Era el llanto de un corazón roto, el sollozo profundo y sísmico de alguien que estaba completamente solo. Era pena y angustia, y fue incapaz de controlarse. No logró sobreponerse y superarlo.

No fue capaz porque no era él quien lloraba. Falk estaba dolorido, atemorizado, enfadado y se sentía extremadamente vulnerable, y probablemente se habría echado a llorar si se hubiese parado a pensar en cuál era su situación. Sin embargo, lo que ocurría era simplemente que la mentalidad de Falk le proporcionaba las condiciones perfectas a la sensación de amargura de Bloom. Todo aquello pertenecía a Nestor Bloom. Todo giraba alrededor de sus errores y de las estúpidas decisiones que había tomado, y de darse cuenta de repente, lleno de asombro, que la había jodido. Había fallado en la mayoría de los niveles profesionales que se esperaban de él. Básicamente, había puesto en peligro sus capacidades como soldado del D.M.O.A.

Más que sobre cualquier otra cosa, aquel llanto giraba alrededor de una chica llamada Karin Stabler. Falk no dejaba de llorar de un modo incontrolable por una mujer a la que jamás había conocido. Estaba expresando la pena que embargaba a Bloom en lugar del propio Bloom.

Cuando por fin acabó, cuando el ataque de angustia pasó igual que una tormenta arrastrada por el viento, Falk se sintió curiosamente mejor. Se sintió más entero que en ningún momento desde que se despertó en el callejón, bajo la sonrisa.

Preben y Ratonazo salieron de los edificios. Los miró, y por un momento sintió que estaba a punto de sufrir un nuevo ataque de llanto. Las profundas corrientes del subconsciente de Bloom removieron una serie de recuerdos que no pertenecían a Lex Falk. Delante de él tenía a dos individuos a los que sólo conocía desde hacía un día, pero que eran compañeros de Bloom desde hacía años. Se produjo un breve estallido de recuerdos centelleantes, de sinapsis que se activaban, retazos de otros momentos, de otros chistes, de otras misiones, de otras noches en la ciudad. Era una sensación de hermandad inexplicable, como un *dejà vu* sobre algo que ni siquiera había existido, una nostalgia por una vida que él no había llevado.

Falk negó con la cabeza.

—¿Estás bien? —le preguntó Ratonazo.

—Estoy de fábula —le contestó—. ¿Qué habéis encontrado?

Al igual que la estación meteorológica de la cima de la colina, el caserío estaba abandonado. Preben y Ratonazo no habían llevado a cabo una búsqueda exhaustiva casa por casa, pero los edificios que habían comprobado mostraban numerosas señales de haber sido abandonados de forma repentina. Las luces estaban encendidas, las puertas y las ventanas se habían quedado abiertas, los sistemas internos permanecían activados, había bebidas frías y a medio terminar, un bocadillo en la mesa de una cocina, acabado de preparar pero sin un solo bocado.

El caserío se llamaba Eyeburn Slope. Falk lo supo por un tablón de anuncios que había en el pasillo de la casa de reuniones. En él se leía «ASOCIACIÓN DE RESIDENTES DE EYEBURN SLOPE», con las letras cuadradas oficiales características de la Oficina de Asentamiento, y debajo se veían las listas de subcomités, de turnos de limpieza de patios, de reuniones en la iglesia, de clases para hacer escabeche o conservas, de las fechas del festival de la cosecha. Eyeburn Slope formaba parte del distrito electoral de Eyeburn Hill. Eyeburn Junction, un pueblo un poco más grande, se encontraba al lado de la autovía, a unos diez kilómetros al este. Allí era donde estaba el depósito de combustible. Se veía su silueta negra alzarse en el horizonte por encima de los sistemas de cultivo de las parcelas hortícolas. Era uno de los puntos vitales de la autovía de Gunbelt.

La parte trasera del edificio de reuniones era una estancia comunitaria, que también hacía las veces de sala de reuniones y de gimnasio. Había líneas blancas pintadas en el suelo de fibraplaca pulida y dos rectángulos con canastas, uno por encima de las puertas de entrada y el otro sobre una mesa pequeña que probablemente serviría como altar durante las ceremonias religiosas. Por los dibujos de niños que se veían en las paredes, el lugar también funcionaba como escuela. En las mesas laterales y en las estanterías había guirnaldas y tractores de papel maché a medio hacer, que sin duda se pensaban utilizar como elementos decorativos para el festival de la cosecha. En una placa de fibra de color marrón colocada en la pared al lado de la entrada se habían grabado con letras doradas los nombres de los jefes de la comunidad y las fechas en las que habían ejercido de tales. Había una columna y media de nombres en un espacio capaz de albergar ocho columnas. Mucho más futuro que pasado. Era un modo optimista de hacerle frente a la vida.

La parte delantera del edificio la componían una serie de oficinas. Estaba el despacho de un recepcionista, el despacho del director de producción, y un par de oficinas para el registro de la propiedad de tierras y edificios. Según otro aviso, éste colocado sobre una lámina fija, un registrador de la Oficina de Asentamiento visitaba cada dos meses el lugar para procesar y revisar las solicitudes de concesión de tierras y las diversas compras. La oficina tenía cajas llenas de contratos de explotación

minera, estanterías metálicas repletas de mapas territoriales a gran escala, con un proyector enlazado por satélite y diversas pantallas. Un rápido vistazo a los archivos principales mostraba la rapidez con que las solicitudes de tierras y de explotaciones mineras se habían extendido como un mosaico a partir del tronco que formaba la autovía. Unas grandes zonas situadas al norte se habían reservado para las grandes explotaciones mineras, alrededor de Antrim, de Furlow Pits y, hacia el este, de Marblehead.

Hasta la misma semana anterior, Marblehead había marcado el límite del avance paramilitar en los Territorios Septentrionales bajo el dominio de los Estados Unidos. Fuera lo que fuese lo que había sucedido en Eyeburn Junction, y Falk no tenía nada claro lo que había sido, era algo que trastornaba por completo el mapa táctico. Los paramilitares, ya fueran insurgentes, ladrones de tierras apoyados por el Bloque, independentistas, o lo que quiera que fueran, habían llevado la lucha hasta la propia zona de cultivo de la región de Shaverton, directamente en territorio de los Estados Unidos. Y tampoco se trataba simplemente de una respuesta a la nueva ofensiva de la Oficina de Asentamiento. Los insurgentes habían permanecido en el propio terreno, en Eyeburn, a la espera de que ellos llegaran.

La causa y el efecto eran lo que preocupaban a Falk. Las fuerzas insurgentes habían tomado Eyeburn, o al menos habían entrado allí, de un modo sigiloso. No había señal alguna de un asalto a gran escala. Había sido una operación llevada a cabo desde dentro, o eso le parecía a Falk. Unos vecinos habían atacado de repente a los demás. Alguna gente del pueblo había mostrado de forma súbita simpatías con los insurgentes. Aquellos que se resistieron fueron ejecutados y abandonados en sitios apartados fuera de la vista. A Falk le pareció muy probable que aquello se hubiera repetido en todos los pueblos y caseríos situados a lo largo de la autovía de Gunbelt. Sin embargo, lo cierto era que la ofensiva que había emprendido la Oficina de Asentamiento había adelantado su fecha de inicio debido al bombardeo de Letts. Si alguien se estaba apoderando de un modo sigiloso de todas las granjas y asentamientos de esa zona cultivable, ¿por qué iba a provocar una reacción militar a gran escala con el bombardeo de la capital del territorio?

¿Cuántos incidentes como el bombardeo de Letts habrían pasado desapercibidos?

—¿Estaban utilizando Kobas? —le preguntó a Preben. Su voz, con la que seguía poco familiarizado, tenía una cierta tendencia a arrastrar las palabras, algo malsano que lo preocupaba.

—¿Qué? —le preguntó Preben.

—Esta mañana.

Preben se encogió de hombros. Estaba hirviendo agua en la cocinilla de una de las estancias de registro mientras Ratonazo buscaba algo de comida.

—Sí, eran Kobas.

—Entonces, eran del Bloque. ¿Eran del Bloque?

—Sería una puta locura si fueran así —le replicó Preben—. El Bloque no quiere meterse en problemas directos con los Estados Unidos o con la Oficina de Asentamiento. ¿Qué coño se merecería semejante follón?

—¿Fred? —sugirió Falk.

—¿La luna? Bloom, ¿tú también has prestado atención a esas teorías conspiradoras de acceso al mineral?

—Entonces, ¿cuál es tu teoría sobre esto, Preben?

Este se encogió de hombros. Su rostro casi infantil y su tez suave eran un contraste inquietante con su tremenda masa muscular.

—El Koba Avtomat 90 es un arma barata y resistente —le contestó—. Es el tipo de material que podrías comprar sin problemas mediante un tercero junto con la maquinaria agrícola si fueras parte de un grupo de aislacionistas que rechazaras los valores de la Oficina de Asentamiento.

Ratonazo apareció con un maletín de suministros médicos que había encontrado en la oficina de gestión, pero Falk no le dejó que lo atendiera. En vez de eso, se dirigió a un cuarto de baño, cerró la puerta con pestillo y se miró en el pequeño espejo que había al lado del secador de manos. Bloom tenía la cara pálida y sucia, y enjuagársela un poco no sirvió de mucho. Se veía un pequeño agujero negro debajo del ojo, parecido al agujero de un taladro. La mejilla y la cuenca del ojo mostraban un color morado, con una pequeña mancha amarillenta a lo largo del pómulo.

—Quiero volver ya —le dijo al espejo—. Cleesh, ¿por qué no me has llevado ya de vuelta? Sácame del tanque. Cuéntale a alguien lo que está pasando aquí. La Oficina de Asentamiento tiene que saber que está perdiendo gente a diestro y siniestro. Cuéntaselo a Apfel, dile que tiene que llevarle esta información a la Oficina de Asentamiento y que necesitan saberlo todo con detalle.

—Oye, ¿estás bien? —le preguntó Ratonazo a través de la puerta.

—Sí, sí —le contestó Falk. Tiró de la cadena y salió.

—Pareces más firme —le comentó Ratonazo—. Caminas con más seguridad.

—Sí, me siento un poco mejor.

—Deberías dejarme que te curara eso, que te pusiera al menos una venda.

—Lo sé, pero no quiero toquetearlo. Lo que quiero es salir de aquí. Quiero salir de aquí y conseguir un médico. De momento, la herida parece estable, y no quiero empeorarla.

—Vale —le respondió Ratonazo.

—Todos tenemos que salir de aquí. Tenemos que mandar un aviso —insistió Falk.

—Estoy de acuerdo —asintió Preben, apareciendo de repente en la puerta—. Así que vamos a comer, y luego...

—Hablas como si tú estuvieras al mando, Preben —lo interrumpió Falk.

—Es que lo estoy.

—A ver, explica por qué, por favor —lo retó Falk.

—Te han dado, estás herido. No sabemos hasta qué punto estás perjudicado. Yo soy el siguiente en la línea de mando.

—Estoy bien, así que el asunto queda zanjado —replicó Falk.

—No está...

—Soy yo quien toma las decisiones en Kilo Uno —lo interrumpió de nuevo Falk.

—Ya no hay Kilo Uno —le recordó Preben—. Sólo hay tres idiotas de mierda que se han quedado aislados.

—Siempre habrá un Kilo Uno mientras estemos en el sitio duro, imbécil —le indicó Falk—. Hazte a la idea.

Preben lo miró fijamente durante unos segundos y luego salió de la habitación. Falk miró a Ratonazo.

—¿Qué coño le ha pasado a tu parche lingüístico? —le preguntó su compañero.

Se sentía mejor, pero todavía se notaba algo renqueante, como la víctima de una apoplejía que todavía no se hubiera recuperado. Tenía la sensación, y Falk estaba más que dispuesto a aceptar que se trataba de su imaginación, de que él y Bloom ya no luchaban tanto por tener el control. Quizá Nestor Bloom había aflojado su dominio. No había muerto, porque sus emociones y recuerdos seguían apareciendo de vez en cuando, pero ese dominio había disminuido. Bloom era igual que un servobrazo que le cubriera todo el cuerpo, una abrazadera metálica que le limitara la capacidad de movimiento. Fuera lo que fuese, algo había desconectado en algún momento el parche lingüístico.

La cadera le seguía doliendo a rabiar, y Falk estaba bastante seguro de que era su propia cadera, no la de Bloom.

Oía en la cabeza el rastro de una voz. Quizá era una sola voz, o varias voces. Cuando despertó, las oyó, pero en aquel momento las atribuyó al mensaje repetido que se oía en el microrreceptor.

Pero no se trataba de eso. Algún recuerdo, alguna función de la imaginación, o algún daño en el oído interno le estaba haciendo oír voces. No era nada discernible, tan sólo un eco apagado, como la grabación de un discurso que alguien estuviera reproduciendo en sentido inverso, por lo que cada murmullo incoherente se detenía de un modo repentino y antinatural. Tenía que concentrarse para sacarse esos sonidos de la cabeza, pero regresaban otra vez del silencio cuando tenía la atención puesta en otra cosa.

Falk no tenía mucho interés en descubrir con exactitud de quién era ese recuerdo, ni que imaginación u oído interno eran los responsables de eso. Cojeó por el edificio, distraído por los objetos diarios que le recordaban a otra persona que no era él otras

cosas. Una jarra de agua, un cepillo para el pelo, el cajón de una cómoda abierto y del que salía el aroma atrapado de una botellita de perfume vacía.

Oyó a alguien llamar a Bloom. Era Ratonazo. Falk salió cojeando a lo que se estaba convirtiendo ya en una tarde húmeda de color gris piedra. Los sensores de nivel lumínico del complejo del caserío ya habían encendido algunas lámparas de forma automática, y se oía el zumbido del generador por encima de la brisa fresca y del repiqueteo de la lluvia que caía sobre la cubierta inclinada de plástico del techo de la pasarela. Preben se reunió con ellos procedente de la dirección opuesta.

—He encontrado una radio, pero no consigo contactar con nadie —les dijo.

—Olvídate de eso —le respondió Ratonazo—. Escucha.

Los tres se quedaron escuchando.

—Yo no oigo nada —dijo Preben al cabo de unos segundos.

Falk sí. Oía las voces, como si fueran una música de fondo que le llegara apagada. No dijo nada.

—Ahí —dijo Ratonazo de repente al mismo tiempo que alzaba una mano.

Muy débilmente, a lo lejos. En una dirección concreta, más allá de la ancha franja que formaban los campos que se extendían entre el caserío y el depósito de combustible. Esa zona baja era poco más que una sombra de color azul oscuro bajo la luz cada vez más escasa.

—¿Lo oís? —les preguntó Ratonazo en voz baja.

Disparos, un repiqueteo lejano.

Ratonazo y Preben miraron hacia allí con sus lentes. Falk distinguió las diminutas chispas blancas y amarillas que titilaban en la oscuridad de los campos. Se acordó de las lentes que había encontrado en el panzudo. Se las descolgó del cuello y se las puso con manos torpes y dedos más torpes todavía. Las lentes tardaron un momento en reaccionar al calor corporal antes de activarse, y él tardó unos cuantos segundos en parpadear del modo adecuado para eliminar toda la información innecesaria que había dejado su propietario anterior. Le resultó difícil. Difícil por el estado físico en el que se encontraba, y difícil porque estaba acostumbrado a las funciones más sencillas de las lentes de uso civil, no a las complejas opciones que tenían las de uso militar. Bloom habría sabido cómo conseguirlo sin problemas. Había muchos restos visuales: archivos almacenados, imágenes, repeticiones de adquisición de objetivos...

Cuando lo hubo despejado todo, activó el sistema de visión de baja luminosidad y el ajuste de enfoque.

En los campos se estaba produciendo todo un tiroteo. Vio las descargas de proyectiles sólidos y las de los rayos láser. Era difícil determinar los contactos con claridad, pero los protocolos de visión del D.M.O.A. mostraban códigos de aura de las tropas amigas.

—Están recibiendo mucho —comentó Preben—. Los están haciendo retroceder

hasta aquí.

—Tenemos que bajar ahí —señaló Ratonazo.

—¿Por qué? —preguntó Falk.

Los otros dos se volvieron hacia él.

—¿Lo preguntas de verdad? —inquirió Preben.

—¿Qué vamos a poder hacer?

—Podríamos subir a ese montículo —le respondió Preben, señalando hacia un punto en los campos—. Les podríamos dar fuego de apoyo. Les podríamos hacer saber que este lugar está despejado, y que, admitámoslo, es más defendible que un puto campo abierto.

Falk tragó saliva.

—¿Qué cojones te pasa, Bloom? —quiso saber Preben.

—Estamos en el sitio duro —le dijo Ratonazo.

—Sí, en el sitio duro —lo secundó Preben, mostrándose de acuerdo. Por eso estamos aquí, en esta mierda. Y disculpa, pero ¿no se supone que tú eres el tío al mando? ¿No se supone que eres tú el que sabe qué cojones tenemos que hacer?

—No quería decirlo así.

—¿De verdad? No quería joderte así, pero que te jodan, Bloom —espetó Preben, quien luego miró a Ratonazo—. Vamos.

Ratonazo dudó sin apartar la mirada de Falk.

—Sí —dijo Falk con un gesto de asentimiento—. Sí, vamos.

Salieron de la pasarela cubierta al patio y a la lluvia. Los disparos se oían con más fuerza ya. Falk caminó balanceándose como un pato, con las piernas rígidas y la cadera envuelta en dolor, y se esforzó por mantenerse a su altura. Preben preparó su M3A y Ratonazo empuñó el lanzagranadas. Falk se acordó de la ADP que llevaba en la funda.

—Necesito munición —les dijo—. Necesito cargadores. Casi no tengo munición.

Preben no le hizo ni caso. Ratonazo se metió la mano en un bolsillo del muslo y le pasó dos cargadores.

Llegaron al límite de la zona del caserío y siguieron por un terraplén que constituía el extremo noroeste de la enorme zona de cultivo. Había pasarelas de madera y vías de acceso sobre el barro, y Falk vio unas cuantas secciones de tuberías del gigantesco sistema de irrigación que regaba todos los campos durante la época seca. Algunas parcelas estaban cubiertas de matojos y les hacía falta una limpieza. Otras estaban en barbecho y desprovistas de toda vegetación, o ya estaban cubiertas de estructuras para la siembra. En la parte central de los campos había largos túneles de poliplástico y de protectores de cosechas junto a un puñado de cobertizos de almacenaje prefabricados. Los destellos de los disparos recortaban la silueta de las filas de túneles y las estructuras a medio construir que había a menos de un kilómetro

de donde ellos se encontraban.

—Eso es un Koba —afirmó Preben, escuchando con atención—. Eso es un puto Koba en fuego automático.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Ratonazo, que no dejaba de fruncir los labios para enjugarse el sudor nervioso que se le acumulaba en la parte superior del labio. Era una costumbre provocada por la tensión.

—Vamos a ir ahí y a darles fuego de apoyo —decidió Preben.

Comenzó a bajar los peldaños reutilizados del terraplén para bajar hacia una de las pasarelas.

—Espera, espera —lo llamó Falk.

—¿Qué? —le preguntó Preben, alzando la mirada hacia él.

—Vamos a llegar por su espalda. Me refiero a la espalda de los nuestros —le explicó Falk—. Están retrocediendo, se están retirando a toda prisa. ¿Cómo van a...?

—¿A qué?

—¿Cómo van a saber que somos de los suyos? Vamos a aparecer de repente, salidos de la nada... Eso es casi como pedir que nos peguen un tiro.

—No podemos hacer otra cosa, joder —le replicó Preben—. No hay nada seguro aquí, ¿te acuerdas? Con un poco de suerte, captarán nuestra aura de tropas amigas antes de que nos abrasen.

Preben se dio media vuelta y siguió caminando.

Ratonazo se quedó arriba un momento más y miró a Falk una última vez antes de comenzar a bajar los peldaños en pos de Preben.

Falk se quitó las lentes y empezó a estudiarlas con detenimiento dándoles vueltas con unas manos temblorosas y torpes.

—¡Eh! ¡Eh! —los llamó.

—¡Joder, vamos ya, retrasado de mierda! —le gruñó Preben—. Ven, o quédate aquí y cierra la puta boca.

—Las lentes, nuestras lentes —les dijo Falk, mirándolos a ambos—. Para captar nuestros perfiles personales deben tener su propio campo emisor. ¿Tienen un campo separado?

—¿De qué cojones hablas? —quiso saber Preben.

—Son receptores pasivos, a menos que estén conectados mediante un teléfono o un canal seguro militar —le explicó Ratonazo.

En la cara de su compañero se veía una expresión que le indicó a Falk que se suponía que él debía saber todo eso. Bloom estaba cualificado para el uso de toda aquella clase de equipo. Se estaba comportando como un estúpido.

—A ver, no me apretéis —les dijo—. Me han pegado un tiro en la puta cabeza, ¿vale? Me cuesta concentrarme.

—¡Estamos perdiendo el tiempo! —bufó Preben.

—Ayúdame con esto un momento. Los insurgentes han interferido el canal seguro, pero nuestras lentes siguen captando los perfiles de los códigos de las auras, ¿verdad? ¿Cómo? Recordádmelo.

—Con nuestras identificaciones —le explicó Ratonazo.

Los broches, los broches identificativos que todos ellos llevaban. Eran los que generaban los campos de perfiles. Eran campos de corto alcance, extremadamente corto, e independientes. Era el efecto de reconocimiento pasivo, separado de las comunicaciones militares seguras. Falk se colocó de nuevo las lentes y parpadeó la opción de elección de objetivo. Recibió de inmediato una respuesta informática, y vio a Preben y a Ratonazo iluminados con marcas verdes. Seleccionó a Ratonazo, lo que abrió un nuevo panel: «Mauskin, soldado de primera clase Waylon Wakes, D.M.O.A.» Apareció otro panel para mostrar las estadísticas vitales, el tipo de sangre y las anotaciones médicas.

Un campo portador pasivo de corto alcance, generado por cada broche, captado por el sistema de selección de objetivos.

—Cabrón estúpido —le soltó Preben—. Quédate aquí y mantén la cabeza agachada.

Se dio media vuelta y se alejó con rapidez. Ratonazo negó con la cabeza y lo siguió.

Falk había cubierto en 77 la noticia de un gigantesco escándalo financiero que involucraba a Artine Pacific, a cuatro bancos de inversión de capital y a dos senadores con una creciente popularidad. Durante la feroz debacle del juicio, los abogados de Artine Pacific habían intentado controlar el flujo de noticias y retrasar así ciertos aspectos de lo ocurrido para proporcionar a sus clientes el tiempo que necesitaban para vender y minimizar el impacto financiero que sufrirían cuando se enteraran los mercados. Primero solicitaron una orden de silencio para la prensa, y luego invocaron las obligaciones de confidencialidad de las corporaciones. Finalmente, llevados por la desesperación, jugaron duro y quemaron las conexiones de todos los teléfonos y de los emisores de noticias que salían del juzgado mediante un interferidor de sistemas. Con eso querían ganar noventa minutos de ventaja para evitar cualquier posible restricción de las ganancias.

Cleesh ya se había imaginado que utilizarían ese truco sucio. Le contó que se les había anticipado porque era precisamente la clase de maniobra que ella hubiera utilizado. Eso fue cuando todavía decía tacos, antes de que le colocaran el parche lingüístico. Nadie, ni siquiera Falk, podría transmitir fuera del juzgado, pero ella lo había hecho acudir al juicio con una tableta de anotación y un punzón electrónico, la clase de herramienta de campo pasivo que una camarera de un ProFood utilizaría para tomar nota del pedido de un cliente y que lo vieran a la vez el personal de la caja registradora y la cocina. Luego, Cleesh había contratado al mensajero para que

esperara en el exterior del juzgado con una unidad básica y normal. Falk no había emitido nada. Escribió todos los detalles en la tableta y el mensajero lo leyó, lo copió y, puesto que se encontraba fuera del cono de interferencia, fue capaz de enviárselo a Cleesh. Ella envió el artículo cuarenta y siete minutos antes que ninguna otra fuente de noticias. Las acciones de Artine Pacific se desplomaron en el mercado.

Falk accedió a su broche, abrió el panel médico de prioridad y utilizó su teléfono para enviar una actualización.

Luego bajó los peldaños con toda la rapidez que pudo. Preben y Ratonazo estaban a punto de desaparecer de la vista al otro extremo de la pasarela de planchas. Disparó con una mano temblorosa un solo proyectil contra el suelo.

Preben y Ratonazo se sobresaltaron al oír el estampido. Los dos se volvieron en redondo con las armas en alto y las apuntaron en su dirección adquiriéndolo como objetivo.

Luego las bajaron y se tranquilizaron.

—Pero ¿qué cojones...? —exclamó Preben—. ¿Qué cojones? ¿Cómo has hecho eso?

—Es una puta genialidad —exclamó Ratonazo.

Sólo podían imaginarse lo que estaban viendo, pero su imaginación estaba muy bien informada.

Los visores de puntería les habrían mostrado que él era Nestor Bloom, marcado en verde como amigo por su código de aura. Sobre su cuerpo, como una placa virtual, se veía un panel informativo con la actualización médica de prioridad.

En el panel ponía: «¿Podéis leer esto, capullos?»

Preben y Ratonazo volvieron a apuntarlo para que saliera de nuevo la información y la pudieran disfrutar una segunda vez. Volvieron al trote hacia donde él estaba.

—¿Cómo coño has hecho eso? —quiso saber Preben.

Falk se lo explicó.

—No, me refiero a cómo cojones se te ha ocurrido algo así.

—Pues, simplemente se me ocurrió.

Ratonazo ya había probado a hacerlo. Cuando lo apuntaron con sus armas, vieron un panel que decía: «Una idea cojonuda.»

—¿Qué escribimos? —le preguntó Ratonazo.

Falk se encogió de hombros.

—«¿Kilo Uno, amigos, en apoyo por retaguardia?» —sugirió—. Eso servirá para empezar.

Preben torció el gesto.

—Ya sabía yo que nos pasábamos de listos —suspiró—. La línea no es segura.

—No importa —le contestó Falk—. Tiene un alcance muy corto. Además, ellos creen que nos tienen completamente interferidos. No buscarán algo así.

—Sí, pero pueden leerlo. Si lo ven, pueden leerlo.

—Si lo ven —reconoció Falk—. Les gustan nuestras armas, y también les gusta nuestra munición, pero hasta ahora no he visto que ninguno de ellos se lleve nuestras lentes.

—Son de la vieja escuela —comentó Ratonazo—. O no tienen entrenamiento. El selector de objetivos puede ser una herramienta muy confusa si no estás acostumbrado a ella. Probablemente ni lo habrán intentado.

Ajustaron sus alertas médicas e intercambiaron unos choques con los puños a modo de saludo. Luego se pusieron en marcha todos juntos.

El tiroteo estaba cada vez más cerca. Un disparo perdido de láser atravesó con un silbido las filas de tallos y abrió un agujero en el costado de un depósito de metal galvanizado que contenía agua de lluvia. Se produjo un estallido y se oyó el gorgoteo del depósito al comenzar a vaciarse. El follaje que el rayo había cortado empezó a arder. A su derecha, los proyectiles sólidos repiqueteaban contra algo.

Falk llegó a la conclusión de que probablemente era una pared.

Aquello cada vez daba más miedo. Estaba jugando a ser un soldado. Además, estaba el problema de su casi nula coordinación muscular.

El sonido parecido al de las palomitas de maíz que provocaban los disparos resonó entre las hileras de espigas de la cosecha. En el aire húmedo flotaba una capa de humo con el característico olor a quemado del propelente. El selector de objetivos no dejaba de mostrar marcas de color amarillo o naranja.

Preben, que estaba a unos tres metros por delante de Falk, se volvió de repente hacia la derecha, se llevó el M3A al hombro y disparó. Se oyó un chillido y un parpadeo luminoso.

Preben bajó un poco el arma.

—Creo que acabo de abrasar a uno de esos cabrones —dijo en voz baja.

—¡Vienen más! —avisó Ratonazo.

Su compañero echó a correr hacia uno de los campos de cultivo. Se agachó para pasar por debajo de los tubos de irrigación y los cables que sostenían las estructuras. Había captado movimiento marcado con rojo. Falk alzó la ADP empuñándola con dos manos. Jugaba a ser un puto soldadito, sólo jugaba.

Ratonazo ajustó el arma para un estallido en el aire y lanzó un par de proyectiles por encima de las plantas. Vieron dos destellos brillantes seguidos de un par de potentes explosiones. Las plantas se estremecieron como si un vendaval las hubiera recorrido.

Ratonazo hizo un gesto con la cabeza para indicar que lo siguieran. Salieron de la pasarela de planchas de madera y cruzaron entre las hileras de tallos, con los tobillos hundidos en aquel lodo negro. Tuvieron que agacharse para esquivar los chorros de las mangueras de irrigación. Había un fuerte olor a tierra, a fertilizante líquido, a tuberías de metal húmedas. Falk vio por encima de ellos el cielo gris y bajo del atardecer a través del entramado de riego y de las estructuras de iluminación.

Salieron, cruzaron otro tramo de pasarela y luego volvieron a salir a una parcela cultivada. En algún punto situado a su izquierda, un arma automática repiqueteaba como una máquina de coser.

Llegaron a otra pasarela de planchas de madera. Al otro lado se veía la cosecha resguardada bajo un largo túnel de plástico. No se veía ningún punto de entrada, así que Preben desenvainó su cuchillo de combate y abrió una rendija a lo largo de la cubierta. Atravesaron el corte y entraron en una cueva cálida y húmeda con el penetrante olor a germinación. A un lado había hileras de sacos llenos de tierra con fertilizante lista para su uso. Todos estaban marcados con el emblema de la D.M.O.A.. Preben abrió otro tajo en el túnel, y salieron a otro tramo de pasarela.

Había un cadáver en el camino. Estaba tendido de espaldas a pocos metros de la

rendija que habían abierto para salir. El hombre tenía las piernas dobladas y separadas, como si estuviese corriendo. Llevaba ropa oscura, pero no se trataba de un uniforme. Tenía la cabeza echada hacia atrás, como si estuviera ofreciendo la garganta para un sacrificio ritual.

La mayor parte de su torso era un agujero desigual. La pérdida de huesos y de tejidos, de materia en general, era asombrosa. Daba la impresión de que algo al rojo blanco, del tamaño de una pelota mediana, lo había atravesado por completo. Los bordes de la herida estaban desgarrados y cauterizados hasta formar una costra humeante de sangre quemada y carne ennegrecida. Un fluido espeso, viscoso como el alquitrán o un vinagre balsámico muy caro, caía gota a gota de la impresionante cavidad, y detrás del cuerpo, sobre la pasarela, se veía una larga mancha de salpicaduras. Aquello era lo que un arma láser le hacía a la anatomía humana.

—Mierda —murmuró Preben, mirando el cadáver, realmente sorprendido ante aquella visión, que había sido obra suya.

—Buena puntería —le comentó Falk.

—Joder —musitó Preben.

Ya había disparado en combate antes, lo había hecho hacía poco en la estación de la cima de la colina, pero Falk sabía que Bloom sabía que era la primera vez que Preben presenciaba una prueba de lo mortíferos que eran sus disparos.

El olor era nauseabundo. El hedor procedía de las heces frescas quemadas, a hueso carbonizado y a carne fundida, el hedor de un cuerpo reventado que nadie que lo hubiera olido olvidaba jamás.

—Es una putada ser él ahora mismo —comentó Ratonazo.

Falk vio de repente marcas rojas y verdes en sus lentes. Alzó la mirada, más allá de Preben y de Ratonazo, que estaban demasiado absortos en la contemplación del cadáver como para darse cuenta de nada más. Tres figuras habían aparecido al otro lado de la pasarela. Tres brillantes marcas rojas.

Falk empezó a disparar. Abrió fuego con el Colt entre Preben y Ratonazo, quienes se apartaron sobresaltados. Hizo los disparos sin apuntar, más por hacer ruido que por otra cosa. Las marcas rojas se dispersaron. Preben se dio media vuelta y apuntó con el M3A. El arma láser aulló en dirección al extremo de la hilera.

El Colt ADP se encabritó de repente en las manos de Falk. Lo miró un momento. La corredera estaba echada hacia atrás y de la recámara salía una leve voluta de humo. El aviso de «sin munición» apareció en el indicador luminoso. Falk se dio cuenta de que no sabía qué hacer. Había pedido cargadores de repuesto, pero jamás había recargado un arma.

Ratonazo lo empujó con el hombro. Fue un golpe con todo el cuerpo. Su compañero se estrelló de lleno contra él y lo derribó hacia atrás. Aquello le dolió. Lo dejó sin aliento. La fuerza del impacto le hizo perder el equilibrio y cayó de espaldas

contra la cubierta del túnel. El plástico cubierto de gotas era flexible como un trampolín. No se rompió bajo su peso y él se deslizó hacia abajo hasta terminar de costado en el barro, entre las planchas de madera y la base del túnel.

Se quedó aturdido durante unos segundos, incapaz de procesar lo que había ocurrido. El primer pensamiento coherente que tuvo fue que Ratonazo lo había derribado en un acto heroico para salvarle la vida, pero vio que él también había caído. Ratonazo estaba de espaldas sobre la pasarela, gruñendo y gimiendo como un perro apaleado.

Falk captó un rápido sonido hueco por encima de su cabeza. Los proyectiles disparados en fuego automático estaban abriendo una serie de agujeros en el plástico. Cada uno de ellos se abría un poco más debido a la tensión superficial del propio plástico hasta formar una abertura con la forma de un ombligo humano en la curva firme de un estómago. Ratonazo había recibido una ráfaga de esos disparos. Le habían dado de lleno en la placa pectoral, lo que lo había derribado, y se había llevado por delante a Falk en su caída. No le vio sangre en el pecho, pero sí que vio melladuras en la placa, como si alguien se hubiera dedicado a golpearlo con un martillo y un cincel.

Preben intentaba poner a cubierto a Ratonazo. Se esforzaba por manejar el peso incómodo y desigual del M3A con la mano derecha al mismo tiempo que intentaba agarrar a su compañero por el correaje con la izquierda. Preben chillaba. Ratonazo chillaba. Los proyectiles siguieron impactando contra la cubierta del túnel, contra el barro, contra las planchas de madera, levantando pequeños surtidores de barro goteante y de fibraplaca desgarrada. Uno de los proyectiles rebotó en la placa del muslo de Preben. No fue más que un impacto superficial, pero suficiente como para hacerlo girar sobre sí mismo y que lanzara un aullido de dolor.

Falk había soltado el APD. En un intento frenético por ponerse a cubierto, manoteó en la cubierta del túnel. Fue igual que intentar meter los dedos en la piel de la cubierta de un tambor para desgarrarlo. Un esfuerzo inútil. De repente, uno de los dedos de la mano derecha encontró un agujero de bala, y eso le proporcionó el asidero suficiente como para tirar y desgarrar. Lo hizo con todas sus fuerzas, y la cubierta de plástico se tensó hasta rasgarse. Cayó boca abajo en el interior del túnel con las manos todavía enredadas en la cubierta de plástico.

Se quedó apoyado en los brazos y en las piernas mientras los proyectiles seguían agujereando la cubierta. Cada impacto sonaba muy parecido al golpe de un golfista a la pelota. Los proyectiles rebotaban en la estructura del túnel al pasar por el interior, en las tuberías de riego, en la armazón principal. Se clavaron con un sonido sordo en los sacos de la mezcla de suelo, destrozaron las estanterías con las semillas recién plantadas, reventaron macetas de plástico, arrasaron plantas ya crecidas. El aire sofocante, ya de por sí húmedo y cargado del olor a tierra, se llenó con el aroma

asfixiante de la savia y de las fibras vaporizadas de las plantas. Uno de los disparos reventó la envoltura de una de las lámparas solares acopladas al techo del túnel.

Falk miró enloquecido a su alrededor. Vio a través de la pared del túnel, borrosa por la condensación, la figura de Preben arrastrando a Ratonazo para sacarlo de la pasarela y llevarlo hasta la hilera de plantas del lado opuesto. Falk comenzó a arrastrarse poco a poco hasta llegar a la altura de las dos aberturas por las que habían cruzado el túnel de forma transversal.

El cadáver del hombre que había muerto por el disparo láser estaba justo fuera. Su arma, un rifle de asalto compacto de color gris, había caído en una zanja abierta al lado de la pasarela de listones de madera. Falk apartó el reborde de la cubierta, sacó una mano y lo agarró para volver a meterla con rapidez. Las balas siguieron zumbando y abriendo agujeros en el plástico por encima de él.

Hizo girar el arma en sus manos. Era un Koba Avtomat 90, la versión A, la última y más moderna. Estaba limpio, nuevo. Tenía un cañón de treinta centímetros de metal reforzado. La culata era de plástico pulido. Detrás de la empuñadura inclinada tenía dos cargadores de polímero integrados y acoplados entre sí, cada uno de ellos con capacidad para sesenta proyectiles con el casquillo estándar del Bloque Central. Ya estaba amartillado y tenía el seguro ambidextro quitado.

Falk inspiró profundamente. Oyó las voces apagadas que sonaban en un rincón de su cerebro. Ajustó las lentes y las graduó a la mayor opacidad posible. Luego se puso en pie utilizando como apoyo el poste central que tenía más cerca. Una bala atravesó con un chasquido el plástico y le pasó justo por debajo de la nariz. Falk alargó una mano, abrió la caja de relés montada sobre el poste a la altura de la cabeza y aferró la palanca que había en su interior.

—¡Preben! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Preben, cierra los putos ojos!

No esperó a que le contestaran. Tiró con fuerza de la palanca.

Las lámparas solares se encendieron.

Estaban montadas a lo largo del interior de cada túnel y también en las estructuras de crecimiento de muchas plantaciones al aire libre. También había montadas plataformas de luz diurna en los cruces de las pasarelas y en los accesos a los cobertizos.

Toda la zona se vio iluminada de repente con una dolorosa luz blanca. El cielo negro por encima y el brillo cegador abajo. Los disparos cesaron casi de inmediato.

Falk no esperó. Abrió del todo la rendija, salió a la pasarela y abrió fuego. El Koba era una maravilla. Apenas tenía retroceso, ni elevación de la bocacha del cañón. No estaba conectado a su sistema de elección de objetivos, ya que el arma no disponía de un sistema de sensores activos al que acoplarse. De todas maneras, sus lentes no dejaban de marcarle en rojo los objetivos. Eran siluetas humanas entre las hileras de espigas que crecían al final de la pasarela, o situadas detrás de apilamientos

de sacos de tierra fertilizada o al lado de canalón de desagüe.

Disparó contra las marcas, una ráfaga contra cada una. Lanzó un chorro de proyectiles por turnos hacia cada objetivo marcado antes de pasar al siguiente. Sólo las marcas rojas y naranjas. Los casquillos de plástico también salieron a chorros por la ranura eyectora como los restos de alguna clase de proceso industrial y cayeron repiqueteando contra las planchas de madera de la pasarela sobre la que se encontraba.

Le dio de lleno a una de las marcas rojas, y vio el gráfico aumentado de una silueta salir disparado hacia atrás contra una hilera de arbustos aplastando unos cuantos al caer. Otros impactos no fueron tan evidentes. Otra marca roja cayó, pero no quedó claro si lo había hecho al resbalar o por ponerse a cubierto. Otra desapareció, pero quizá fue una retirada. En cuanto la sorpresa cegadora de la activación de las luces pasó, el enemigo empezó a disparar de nuevo.

Sin embargo, para entonces Preben ya había empuñado el lanzagranadas de Ratonazo y apoyó el fuego de Falk con el disparo de cuatro granadas contra las masas de arbustos y las estructuras de riego. Las explosiones reventaron toda la parte posterior de esa parcela. Terrones de tierra, puñados de espigas y otros restos salieron disparados por el aire formando columnas ardientes. Pequeñas piedras y algunos de esos restos cayeron repiqueteando como una lluvia de granizo. Las ramitas y los trozos de tierra martillearon el techo del túnel de plástico. De repente aparecieron *blurds* por todos lados, *blurds* que cruzaban el aire a toda velocidad, que giraban como confeti, atraídos por las luces, y que creaban masas blanquecinas que se recortaban contra el cielo negro en los puntos donde la luz los interceptaba.

Falk disparó unas cuantas ráfagas más contra las columnas de humo y la neblina de vapor hasta que vació los cargadores. Un simple movimiento del pulgar los expulsó. Incluyó el arma hacia un lado para que ambos salieran sin estorbo y luego se agachó para registrar el cadáver en busca de cargadores de repuesto.

Se detuvo en seco. En cuclillas no le dolía la cadera. ¿De dónde había salido esa costumbre de inclinar el arma hacia un lado al expulsar los cargadores? ¿Y qué había de la tranquilidad y la confianza con la que había comprobado y luego utilizado el Koba? ¿De dónde cojones había salido todo eso?

Preben apareció con el lanzagranadas todavía en las manos y el arma láser acoplada a los cierres de la placa dorsal.

—¿Tienes para recargar? —le preguntó sin dejar de apuntar con el lanzagranadas hacia el otro extremo. Los *blurds* revoloteaban a su alrededor.

—Eso creo.

Falk encontró otro par de cargadores dobles en el morral del cadáver. En total, doscientos cuarenta proyectiles. Se metió un cargador en el bolsillo del muslo y acopló el otro al arma. Luego la amortilló. Se oyó un chasquido metálico doble que

resultó muy satisfactorio. Se puso en pie.

—Buen truco. El de las luces —le comentó Preben.

—Sí —fue la escueta respuesta de Falk.

Tenía una sensación de cosquilleo en las manos. Vio la pistola donde se le había caído, con la recámara abierta. Se agachó para recogerla y dejó al Koba a un lado.

—¿Ratonazo está vivo? —preguntó mientras soplabla para quitar los restos de tierra de la pistola. Luego sacó el cargador desechable y metió con un golpe de la palma de la mano uno de los que le había dado Ratonazo.

—Sí —le confirmó Preben mientras seguía buscando objetivos con las lentes y el lanzagranadas preparado—. Ha tenido suerte. Tres putos disparos, todos en las placas de blindaje. Los han detenido, pero me parece que tiene algunas costillas rotas. Se ha quedado tumbado quejándose.

—¿Le has inyectado? —quiso saber Falk, refiriéndose a las inyecciones monodosis de calmantes que llevaban.

—No ha querido —le contestó Preben—. Dice que estará bien dentro de un minuto. Me parece bien. No debemos desperdiciar esa mierda.

Falk terminó de comprobar el Colt. La recarga había llevado el contador de munición de nuevo a cuarenta. Tiró de la corredera para poner el primer proyectil en la recámara y luego le puso el seguro antes de meterla en la funda.

De un modo muy seguro, muy práctico, muy experto. ¿Cómo era posible que sus manos conocieran todo ese puñetero proceso? Eso no era jugar a ser un soldadito. Eso era saber lo que uno estaba haciendo. Eso era manejar las armas con habilidad y el mínimo desperdicio de tiempo.

Se puso otra vez en pie, con el Koba en las manos.

—Que Ratonazo se levante —le ordenó—. Seríamos unos retrasados si nos quedáramos aquí.

—Vale —asintió Preben mientras espantaba un *blurd* grande y verde que le revoloteaba delante de la cara—. Supongo que también deberíamos apagar las puñeteras luces.

Preben se dirigió hacia Ratonazo, pero se detuvo. Alguien se acercaba. Los sensores captaron movimiento, siluetas marcadas, procedentes de la pasarela que tenían a la espalda.

Eran marcas verdes.

Soldados del D.M.O.A. Eran dos. Luego aparecieron otros cinco, que avanzaron con rapidez medio agachados.

Falk tuvo una lectura de sus códigos de aura antes de verles la cara. El soldado de primera clase Goran. El sargento mayor Huckelbery.

—¿Preben? ¿Bloom? —los llamó Huck—. ¡Joder, qué alegría veros!

—Sí, jefe. ¿Quiénes vienen?

—La mayor parte de Kilo Dos, más Masry y Hotel Cuatro —le contestó Huckelbery mientras se acercaba.

Estaba sucio y empapado, con la piel de un tono blanco enfermizo debido a las luces. Ty Goran, el jefe de Kilo Dos, tenía sangre en la mejilla izquierda.

—¿Cómo coño habéis hecho eso del aura?

—Bloom tiene ideas muy originales —le contestó Preben.

—Pues está bien pensado —le comentó Huck—. Le disparábamos a todo lo que se movía.

—Sólo usé el actualizador médico —le explicó Falk.

—Es una jodida idea de genio —declaró Ratonazo.

Se había puesto en pie y tenía aspecto de estar mal, aspecto de tener que esforzarse sólo para mantenerse en pie, y en la cara se le veía un gesto de dolor.

—¡Nestor! ¡Mi amigacho! —le gritó Valdes, alzando una mano para chocarla con la suya—. Estamos en el sitio duro, ¿eh? El puto sitio duro, ¿o no?

—El más duro.

—¿Qué te ha pasado en la cara, Nes?

—Me pegaron un tiro.

—Joder, tío.

—Tenemos que irnos —le dijo Falk a Huckelbery—. Están por todos lados. Por todos putos lados.

Huck hizo un gesto de asentimiento.

—¿Qué es lo que hay en esa dirección? Un caserío, ¿verdad?

—Eyeburn Slope —le confirmó Falk—. No es gran cosa, pero allí no había nadie aparte de nosotros hace media hora. ¿Se ha quedado alguien atrás?

—Nadie que estuviera vivo —le contestó Huckelbery.

—¿Esto es todo lo que tenemos?

—Nos atacaron una media hora después de que llegáramos. Tenía a Kilo Dos y Tres conmigo.

—No sabemos lo que le pasó a Jay —dijo Goran.

—Es verdad, no lo vimos caer —confirmó Valdes.

—Luego Caudel y toda su escuadra fueron achicharrados en unos treinta segundos mientras intentaban ponerse a cubierto.

—¿Todos ellos? —preguntó Preben—. Joder. ¿Caudel?

—Frito —confirmó Huckelbery—. Luego vimos al panzudo de Hotel caer derribado cuando descendía para efectuar la extracción. Sacamos a Masry del panzudo justo antes de que lo acribillaran, y luego nos encontramos con la gente de Hotel al lado del lago.

—¿Eso dónde fue? —quiso saber Falk.

—El depósito —le explicó Goran—. Nosotros teníamos que descender en el

depósito para apoyar a Hotel.

—Entonces, ¿también se han apoderado del depósito?

—Del depósito, del cruce, de todo el fruto® recorrido de la autovía —le confirmó Masry, el oficial de explosivos.

—¿Qué hay de Juliet? ¿Dónde están los demás? —les preguntó Ratonazo.

—Quién coño sabe —le respondió Goran.

—De lo único que estoy seguro es de dónde estamos —apuntó Huckelbery.

—¿Y dónde estamos? —inquirió Falk.

—Metidos hasta el cuello en mierda profunda —le contestó el sargento.

A medida que avanzaba la noche, las voces de trasfondo sonaban con más fuerza.

Cruzaron de nuevo el complejo hortícola acompañados por los recién llegados y subieron por el terraplén hasta llegar a Eyeburn Slope y tomarlo. Más concretamente, tomaron el edificio de reuniones. Dejaron encendidas todas las luces de las parcelas de cultivo para que a cualquiera le resultase más difícil acercarse sin ser visto. Para cuando llegaron al terraplén, el aire iluminado por encima de los campos quedó enturbiado por el humo del combate y cubierto por miles de *blurds* que se habían visto atraídos por las luces. De vez en cuando, uno de aquellos *blurds* grandes y torpes se les estrellaba contra la cara o los brazos.

El caserío estaba igual que como lo habían dejado, vacío e iluminado por las lámparas fotorreceptivas en la zona del patio y de los porches. Masry, el oficial de explosivos, estaba totalmente en contra de meterse en el asentamiento e insistía en que se adentraran en los terrenos negros no cultivables que se extendían al otro lado para esconderse en esa zona. La idea tenía cierto atractivo. Estaba claro que había terroristas en la zona del depósito. Huckelbery utilizó esa palabra con total libertad, acompañándola con términos como «putos». Era evidente que también estaban en la estación meteorológica, es decir, a ambos lados del solitario caserío. Tras el tiroteo en la zona de cultivo, los terroristas sabrían que quedaban tropas de a pie del D.M.O.A. en esa área. Lo más probable era que llegaran antes del amanecer, y el sitio más obvio donde comenzar era el pequeño caserío de Eyeburn Slope, con su generador, sus almacenes, sus luces y el refugio que ofrecía. Correr y esconderse en la oscuridad parecía una buena idea.

Pero también era evidente que Masry estaba bastante traumatizado. Falk se fijó en el temblor que lo embargaba, en las miradas huidizas, en el modo exagerado con que reaccionaba ante los ruidos repentinos. Masry se esforzaba por ocultarlo. No quería que pensarán que tenía miedo, pero no había ninguna clase de autocontrol que consiguiera esconder esos tics nerviosos.

Era el oficial de explosivos del panzudo de Hotel, *Lo que el Wendigo se llevó*. Los especialistas de las tripulaciones de vuelo eran tropas fiables, entrenadas al mismo nivel de eficiencia en combate que los soldados de a pie además de recibir su propia formación como especialistas. Las escuadras de combate los respetaban. De hecho, solían tener reputación de infalibles, de tener pelotas de acero, de ni siquiera pestañear a la hora de efectuar un desembarco o una extracción en una zona de combate y bajo fuego enemigo. Eran soldados imperturbables. Eran los tipos en los que los muchachos de infantería siempre podían confiar.

Sin embargo, Falk tenía la impresión de que Masry era incapaz de ocultar que no se había esperado nunca tener que enfrentarse a una situación como ésta. No se había

esperado experimentar el sitio duro de aquel modo. El sitio duro era lugar para las escuadras de combate, y por eso tenían las armas láser y los lanzagranadas y muy poca imaginación. Los especialistas eran los chicos del aire.

Masry tenía el cabello de un color rojizo muy claro y el resto a juego. Tenía el pelo tan claro que las pestañas eran casi invisibles, y bajo la dura e intensa luz de Eyeburn Slope, parecía una escultura de arena. El parche lingüístico le quitaba toda la fuerza a sus comentarios y hacía que sonara como un debilucho patético y gemebundo.

Aquello no era justo, porque Masry se merecía cierta comprensión. Había estado a punto de morir. Huck le había contado que sacaron a Masry del panzudo en la zona del depósito. Había perdido a todos sus compañeros de tripulación. Estaba cubierto de sangre, y no era la suya. Falk creía que lo más importante era que Masry había perdido a su panzudo. Ese era el verdadero trauma. Las tripulaciones acababan unidas a sus aeronaves, y Masry había perdido la suya. Estaba huérfano, y también estaba perdido.

Por tanto, quería esconderse en la oscuridad. Huckelbery desautorizó aquella posibilidad. Aunque era un lugar obvio para que los encontraran sin tener que buscar mucho, Eyeburn Slope les ofrecía muchas ventajas. Recursos, calor, condiciones de habitabilidad, la oportunidad de comer algo y descansar un poco. Sobre todo, las paredes y las estructuras generales proporcionaban una buena posición defensiva. En mitad del campo estarían a oscuras, con frío y humedad, y para cuando amaneciera, estarían agotados, temblorosos, con los nervios destrozados, con el cuerpo agarrotado y dolorido e irascibles. Si los descubrían, estarían en terreno abierto. Una noche en el caserío quizá los ayudaría a recuperarse un poco. Una noche en terreno abierto los dejaría exhaustos sin duda alguna.

Huck sugirió que ocuparan la casa del extremo del asentamiento como puesto fortificado. Poseía los mejores ángulos de visión y la mejor posición defensiva. Desde la parte delantera se podía vigilar el complejo hortícola, y desde el lado se veía con claridad la explanada del patio, los gallineros y el camino que subía a la colina.

Preben sugirió otra posibilidad: la casa de reuniones. Se encontraba en mitad de un grupo de edificios, por lo que las líneas de visión no eran tan buenas, pero las paredes eran de piedra, mientras que la otra casa era de listones de madera sobre una estructura. Preben lo había comprobado. Las paredes y el suelo de la casa de reuniones detendrían la mayoría de los disparos de proyectiles sólidos. De hecho, haría falta un arma láser para provocarle daños, y también sería capaz de absorber la onda expansiva de una granada o un cohete. El puñado de edificios que la rodeaba, aunque aumentaba el número de rutas de aproximación, también proporcionaba más vías de escape posible en caso de emergencia. Podrían salir cubriéndose unos a otros por diversos puntos de huida. Preben ya había trazado en un papel algunos trayectos

en ese sentido. Se lo enseñó a Huck, quien se lo pensó.

El sargento se sintió impresionado y dio el visto bueno. Falk también se sintió impresionado. Preben era un buen profesional. Se preguntó qué tal lo habría hecho Bloom en esa situación.

¿Habría tenido en cuenta esos detalles, habría hecho ese tipo de recomendaciones? ¿Cuánto estaban echando de menos al verdadero Nestor Bloom en esos momentos? ¿En qué situación estarían, mejor o peor, si hubiera sido Bloom quien estuviera al mando, y no un individuo que sólo tenía el rostro de Bloom?

Masry lo aceptó y siguió al grupo hacia la casa de reuniones. De vez en cuando se estremecía, y no paraba de mirar a su alrededor. Se sobresaltaba cada vez que un *blurd* se estrellaba contra una farola.

El grupo de Ty Goran, Kilo Dos, lo componían Valdes y un individuo negro y callado que se llamaba Clodell. Empezaron a hablar de Jay, el miembro del grupo que había desaparecido, y de ese modo comenzó el habitual proceso de mitificación. Jay no había muerto, sino que estaba vivo en algún lado y acabarían encontrándolo. El puñetero Jay. Qué idiota, siempre metiéndose en problemas. Falk tenía una imagen mental muy clara de Will Jay. Un recuerdo. El recuerdo de otra persona.

Hotel Cuatro lo componían Lintoff, Barnard, Estmunsen y Rash. Bloom apenas los conocía, así que no había verdaderos recuerdos de ellos en la mente de Falk. Rash era el jefe de escuadra. Era un individuo bajo de aspecto feroz, del que emanaba una cierta potencia muscular y una sensación de descontento. Tenía la piel negra, mucho más negra que la de Clodell. Era muy educado al hablar, y extremadamente preciso. Hacía mucho tiempo que Falk no se encontraba a alguien tan tenso como Rash, sin nada que demostrar pero absolutamente decidido a demostrarlo de todas maneras. Hotel Cuatro era una de las cuatro escuadras tácticas a las que se les había encomendado la seguridad del depósito de combustible. Para eliminar con rapidez cualquier oposición, estaban equipados con PAP 20 a los que les habían acoplado debajo del cañón unas monturas parecidas a escopetas. Esas monturas inferiores eran capaces de disparar diversos tipos de munición, incluida una granada de pequeño calibre. Los cuatro llevaban cruzadas sobre el pecho cintas llenas de proyectiles, lo que les daba aspecto de bandidos.

—¿Pudiste ver bien a esos... terroristas? —le preguntó Falk a Rash. Todavía se estaba acostumbrando a esa palabra.

—Insurgentes —le replicó Rash con un leve movimiento negativo de la cabeza. Alzó un poco la barbilla y frunció los labios en un gesto de disgusto—. Creo que algunos de ellos son habitantes de los asentamientos que se han unido a una causa y a quienes algún agitador externo ha proporcionado armas.

—¿Cómo la gente del Bloque?

—No soy yo quien debe decirlo —le contestó Rash.

—Pues si no lo dices tú, nadie va a decirlo por ti. Los viste bien, como todos los demás. ¿Luchaban como granjeros o como tropas profesionales?

—No sabría decirte.

—Bueno, pues resulta que jodieron a base de bien a Kilo y a Hotel, así que voy a suponer que luchan mejor que los granjeros, ¿no te parece?

—No me gusta tu tono de voz —le dijo Rash.

—A mí tampoco —admitió Falk—. Pero de todas maneras, creo que lo mejor será que hablemos de estas cosas. Ya sabes, por si queremos seguir vivos.

Rash miró con desprecio.

—Eran muy disciplinados —intervino Lintoff—. Ya estaban sobre el terreno, y eso les dio ventaja, pero se veía con claridad por el modo en que estaban coordinados. Tenían muy buen entrenamiento. Actuaban como escuadras de combate.

—No llevaban uniformes, pero sí ropa resistente, y las armas eran nuevas y mostraban un buen mantenimiento —añadió Goran—. Nada raro o espectacular, pero era material para un combate en condiciones. Todo fabricado en el Bloque.

—Oí hablar a algunos de ellos —dijo Huckelbery en voz baja—. A mí me sonó a ruso.

—Yo también oí otro idioma —admitió Preben—. No sé lo que era, pero no era nuestro idioma, eso seguro.

—Entonces, ¿lo que tenemos son unos infiltrados del Bloque? —les preguntó Ratonazo—. ¿O son gente de aquí con entrenamiento de los especialistas e instructores del Bloque?

Su compañero estaba sentado un poco aparte, desnudo de cintura para arriba, y se estaba envolviendo el torso ennegrecido por los moratones con una venda elástica y unos cuantos parches analgésicos. Torcía la boca en una mueca de dolor cada pocas palabras.

—Hay espacio de sobra en este fruto® sitio para montar campos de entrenamiento sin que nadie los descubra —apuntó Masry—. Hay sitio de sobra para esconderse y recibir instrucción y practicar. Ya sabéis, campos de adoctrinamiento. Les prometes lo que ellos quieren. Mejores ayudas, más apoyo, hacer que los teman los grandes gobiernos, o alimentar sus expectativas de libertad religiosa o civil.

—¿Algunos de ellos estaba gordo? —preguntó de repente Falk.

Todos lo miraron.

—¿Cómo? —le preguntó Huck con extrañeza.

—Que si alguno de ellos estaba gordo —repitió Falk—. O viejo. ¿Estaban en forma o no?

—Son putos granjeros —afirmó Valdes—. Si haces esa clase de trabajo, no engordas, tío.

—No, pero envejeces. Y la verdad es que he visto a muchos conductores de

camiones o de cosechadoras gordos porque se pasan el día sentados. Muchos operarios de la estación meteorológica se quedan todo el día delante de una pantalla zampando barras de imitación de chocolate y CeroCal-Cola. Así que lo repito: ¿alguno era gordo o viejo?

Rash miró a Lintoff.

—No, no vimos a ninguno.

—Vimos gente joven, hombres, mujeres —dijo Falk—. Pero ni viejos ni gordos. Ya he visto milicias en otros asentamientos. Participa toda clase de gente. Barbudos raros, pirados gordos, viejos chiflados. Si se militariza una comunidad como ésta, reclutas a todo tipo de personas. Esta gente... —Se calló un momento y miró a Huck—. Estos terroristas están en forma, entrenados, y pertenecen al segmento de edad adecuado para un servicio militar. Tanto del D.M.O.A. como de cualquier otra agencia. Además, vi un lugar donde arrojaban cadáveres. Eran cuerpos de civiles. Unos cuantos. Ejecutados. Por lo visto, no eran necesarios.

—No nos habías dicho nada de eso, Bloom —le reprochó Ratonazo.

—Hemos estado bastante ocupados —le contestó Falk.

No quería ahondar en el tema. Lo cierto era que ese descubrimiento había quedado borrado en parte por el trauma y la tensión que había sufrido con todo lo que había ocurrido a continuación. Acababa de recordarlo, y no quería que los demás supiesen lo frágil que era su mente. Las voces de trasfondo estaban susurrando algo que Falk tenía la certeza que eran preguntas sobre su capacidad para actuar, y la cadera le volvía a doler otra vez. La cadera de Lex Falk, no la de Nestor Bloom. A Nestor Bloom lo que le molestaba era el palpar doloroso que tenía en mitad de la cara.

—¿Cuándo coño has visto la milicia de otros asentamientos, tío? —le preguntó Valdes.

Falk evitó contestarle.

—La mayor Selton ha comentado varias veces, y siempre de manera extraoficial, que quizá el Bloque estaba implicado en este asunto —dijo Huckelbery en voz baja—. Que ninguno de vosotros finja estar sorprendido. Todos sabemos que esa información forma parte del perfil de la misión. Por lo que se ve, era verdad.

—Creo que el Bloque tenía gente en esta comunidad —opinó Falk—. En otras comunidades también. Se infiltraron durante un largo periodo de tiempo, de un modo bien planeado, bien preparado. Cuando los avisaron, que probablemente fue cuando se dieron cuenta de que nos estábamos movilizándolo, activaron a los agentes durmientes para que prepararan el terreno para la llegada de la fuerza principal. Hicieron una limpieza general de la casa y eliminaron a todo aquel que se opuso o se interpuso. Quizá enviaron a escuadras de despliegue rápido para que los ayudaran en esas tareas. Veloces y efectivas, listas para recibirnos.

—Eso implica mucha planificación y preparación —comentó Rash.

—Así es —asintió Falk, mostrándose de acuerdo—. Y eso nos dice algo más.

—¿El qué? —quiso saber Rash.

—Sea lo que sea lo que está en juego, tiene que ser importante de cojones para que todo este tremendo esfuerzo merezca la pena.

Fred ya había salido. Falk vio el pequeño disco del color del sebo pasar por encima del techo de los gallineros. Había dejado de llover, pero el viento soplaba ahora con más fuerza y arrastraba pequeños jirones de nubes oscuras por delante de la luna.

Todo estaba tan tranquilo que Falk fue capaz de oír el susurro chirriante del parque eólico situado colina arriba y el fragor del océano que se extendía al otro lado y que intentaba acallar a los molinos.

Las voces aparecieron y desaparecieron haciéndole compañía. Se acostumbró a las palabras de sonidos antinaturales y bruscos, pero luego, de repente, se hartó de ellas. Se preguntó si se trataría de Bloom, que estaba herido y confuso, que no paraba de parlotear en el trasfondo de su mente. Durante el combate en los campos de cultivo, las habilidades y el entrenamiento de Bloom saltaron al primer plano y se hicieron con el control, como si fueran una costumbre, una memoria muscular, de forma espontánea. Habían estado allí todo el tiempo, bajo la superficie, a la espera de que apareciera la tremenda tensión provocada por un combate para proporcionar las condiciones de activación perfectas. La tensión y la adrenalina habían conseguido que la conflictiva relación entre su cuerpo y su mente pasara a dejarse llevar por el puro instinto.

Por suerte, esos instintos automáticos eran los de Bloom, no los de Falk.

Huckelbery había organizado una serie de turnos para vigilar el perímetro de la posición. Tuvo en cuenta la herida de Bloom, y por eso lo puso en la primera guardia para que así pudiera dormir luego en condiciones. Sin embargo, Falk no conseguía conciliar el sueño.

—Deberías descansar —le habló Huck de hombre a hombre, apartados de los demás.

—Estoy demasiado tenso —le contestó Falk—. Me lo voy a tomar con tranquilidad durante un rato, a ver si eso me lleva a poder pegar ojo.

Huck hizo un gesto de asentimiento.

—No me importa el disparo en la cabeza, pero no me servirás de nada si estás reventado de cansancio, ¿entendido?

Lo dijo en tono de broma, pero no bromeaba. Falk no quería explicarle que no quería dormirse porque no estaba seguro de que fuera a despertarse de nuevo.

Vagó por la casa de reuniones y las estancias adyacentes durante un rato.

Encendió una de las lámparas de mesa de la oficina de registro de tierras y estudió el proyector de la conexión del satélite bajo el chorro de luz amarilla. Tenía cierta esperanza de que funcionase mediante un sistema de comunicación completamente independiente, y que de ese modo pudiese ingeniar alguna manera de sortear las interferencias y mandar un mensaje. El sistema era independiente y estaba activado, pero no había señal alguna. El tiempo atmosférico o el enemigo habían conseguido anular por completo todos los sistemas de conexión, tanto los de radio como los digitales y los orbitales directos. Falk no creía que fuese cosa del tiempo.

Abrió uno de los archivadores de metal y sacó unos cuantos de los mapas de gran formato de la zona de Eyeburn. Quería hacerse una idea de las características geográficas del área que los rodeaba, y se le ocurrió que los encargados de las prospecciones y del desarrollo probablemente tendrían mapas más actualizados que los archivos que les habían entregado en Lasky. Estudió las perspectivas de toda la zona. Estaban a gran escala, y cubrían el área desde el océano hasta la caldera volcánica, todo el recorrido de la autovía, los límites de Antrim, Furlow Pits y Marblehead. Furlow Pits era otro pueblo, de un tamaño aproximadamente cuatro veces mayor que Eyeburn, situado en el cinturón geológico de la cadena montañosa y la caldera volcánica. Antrim era una ciudad propiamente dicha, un asentamiento industrial, el centro de una diana formada por multitud de complejos mineros. Se encontraba a unos mil kilómetros, en el extremo de la autovía. Para ellos estaba tan lejos como la luna.

En ese caso, Marblehead era una galaxia lejana, completamente al este. Ir a Marblehead en esa excursión había sido una de las pérdidas de tiempo más insultantes que Lex Falk tuvo que soportar jamás, además de que era un deprimente agujero lleno de mierda. Pensó que estaba más que dispuesto a matar a cambio de que lo llevaran de nuevo allí de inmediato.

Siguió estudiando otros mapas locales a gran escala en una pantalla. Se concentró en la distribución de la estación meteorológica, de Eyeburn Slope, del sistema de parcelas de cultivo, del depósito de combustible, del cruce y de la intersección de la autovía. Había una mina a cielo abierto al este, en la falda de las colinas, y otra, de menor tamaño, situada justo al norte de ella. También se veían granjas y viviendas aisladas situadas lejos de los asentamientos principales, mansiones privadas construidas en terrenos comprados y que formaban parte de una comunidad mayor.

Se puso las lentes. Le pareció sensato grabar todos los mapas para mayor seguridad. Una vez más, las funciones militares de la lente lo confundieron. Bloom no estaba cerca ni por asomo para mostrarle cómo utilizarlas. Falk tuvo que apañárselas solo, y lo único que tenía a su favor como guía era su familiaridad con las lentes de uso civil. ¿Cómo podía ser tan difícil elegir el modo de «instantánea»?

Las lentes habían pertenecido a otra persona. No había pensado en ello hasta ese

momento. Las encontró en el suelo del compartimento de transporte del panzudo, donde se habían quedado, o más probablemente, donde se habían caído. Pertenecieron a uno de los soldados del grupo Kilo o a uno de los tripulantes de la aeronave. Recordó que tuvo que eliminar toda clase de instantáneas almacenadas y residuos visuales cuando las utilizó por primera vez. Eran los recuerdos del anterior propietario.

Allí estaba de nuevo toda la mierda que había echado a un lado. Cuando por fin encontró el modo «instantánea», abrió las imágenes que se habían guardado. Había decenas: imágenes divertidas de compañeros del D.M.O.A. haciendo el payaso, riéndose, brindando, posando y poniendo caras de duro. Encontró el nombre del archivo. Usuario: «Smitts, Lemar.» Lemar Smitts era miembro de la escuadra Kilo Tres, y Kilo Tres estaba sin duda en el panzudo cuando Cicero lo hizo regresar a la estación meteorológica, porque Martinz también pertenecía a Kilo Tres.

Falk le echó otro vistazo a las instantáneas. Allí estaba Martinz, con una imitación de cerveza en la mano. También Valdes y Goran; Caudel, con aspecto duro y un lanzagranadas en las manos, Jay y Clodell. Vio a Ratonazo y a Preben soltando una carcajada bajo la luz del sol, unas risas que Falk todavía no había visto en su rostro. Vio a Stabler y a Bloom.

Su propia cara, sin ser su propia cara. Nestor Bloom y Karin Stabler en un bar de algún lugar, juntos y felices, poniendo caras para la cámara, con el brazo de Bloom sobre los hombros de Stabler, los dos vivos. Ver a Stabler le dolió. Hizo que se le encogiera el estómago.

Falk tragó saliva con dificultad y notó cómo se agitaba el dolor subterráneo de Bloom. Pasó a la siguiente imagen, y luego a la siguiente, y luego a la siguiente...

Junto a las instantáneas había un archivo de vídeo. Duraba cuarenta segundos. Falk lo puso en marcha.

Se veía el interior de la cabina del panzudo, con la imagen saturada de luz porque el ángulo de visión era muy bajo, directamente sobre el suelo del compartimento y mirando hacia arriba, hacia las ventanas y la compuerta abierta de uno de los lados, unos rectángulos cegadores que parecían sacados de pinturas de Rothko. Ni el más mínimo temblor. El usuario no se movía en absoluto, y tampoco el panzudo. La aeronave estaba posada en el suelo. Dos figuras entraron por el hueco de la compuerta abierta y se quedaron en cuclillas hablando entre ellas. Su postura daba una impresión más exacta de la posición del usuario. Para grabarlo así, Smitts tenía que haber estado tumbado de espaldas en el suelo del compartimento, con la cabeza inclinada hacia un lado.

El vídeo no era nada. Cuarenta segundos de una nada sobresaturada de luz, donde no ocurría nada, con un enfoque borroso y un ruido ambiental terrible. Las figuras en cuclillas, las siluetas, hablaban entre sí unos veinte segundos, luego se levantaban, se

volvían hacia la cámara y se acercaban a las lentes. Por último, se producía un movimiento rápido y confuso, y se acababa el vídeo.

Falk seleccionó «borrado» para eliminar el vídeo, pero algo se lo impidió. Había algo raro. Lo puso de nuevo. Esta vez detuvo la grabación cuando las figuras en cuclillas se ponían en pie y se volvían hacia la cámara. Durante uno o dos segundos bloqueaban el paso de la intensa luz que entraba por el hueco de la compuerta, eclipsándola, y de ese modo se convertían en algo más que siluetas. Una era más grande que la otra. La imagen seguía siendo borrosa, pero la nitidez había mejorado algo. Eran un hombre y una mujer, y ninguno de los dos llevaba uniforme del D.M.O.A.

Falk no reconoció al hombre, pero sí a la mujer. Era la joven que le había disparado a la cara.

El dolor regresó. Lo golpeó en el estómago con tanta fuerza que jadeó en voz alta y se dobló sobre sí mismo. Era miedo, la serpiente que se retorcía, pero también era dolor físico. Casi inmovilizado por una incomodidad imposible de expresar que le hacía sentir que estaba a punto de vomitar, se apartó de la pantalla con los puños apretados y la boca abierta de par en par, pero sin emitir un solo sonido. Derribó uno de los archivos de mapas, que cayó al suelo con estrépito. Fue incapaz de pedir ayuda.

Consiguió ponerse en pie, pero se quedó encorvado. Había un sofá pequeño en una esquina del despacho cubierto con un cubrecama raído. Se dirigió hacia allí arrastrando los pies y luego se dejó caer encima para rodar hasta quedar de espaldas. El calambre lo agarrotó de nuevo, y después disminuyó hasta que las rodillas se le relajaron y pudo extender las piernas.

En realidad, el dolor no estaba en el estómago. Se dio cuenta de aquello. Allí, tumbado en el sofá, de espaldas, casi paralizado, comprendió muy bien que el dolor, el verdadero dolor, se encontraba en su cabeza. Su cuerpo azotado por calambres y espasmos no era más que otro síntoma de la muerte del cerebro. Del cerebro físico de Bloom y de su propia mente superpuesta. Quizá por una hemorragia, quizá por una infección creciente, quizá por la retroalimentación del cóctel de mierda que suponía la combinación del trauma provocado por el disparo y la transferencia posicional remota.

Las voces a la inversa cuchichearon en las sombras que lo rodeaban, musitaron, se pelearon entre sí.

La puerta del despacho se abrió y entró un poco de luz. Huckelbery asomó la cabeza. Había oído el golpe del archivo al caer en el suelo. Falk fue incapaz de moverse. No pudo hablar ni levantar la cabeza. El sargento lo miró y supuso que Bloom por fin había conseguido dormirse. Una vez quedó satisfecho, salió y cerró la puerta con suavidad.

El dolor y el calambre paralizante fueron desapareciendo a lo largo del transcurso de una hora, durante la cual Falk dormitó brevemente. Se incorporó y se sentó cuando se dio cuenta de que por fin podía hacerlo. Se notó sediento, y le llegó el olor a café o a chocolate caliente que alguien estaba preparando cerca de aquel despacho.

Puso de nuevo el vídeo en las lentes, lo pasó a cámara lenta, lo volvió a pasar, acercó el foco, lo aumentó, volvió a pasarlo. Quedó convencido de que Smitts estaba muerto o moribundo cuando grabó el vídeo. Estaba tendido en el suelo del compartimento del panzudo, al lado de la compuerta. Probablemente, le habrían disparado. Las lentes habían comenzado a grabar de un modo accidental, o quizá Smitts había intentado grabar algo de un modo subrepticio mientras se hacía pasar por muerto.

Incluso con la imagen ampliada no había mucho que ver o que oír. El hombre y la mujer entraban y se ponían en cuclillas. Hablaban entre ellos. Era difícil determinar lo que decían debido al ruido de fondo. Unas cuantas palabras, pero eran en otro idioma. La chica era sin duda la que había disparado contra Bloom. Falk puso una y otra vez el momento en el que se ponía de pie y miraba a contraluz. Vio la herida cosida a lo largo del cuero cabelludo, la sangre seca. Si alguien le hubiera dicho que era del Bloque Central, no se habría sentido sorprendido. Había algo en los rasgos de su rostro, en su cabello, en su actitud. Era pequeña pero fuerte, llena de energía, impávida. El hombre era grande, de cabello oscuro, y su rostro no se veía con claridad en ningún fotograma total o parcial. Por su físico, era un militar. Había una cierta densidad en él, una fuerza intrínseca.

Escuchó la conversación cuatro o cinco veces. Ella le decía algo. Falk se esforzó por captar, por entender las palabras, intentó sacarlas de la sopa de siseos y murmullos que normalmente era una grabación al aire libre. ¿Qué decía?

Lo que ocurría al final de la grabación quedó más claro tras repetirlo unas cuantas veces. Se levantaban y se acercaban al darse cuenta de que Smitts estaba vivo y estaba observándolos. Los últimos segundos confusos de la grabación eran el movimiento y las sacudidas cuando agarraron a Smitts para sacarlo del panzudo. Aquello le arrancó las gafas. Fin de la grabación. Así era como debían de haber acabado las lentes en el suelo del compartimento.

¿Qué era lo que decían? Falk casi era capaz de leerles los labios aunque no hablaran en su idioma.

Se puso en pie y se dirigió en busca del origen del olor a café. Al salir del despacho se encontró con Preben y con Rash en el pasillo. Estaban hablando con Masry.

Preben se volvió hacia él.

—Creemos que tenemos un buen plan —le dijo.

—No vamos a salir de aquí —dijo Masry.

—Nadie va a salir de aquí —le replicó Huckelbery.

El sargento estaba comiendo con un tenedor de plástico los brotes de soja de una lata autocalentable.

Él también estaba de pie. Los soldados comían muchas veces de pie.

—No es eso lo que quiero decir —le contestó el oficial especialista—. Cuando amanezca, habrá pasado todo un día desde que nos insertaron en esta zona. ¿Cuánto tardará el alto mando de la Oficina de Asentamiento en considerar que tardamos demasiado en comunicarnos? ¿Cuánto antes de que se den cuenta de que estamos metidos en un fruto® problema?

Huckelbery se encogió de hombros. Masry miró a su alrededor en la estancia, a los rostros de los demás soldados. Falk no dijo nada. En el aire flotaba el frío de una larga noche en la sala de comunicaciones, la humedad previa al amanecer acompañada por un leve olor a repeleinsectos. Algunos *blurds* de pequeño tamaño habían conseguido entrar y volaban con torpeza alrededor de las luces.

—¿Otro día? ¿Otros dos? —insistió Masry—. ¿Una semana? ¿Y luego qué harán? ¿Enviar más escuadras para averiguar lo que les pasó a las primeras? Lo dudo mucho.

Valdes torció el gesto en una mueca de desprecio.

—La Oficina de Asentamiento no nos dejará colgados, tío. De ninguna manera. —Estaba apoyado contra las barras de la pared, con los brazos cruzados—. Sacarán una imagen orbital con todo lujo de detalles de la zona, le echarán un buen vistazo, y luego montarán un asalto de represalia contra estos cabrones. Les van a enseñar a pelear de verdad. Sin tonterías.

Goran y Clodell asintieron. Rash se mantuvo impasible. Los demás miembros de la escuadra Hotel Cuatro estaban fuera montando guardia, pero Falk no tenía duda de que si estuvieran allí, procurarían mantener la misma expresión que su jefe de escuadra. Hotel Cuatro era un grupo muy unido. No estaba claro si se debía a la confianza y a la cohesión, o a una penosa falta de imaginación individual. Era evidente que Rash era un jefe de escuadra muy exigente.

—Supongamos que tienes razón —le contestó Masry a Valdes—. ¿Cuánto tardarán en organizar todo eso? ¿Tres, cuatro días? No duraremos tanto. Tenemos que salir de aquí, y no lo conseguiremos a pie.

—Entonces, ¿qué? —le preguntó Huckelbery. Se limpió la salsa de los labios con la lengua e hizo girar el tenedor con gesto ausente describiendo el movimiento de un rotor—. ¿Regresamos volando?

—Mi panzudo está reventado, y no sabemos qué le ocurrió al *Juliet* —declaró Masry—. Pero Kilo está justo ahí, colina arriba.

—En la estación meteorológica —confirmó Preben.

—Pero ha sufrido varios impactos —intervino Falk—. Ratón y yo estábamos allí cuando lo acribillaron. Con disparos láser.

Masry asintió.

—Sí, estará abollado, pero no está acabado.

—Nes, ya le he contado a Masry los daños que sufrió —le explicó Ratonazo—. Los agujeros en el fuselaje y en la cabina. Lo peor es lo del tren de aterrizaje.

Ratonazo tenía unas grandes ojeras oscuras, unas marcas dejadas por el dolor tan evidentes como las dejadas por una taza de café en una mesa. Estaba claro que el daño que le habían provocado los impactos en el pecho lo estaban dejando sin energías. Falk vio que los moratones se habían extendido por la clavícula y la garganta, más allá de los límites de las vendas elásticas y los parches analgésicos.

—A los panzudos los construyen para que resistan —declaró Masry.

—Ha sufrido varios impactos —repitió Falk.

—Son resistentes —insistió Masry—. Es bastante razonable suponer que el pájaro de la escuadra Kilo puede volar y llevarnos a casa. Sería mucho rápido que a pie. Más que cualquier vehículo terrestre que podamos conseguir.

—Y tú lo pilotarías, ¿no? —quiso saber Falk.

—Vale, vale, no soy piloto —admitió Masry—. Pero llevo a bordo de los panzudos seis años. Sé cómo funcionan. Y todos los oficiales especialistas reciben formación sobre control de sistemas en casos de emergencias. Por si se tienen que sentar en el puesto del copiloto. Creo que esta situación se podría calificar de emergencia, ¿no?

—Supongo —admitió a su vez Falk.

—De modo que, sí, puedo pilotarlo. Puede que no sea el vuelo más suave y agradable de vuestras vidas, pero puedo hacerlo. ¿Os vale?

Falk apartó la mirada. Las ventanas de la casa de reuniones estaban tomando un color levemente pálido. Amanecería en menos de una hora. Iban a tomar aquella decisión de forma precipitada. No había tiempo para pensársela.

—Tenemos que hacerlo. Tenemos que intentarlo —declaró Preben.

—Cállate —le ordenó Falk.

—¿De qué tienes miedo? —le espetó Masry a Falk—. ¿Cuál es el fruto® problema?

—Tú —le contestó Falk, quien notó durante un momento un leve agarrotamiento—. Te agarras a un clavo ardiendo, Masry. Eso no es bueno para tomar las decisiones adecuadas.

—¿Qué? ¿Es que no quieres salir de aquí?

Hasta aquel momento, Falk había estado apoyado sobre un montón de sillas apiladas. Se irguió, se puso delante de Masry y le señaló el agujero negro que tenía en

mitad de la cara amoratada.

—¿Qué te supones que es esto, Masry? ¿Crees que necesito ayuda médica urgente? ¿Crees que quiero salir de aquí zumbando, o no?

Masry le sostuvo la mirada durante un segundo, y luego apartó los ojos con expresión de incomodidad.

—Quiero salir de aquí —siguió diciendo Falk—. Lo que no quiero es montar un ataque de mierda contra una posición que sabemos que está bajo control enemigo por si acaso conseguimos la oportunidad de que nos presten un puto Boreal.

—¿Qué es lo que sugieres que hagamos entonces, Bloom? —le preguntó Rash.

—No lo sé. No sé qué sugerir. ¿Mantenemos ocultos sin meternos en problemas? No tengo ni idea. Estaré encantado de escuchar cualquier alternativa viable. Lo que sí sé es que no me apetece lanzarme de cabeza a un combate sólo porque Masry esté convencido de que puede sacarnos mágicamente de aquí.

—Vale —terció Huckelbery en voz baja y lenta, concentrado en sus pensamientos. Dejó la lata en la mesa con el tenedor metido dentro—. Tenemos que ser sensatos. Tenemos que ser inteligentes. No somos suficientes como para llegar por las bravas y hacerles «raaaash» sin más en toda la cara. Sin querer ofenderte, Rash.

Estaba claro que a Rash le habían hecho muchas bromas de ese tipo demasiadas veces.

Falk se quedó esperando y se frotó los ojos. Miró a Ratonazo, y vio que éste tenía clavada la mirada en él. Vio el miedo enterrado en la cara de su compañero, la tensión que le provocaba el simple hecho de estar de pie. El soldado de primera clase Waylon Wakes «Ratonazo» Mauskin contaba con Nestor Bloom. Contaba con que su jefe de escuadra lo sacaría de aquella mierda y lo llevaría a casa sano y salvo. Ratonazo no iba a pedirselo. No era su estilo. No iba a decirlo en voz alta. Pero podía albergar la esperanza de que así ocurriera. Podía desear que ocurriera. Lo necesitaba.

—A la mierda —soltó Falk en voz baja. Se acercó cojeando a Huckelbery—. Mira, quizá funcione si lo hacemos realmente bien. Si mantenemos todas nuestras opciones abiertas. Si avanzamos con cuidado, echamos un vistazo y evaluamos la situación. Si disponemos de una posición a la que retirarnos si todo se va a la mierda. Podemos hacerlo así. Largarnos cagando leches si no es viable, escondernos. Nada de heroicidades.

—Nada de heroicidades —repitió Huckelbery.

—Nos marchamos si hay algo, y me refiero a cualquier cosa, que nos parezca rara. Lo más mínimo. Nada de estupideces. Nada de avanzar a la carga sin importar lo que haya delante.

Huckelbery se quedó mirando la punta de las botas durante unos momentos. Luego levantó la vista.

—¿Goran? ¿Rash?

—Yo estoy con Bloom —respondió Goran.

—Nada de heroicidades —repitió Rash—. Retrocedemos en el momento que parezca que hay peligro.

—Bien. Muy bien —declaró Huckelbery. Se miró el reloj—. Listos y preparados. Quince minutos. Quiero subir esa colina mientras todavía haya algo de oscuridad. Yo iré en cabeza con Tres para explorar y tomar la decisión, sí o no. Rash, tú y los tuyos estaréis de apoyo. Ve a decírselo. Bloom, tú y Preben escoltareis a Ratón y a Masry. Me gustaría echarle un vistazo a un mapa de la zona. ¿Podemos conseguir uno?

—Sí, lo sacaré del registro —le contestó Falk.

—Quince minutos —insistió Huckelbery, y todo el mundo se puso en marcha.

Falk volvió al despacho. Las voces apagadas le hablaban desde las sombras. Encontró el mejor mapa detallado de la zona, tomó una instantánea con las lentes y luego lo arrancó del archivador. Ya que estaba, tomó algunas instantáneas de otros mapas de zona.

Ratonazo entró en el despacho.

—Gracias —le dijo.

Falk le entregó el mapa.

—Dale esto a Huck.

Ratonazo asintió, lo tomó y salió lentamente.

Falk volvió a poner el vídeo grabado en las lentes. Las figuras acuclilladas y recortadas contra la luz murmurando algo antes de levantarse y acercarse. Fin.

Movió un poco el balance de sonido y lo pasó por una opción moduladora que encontró en el menú de audio. Oyó unas palabras, o partes de palabras. La voz de la chica se oía con mayor claridad que la del hombre. Falk escuchó con atención los breves sonidos tres o cuatro veces. Ella hablaba ruso, así que, aunque captó algunas de las palabras, aquello seguía sin servir para nada. Para nada. Con un teléfono conectado lo habría traducido en menos de un segundo.

Había una palabra que destacaba entre las demás. Destacaba porque no era una palabra rusa, o al menos no sonaba como una palabra rusa. La dijo dos veces, y muy seguidas. Sonaba como si dijera algo parecido a «calico» o a «heligo». Algo así. ¿Qué querría decir?

El calambre lo atacó por sorpresa de nuevo y lo hizo gruñir de dolor. Tuvo que agarrarse al borde de la pantalla para no caerse. La serpiente de sus entrañas, la serpiente del miedo, se mordió su propia cola y se retorció, moviéndose por su interior sobre sus escamas secas y haciéndolo dirigirse hacia la muerte.

Esperó hasta que el dolor se le pasó de nuevo, a que la serpiente se alejara. Se irguió poco a poco y respiró profundamente. Abrió los dedos. La presión y el sudor habían hecho que se pegaran a la pantalla. Cuando por fin los separó, vio que se había

agarrado con tanta fuerza que había provocado la aparición de una grieta en la superficie, una fractura que parecía la radiografía de algo ominoso.

Falk se abrochó la chaqueta, se colocó mejor la placa pectoral y empuñó el Koba. Estarían esperándolo.

Se reunieron en el patio exterior, bajo el tejado de plástico. Todo seguía oscuro, pero ya había una mancha de color perlado en una esquina del horizonte, por donde debía salir el sol. La lluvia repiqueteaba contra el tejado y agitaba la superficie de los charcos del patio. La colina y la estación de la cima eran negro sobre negro.

Huckelbery todavía estaba estudiando el mapa que le había conseguido Falk. Hizo que todo el mundo se agrupara bajo una farola y les mostró la ruta que quería seguir, el despliegue que tenía pensado y el ángulo y el punto de entrada en la cima de la colina. Hizo que Ratonazo y Falk le confirmaran la localización del panzudo. Todo el mundo tomó con las lentes instantáneas del mapa y de los indicadores de Huckelbery. El sargento terminó la reunión indicando las opciones de retirada por orden de preferencia.

Lo tenían todo con ellos, todo lo que podían llevar. Comprobaron las placas pectorales de los compañeros, la parte anterior y posterior, y prepararon las armas.

—Tengamos un momento —indicó el sargento.

Todos inclinaron la cabeza. Algunos se pusieron la mano sobre el corazón, otros sobre los broches identificativos. Falk oyó el zumbido de varios servobrazos.

—Dios de mi fe personal —empezó a decir Huck. Si alguien repitió sus palabras, lo hizo en silencio—. Protégeme esta mañana y a lo largo de toda esta situación peligrosa, y protege también a mis compañeros de este grupo, aunque sean unos cabrones paganos que crean en otro Dios que no eres tú. Ayúdame a mantener el valor y el honor y a defender la gran institución que es la Oficina de Asentamiento y la Constitución de los Estados Unidos. Amén.

—Amén.

Todos levantaron la cabeza.

—Muy bien. No quiero a nadie con demasiadas pelotas. Si digo que nos retiramos, nos retiramos. ¿Entendido?

Todos murmuraron que estaban de acuerdo.

—Pues entonces, vamos a sacar adelante este plan de mierda, ¿vale?

Entrechocaron los puños y las palmas de las manos y luego se adentraron en la lluvia, hacia el último suspiro del viento nocturno, a través del patio en dirección a la oscuridad.

Las luces automáticas de Eyeburn Slope quedaron a sus espaldas. Delante de ellos, en la oscuridad, el parque eólico murmuraba su constante sonido sibilante y amenazador, como un aplauso lento de desaprobación.

Fue difícil. A los pocos minutos, Falk ya estaba empapado y con frío, calado hasta los huesos. Se le entumeció la cara, y también los dedos, y no hacía más que resbalar y torcerse los tobillos en aquel terreno a ciegas. Preben y él se mantuvieron cerca de Ratonazo y de Masry. Las otras dos escuadras estaban por delante de ellos.

La ladera se hizo más empinada. Falk comenzó a sudar, y esa humedad tibia contrastó con la frialdad de la piel, helada por el viento a pesar del aislamiento que le ofrecía su ropa. El sonido del viento y el cada vez mayor bordoneo de las turbinas le llenaron los oídos con un retumbar apagado, semejante al del mar al llegar a la playa, como el sonido de ambiente de una grabación de poca calidad.

«¿Calico? ¿Heligo? ¿Helical?»

El Koba le pesaba cada vez más y más. Ajustó la cincha, pero tenía las manos frías. Subió por el sendero ante la posibilidad que el calambre volviera y se apoderara de nuevo de él.

Para cuando llegaron al primer marcador establecido, ya había una claridad alarmante. Falk sabía que se debía sobre todo a que sus ojos se habían acostumbrado a la escasa luz, pero el cielo se estaba volviendo cada vez más pálido. Ya se podía comprobar la textura de la zona, la distancia gris que los separaba del mar, las siluetas de las cabezas de las turbinas, cuyas hélices no dejaban de girar. Al mirar hacia el valle que tenían atrás, Eyeburn Slope y los campos llenos de complejos hortícolas parecían sobreiluminados de un modo ridículo.

Delante de ellos, sobre la cima empinada de la colina, se encontraba la estación meteorológica. Avanzaron hacia el siguiente marcador, un edificio desmontable oxidado que estaba junto a dos cobertizos reutilizables. Falk olió el papel alquitranado y el metal frío. Los matojos que crecían en los canalones de los cobertizos se agitaban bajo el viento.

Ese era el punto en el que se dividían. Huck avanzaría con Tres para explorar, mientras que Hotel Cuatro se desplegaría hacia un lado para cubrirlos. Falk, Preben y Ratonazo se quedarían atrás con Masry.

—Tengo que comprobar el panzudo —dijo el oficial.

—Lo harás —le aseguró Huck.

—Tengo que hacerlo.

—Tenemos un plan. Sigue el puto plan —le advirtió el sargento—. Quédate aquí hasta que te digamos que puedes avanzar. —Miró a Falk y se dio unas palmaditas en el broche—. No dejes de leernos.

Falk asintió.

Kilo Tres salió de su posición a cubierto y subió por la colina, con la cabeza agachada, convertidos en sombras entre los matojos y matorrales negros. Hotel Cuatro se desplegó hacia la derecha apartándose un poco por la colina. Falk se ajustó

las lentes y siguió los códigos de aura en la oscuridad. Cuatro hacia un lado, cuatro hacia otro. Se podían enviar mensajes a través del actualizador médico.

—¿Dónde está el pájaro? —quiso saber Masry.

Falk señaló con la mano.

—Por ahí, al otro lado de esos cobertizos, en el patio central. Está muy a la vista.

Masry sólo iba armado con una ADP. El oficial había sugerido que le entregaran el lanzagranadas o el PAP 20 recuperado de Ratonazo con la poca munición que le quedaba, porque el propio Ratonazo no se encontraba lo suficientemente bien como para utilizarlos, pero ya le habían dicho «no» en varias ocasiones. Preben tenía su M3A pegado a la cara mientras seguía los códigos de Huck y del resto de Tres mediante el seleccionador de objetivos. Falk miró a Ratonazo, quien había apoyado el peso del cuerpo contra una de las paredes del edificio prefabricado para no tener que soportarlo él. Bajo aquella luz parecía un muñeco de nieve.

—¿Estás bien? —le preguntó Falk.

—Estoy bien, Nestor —lo tranquilizó—. Estoy de fábula.

Falk le sonrió.

La espera se hizo insoportable. Masry era incapaz de estarse quieto. La franja pálida de cielo se extendió por el horizonte, y los bordes de las nubes bajas comenzaron a teñirse de plata, igual que un objeto de metal al que le hubieran raspado la pintura. La luz del día no tardaría en dejarlos al descubierto.

—Ya está. Vamos —les dijo Preben.

Falk echó un rápido vistazo y leyó el panel médico de alerta de Huck.

«Adelante.»

Empezaron a avanzar. Rodearon el edificio y subieron por la ladera cubierta de hierba. Empezaron a caer gruesas gotas de lluvia, frías y pesadas. Ratonazo avanzaba con lentitud, y Falk se mantuvo a su lado para apoyarlo. La impaciencia de Masry lo hizo adelantarse al grupo.

—¡No tan rápido! —le siseó Falk.

Masry no le respondió. Preben le lanzó una rápida mirada a Falk, y luego procuró mantenerse a la altura de Masry y tenerlo controlado.

—Lo siento. Os estoy haciendo avanzar con lentitud —se disculpó Ratonazo.

—Cierra el pico —le respondió Falk.

Sabía que la serpiente no estaba muy lejos. Sabía que sólo estaba esperando el momento adecuado para rodearle las entrañas con la cola y provocarle otro calambre. Se tragó la saliva que se le estaba acumulando en la boca y notó la sangre. Tenía un sabor agrio, metálico. La saliva de una persona no debería tener ese sabor. No la de una persona saludable.

Oyó sisear a Preben.

—Joder, Masry.

El oficial casi había echado a correr.

Falk y Ratonazo los siguieron. La estación quedó a su derecha, un puñado de siluetas oblongas recortadas contra el cielo iluminadas desde el interior. *Pika-don* se encontraba a su izquierda, inclinado levemente sobre el lodo pegajoso de la explanada como si fuera un pájaro dormido con la cabeza metida debajo de un ala. Era poco más que una forma negra, la silueta de una escultura de bordes precisos y angulosos dibujada contra el cielo gris pizarra que se extendía detrás. El cielo ya tenía un matiz lo bastante pálido como para reflejarse en los charcos de la explanada, convertidos en losas líquidas de color blanco brillante.

Huck y Tres tenían la explanada cubierta con todo su equipo preparado. Dos armas láser y dos PAP El panel médico de Valdes informó con faltas de ortografía sobre el sonido de voces y los olores de cocina que llegaban de los edificios principales. La escuadra de Rash no estaba a la vista, pero sí cerca.

Masry ya había echado a correr directamente hacia el panzudo. Preben iba con él. Ratonazo y Falk los seguían de cerca. El grupo de Huck mantuvo las posiciones vigilando todos los ángulos posibles, atentos a cualquier movimiento o señal de alarma.

Masry empezó a dar vueltas alrededor de *Boreal* para comprobar el estado en el que se encontraba. Se agachó para intentar determinar cuántos daños había sufrido en el tren de aterrizaje. Luego probó con un ángulo diferente y se arrodilló en el barro para meter la cabeza y los hombros bajo el morro. Preben se mantuvo cerca, atento.

—Aquí —le dijo Falk a Masry cuando éste reapareció—. Aquí y aquí.

Le mostró dónde había recibido los otros disparos, los impactos en el fuselaje, los que lo habían atravesado por completo, el rayo que había abierto aquel feo agujero en el cristal de la cabina de mando. La burbuja se había enfriado y endurecido.

—Está bien. Está bien —dijo Masry—. No hay nada estructural. El fuselaje se mantendrá de una pieza, eso es lo bueno. El tren de aterrizaje está destrozado, y eso no es bueno, pero puedo compensarlo en el despegue, y en el aterrizaje sólo nos daremos un porrazo.

—¿Estás seguro?

—Sí, sí.

—¿Masry?

—Está bien. Está de una pieza.

—Vale.

—Tengo que entrar para empezar a prepararlo.

—¿Cuánto tardarás? —quiso saber Falk.

—Cinco minutos.

—Masry, ¿podrías hacerlo en menos?

—Quizá.

—Masry, escúchame. Escúchame. —Obligó al especialista a mirarlo—. Comienza a prepararlo. No pongas nada en marcha sin avisarnos, ¿entendido? ¿Entendido? —repitió.

—Entendido, Bloom. Jesús...

—Masry, si este cacharro va hacer algún ruido, si vas a ponerlo en marcha o a activar los motores, avísanos. Eso les va a hacer salir corriendo, y tenemos que estar preparados.

—Vale.

Masry abrió la puerta lateral y subió para sentarse en el puesto del piloto. Comenzó a comprobar el panel de instrumentos.

—Sube a bordo —le ordenó a Ratonazo.

—¿Qué?

—Sube a bordo —le repitió Falk—. Ahora.

Ratonazo hizo un gesto de asentimiento y comenzó a subir al compartimento de carga. Preben vio que le estaba costando, así que lo ayudó.

Falk esperó. Estaba a punto de amanecer. Antes de que eso ocurriera, la serpiente lo mordió.

El calambre volvió, en la garganta, en la parte posterior del cuello, además de en el estómago. Falk se esforzó por no hacer ruido, un gruñido sordo, pero se cayó de todos modos, se desplomó de rodillas al lado de la compuerta corredera del panzudo. Oyó que Ratonazo lo llamaba, oyó cómo Preben se le acercaba, oyó a Huck.

Oyó la lluvia. Oyó el latido rítmico de las turbinas eólicas. Se oyó a sí mismo jadear, el palpitar de la sangre.

—¡Subidlo, subidlo! —ordenó Huck.

Unas manos intentaron levantarlo, estirar los tendones que unían el dolor a sus huesos.

—¿Qué le ha pasado?

Ése era Preben.

—¡Tú súbelo!

Locura. Un dolor retorcido que siseaba como una tetera, como una serpiente que subía rugiente desde sus entrañas, por la espina dorsal, hasta llegar a su cerebro. Demasiado dolor como para convivir con él.

—¿Qué le pasa a Nes, tío?

Ése era Valdes, que ya estaba detrás de él.

—¡Sigue vigilando! —le ordenó Huck.

—¿Se muere, tío?

«Sí, me muero», pensó Falk. Tanto dolor sólo podía significar que se moría. Era el dolor de la serpiente, el calambre del odio, que aparecía cuando te había llegado la hora.

—¡Sigue vigilando la estación! —le gritó Huck—. Preben, ayúdame a meter a Bloom dentro.

Unas manos lo alzaron. Vio la ranura de la compuerta muy de cerca, las gotas de lluvia centelleantes como diamantes, el metal desgastado del suelo. Luego vio a Ratonazo, que estaba rígido por su propio dolor y que lo miraba con ojos asustados.

Alguien empezó a chillar. Fue una queja gutural y profunda que creció hasta convertirse en un aullido, en un chillido agudo.

No era «alguien». Eran los motores. Masry había puesto en marcha los motores del panzudo. Los tubos de compresión rugieron. Los chorros de barro crearon un halo alrededor de la aeronave.

Falk estaba tendido de costado, encogido como un feto, en el suelo del compartimento de carga. Preben se esforzaba por tirar de él para meterlo un poco más. Masry había encendido los motores. Sin previo aviso. Sin cuenta atrás. Sin advertirlo. El fuselaje se estremecía. Falk oyó varios gritos por encima del rugido de los motores. Intentó ver. Puso una mano en el reborde de la compuerta e intentó mirar hacia el exterior.

De la estación habían salido individuos armados. Individuos armados, insurgentes, terroristas. Falk no sabía lo que eran, cómo querían que los llamaran. El dolor hizo que no le importase en absoluto. Apenas le importaban los soldados del D.M.O.A. que estaban fuera, los soldados cuyo destino compartía. La única emoción que poseía la intensidad suficiente como para atravesar su escudo de dolor era el odio que sentía hacia Masry, hacia el pánico egoísta e insensato de Masry.

Los individuos armados llevaban su ropa oscura de abrigo, parecida a la de los excursionistas o a las de los encargados de los complejos hortícolas, la misma que la gente que ya había intentado matarlo. Empuñaban Kobas y armas de la Oficina de Asentamiento de las que se habían apropiado. Salieron de la parte delantera y el lateral de la estación, corriendo agachados, con las armas bien empuñadas y disparando ráfagas cortas. Eran profesionales. Aunque Falk estuviera jugando a ser un soldado, era capaz de reconocer a unos soldados de verdad. Era el modo en el que se movían, utilizaban las coberturas, se apoyaban los unos a los otros, disparaban sus armas.

Goran, Valdes y Clodell respondieron a los disparos enemigos mientras retrocedían con rapidez hacia el aullante transporte. Huck disparaba desde la compuerta. Preben había dejado de intentar meter un poco más a Falk en el interior y estaba apuntando con su M3A. No se veía señal alguna de Hotel Cuatro.

Falk quiso quitarse de encima el dolor, quiso erguirse y sumar su Koba a los disparos de sus compañeros. El calambre no se lo permitió. No había acabado de someterlo. La serpiente lo aprisionó más todavía, lo mantuvo inmovilizado y hecho un ovillo. Lo único que podía hacer era mantenerse agarrado con una mano al borde

de la compuerta y emitir sonidos a través de los dientes apretados.

—¡Masry, cabrón! ¡Cabrón! ¡Cabrón! —balbuceó.

Masry dijo algo desde la parte delantera. Falk no lo oyó por encima del tronar de los rotores. *Pika-don* se movió un poco, como si estuviera a punto de despegar, como un gran animal que se removiera en sueños.

—¡Eh! ¡Eh! —gritó Preben.

Varios proyectiles rebotaron contra el fuselaje. Huckelbery comenzó a alejarse del cóptero sin dejar de disparar y de gritar.

—¿Dónde cojones va, tío? —preguntó Valdes.

—¡Jefe! —chilló Goran—. ¡Quédese aquí! ¡Quédese al lado del pájaro!

Huckelbery intentaba llevar a cabo una maniobra de distracción. Llamó a gritos a Rash y a Hotel Cuatro. Les gritó que se acercaran, que se dirigieran al panzudo a punto de despegar. Quizá se habían visto atrapados e inmovilizados en un fuego cruzado en un lateral de la estación. Quizá lo que Huckelbery intentaba era abrirles un hueco por el que escapar.

Pika-don se estremeció de nuevo.

—¡Masry, cabrón! —jadeó Falk—. ¡Tienes que esperar! ¡Tienes que esperar!

Fue demasiado tarde para Clodell. Varios impactos de proyectiles lo derribaron a pesar de rebotar en su placa pectoral. Se desplomó en el barro, vivo pero sin aliento, dolido, magullado. Falk oyó como otro proyectil impactaba contra uno de los paneles de la placa pectoral de Clodell, como, de hecho, lo partía. Clodell empezó a ponerse en pie. Un rayo láser le reventó la cabeza. Se la quemó, se la vaporizó. Se oyó un estampido, se vio una voluta de humo y una pequeña lluvia de restos ennegrecidos acompañada de un intenso olor a hueso quemado, y el cuerpo de Clodell se desplomó sobre un charco con un muñón humeante saliendo de la parte superior de la placa pectoral. Era poco más que una protuberancia desigual y humeante, que parecía un trozo de carne de barbacoa mal cortado, un trozo de carne y una parte de mandíbula todavía con algunos dientes que sobresalían.

Valdes y Goran enloquecieron y acribillaron la estación. Falk no llegó a ver si le acertaron a alguien. El panzudo se sacudió una tercera vez, y en esta ocasión sí que se elevó una pizca.

—¡No te atrevas, Masry! —logró gritar Falk. Había conseguido vencer lo suficiente a la serpiente como para incorporarse un poco. Le gritó a Masry por encima de los respaldos de los asientos—. ¡Quédate en el suelo!

—¡Tenemos que irnos!

—¡Quédate en el puto suelo, Masry! ¡No estamos todos!

—¡Tenemos que irnos, fruto® pirado! —le respondió a gritos Masry—. ¡Nos matarán si nos quedamos! ¡Se nos echan encima! ¡Se nos echan encima!

—¡Quédate en el puto suelo hasta que Huckelbery traiga a Hotel Cuatro!

—¡Eso es una fruta® locura! —chilló Masry—. ¡No pienso quedarme aquí!

El *Boreal* se elevó un poco con los motores aullando, y luego cayó de nuevo en el barro. La sacudida derribó a todo el mundo. Valdes ya casi estaba dentro, pero volvió a caer fuera, de espaldas contra el suelo. Se puso en pie resbalando en el barro e intentó subir de nuevo.

—¡Jefe! ¡Jefe! ¡Vámonos! —gritó Preben desde la compuerta lateral.

Huck se dio la vuelta, vio lo que estaba ocurriendo, vio que no quedaba tiempo, y empezó a volver a la carrera. Goran se arrodilló sobre una pierna para proporcionarle fuego de cobertura.

Rash apareció. Primero Rash, y luego los demás miembros de su escuadra. Salieron de entre los matorrales del otro lado de la explanada, detrás de un cobertizo prefabricado, sin dejar de disparar mientras corrían. La urgencia de la situación los había obligado a salir de su posición a cubierto y a arriesgarse a una carrera en mitad de la explanada. Era eso o ser abandonados allí.

Barnard sólo consiguió dar un par de pasos. Se dobló de lado en mitad de una nubecilla de sangre y luego se desplomó para rodar por el suelo. Un rayo láser le cortó la pierna a Lintoff, quien se cayó antes de darse cuenta de cuál era el motivo por el que ya no podía correr, o ni siquiera mantenerse en pie. Estmunsen se detuvo casi en seco y se dio media vuelta para regresar en ayuda de Lintoff. Rash también volvió gritando el nombre de Lintoff. Estmunsen metió las muñecas debajo de las axilas de Lintoff y empezó a arrastrarlo mientras su compañero herido no dejaba de chillar de un modo inhumano. Se oyó otro estampido y un segundo rayo láser los atravesó a ambos, a los dos a la altura del torso, unos agujeros limpios que dejaron un túnel cauterizado del tamaño de una portilla de observación. Cayeron al mismo tiempo, Lintoff silenciado de forma repentina y misericordiosa. Se estrellaron contra el suelo levantando grandes salpicaduras de agua de lluvia.

La cola del panzudo se elevó. Los rotores rugieron. Huck agarró al vociferante Rash y lo arrastró hacia el cóptero. Los proyectiles sólidos y algunos rayos láser acribillaron el suelo alrededor de ambos levantando columnas de barro o de vapor.

Rash se resistía a Huck, y también se resistió a Goran cuando éste acudió en ayuda del sargento. Intentó librarse de ellos para quedarse en la explanada, junto a los cadáveres mutilados de sus compañeros de escuadra.

—¡Déjalo, joder! ¡Déjalo, tío! —le gritó Valdes desde la compuerta.

Al igual que un policía que inmovilizara a un detenido violento, Huckelbery agarró a Rash con una presa en el brazo, le dio media vuelta y lo empujó hacia la compuerta. Preben y Valdes lo agarraron mientras Goran y Huck lo empujaban por detrás. Rash tenía la cabeza echada hacia atrás, con los ojos cerrados con fuerza y la boca abierta de par en par mientras le chillaba al cielo. Preben y Valdes lo subieron de un tirón y casi lo tiraron al suelo para luego ayudar a Goran. Huck estaba justo detrás,

con un pie ya en el estribo.

Masry hizo ascender al cóptero. Lo hizo de nuevo sin avisar a nadie. Tan sólo un ascenso brusco y repentino, con un exceso de aceleración, sin habilidad ninguna, increíblemente inepto. *Pika-don* se elevó unos ocho o diez metros del suelo con un aullido de protesta de las turbinas. Al mismo tiempo, se inclinó hacia un lado de forma angustiosa y violenta.

La inesperada combinación de ascenso brusco e inclinación violenta los pilló a todos por sorpresa. Rash rodó sobre sí mismo y se estrelló contra la separación de la cabina de mando. Falk se desplomó hacia adelante y se golpeó en la boca con la columna de apoyo. Goran perdió su asidero y rodó hacia atrás por la cubierta inclinada cuarenta y cinco grados. Se dio de lleno contra Huckelbery, que todavía estaba agarrado a la parte exterior de la compuerta.

Los dos desaparecieron juntos de la vista al caer desde el costado del panzudo.

Masry logró nivelar el aparato y giró el morro.

—¡Tienes que bajar! —oyó Falk que Preben le gritaba a Masry por encima del rugir de los motores y del viento—. ¡Baja! ¡Baja, cabrón! ¡Tenemos que recogerlos!

La cola del *Boreal* se elevó, el morro descendió un poco y Masry aceleró para ascender y alejarse a toda velocidad de la explanada de la cima de la colina.

Siguieron ascendiendo con rapidez, pero la estabilidad brillaba por su ausencia. La aeronave, que quizá estaba más dañada de lo que Masry había querido reconocer, se estremecía con fuerza, como si estuviera viajando sobre una superficie desigual, o como si simplemente fuera incontrolable. La vibración era tan intensa que lo único que pudieron hacer al respecto fue agarrarse con más fuerza. El rugido de los motores y el viento los rodeaban y los urgían a soltarse.

Falk se preguntó si las tremendas condiciones de vuelo se debían tan sólo a los daños que había sufrido la aeronave o si Masry no habría exagerado notablemente su capacidad como piloto. Incluso con los sistemas ecualizadores de compensación, hacía falta delicadeza y habilidad para controlar las naves de rotores múltiples en términos de inclinación y equilibrio. Hacía falta experiencia, muchas horas de simulador de vuelo y muchas horas más de vuelo real. Masry sólo tenía experiencia de segunda mano de ver cómo pilotaban y un conocimiento básico de los mandos principales.

Masry había dejado abandonados a su suerte a Goran y a Huckelbery en la estación meteorológica. Lo único que Falk era capaz de ver era la imagen de ambos cayendo de espaldas. ¿Por qué Masry no había vuelto? ¿Qué coño le había impedido volver? ¿El terror, un pragmatismo lleno de sangre fría, o simplemente era que se encontraba en estado de pánico y no poseía la habilidad necesaria para hacer que el panzudo se posara después de hacerlo despegar?

Los motores hacían un ruido brutal, un repiqueteo desigual y chirriante, sobre todo la unidad trasera de estribor. Falk intentó ponerse en pie. Tenía sangre fresca en los labios y en la barbilla, donde se había golpeado al chocar de cara contra la columna. Tenía la casi absoluta certeza de que si tenía la oportunidad iba a pegarle un tiro a Masry.

Se incorporó un poco más y, tras agarrarse para hacer frente al constante bamboleo, miró al exterior. Hacía un frío espantoso. Las nubes pasaban a toda velocidad a su lado. Tenía la sensación de que se encontraba a varios kilómetros de altura, pero en realidad sólo estaban a unos cien metros de altitud. Vio el valle a sus pies, y la delgada cinta blanca de la autovía. Se orientó un poco. Allí estaba la autovía, la masa montañosa, el borde de la caldera. El océano, que tenía que estar detrás de ellos.

—¡Masry! —le gritó al mismo tiempo que se agarraba a los reposacabezas de los asientos delanteros para mantener el equilibrio—. ¡Masry! ¿Adonde cojones vas? ¿Qué estás haciendo? ¡Tenemos que ir hacia el sur! ¡Hacia el sur! ¡Vas hacia el este, retrasado! ¿Adonde cojones vas?

Todos los esfuerzos de Masry estaban concentrados en luchar con la palanca de

mando. El panel de instrumentos estaba iluminado por multitud de luces rojas de alarma y parpadeantes luces amarillas de advertencia. Falk se dio cuenta de que lo único que Masry era capaz de hacer era conseguir que la aeronave siguiera en el aire. La navegación, el rumbo, toda esa mierda se había ido a tomar por saco. No era esencial. Mantenerse en vuelo era lo único que importaba.

—¡Tenemos que virar! —gritó—. ¡Vira hacia allí! ¡Hacia el sur! ¡El sur! ¿Lo entiendes? ¡Masry!

Masry levantó la vista para mirarlo durante un segundo, sólo un segundo, pero fue suficiente para que Falk se diera cuenta de que ya no había posibilidad alguna de razonar con él. Masry estaba más allá de la persuasión o de la convicción. Ni siquiera estaba realmente escuchando a Falk. Tenía la mente cerrada por completo. En su rostro no se veía nada, tan sólo quizá cierto matiz de locura. Lo que Falk vio fue un individuo que había nadado más allá de las boyas de seguridad y de la ayuda de los salvavidas, que se había embarcado en algo que jamás debería haber intentado, algo que jamás tendría la esperanza de conseguir completar.

Masry apartó la mirada y retomó sus esfuerzos.

—Estamos muertos —declaró Falk.

El motor trasero de estribor decidió que quería ser el primero en morir. Justo en mitad de la frase de Falk se oyó un tremendo estampido metálico, igual que si alguien hubiera dejado caer una tonelada de chatarra en un contenedor. El panzudo prácticamente dio un salto salvaje en pleno aire. Los trozos del rotor destrozado salieron despedidos tras atravesar la cubierta del motor y se clavaron en el fuselaje principal como espinas de un puercoespín. Un humo negro muy denso, salpicado de amarillo dorado como seda cara, salió de la cubierta del motor y se vio arrastrado por la estela de la aeronave formando una larga y delgada cinta en el aire.

Empezó a sonar una sirena. Se encendieron más luces de alarma en el panel de instrumentos. Las desagradables vibraciones se convirtieron de repente en algo mucho peor: en unas sacudidas feroces y absolutamente descontroladas.

Empezaron a descender con una tremenda rapidez, pero lo hicieron en dirección este. Una vez más, Falk no tuvo claro si eso era algo que Masry había intentado o era el resultado de la incapacidad cada vez mayor del panzudo de mantenerse en el aire. Las frías tierras altas se alzaron ante ellos, grises y húmedas, salpicadas de nubes tan blancas como la tiza. Cruzaron la línea que formaba la autovía y dejaron Eyeburn Junction y el depósito atrás, por la derecha. El paisaje que se veía era naturaleza virgen, todavía salvaje. Había laderas pedregosas, prados de hierba, zonas de matorral, de espinos, de zarzas, todo de color pálido y rojizo, como una mancha de líquen en un peñasco. Más allá se veían bosquecillos, que luego crecían en espesura y densidad, con eucaliptos de nieve y los gruesos troncos de lo que parecían ser árboles de la goma. Los bosques cubrían todas las laderas de las colinas que se alzaban allí, y

también ocupaban las hendiduras oscuras y las cañadas. De los riscos más impresionantes colgaban jirones de niebla como cortinas vaporosas que escondían rincones y arroyos secretos. Daba la sensación de que tuvieran algún destino concreto, como si el *Boreal* dañado siguiera avanzando como podía hacia uno de los claros en el bosque, arrastrado por el instinto o por algún programa de navegación.

A pesar de la corriente de aire helado y húmedo que entraba por las compuertas abiertas, todos notaron el olor a quemado, el hedor caliente del plástico al achicharrarse, que estaba llenando el compartimento situado detrás de la cabina de mando. Los restos que habían salido despedidos del motor al estallar se habían clavado en el fuselaje principal y habían provocado daños catastróficos e incalculables al atravesarlo y dispersarse como si fueran munición explosiva y perforante. ¿Qué sistemas habrían destruido? ¿Qué era lo que se estaba quemando? ¿El sistema hidráulico? ¿Los conductos de combustible? ¿El sistema eléctrico? ¿El puto sistema antiincendios?

—¿Puedes hacer aterrizar esto?

Falk levantó la mirada. Preben estaba agarrado a los asideros del techo, junto a él, y le gritaba a Masry.

—Masry, ¿puedes hacer aterrizar esto?

Masry dijo algo.

—No te oigo, Masry —le gritó Preben—. ¿Qué es lo que has dicho? ¿Puedes hacer aterrizar esto o no?

Dijo algo. Algo como un sí, un quizá.

Preben miró a Falk durante un segundo y vio que los estaba observando. Falk se limpió la sangre de la boca.

—¿Masry? Masry, ¿dónde vas a aterrizar?

—¡Masry, contesta a la pregunta que te ha hecho Bloom! —le chilló Preben—. Masry, ¿dónde vas a aterrizar? ¿Masry?

Nada. Preben volvió a mirar a Falk.

—Debería pegarle un puto tiro —declaró—. No íbamos a estar peor.

—¡Masry! —le gritó Falk.

De repente, el ruido de los motores cambió por completo. Falk pensó durante un momento que se habían apagado, pero luego se dio cuenta de que el suelo se les estaba acercando bastante. De hecho, ya corría a poca distancia de ellos. Las copas de los árboles absorbían el rugido y el repiqueteo de los motores, y de repente, apenas hubo eco. El rugido se convirtió en un zumbido. El fuselaje siguió sacudiéndose y saltando en pleno aire.

—Joder, tío —le oyó exclamar a Valdes.

—¡Masry! —le gritó Falk de nuevo—. ¡Vira hacia terreno llano! ¡El terreno abierto, Masry! ¡Hacia allí! ¡No nos lles contra los putos árboles! ¡Masry!

No iba a ser posible. Había un mar de copas de árboles bajo ellos, todo un paisaje de troncos grises. Falk deseó con todas sus fuerzas mantenerse por encima de ellos. Sólo eran hojas. Sólo hojas y ramitas. Debería ser suave, debería ceder. Casi podrían rebotar, como una moneda que rebotara en una sábana bien tensada, como una piedra lanzada horizontalmente en la superficie tranquila de un lago.

Resultó que era igual que chocar contra una pared.

Se produjo un impacto tremendo, como el de una roca enorme al chocar. Más ruido, un rugido, chasquidos metálicos, motores que aullaban. Sirenas de alarma. Todo el vehículo se estremeció y se sacudió como si estuviera poseído por una rabia homicida. Estrépito de crujidos, arañazos, roces, desgarros, chasquidos mientras atravesaban la cubierta de las copas de los árboles. Los extremos rotos de las ramas acuchillaron el fuselaje, el aire a su alrededor se llenó de hojas arrancadas que entraban en tromba en el compartimento.

Entonces se toparon con algo más grande, más pesado, más inamovible, algo que los hizo girar violentamente, igual que haría un gancho de derecha con una mandíbula. Luego llegó otro golpe, un impacto en las costillas que casi lo lanzó hacia la izquierda. Siguieron avanzando, destrozando las copas de los árboles y derribando troncos sólidos. Las astillas de madera y los trozos de corteza formaron un vendaval que los siguió. El movimiento era demasiado borroso como para controlarlo.

Llegó el golpe final de un martillo pilón. Falk salió despedido hacia adelante y rebotó contra la parte posterior de los asientos de la cabina y el propio divisor de la cabina de mando.

Las sacudidas no se detuvieron. Los sonidos lo rodeaban por doquier. El fuselaje gimió como un perro apaleado, se retorció y se partió. Las placas laminadas se doblaron como tiras de papel de aluminio; el metal chirrió y se desgarró, las aleaciones derméticas protestaron. Metal en caída contra árboles y suelo.

Luego, la nada.

Falk no estaba seguro de si estaba boca arriba o boca abajo. Ni siquiera estaba seguro de si le faltaba alguna extremidad, si algo lo había mutilado. Estaba razonablemente seguro de que seguía con vida, lo que en sí era todo un milagro. No tenía muy claro cómo lo había logrado.

Hizo caso omiso de todo el dolor que sin duda iba a sufrir a continuación y se permitió un breve momento de triunfo, de alegría por lo aleatoria que era la diosa Fortuna.

Un momento después, la serpiente atacó, el calambre se apoderó de él y perdió el conocimiento.

—Falk.

Su nombre no le resultaba familiar. Hacía tiempo que no lo oía decir. Las voces de fondo apagadas y los sonidos del revés le zumbaban en la cabeza, aparecían y desaparecían, primero con suavidad, luego con más fuerza, después con suavidad otra vez.

Su nombre emergió entre todos aquellos sonidos, brevemente, como una especie de pequeña criatura de las profundidades marinas que buscara aire y saliera a la superficie. Era el modo correcto, que su nombre apareciera intacto entre toda aquella tontería invertida de sonidos.

—Falk.

No había dolor. Aquello era una noticia maravillosa y bienvenida o una primera señal de una lesión medular catastrófica.

—Falk.

Abrió los ojos. Los ojos de Bloom. Por encima de él veía un dosel de ramas y de hojas, un espacio cavernoso de color gris oscuro bajo las copas de los árboles, donde la luz era suave y de color pizarra clara, como la luz reflejada en la nieve, como el color del cielo antes de que se produjera una ventisca.

Estaba tumbado de espaldas, debajo de un árbol de la goma cubierto de enredaderas, con las hojas del color de la ceniza y la tiza, y una corteza semejante a la piel sin broncear. Las enredaderas envolvían el tronco y las ramas como si fueran un sistema circulatorio externo. Las más delgadas, que le recordaron de un modo incómodo a las serpientes, estaban cargadas de bayas blancas semejantes a perlas y de diminutas flores amarillas. Algunas de las lianas se habían entrelazado entre sí de un modo tan entusiasta que parecían manojos de cables eléctricos o de conexión agrupados para mayor comodidad.

La luz del sol. Los pequeños triángulos de luz del sol atravesaban de vez en cuando la cubierta vegetal, que se agitaba con suavidad.

Tenía varios rostros encima de él. Era gente inclinada sobre él, que le miraba la cara con gesto de preocupación. Rash, Preben, Valdes. Todos tenían un aspecto desastroso, con los rostros manchados de polvo y sudor y salpicados de sangre y aceite.

—¿Falk? —le dijo Rash—. ¿Puedes oírme? Si estás vivo, hazme alguna señal.

—Falk, estás herido —le dijo Preben—. Tenemos un problema grave. No estaba previsto. Estamos procurando resolverlo. ¿Falk? Vamos a ayudarte, ¿vale?

Se preguntó cómo habrían averiguado su nombre. ¿Cómo lo habrían conseguido?

—Falk —le dijo Valdes con los ojos abiertos de par en par por la preocupación—. Por favor. Llevamos horas intentando ponernos en contacto contigo. Por favor,

respóndeme.

Se dio cuenta de que los tres tenían la misma voz. Todos hablaban con la misma voz, y era una voz de mujer.

—Por favor, Falk, por favor, respóndeme —le dijo Rash.

No. Rash no le estaba diciendo eso. No estaba diciendo nada parecido. El movimiento de sus labios no encajaba con esas palabras. Estaba diciendo otra cosa, y se lo estaba diciendo a Preben. Lo que ocurría era que la voz que Falk oía estaba hablando al mismo tiempo que ellos. Se solapaba. Se parecía a un mal doblaje de una película.

Falk cerró los ojos para oír mejor la voz. Aparecía y desaparecía en el ruido de fondo, pero ahora muchas de las palabras sonaban del modo correcto.

—¿Falk?

—¿Cleesh?

Se produjo una pausa.

—¿Falk? ¡Oh, Dios mío! ¡De una fruta® vez! ¡Lo tengo! ¡Lo tengo! Falk, ¿puedes oírme?

—Sí, Cleesh. Me alegro de oírte.

—¡Jesús, Falk! ¡Fruto® pirado! ¡Creíamos que te habíamos perdido por completo! ¡Me estaba volviendo loca!

—Cálmate un poco, Cleesh. ¿Puedes? Aquí todo es muy raro. Necesito que te calmes y que me hables lentamente para que pueda entenderte.

Su voz desapareció en la oscuridad unos instantes para luego regresar.

—... que puedo. Claro que sí. Es que me alegro mucho de oírte. Escúchame, Falk, estamos intentando sacarte de ahí. Intentamos desconectarte del soldado.

—Se llama Bloom.

—Bloom. Vale, de acuerdo. Ya lo sabía. Mira, es complicado. Ayoob dice que es complicado. Han ocurrido cosas que no nos esperábamos.

—¿Cómo qué?

—Cosas que era imposible predecir, cosas para las que no podían estar preparados. Estamos trabajando para arreglarlo todo. Están...

—¿Cómo qué?

Se produjo una pausa. Eso le concedió un momento para acostumbrarse a la oscuridad que lo rodeaba. Con los ojos cerrados, la sensación casi era la misma que si estuviera flotando en un tanque sin luz lleno de agua tibia y no tumbado en el suelo de un bosque.

—Llevo hablándote desde el principio, desde que entraste, Falk —le contó Cleesh—. ¿Me has podido oír? Llevo contigo desde el principio, como te prometí que haría.

—Gracias.

—Te dije que lo haría. Como en los viejos tiempos.

—Lo sé.

—Vale.

—Cleesh, ¿puedes contarme cuál es el problema? ¿Por qué sigo en el tanque? ¿Por qué no me habéis sacado?

—Bari dice que...

—A Bari le pueden ir dando por el culo. Lo siento, pero quiero que seas tú quien me lo explique, Cleesh. Quiero que me lo expliques tú, sin tonterías.

Esperó. Oyó el sonido del agua tibia chapaleando suavemente en la oscuridad.

—Resulta... —empezó a decir Cleesh—. Resulta que no estabas preparado de verdad para esto. Underwood tenía razón. Deberíamos haber efectuado muchas más pruebas. Muchas más. Nos precipitamos. Sé que te dije que todo saldría bien. Lo siento, Falk. No debería haberlo hecho.

—No pasa nada. ¿Cuál es el problema?

—Tenías ciertos problemas de salud, lo que significa que eres más débil en lo que tiene que ver con tu sistema inmunológico. Además, había demasiado alcohol y otras sustancias en tu sangre. Eso lo complicó todo un poco. El mayor problema fue tu cadera.

—¿Mi cadera?

—Sí. La densidad ósea. Has pasado demasiado tiempo en las naves. Underwood dice que la densidad ósea es un problema sistémico en todo tu cuerpo, pero que es más grave en tu cadera. La resistencia del hueso ahí es tan escasa que se te ha partido.

—¿Me he partido la cadera?

—Se trata de una fractura muy fina, del grosor de un cabello, pero sí, está rota. Bebiste tanto alcohol que mitigaste el dolor, pero la fractura es reciente. Parece incluso que es posible que te la rompieras la misma noche que te hicimos entrar. ¿Falk?

—¿Sí?

—¿Por qué te has reído?

—Porque lo más probable es que me rompiera la cadera practicando sexo de un modo vigoroso y por pura diversión, algo para lo que estoy demasiado viejo.

—¿Serás perro...? Así aprenderás.

—Lo haré. Bueno, tengo una cadera jodida. ¿Cómo afecta eso al asunto?

—Se ha infectado. ¿Recuerdas lo que te acabo de decir sobre el sistema inmunológico? Estás enfermo. Te resistes, claro, y tienes fiebre. Underwood trata de curarte con antibióticos de amplio espectro, ya sabes, ese tipo de cosas, pero lo cierto es que estás enfermo y eso afecta a la interconexión. Estamos intentando desconectarte, pero Ayoob está preocupado porque si te sacamos, quizá acabemos de fastidiar todo tu fruto® sistema inmunológico.

El agua negra y cálida golpeteó en aquella matriz carente de luz.

—Y cuando dices eso te refieres a que me puede matar.

—Hay bastantes cosas que preocupan a Ayoob —le explicó Cleesh. Algunas de sus palabras, aunque no lo hicieron al revés, sí que sonaron raras—. Parálisis, daño cerebral, fallo multiorgánico. Básicamente un montón de posibles problemas de los que a ti no te gustan.

—Qué bien me conoces.

—Así que estamos procurando solucionarlo. Ya el simple hecho de poder hablar contigo es un tremendo adelanto y una señal excelente.

—Pero luego está el otro problema, ¿verdad?

El agua moviéndose en la oscuridad. Susurros al revés.

—Sí.

—Bloom está muerto, ¿no?

—Sí, en la práctica sí.

—Dime lo que sabes.

—Underwood tiene controlados sus signos vitales, pero los datos son incompletos. No disponemos de una imagen completa de la situación. Lo que hemos visto hasta el momento son los efectos del disparo en la cabeza. Todas las funciones superiores han desaparecido. Si estuviera solo, ya habría muerto.

—Pues resulta que hay una cantidad sorprendente de él todavía por aquí —le contó Falk—. Emociones, recuerdos. Cuando me encuentro en una situación tensa, su memoria muscular toma el mando. Ya lo ha hecho en un par de ocasiones.

—Es interesante. Se lo diré a Ayoob.

—Cleesh..., me siguen dando ataques de dolor. Un dolor que me deja incapacitado. Un tremendo calambre en el estómago y en la cabeza. Aparece de repente, sin aviso previo, me quedo indefenso, pero luego desaparece.

Cleesh dijo algo. Sus palabras sonaron como susurros al revés.

—¿Cleesh?

Había desaparecido, y lo que decía se había convertido en un ruido sin sentido.

—¿Cleesh?

—Dije que eso somos nosotros, Falk —declaró Cleesh de repente con voz fuerte y de un modo coherente de nuevo—. El dolor somos nosotros. Es culpa nuestra. Lo siento. Han sido nuestros intentos de sacarte físicamente del tanque Jung y de desconectarte. Cada vez que lo hemos intentado, el trauma ha sido tan intenso que nos hemos visto obligados a abortar la operación.

—¿Qué hay de Bloom?

—¿A qué te refieres?

El agua invisible chapoteó.

—¿Qué le ocurrirá si me sacáis?

—No lo sabemos. Si dispusiera de un soporte médico adecuado...

—¿Cleesh?

Silencio.

—Underwood cree que eres tú quien lo mantiene con vida. Tu mente hace que los sistemas autónomos de su cuerpo sigan funcionando. Eres, en cierto modo, su soporte vital. Tú eres lo que hace que siga adelante.

—Así que, si me sacáis, morirá definitivamente.

—Eso creemos.

—Vale. Vale. ¿Sabes algo de lo que está pasando aquí?

—Tenemos una imagen parcial. Lo hemos oído todo gracias a ti, y hemos observado lo que ocurre. Apfel utiliza ciertos canales a través de las conexiones que tiene la D.M.O.A. con la Oficina de Asentamiento, pero no hay una declaración oficial. El Directorio Militar de la Oficina de Asentamiento sí que ha declarado que se está llevando a cabo una operación, pero sin dar detalles. Toda esa zona sigue impermeable a las comunicaciones. Gracias a ti podemos ver el problema directamente en el campo de operaciones. ¿Has confirmado la presencia de fuerzas del Bloque?

—No he confirmado nada, pero si quieres que haga una suposición, te diré que sí. Fuerzas especiales del Bloque Central.

—Apfel quiere saber...

De repente, las palabras se invirtieron y se volvieron borrosas.

—¿Cleesh? ¿Cleesh?

—¿... uedes oírme? ¿Puedes oírme, Falk?

—Sí.

—Apfel dice que quiere saber qué clase de bajas está sufriendo la fuerza de combate del D.M.O.A. No nos han dicho nada, pero está claro que la Oficina de Asentamiento se está preparando para enviar una fuerza de apoyo bastante numerosa. Creemos que se sienten muy preocupados por la pérdida total de contacto.

—Hacen bien en estarlo. No sé demasiado. De las tres escuadras con las que llegué, sólo quedamos cuatro soldados. Cuatro. Los insurgentes nos estaban esperando en los objetivos que teníamos asignados. Además, han eliminado a la mayor parte de la población local. Hay asentamientos enteros arrasados, con todo el mundo ejecutado.

—¿Lo dices en serio?

—Sabían que íbamos a ir. Cleesh, aquí hay algo en juego que nadie es capaz de ver. Todo ese asunto de los elementos de extrotransición empieza a tener más sentido. Y da miedo. Aquí hay algo tan valioso que el Bloque está dispuesto a calentar la guerra fría por primera vez. Pero escúchame, y escúchame bien, Cleesh: todo el mundo dice que se debe a Fred, pero no creo que sea así en absoluto. Puede que Fred sea la guinda del pastel, pero creo que se trata de algo que hay aquí. Todo este asunto

aquí, en Eyeburn, toda esa situación, es muy específica en un sentido geográfico.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé todavía. Pero tengo una grabación. Necesito que me traduzcas algo del ruso. ¿Lo recibirás si lo paso otra vez con el audio?

—Sí, podré trabajar con eso. La traducción no será un problema.

—Vale, dame unos minutos, y un segundo para despejarme. ¿Cleesh?

El agua se movió con suavidad, sigilosamente. Un susurro invertido oculto justo debajo de su superficie.

—¿Cleesh?

Nada.

Nada duraba para siempre.

Abrió los ojos otra vez y se incorporó hasta quedar sentado.

—¡Mierda! —gritó Valdes—. ¡Mierda, tío! ¡Nestor ha despertado! ¡Ha vuelto!

Falk miró a su alrededor. El claro del bosque estaba bañado por una luz grisácea, una luz difusa. Los árboles estaban muy pegados entre sí y cargados de manojos de lianas. El suelo era una espesa alfombra de espinas y de hojas de color verde grisáceo. Esa capa tendría unos treinta o cincuenta centímetros de espesor. El aire estaba cargado del olor a tierra húmeda, a resina, a arcilla. Hacía frío, lo propio de un lugar húmedo y oscuro.

Preben y Rash estaban de pie a su lado. Valdes estaba en cuclillas a su izquierda.

—Entonces, no estamos muertos —dijo Falk.

—No todos —le confirmó Preben.

—Aunque pensamos que tú sí estabas muerto —le dijo Valdes con una sonrisa. Tenía moratones en el rostro debajo de la capa de suciedad.

—¿Dónde nos estrellamos?

—Por allí —le indicó Rash con un gesto por encima del hombro.

—¿Me habéis traído vosotros?

—Tuvimos que hacerlo —le respondió Preben.

—Pensamos que quizá el puto cacharro iba a explotar —le explicó Valdes, y negó con la cabeza—. Creímos que todo se convertiría en una puñetera bola de fuego. —Miró a Falk y volvió a sonreír—. Pero no lo hizo.

—¿Dónde está Ratón?

—Aquí —le contestó el propio Ratonazo a su espalda.

Falk se volvió. Su compañero estaba sentado con la espalda apoyada en un tronco de árbol. Intentó sonreír, pero tenía muy mal aspecto. La luz del bosque le daba a su piel un tono especialmente gris y enfermizo.

—¿Y Masry?

—El muy cabrón... —soltó Preben.

—No tuvo tanta suerte. En realidad no tuvo suerte en absoluto —añadió Valdes.

Falk se puso en pie. Lo hizo de un modo titubeante, inestable. Valdes lo ayudó a hacerlo.

—¿Dónde estamos?

—En un puñetero bosque, tío.

Falk miró a Preben.

—Sí, es la verdad. En mitad de un puñetero bosque.

—Vamos a tener que movernos y encontrar un cobijo en condiciones —dijo Rash—. Costaba trabajo llevarte a cualquier sitio. Pero ahora ya estás despierto.

—¿Qué habríais hecho si no me hubiera despertado?

—Probablemente habríamos tenido que dejarte aquí.

—Cierra la boca —le espetó Valdes—. Cierra la puta boca. No lo dice en serio, Nes. De verdad que no.

—Es lo que hablamos —insistió Rash, y se encogió de hombros.

—Espero que fuera así. De verdad —le aseguró Falk—. Estamos en el sitio duro, y es mucho más que eso. Si hay que elegir entre dejarme atrás y manteneros a salvo, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

—Exacto. No podemos ser débiles —afirmó Rash.

—Yo no soy débil —le replicó Valdes.

—¿Dónde están mis lentes? —les preguntó Falk.

—No las he visto —le contestó Rash.

—No las llevabas encima cuando te sacamos —apuntó Preben.

—Las necesito.

—Te presto las mías —se ofreció Rash.

—En las mías tengo copias de los mejores mapas de la zona. No me refiero sólo a Eyeburn, sino a toda la zona. Los copié del registro de tierras. Probablemente los necesitaremos. Casi seguro que nos serán muy útiles.

—Se te deben de haber caído —dijo Preben—. Quizá en el punto donde nos estrellamos.

—Tengo que buscarlas. Tengo que encontrarlas. Por lo menos tengo que intentarlo. ¿Dónde nos estrellamos?

—Yo te acompaño —le propuso Rash—. El resto quedaos aquí. No tardaremos mucho.

Alguien se había hecho cargo de su Koba. Falk lo recogió.

—Vamos entonces.

Regresaron hacia el lugar del accidente. Rash marchaba en cabeza, aunque se detenía de vez en cuando para dejar que Falk, que caminaba con más lentitud, lo alcanzara. El bosque estaba en silencio. Las volutas de niebla flotaban en el aire como humo, como vapor.

—¿Quién es Cleesh? —le preguntó Rash.

—¿Quién?

—Cleesh.

—¿Por qué lo preguntas?

—Después del accidente te pusiste a hablar solo. Hablabas como si tuvieras una pesadilla. En sueños. Fue el motivo principal por el que no te dejamos atrás. Daba la impresión de que estabas hablando de alguien que se llamaba Cleesh, o con alguien que se llamaba Cleesh.

—Es alguien a quien conocía. Hace un montón de años. No he pensado en esa época desde hace mucho. Mi mente debe de haber vuelto allí.

—Eso debe de ser.

Siguieron avanzando en silencio. Falk empezó a captar el olor a productos petroquímicos. Las voces de trasfondo siguieron flotando en las sombras, detrás de él.

—Ahí. Justo ahí —le indicó Rash.

El punto de impacto estaba delante de ellos. Se acercaban a un lugar bastante luminoso, a un sitio brillante situado en mitad del bosque en penumbra. La luz del sol entraba a chorros a través del hueco abierto en el dosel formado por las copas de los árboles y atravesaba la neblina gris que se arremolinaba debajo de los espectrales eucaliptos de nieve. *Pika-don* había muerto de forma definitiva. Ya no era más que una carcasa negra retorcida empotrada contra un grupo de árboles robustos y con la parte delantera aplastada como la nariz de un boxeador. La pintura de los costados estaba arrancada, y se los veía abollados por los impactos que había sufrido durante el recorrido al estrellarse. La sección de cola apuntaba hacia el cielo, apoyada en parte en un tronco derribado. Las lianas y las enredaderas envolvían los bordes de ataque y las alas de maniobra como si fueran guirnaldas, como cintas de color lila que colgaran del parachoques del coche de una boda, como los cabos sujetos a los múltiples arpones clavados en una ballena que por fin había muerto. A la espalda del cóptero había quedado una gran senda, un enorme surco de troncos destrozados, de suelo levantado y de vegetación arrancada que se extendía a lo largo de kilómetros de bosque, una incisión profunda de la que supuraba savia verde y madera convertida en pulpa. El suelo estaba sembrado de restos: trozos retorcidos de placas del fuselaje, fragmentos de cristal, pedazos de plástico, piezas ya inidentificables de las que salían cables y tubos rotos. Todo un montante del motor había salido arrancado y estaba medio sumergido entre la maleza. En el aire flotaba el olor a azúcar quemado.

Falk se dirigió renqueante hacia el fuselaje principal y se acercó a la compuerta de babor. La propia compuerta había salido arrancada de sus raíles, dejando tan sólo el hueco donde se replegaba y los raíles retorcidos. Una gran rama estaba encajada en la esquina superior del hueco, como un trozo de comida encajado entre dos dientes.

Rash siguió a Falk con el arma apoyada en el estómago.

—¿Las ves?

Falk negó con la cabeza. Miró buscando a su alrededor, apartando los arbustos que aún seguían enraizados en el suelo. Luego se subió a un peldaño del fuselaje y se asomó al interior del compartimento. Al fondo se habían acumulado hojas, ramitas, cristales rotos y piedras. Había *blurds* por todos lados. Los pequeños revoloteaban alrededor de su cara, mientras que los de mayor tamaño volaban por el claro y atravesaban los rayos de luz. Algunos, enormes y relucientes, se arrastraban y disfrutaban del calor del sol sobre los troncos de los árboles cercanos.

Por fin encontró las lentes detrás del asiento del piloto, hasta donde se habían deslizado. Se inclinó para recogerlas. Una de las patillas estaba un poco doblada.

—¿Ya? —preguntó Rash.

—Sí.

Masry todavía estaba sentado en su asiento, y el asiento seguía anclado en la sección del morro del panzudo, pero en esos momentos la compartía el espacio con un gigantesco tronco de árbol. Los daños habían sido terribles. La cubierta metálica del casco se había doblado y arrugado como la piel de un elefante al aplastarse. El fluido hidráulico se escapaba por las fisuras y las grietas empapando las hojas de los matorrales, que ya apestaban a aceite lubricante y a ser humano. La enorme fuerza del impacto había aplastado a Masry contra el asiento y lo había empujado hasta la parte inferior del puesto de piloto, debajo del panel de control, donde sólo cabían las piernas. Falk no quiso imaginarse la fuerza física que haría falta para meter todo un cuerpo en un espacio tan reducido, la rotura de huesos que se habría producido, la terrible presión. Masry había terminado cabiendo en un hueco pensado tan sólo para sus piernas. Apenas se veía nada de él, únicamente la mano y el brazo derechos, alzados para intentar detener tanto al bosque como a la muerte que se abalanzaban contra él. El brazo había quedado caído hacia adelante, lacio, por encima del panel de instrumentos, a través del cristal delantero destrozado, atrapado entre el respaldo del asiento y el propio panel, que se había doblado hacia atrás durante el impacto.

Falk se sentía bastante agradecido de no tener la oportunidad de ver la forma compacta a la que había quedado reducido Masry.

Los *blurds* revoloteaban y emitían chirridos alrededor del brazo, y algunos incluso lograban colarse para llegar al misterio compactado del interior. Se posaban brevemente en el panel de control y allí se estremecían antes de salir zumbando de nuevo. Se posaban en la manga que cubría el brazo, en el puño de la manga, en el vello rojizo dorado del propio brazo. Falk se dio cuenta de que se había quedado mirando. El diminuto contacto de los *blurds* contra el fino vello le hizo sentir un cosquilleo. Siguió esperando que en cualquier momento el brazo de Masry se moviera de un modo irritado para espantarlos.

Los *blurds* eran de la misma clase y color que los que había visto sobre los

cadáveres de la estación meteorológica.

—Capullo —masculló Rash.

Falk sólo hizo un gesto de asentimiento.

Rash también se quedó mirando lo poco que se podía ver de Masry.

—Si hubiera sobrevivido... —empezó a decir. Carraspeó para aclararse la garganta—. Si lo hubiera conseguido, te juro por Dios que le habría pegado un tiro.

—Es un sentimiento muy común entre nosotros, me parece.

—Sí.

Rash levantó la mirada hacia el dosel formado por la copa de los árboles, el brillo gris de la luz, los *blurds* que volaban en espiral.

—Deberíamos volver —dijo.

—Vale.

—¿Tienes lo que necesitas?

—Sí.

Se dieron la vuelta y comenzaron a bajar desde el punto de colisión a través de los matorrales y de los arbustos con flores. La lluvia, una tormenta pasajera, comenzó a repiquetear contra las hojas de los árboles, y el viento movió las ramas. Unos momentos después, gotas como trozos de cristal caían procedentes del dosel.

Falk le echó un último vistazo a *Pika-don*, muerto en su tumba forestal. El brazo de Masry, que colgaba en el exterior de la cabina comprimida, parecía moverse para despedirse en un triste adiós.

Era eso, o para decirles que volvieran, para urgirlos a que no se fueran, animándolos a que se quedaran. Falk no quería quedarse.

Atravesaron el bosque. Rash caminaba a la misma velocidad que Falk. Esta vez tenía en cuenta la herida que había sufrido. No hablaron. Una vez se alejaron del tremendo hueco abierto por la colisión del cóptero en el dosel del bosque, el resto del lugar era oscuro y cerrado. Los árboles, en su mayoría eucaliptos, eran columnas pálidas, semejantes a las patas de unos rumiantes gigantes. Las sombras eran completamente negras o de un color verde esmeralda, unos agujeros llenos de oscuridad. La luz del bosque, filtrada por las hojas, confería al lugar una tonalidad verde grisácea.

El dosel de ramas susurró y crujió con el viento. Las hojas silbaron como los guijarros de una playa cuando se retiran las olas. Había un fuerte olor a hojas en descomposición, y el sonido de sus pasos resonaba con más fuerza sobre ese lecho. De vez en cuando se cruzaban con un *blurd* de gran tamaño que chasqueaba igual que un juguete de madera al que le hubieran dado cuerda o que zumbaba como una sierra.

Rash se detuvo en seco.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Falk.

Rash lo miró, pero no dijo nada. Sus ojos mostraban una mirada cargada de ferocidad. Señaló con lentitud a lo lejos, a su espalda, en dirección aproximada al lugar del accidente.

—¿Qué?

—Algo —murmuró Rash, alzando su PAP 20.

Luego retrocedió unos cuantos pasos y se puso a cubierto detrás de un árbol. Falk lo siguió y descolgó el Koba del hombro.

—Sólo han sido unos árboles mecidos por el viento —dijo, aunque fue consciente de lo bajo que había hablado.

Rash negó con la cabeza.

—He oído voces —le aseguró—. A nuestra espalda. Supongo que han iniciado la búsqueda del cóptero. Querrán saber dónde se ha estrellado. Saber si alguien escapó del accidente.

Se quedó callado, a la espera. Falk también permaneció a la escucha.

Captó a lo lejos, muy a lo lejos, el sonido de unas voces. Eran soldados que avanzaban y que comprobaban las posiciones una y otra vez mientras intercambiaban órdenes.

—Vienen hacia aquí. Probablemente no tardarán en encontrar los restos del panzudo.

Falk hizo un gesto de asentimiento. Se pusieron en marcha de nuevo, pero con más rapidez, en dirección a su propio campamento. Falk se esforzó por caminar lo más de prisa que pudo para no ralentizar a Rash. Se detuvo para escuchar una vez más los sonidos de sus perseguidores.

Estaban muy lejos.

Pero no lo suficiente.

Falk accedió a las imágenes almacenadas en las lentes. Los mapas estaban intactos, pero las lentes habían sufrido un cierto desgaste. La célula de energía parecía estar defectuosa, o tal vez la conexión era defectuosa. Las imágenes parpadeaban de forma ocasional sin ningún motivo aparente.

Rash consiguió que el grupo avanzara al unísono. Su objetivo consistía en lograr poner cierta distancia entre ellos y sus perseguidores antes de tener que preocuparse demasiado por la ubicación exacta. Mientras se adentraban en los inescrutables bosques, con Ratonazo determinando la velocidad del movimiento, Falk trató de localizar su situación usando los mapas.

Se le ocurrió que Eyeburn Junction, como muchos de los pueblos y las comunidades de esa parte del continente, aún continuaba intentando hacer las paces con lo que era y en lo que se podría convertir. Se trataba de un asentamiento clásico de las primeras etapas, con una población constituida por la generación original o algunas no muy posteriores. Mostraban la afirmante osadía de las estacas clavadas en la tierra de los principios de la fundación de la comunidad. El espíritu de ese proceso había formado parte de la experiencia humana desde antes que el hombre saliera de su cuna. Como un símbolo, se repitió en cada mundo con asentamientos. Personas que encontraban un nuevo camino, una nueva tierra, y decidían que debían unirse a ese lugar en particular, que eso era lo que habían estado buscando. Llevaban con ellos un curioso y móvil sentido de pertenencia, un sentido de la propiedad listo para usar, y una vez asentados en el lugar adecuado, declaraban que a eso era a lo que sus vidas estaban definitivamente ancladas. Eso determinaría su actitud y la de sus descendientes. Ese trozo de tierra concreto los definía.

Falk nunca antes se había sentido así. Nunca se había sentido conectado a ningún lugar, ni siquiera cuando era un niño, y desde luego no como adulto. Su profesión, adaptada a su carácter, lo obligaba a ser un invitado, pasando por lugares y gente, observando, puesto al día por los contrastes y detalles chocantes por su novedad. Era un observador, y nunca permanecía en un lugar el tiempo suficiente como para aburrirse con las vistas.

Le gustaba caminar sin rumbo fijo. Mirar a través de las ventanas de los demás. O, en este caso, de los ojos de otras personas.

La vida de su padre había estado formada por una larga carrera en el mundo de la propulsión. Diseñaba motores, y con mucho éxito. Este talento lo había impulsado, literalmente, alrededor de los mundos de los asentamientos humanos, y adquirió de ese modo el hábito por los viajes que inspiró su trabajo. Indirectamente, y arrastrados por él, su familia también había adquirido esa costumbre.

Cuando finalmente su padre, y sin previo aviso, desmanteló su familia inicial y

decidió, obstinadamente y frente a toda una vida de posibles remotos destinos de trabajo, establecerse en un lugar y convertirlo en su ubicación permanente, Lex Falk simplemente no estaba preparado para detenerse también. En parte, por supuesto, era el resentimiento que sentía hacia los actos de su padre y de su nueva mediodía familia, pero también había adquirido una adicción: estar en movimiento, nunca detenerse, siempre dirigiéndose a ver lo siguiente. Sin buscar nunca un asentamiento fijo. Lo había aprendido de su padre, contagiado por el contacto con la exigente carrera de su progenitor.

Y siempre sintió agradecimiento hacia él por ello. Siempre había creído que eso lo hizo, de alguna manera, más sofisticado. No se sentía satisfecho con una única y estática experiencia. Él no era uno de esos constructores de vallas o arquitectos de techos. No sentía la necesidad de ser vecino de nadie. El tardío cambio de su padre a ese estado de asentamiento fijo le había provocado ansiedad. O más bien decepción por el súbito cambio en la manera de pensar de su padre, y nervioso porque algún día, sin previo aviso, sus genes podrían jugarle la misma mala pasada a él.

Si eso es lo que iban a hacer, había presumido siempre, sería un cambio repentino, tan repentino como parecía haber sido el indiferente cambio de su padre. Pero Falk tenía una leve sospecha que lentamente había ido desarrollando durante los últimos años, que el cambio era en realidad bastante más sutil. Iba creciendo lentamente en su interior, muy despacio, desacelerando su velocidad de avance, un cambio imperceptible, al igual que un piloto podría usar el campo de gravedad de un sol para detener progresivamente su nave y girarla sin tener que gastar energía. Había algo en su vida que le estaba transmitiendo tal efecto, llevándolo progresivamente a detenerse.

Cuando las personas se detienen, voluntaria o deliberadamente, a menudo no saben de inmediato dónde podrían acabar. Los principios básicos de supervivencia, un techo, el abastecimiento de energía, comida y agua, dieron paso a un periodo mucho más interesante de determinación. Muchos de los habitantes de 86 estaban haciéndolo, tal vez no las ciudades, pero muy probablemente las enormes extensiones coloniales, los territorios de los asentamientos, las parcelas de tierra como Eyeburn Junction. Quizá ésa era la causa por la que los mundos de asentamiento tardaban tanto tiempo en tener un nombre oficial. Les llevaba un tiempo averiguar lo que llegarían a ser.

Falk no sabía la razón por la que Eyeburn Junction se había fundado originariamente. Tal vez fue por la estación meteorológica instalada gracias a la atalaya, o a causa de la amplia gama de revestimientos de carga. Cualquiera de ellos habría traído personal, y este personal a sus familias, y las familias construyeron una comunidad como Eyeburn Slope, y esto habría exigido la construcción de una infraestructura agrícola. Pero la agricultura era algo fácil de poner en marcha en ese

lugar. Nunca se llegaría a convertir en una de las mayores exportadoras mundiales. Las franjas de complejos hortícolas alimentarían las comunidades, se enviarían productos a las ciudades. Suministrar a poblaciones como Shaverton tal vez incluso podría convertirse en una poderosa industria nacional. Pero ése no era el asunto. Lo importante era la minería. Los ricos y valiosos recursos del manto y la corteza de 86, de eso era de lo que se trataba. La minería sería la piedra angular del comercio y la exportación de 86. La minería convertiría a 86 en un mundo próspero dentro de los planetas de la Oficina de Asentamiento. No aún en unas cuantas generaciones, pero muy pronto. Quizá un día 86 se ganaría un nombre oficial como Prospect u Orpheus, o incluso Greenstone, el nombre que se le había dado a 50. Tal vez la minería decidiría en lo que se iba a convertir 86.

A una escala menor, esto era lo que le estaba sucediendo a Eyeburn Junction y al territorio que lo rodeaba. El registro de tierras en Eyeburn Slope daba fe de ello. La distribución de las parcelas de tierra destinadas a granjas y agricultura requería un registro exhaustivo, pero éste era un servicio realizado a menudo por la Oficina de Asentamiento. La oficina de tierras de Eyeburn Slope no estaba destinada a las explotaciones ganaderas. Sus gráficos detallados, la cartografía de resonancia profunda, enlaces de satélites y los registros del topógrafo eran la prueba de que la gente estaba más interesada en lo que contenía el interior de la tierra. Las personas asentadas en la región, y las mayores corporaciones, sin duda estaban explorando la zona para descubrir por dónde podría estar su fortuna. Un hombre podía llegar y adquirir una parcela de tierra en la zona de Eyeburn para vivir con su familia, y después pasar el resto de su vida estudiando las parcelas de tierra de las colinas de los alrededores para encontrar una que convirtiera a su familia en una rica dinastía. El área parecía prometedora. En cincuenta o setenta y cinco años probablemente habría mástiles de vidrio en la ciudad de Eyeburn, quizá también un puerto de transbordadores y un Hyatt, autovía de Gunbelt, Eyeburn Slope y calle Depósito serían los nombres de las carreteras y las avenidas.

Se preguntaba cómo llamarían a los silenciosos y grises bosques. ¿Un área residencial conocida como Snowgum Heights, quizá? ¿El campus Tagletree de la Universidad de Eyeburn?

Se detuvieron para que Ratonazo pudiera descansar. Aún se encontraban en las profundidades del bosque, sumergidos en la turbia luz de color verde mar. Podían oír el sonido de la lluvia cayendo sobre la cubierta, y sentían el aroma de la fresca y renovada humedad después de cada chaparrón.

Falk se apartó del grupo que se encontraba descansando.

Trató de visualizar unas cuantas veces más, después cerró los ojos y esperó.

Las hojas susurraban sobre él, agitadas por el viento, resonando como voces

enmascaradas.

—¿Cleesh?

Al principio parecía que ella estaba allí. Luego Falk tuvo la certeza de que efectivamente así era, de que estaba luchando denodadamente por abrirse paso. Parecía llegar hasta él el eco de pequeñas medias palabras. Las propias palabras y las frases se entretreían de tal forma que las hacían poco más útiles que el ruido.

—Vamos, Cleesh.

Todavía nada, sólo un susurro, como una voz apagada tras una puerta o una conversación incomprensible que se oye a través de un muro medianero.

—Cleesh, si puedes oírme, necesito la traducción de esto.

Repitió las palabras que la pareja del reproductor decía lo mejor que pudo, pronunciando con la mayor exactitud posible. Después lo hizo otra vez, separando cada palabra, y articulando cada línea de una en una, observando el reproductor y hablando a la vez.

—¿Adonde has ido, Cleesh? —le preguntó—. Necesito saber algo de ti.

—¿Hablando contigo mismo? —le preguntó Rash.

Falk se volvió.

—Sí, es una mala costumbre, lo sé.

—¿Encontraste algo en esos gráficos? —le preguntó.

—Eso es lo que estaba comprobando justo en este momento —respondió Falk—. Creo que estoy prácticamente seguro de dónde nos encontramos. Por supuesto, este territorio es muy joven, así que casi ningún lugar tiene nombre.

Le echó un vistazo a un mapa y luego le pasó las lentes a Rash para que pudiera mirar.

—Cópialo —le sugirió Falk, y Rash tocó las lentes de Falk con las suyas.

Volvieron a ponerse los dispositivos en su sitio y estudiaron los resultados.

—Sí, es convincente —asintió Rash.

Falk se había centrado en una zona llamada Bosque de las Veinte Mil Hectáreas en el mapa de registro, que abarcaba la desembocadura de un valle sin nombre y sobre el que se extendía una red de arroyos que sólo tenía un número de serie.

—Usé las lentes para realizar un análisis comparativo de los mapas —le explicó Falk—. Por supuesto, existe un amplio margen de error, porque la fuente es una copia de un mapa de difícil impresión y no de un gráfico, pero parece prometedor.

Rash asintió de nuevo.

—¿Qué es esto de aquí?

—Creo que es un conjunto de construcciones para el almacenamiento de madera. Está a unos diez kilómetros al oeste de nosotros, hacia la carretera.

—¿Y esto? Una granja, ¿verdad?

—Sí, y esto también. Ambas se encuentran a una distancia considerable hacia el

suroeste. Esos dos triángulos creo que son los marcadores de las parcelas sin explotar o sin reclamar. Esto es algún tipo de estructura para ganadería, quizá un tosco conjunto de corrales o una jaula automatizada.

—¿Y esta cosa? Aquí, al lado. A poco más de cinco kilómetros al noroeste. Parece una propiedad.

—Lo es, pero creo que es otra parcela. La propuesta registrada para una pretendida estructura, una propuesta de planificación. Aun no estoy totalmente familiarizado con las anotaciones del registro, pero el contorno es de color azul pálido. Parece una residencia o una parcela estructurada, pero no tiene el contorno de color naranja, así que la parcela no está registrada a nombre de ningún propietario, individual o corporativo. Creo que alguien ha presentado una propuesta para el uso del suelo, y si consiguen la aprobación, comprarán la parcela. Por el momento, sólo es el registro de una idea.

—Pero ¿no estás seguro?

—No, no completamente.

—Es una lástima —dijo Rash—. Parece que podría haber sido un gran lugar. Una vivienda digna, con recursos.

Falk lo miró.

—Definitivamente necesitamos algo —añadió.

Rash se quitó las lentes. Su expresión era firme, franca.

—Sí. Tu hombre, Ratonazo, tiene problemas, Bloom. Y eso significa que se podría convertir en un problema para todos nosotros.

—No lo vamos a dejar abandonado, Rash.

—Interesante. Cuando te recuperaste después del choque, estabas a favor de tomar decisiones pragmáticas de forma muy elocuente.

—Se trataba de sacrificarme a mí mismo —le replicó Falk—. No a Ratonazo. Él es uno de los míos. Es mi responsabilidad y depende de mí. No lo voy a dejar tirado.

—Podríamos movernos más rápido sin él. Nada es seguro aquí fuera. Nada está garantizado. Probablemente ya estemos muertos, pero tenemos más posibilidades de estarlo si llevamos la carga de alguien que está demasiado herido como para luchar o moverse. Nuestra única posibilidad es mantenernos en movimiento y alejarnos del camino de esos cabrones.

—En lo que se refiere a Ratonazo, ¿sería útil encontrarle un lugar donde refugiarse?

—Por supuesto. Tal vez podríamos conseguir que se sintiera más cómodo. Podríamos defender una posición. Joder, si se llegara a esa situación, yo preferiría dejarlo en un lugar donde pudiera permanecer abrigado y alimentado antes que abandonado bajo la lluvia. Démosle al hombre alguna posibilidad de sobrevivir.

Falk se quedó pensativo por un momento.

—Lo intentaremos en esta granja, entonces. En esta casa.

—No crees que sea real.

—Si no es real, ya lo comprobaremos. Si es real, le dará a Ratonazo algo de tiempo.

—Vale —respondió Rash, aunque no parecía muy convencido.

—Rash —le dijo Falk—, si hubieras tenido alguna oportunidad de decidir en todo este asunto, ¿habrías dejado atrás a alguno de los de Hotel Cuatro?

—Tienes razón —admitió Rash.

Para cuando alcanzaron las faldas de la sección más densa del bosque, la lluvia había cesado y había salido el sol. La temperatura subió rápidamente, un cambio poco natural desde el punto de vista humano. Una vez más le recordó a Falk sus primeras e incómodas impresiones sobre 86 como una instalación forzada para el asentamiento. Sólo les hicieron falta unos cuantos minutos de intensa luz del sol cayendo sobre la cubierta vegetal para sentirse incómodamente acalorados. La luz de color amarillo era moteada, filtrada a través del inconstante entramado de hojas, lo que convertía el interior del bosque en un deslumbrante palacio con estampado de leopardo. Cuando Falk miró hacia arriba, la luz resplandecía y brillaba más allá de los árboles como si fuese agua reflejada.

Llegaron hasta el borde del bosque, a menos de un kilómetro de la parcela del mapa. Era un edificio, después de todo, una estructura de un tamaño considerable. Se podía ver con claridad desde el lugar donde se habían detenido. Estaba al otro lado del bancale de una enorme pradera y más allá de un grupo de árboles. A su derecha, la pradera se curvaba para encontrarse con el límite de los bosques, que se extendían a lo lejos en suntuosos pliegues hacia el interior de las colinas. Estas tierras altas eran enormes. Falk las había visto desde el panzudo y desde el este del lugar donde estaba ubicada la estación meteorológica, pero ahora él se encontraba a sus pies y podía comprender perfectamente la magnitud de sus proporciones.

A su izquierda había unas extensas praderas que se alternaban con grupos de bosques que salpicaban la larga pendiente de tierra hasta el lejano e invisible curso de la carretera. La niebla cubría toda aquella parte, el calor del humo y la luz de una tarde extendiéndose hacia el océano bajo el sol.

El cielo estaba claro, el azul en polvo de los minerales del suelo. El sol había derretido todas las nubes.

Falk echó un vistazo al edificio usando el enfoque. Era una construcción impresionante, una casa de dos o tres plantas con un diseño moderno y rectilíneo, rodeada por pequeños anexos y construcciones adicionales. Preben se refirió a ella de pasada como si se tratase de un rancho, pero a Falk le daba la impresión de que no era eso. Las construcciones adicionales parecían simples edificios para el servicio o

almacenes, no la infraestructura de una estación agrícola activa. Se trataba de una casa de alto nivel, una mansión, una casa de campo.

—Real —dijo Rash.

—Aparentemente —le contestó Falk.

—No se ve a nadie por los alrededores —apuntó Valdes.

Ajustó la panorámica y el enfoque de sus potentes lentes de largo alcance en su M3A, como si se dispusiera a sacar una foto del lugar.

—Prosigamos —dijo Rash. Miró a Falk esperando su señal de aprobación. Había una cierta incomodidad entre ellos. Eran los hombres más veteranos del grupo; ambos, jefes de escuadra. Falk, Bloom, técnicamente superaba en rango a Rash debido a que entre los soldados que aún permanecían en pie quedaban más de su sección original, pero Rash tenía la ventaja de estar ileso, mientras que Falk había sufrido una herida.

—Vamos —asintió Falk.

La pradera estaba cubierta por una alta hierba inclinada, rígida y de color oro como la paja. Cada tallo tenía unas grandes hojas y pequeñas flores blancas de las que caían las semillas. La hierba les llegaba por la cintura, un lago seco de color amarillo. Se adentraron en él caminando con dificultad. Los rayos del sol evaporaban la humedad del suelo, envolviendo la pradera en una leve niebla blanca, como el aire en una sauna. Se aferraba con fuerza, en una capa de no más de treinta centímetros de profundidad sobre la hierba. Billones de diminutas manchas del tamaño de motas de polvo verdes y blancas flotaban sobre el manto de la niebla. Agitadas y frenéticas, ninguna de ellas se elevaba más de cinco centímetros por encima de la capa de flujo flotante. La luz, el calor, la fantasmal sombra de niebla, el confeti de manchas, hacían que todo pareciese un sueño. Reinaba la serenidad.

Falk inclinó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos, sintiendo sol en su malherido rostro. Notó un agradable calor en la sangre, no el sudor pegajoso que se desprendía de su columna vertebral. Por primera vez desde la estación meteorológica, sintió como si estuviera habitando en un cuerpo con vida en vez de revolverse alrededor de un traje prestado de carne muerta.

Estaban a medio camino a través del prado, dirigiéndose hacia el grupo de árboles, cuando un ruido resonó por todo el valle. Se oyó un zumbido atronador, una avalancha de sonido que dividió el aire de norte a sur paralelamente a la carretera. Justo en los talones sintieron una serie de golpes profundos y bajos.

Todos ellos miraron hacia el oeste. Al principio no se veía nada excepto un día cálido y claro. Y luego algo. Erizadas torres de humo y ceniza de color marrón tostado, espesas, onduladas, se elevaban desde el suelo a unos diez o doce kilómetros al noroeste de su posición.

Aún estaban mirando las torres de humo cuando oyeron de nuevo el zumbido.

Esta vez estaban mirando, así que pudieron ver el punto negro, bajo, horizontal, ultrarrápido, procedente del norte, volando velozmente hacia el sur, con el chorro de empuje propio de un ataque en vuelo rasante. En el extremo sur del paso vieron como el punto giraba, se ladeaba, subía y bajaba antes de elevarse del todo; un destello de luz del sol en un lado de la cara o en una cubierta. Para entonces habían aparecido más torres de humo, ocultando las primeras, más grandes y ominosas. Esta vez presenciaron la chispa central de la detonación, el destello que siguió a la explosión.

—Mierda —exclamó Valdes.

—Un ataque aéreo —comentó Preben.

—Un ataque al valle —añadió Rash—. Atacando con fuerza el valle. La carretera.

—Pero ¿son los nuestros? —preguntó Ratonazo, haciendo una pregunta tan obvia que nadie había pensado en ella.

—No tengo una perspectiva lo suficientemente buena —dijo Preben—. Es algún tipo de aeronave de ataque a la superficie.

—La aeronave de ataque a tierra estándar de los US es el A6, el Thunderdog. Esas naves tienen ocho motores de conductos LA TF6. Son rápidas.

—Eso era rápido —apuntó Valdes.

—No, rápidas de verdad —insistió Falk—. Si una de esas aeronaves fuera la que está proporcionando un poco de apoyo aéreo directo, ni siquiera la veríamos.

—¿Desde cuándo sabes tanto de eso? —le preguntó Preben.

«Desde que el padre del hombre que se esconde tras los ojos de Nestor Bloom trabajara para USCAM Propulsión en Fallowmal», quiso responderle Falk.

—La aeronave de ataque a tierra estándar del Bloque es el Sukhoi 41 —dijo Ratonazo.

—El Frogeye —recalcó Falk.

—Eso es —le confirmó Ratonazo—. ¿Crees que ése es el que estamos viendo?

—Me parece lo más probable —asintió Falk.

—Necesitamos llegar hasta los árboles —apuntó Rash.

Todos lo miraron. Rash estaba mirando fijamente a lo lejos, a través del mar de niebla, tallos de hierba y remolinos de manchas. Bajo la línea del valle, donde las torres de humo crecían y se extendían en el soleado aire, aparecieron unos pequeños puntos de color negro. Tres... No, cuatro. Diminutos para empezar. Como granos de pimienta.

En el viento, intermitente en un primer momento, les trajo el ruido de los rotores.

—Rash tiene razón —dijo Falk.

Comenzaron a moverse, recuperando su rumbo, apresurándose con urgencia renovada. Atravesaron el campo hacia la espesura de los eucaliptos de nieve y los árboles sombríos. Los puntos se acercaban. Su sonido era una fuerte onda que cortaba el aire, que se desplegaba por toda la pradera como el ruido de unas cortadoras de

césped lejanas.

Ratonazo estaba rezagado. Preben y Rash lo agarraron y, casi en volandas, corrieron con él a través de la hierba. Los tallos se agitaban alrededor de sus piernas. Los *blurds* volaban junto a sus caras, tan insustanciales como plumas polvorientas.

Llegaron hasta las sombras de color esmeralda de los árboles, se dispersaron entre ellos y se agazaparon entre las gruesas y expuestas raíces cubiertas por la maleza.

Las oscuras formas bajaron por el valle dirigiéndose hacia ellos, a baja altura sobre los dorados prados iluminados por el sol. Las líneas de las máquinas voladoras y su fuselaje de color negro brillante le recordaron a Falk unos grandes escorpiones con la forma invertida. Las pinzas elevadas estaban en la parte trasera, y el gancho de metasoma en la parte delantera. Falk sabía qué eran. Kamov Progressiv 18s, el mejor helicóptero de combate del Bloque. Las pinzas de la parte trasera eran los soportes gemelos característicos del sistema rotor basculante. En sus enormes panzas había espacio para todo un escuadrón contra incendios, pero también llevaban una cantidad significativa de armamento de ataque terrestre. No tan grande, o tan rápido, o tan versátil como un Boreal del D.M.O.A., pero considerablemente más mortífero.

Los helicópteros de combate se movían hacia el valle, siguiendo la línea de la carretera, claramente rastreando el terreno en busca de movimiento o señales de calor. Permanecían juntos como en un paquete flotante, pero cada poco tiempo uno de ellos se detenía y se desviaba para dar vueltas sobre un objetivo terrestre antes de reunirse con la formación general.

Cuando empezaron a ponerse a la misma altura, uno de ellos se separó y comenzó a sobrevolar las laderas de la pradera hacia el grupo de árboles.

—Oh, mierda —susurró Valdes. Preben preparó su M3A, quizá creyendo realmente que podía derribar a un helicóptero de combate del Bloque si llegaba hasta él.

—¡Apagad los códigos de aura! —gritó Ratonazo—. ¡Desactivad esos malditos hijos de puta, rápido!

El K-18 se aproximaba. El característico ruido interno de las enormes aspas de sus rotores no se oía con más fuerza, pero podían sentirlo más profundamente en sus pechos. El ruido hacía temblar los árboles. A medida que se acercaban a la pradera, las góndolas de los motores comenzaron a inclinarse hasta ponerse verticales, lo que formó remolinos en la hierba que había debajo de ella y elevó columnas de niebla.

Se estaba aproximando. Podían ver el destello de la luz del sol reflejado en el cristal teñido de color marrón de la cubierta con forma de burbuja, las líneas rojas en que terminaban las tomas de los motores de turboeje. La parte delantera, aquella cola de escorpión situada en el lugar equivocado, estaba erizaba de puntos de anclaje de armamento con una potencia de fuego suficiente como para derribar todos los árboles y convertirlos en pulpa de madera y al mismo tiempo lanzar un ataque contra carros

de combate a ocho kilómetros de allí.

—Manteneos agachados —ordenó Rash.

El Ka-18 pasó rápidamente junto a ellos, arremolinando la niebla. Sintieron la ráfaga de aire impulsado por los rotores como un viento de invierno, olieron los gases de escape, el humo intenso y metálico. Los árboles se inclinaron y las ramas crujieron.

El pájaro del Bloque se aproximó a la casa de campo volando cada vez más y más bajo, como si estuviera tratando de inclinarse y mirar a través de las ventanas de una casita de muñecas. Había venido a investigar la estructura. Tan cerca, la furia de sus motores no era ya tan sólo un rugido. Era algo más complejo. Los profundos y violentos golpes estaban acompañados por un ligero y delicado tintineo de las placas de distribución y las varillas de empuje.

La parte principal de la casa era un elegante rectángulo adornado con tejas blancas en forma de escamas de pescado. Había unas enormes ventanas de color negro en la parte frontal y en el lado que Falk podía ver. La casa tenía buen aspecto. Le recordaba a un lugar de retiro del que un viejo colega le enseñó unas fotos una vez. El Renacimiento Neoasentamiento. Líneas simples y ángulos rectos. Minimalista y extravagante.

Falk observó como la rapaz aeronave sobrevolaba en círculos el lugar, vio la oscura forma reflejada en las ventanas, como un tiburón deslizándose en un oscuro acuario. La corriente descendiente de aire agitaba y revolvía la hierba de alrededor de la parcela, agitando la niebla como si fuera algodón de azúcar. Falk se dio cuenta de que la hierba alta se extendía hasta los límites de la parcela y crecía entre la casa y algunas de sus dependencias anexas. Hacía por lo menos unas cuantas semanas que nadie cuidaba el exterior del lugar o pasaba la máquina cortacésped a los jardines. La casa estaba situada en mitad del prado salvaje como si acabara de elevarse desde el suelo.

Nada se movía en el interior de la casa. Nadie salió a saludar al depredador que andaba acechando, nadie salió huyendo por las puertas traseras tratando de llegar corriendo hacia el bosque. No había perros ladrando.

El Ka-18 dibujó un último círculo en el aire, rotando muy cuidadosamente sobre sus dos motores, que seguían en posición vertical como si fuesen parasoles, y luego volvió a salir a toda velocidad, con el morro hacia abajo y los rotores inclinados, abriendo el acelerador en una repentina explosión de energía. Bajó rugiendo ladera abajo y se dio la vuelta hacia el sur en busca de los de su propia especie.

Esperaron un momento a que la risa persistente de su sonido hubiese desaparecido.

—Preben, tú y yo —le dijo Falk a Rash. Se volvió hacia Valdes—. Tú te quedarás aquí cuidando a Ratonazo por mí. ¿Vale?

—Vale, tío. De acuerdo, Nes, eso haré.

—Conecta de nuevo tus códigos. Te mandaremos una señal tan pronto como hayamos llegado al lugar —le dijo Falk.

Valdes hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Lo que tú digas, Nes. Ratón estará bien conmigo.

Los tres se levantaron y se alejaron de los árboles en dirección a la casa. El edificio era muy simple, muy minimalista, como si hubiera algo inacabado en él.

El primer edificio al que llegaron era un cobertizo prefabricado, vacío excepto por algunos bidones metálicos que alguna vez podrían haber contenido pintura o una solución impermeabilizante. El siguiente cobertizo adyacente, era una estructura de almacenamiento más importante, perfectamente fabricada de madera pulida. Preben derribó la puerta.

El cobertizo estaba lleno de materiales de construcción sin usar. Había contenedores de azulejos, rollos de tela asfáltica, metros y metros de moqueta de aspecto caro, paquetes de repuesto de tejas con forma de escamas de pescado, pintura, una caja de accesorios de iluminación. Los accesorios eran unas caras piezas de cobre de alta calidad, del estilo Primeros Asentamientos, posiblemente incluso auténticos. Antigüedades restauradas. Rash trató de encender las luces del almacén, pero no funcionaban.

—La siguiente puerta del edificio es el generador —dijo Preben.

—Plantas autosuficientes con un acumulador solar. Probablemente también aerogeneradores, pero no veo ningún rotor. Podría hacerlo funcionar.

—Revisemos la casa primero —propuso Falk.

Llegaron hasta un lado del edificio principal. Las puertas correderas, con aislamiento contra el frío invierno y blindadas contra los intrusos, estaban, no obstante, abiertas. El marco estaba cableado con unas complejas instalaciones de seguridad recién colocadas que nunca habían sido conectadas. Incluso la manija de la puerta todavía tenía jirones del envoltorio protector de su embalaje colgando de ella.

Preben abrió la puerta. Rash entró en primer lugar, caminando despacio con el PAP. Había un vestíbulo de entrada, una sala cubierta con mosaicos, luego una gigantesca cocina, diáfana y digna de un estilo de vida privilegiado. Las superficies eran de cristal y esmalte, y la cocina de cerámica multifuncional. Nunca había sido utilizada. Todavía tenía los materiales de embalaje en el interior del compartimento del horno. Había un espacio preparado para contener una nevera enorme. No había agua, ni fría ni caliente, en los grifos manuales. Se podía percibir el olor a humedad a causa del vacío y el frío, pero también a productos químicos, a pintura nueva, selladores, tratamientos especializados de construcción. Falk pasó la mano a lo largo de una elegante encimera de cristal, y se tiznó con un residuo de polvo, como el más fino serrín.

Salió al vestíbulo exterior con su Koba preparado. El pasillo era el triple de alto, un espacio de salida tubular con una claraboya tintada que hacía que el azul del cielo pareciera aún más azul. No había moqueta ni baldosas en el suelo, únicamente el entablado y las conexiones bajo el zócalo de fibraplaca expertamente cortado a medida y todavía marcado con el sello borroso de color rojo del proveedor. El borde rugoso de las capas de aislamiento y amortiguación aún sobresalía alrededor de las placas de zócalo a la espera de ser recortado. La escalera era grandiosa, curvada al estilo de la nobleza de los primeros asentamientos, con balaustres labrados a mano. El pasamanos era una delicada pendiente de madera curvada al vapor, pulida y brillante, del color del caramelo.

Más allá de una amplia puerta estaba el corazón de la casa, una superficie habitable increíblemente amplia, diáfana, en dos niveles. Las espectaculares ventanas, con cristales fotorreceptivos, ofrecían una vista panorámica sobre la pradera hacia las distantes colinas costeras donde se encontraba la estación meteorológica. Se suponía que debía haber una chimenea por allí, pero no había sido instalada. La mayor parte de ella estaba todavía en el suelo en montones envueltos con láminas de plástico. Llevaba allí el tiempo suficiente como para haber dejado unas profundas e indelebles huellas en la alfombra, por otro lado sin usar. La chimenea era otra ostentosa pieza del diseño de los Primeros Asentamientos, mármol y pizarra; una verdadera antigüedad.

Falk se arrodilló junto a la chimenea empaquetada y la examinó. Probablemente habría más de una tonelada de material sobre la alfombra. Pensó cómo sería la clase de persona cuya vida necesitara una declaración de intenciones como ésa. Esa persona tendría que tener disponible una gran cantidad de dinero y una poderosa noción de su significado. Una cosa era la construcción de una casa tan imponente. Era una declaración de nuevas raíces, de un compromiso de futuro: un buen lugar con unas buenas vista en un mundo prometedor, la fundación de un legado, un soporte fundamental de la humanidad. Un asentamiento como 86 trajo con él una industria de servicios, una oleada de artesanos y especialistas, fontaneros, ingenieros, carpinteros, albañiles, carpinteros, vidrieros, e instaladores de techos. Dados los prácticamente desaprovechados recursos naturales de 86, un artesano decente podría haber ideado, fabricado y colocado una chimenea de una magnificencia similar por una pequeña parte de su precio. Y también una gran escalera elaborada con madera natural. Por no decir que las fábricas de Shaverton deberían haber sido capaces de producir aparatos de iluminación de buena calidad.

Pero el constructor de esta casa lo había traído todo desde Eyeburn. Eligió los materiales, los compró, y pagó para que los enviaran desde otros mundos. Falk se estremeció al pensar en el enorme desembolso que representaba la chimenea, el coste de carga útil, los gastos de flete para el transporte a bordo de una nave espacial. Era

un hábito perdurable del hombre arrastrar con él los símbolos de Estado de su pasado. Era una desafiante aserción de permanencia, dos dedos en la cara de la inmensidad deshumanizada de la galaxia.

La parte verdaderamente irónica, por supuesto, era que esta clase de renacimiento mobiliario era parte de una tendencia ultramoderna para estar a la moda en la frontera. Durante mucho tiempo, era lo que se había hecho al importar muebles y accesorios de la Tierra, para trasplantar el clásico estilo y esencia hogareño a suelo extranjero: tener una chimenea, una tapa corrediza de escritorio o unas zapatillas de baño que una vez estuvieron en Francia, Argentina o Noruega, tener azulejos coloreados a mano que procedían de una granja holandesa, o un suelo de madera recuperado de una biblioteca italiana. Era una patología que Falk no podía entender, una fijación del nacimiento de un mundo, una obsesión con lo original y lo auténtico. Una mesa de cocina fabricada con roble nacido en la Tierra poseía una conexión espiritual que ninguna otra mesa podría conseguir, ni aunque estuviese hecha a mano con madera de calidad superior a la del roble que la raza humana había introducido en el asentamiento.

Pero esa moda estaba ya considerada como de mal gusto.

Lo que había que tener en estos días era una pieza de genuino diseño de los Primeros Asentamientos, un sofá del Tres, un solano del Nueve, ladrillos recuperados del Diecisiete. Restos arquitectónicos rescatados de la Primera Expansión de los asentamientos de mundos, a menudo procedentes de estructuras rudimentarias que habían sobrevivido durante mucho tiempo a su finalidad original o estética, eran comprados y enviados para captar el aroma del asentamiento humano. La gente pagaba un recargo por ello. Las chimeneas, ventanas y puertas que habían sido fabricadas por cualquier medio local estaban disponibles a partir de cualquier material local. Debido a que las importaciones de la Tierra habían sido carísimas en los primeros tiempos, ahora estaban siendo exportadas con grandes gastos a nuevos asentamientos con el fin de captar ese espíritu fronterizo. Falk pensó que se le escapaba el sentido de querer irse al otro extremo. Capturar realmente el espíritu de la frontera sin duda significaría construir lo que necesitabas con los recursos de tu alrededor, sin importar los resultados de un trabajo similar realizado por anteriores pioneros.

Levantó la mirada y vio a Rash mirando fijamente la chimenea.

—Probablemente costó más traer esto hasta aquí que lo que costó todo el Equipo Hotel —comentó.

—Algunos cabrones están locos —respondió Rash.

—Pero es curioso ver cómo son los únicos que acaban con una mansión diseñada al estilo artesano de Casman en las colinas desiertas al lado del océano de un asentamiento de alta calidad, ¿verdad?

—Eso siempre me ha parecido muy gracioso —respondió Rash.

Falk se puso en pie.

—El trabajo en este lugar se detuvo en seco hace meses —afirmó.

—Estoy de acuerdo. O hace más tiempo.

—Pero tenían la intención de continuar —dijo Falk.

—¿Se les acabaría el dinero?

—Tienen un almacén repleto de objetos muy caros listos para ser colocados. No me digas que alguien con esta influencia no podría haber contratado a trabajadores locales para continuarla con una garantía. Quiero decir, si el dinero era el problema, habría sido más fácil acabar este lugar de forma menos opulenta, y luego pagar a la cuadrilla con una parte de los beneficios de la venta en lugar de simplemente pararla en seco.

—Algo más debió de haber sucedido entonces. ¿Algo legal? ¿Algún permiso? Dijiste que la designación del mapa resultaba extraña.

—Tal vez.

—Tal vez alguien creyó que había comprado realmente toda esta parcela, comenzó el trabajo, y luego descubrió que no tenían la aprobación de los registros. O quizá la venta de la parcela no salió adelante. A lo mejor se encuentra en un estado de suspensión a causa de alguna clase de acciones legales en curso.

—Sí —dijo Falk—. Habría sido un bonito lugar.

La ventana cambió suavemente a medida que las luces exteriores también cambiaron. El sol se había escondido, perseguido por unas nuevas nubes. Falk contempló el descenso de la brillante luz del sol retrocediendo a través de las praderas hacia la carretera, y cómo los brillantes pastos dorados se tornaban de color caqui. Una pequeña ráfaga de lluvia golpeó contra las ventanas.

—Al menos es un techo —declaró Rash—. Podemos mantener a Ratonazo a cubierto, y tal vez calentarle algo de comida.

Rash hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Preben entró en el espacio habitable y les hizo una señal.

—Hay alguien aquí —les dijo.

Lo siguieron hasta fuera, a lo largo del pasillo que conducía hasta otras enormes salas: un estudio y un comedor. Aquella ala de la casa estaba ligeramente más acabada.

—¿Qué has visto? —le preguntó Falk a Preben.

—Aquí abajo —dijo Preben— hay una pequeña cocina, una habitación y un baño al fondo. Es como un anexo. Creo que es para un sirviente o el ama de llaves.

—Está bien.

—Hay alguien viviendo aquí.

El anexo debió de ser probablemente la primera parte de la casa en ser acabada, tal vez para proporcionar un alojamiento básico a un capataz o un supervisor permanente en el lugar. Había moqueta y suelo de baldosas, y aunque no había electricidad, si salía agua de los grifos de la cocina. En las tres habitaciones había pruebas de vida. Ropa sucia, una cama deshecha, un trozo de fibraplaca colocada sobre la ventana de la habitación a modo de cortina. Había unas cuantas latas autocalentables abiertas y vacías, envolturas de alimentos, platos sucios, cubiertos, copas, basura. También había platos y vasos con velas pegadas en charcos de cera: cada nueva vela que se encendía, era colocada sobre los restos de la última. En la cocina permanecía el olor de la comida fría y rancia del día anterior; en el baño, el aroma del jabón añejo, en la habitación sin ventilación, una fragancia a cuerpo humano.

—Alguien ha estado aquí recientemente —dijo Preben.

—Más de una persona —añadió Rash.

Recogió dos zapatos deportivos de litex del desorden del suelo y los colocó suela contra suela. Ninguno de los dos era grande, pero uno de ellos era por lo menos dos tallas más pequeño que el otro.

—Quienesquiera que fueran, podrían haberse marchado de aquí hace al menos una semana —dijo Falk.

Preben negó con la cabeza. Cogió una de las latas abiertas de la encimera de la pequeña cocina y se la dio a Falk. Tenía una cuchara de plástico en su interior, un utensilio para la comida de los bebés. La lata aún contenía restos de alguna clase de imitación de postre de arroz.

En un autocalentador, se tiraba del aro, y al quitar la tapa, el forro térmico calentaba rápidamente el contenido.

La lata estaba todavía caliente.

Se miraron unos a otros.

Una nueva oleada de lluvia golpeó las ventanas del anexo.

—Traed a Ratonazo y a Valdes —le dijo Falk a Preben.

—¿Sí?

—Vamos a buscar por todas partes y a averiguar quién vive aquí.

Preben asintió y regresó a la salida de la cocina. Avanzando juntos, Rash y Falk terminaron de inspeccionar las habitaciones de la planta baja y luego subieron a la primera por la escalera trasera del edificio anexo. Tenía moqueta en el pasillo, pero no en las habitaciones vacías.

Entraron en una de ellas pintada como un dormitorio infantil. Las paredes blancas estaban cubiertas con caras de dibujos animados y formas de colores brillantes, y la luz del techo era un móvil de planetas giratorios y lunas alrededor de un sol. Contra la pared había una caja con ruedas con la cara sonriente de una vaca en uno de sus

lados. La caja estaba llena de juguetes infantiles completamente nuevos y unos enormes libros de tela de colores vivos. No había cama, ni armario, ni escritorio, ni silla. La habitación nunca se había terminado.

Al lado había dos dormitorios que estaban parcialmente equipados. Las alfombras habían sido colocadas para revestir el suelo, y unas improvisadas cortinas colgaban de las ventanas. Había unas camas antiguas pero en buen estado, con colchones y ropa de cama desgastados. Las camas estaban hechas. Las habitaciones eran frías, pero Falk observó que en ambas había estufas portátiles. En sus frías atmosferas se respiraba un leve aroma a incienso, pachuli o rosa.

Falk miró a Rash. Había un cuarto de baño conectado a una de las habitaciones, y Rash avanzó un poco para examinarlo.

Falk regresó al vestíbulo. Las voces enmascaradas bailaban nuevamente en su oído, y necesitaba tener un segundo de silencio para comprobar si tenían algún sentido. Vio una habitación enfrente, un patio al aire libre, o una sala de secado con una claraboya en el techo y bastidores de madera para la ropa. La puerta estaba entreabierta.

Se acercó hasta allí con el Koba apoyado en el hombro. Luego apoyó todo el peso en la mano derecha que agarraba el arma por la empuñadura y metió la culata bajo la axila para, con la mano izquierda, empujar la puerta y abrirla completamente.

Nada. Sacos vacíos de lino de color blanco para la lavandería. Los decoradores usaron los bastidores de madera para guardar sus sábanas dobladas.

—Salid —dijo.

Ella apareció, muy lentamente, de detrás del estante más lejano. Tenía el cabello rubio corto rapado en casa en un corte al estilo élfico, una figura pequeña y atlética, tensa y delgada. Su expresión era fuerte, desafiante. Otras dos chicas se escondían en las sombras detrás de ella, pero Falk no se fijó tanto en ellas como en el cuchillo de cocina que llevaba la chica rubia en su mano derecha.

—Puedes bajar eso —le ordenó inmediatamente.

Ella lo mantuvo en alto. La luz del día que se reflejaba en la larga hoja dejaba ver que estaba temblando ligeramente, pero por la tensión de su agarre más que por miedo. Las chicas de su espalda murmuraban ansiosamente entre ellas. Los músculos de las comisuras de su mandíbula estaban tan tensos como nudillos.

—Déjalo —le repitió—. No lo necesitas.

Ella frunció los labios, enseñó los dientes, y luego comenzó a acercarse a él profiriendo una sarta de insultos, un desafío, una maldición, un hechizo para hacerlo retroceder a la fuerza y alejarlo.

—¡Eh! ¡Eh! —le gritó él.

—¡Déjanos tranquilas! ¡Déjanos tranquilas a mí y a mis amigas! ¡Vamos! ¡Fuera de aquí! —le gritó ella a su vez—. ¡Vete! ¡Vete o te cortaré las pelotas!

—¡Eh! —repitió él, bajando lentamente el Koba—. ¡Eh, no pasa nada! ¡Todo va bien! ¡Soy de la D.M.O.A.! ¡No voy a haceros daño! ¡Tú sólo baja el cuchillo! ¡Te prometo que no te haré daño!

—¿Eres de la Oficina? ¿Eres un soldado de la Oficina de Asentamiento? —le preguntó ella. Había duda, sorpresa, en su pregunta.

—Sí, lo soy. Sí. Ahora, baja eso. Nadie va a hacerte daño. Baja eso y podremos hablar.

Falk sintió que algo le tocaba la parte de atrás de la cabeza. Era duro y frío. Se quedó paralizado. Sabía que la boca del cañón de un arma automática descansaba sobre su cráneo.

—Joder —susurró.

—Joder, sí, tienes razón —dijo Rash. De pie justo detrás de Falk, presionándolo un poco más fuerte con su PAP 20.

—¿Qué estás haciendo, Rash? —le preguntó Falk.

—Bien. Te voy a hacer una pregunta, Bloom —le contestó Rash—. Y la pregunta es: ¿desde cuándo hablas ruso?

—¿Qué mierda está pasando, hombre? —exclamó Valdes—. Rash, ¿qué cojones estás haciendo, tío?

—Quítale el arma —le ordenó Rash, aún apuntándolo de lleno con su PAR. Dejó que Falk se volviera para enfrentarse a él.

—Es el puto Bloom, tío, ¿estás loco?

—¡Desármalo ahora mismo! —le gritó Rash—. ¡Preben, ayúdame! Vamos, hay tres mujeres del Bloque en ese cuartucho, y nuestro compañero Bloom estaba hablando con ellas en ruso. ¡En ruso! ¡No va a volver a tocar un arma hasta que nos dé una explicación! ¿Vale?

Preben dudó un segundo, luego se acercó, dejando a Valdes estupefacto, con Ratonazo en la parte superior de la escalera.

—Esto es un error —dijo Ratonazo—. Esto no está nada bien.

Sonaba ebrio, vago, desorientado. El color de su piel no era muy bueno. Se apoyaba en la columna superior de la enorme escalera para sostenerse.

—Está bien, Ratón —dijo Valdes—. Está bien. Vamos a solucionar esto, tío.

Preben se acercó a Falk y a Rash. Su joven rostro reflejaba una mirada semejante a la de un animal inmovilizado por unos faros.

—Quítale el arma, Preben —le ordenó Rash.

—No hay necesidad de esto —le dijo Falk—. Vamos.

—Coge su arma, y la pistola también —insistió Rash.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué pasa? —preguntó la chica rubia desde el cuartucho detrás de ellos.

—¡No pasa nada! —le gritó Falk por encima de su hombro—. ¡Todo va bien!

Se detuvo, observó la mirada de Preben, la expresión de Rash. Oyó el sonido de su propia voz, las palabras que acababa de pronunciar. No en inglés. En absoluto. Algo con fluidez, sin esfuerzo, que podría haber sido cualquier cosa para todos, pero que sonaba a ruso.

—Cabrón —le espetó Preben, y arrancó el Koba de la mano de Falk.

—No, no lo entiendes —protestó Falk.

—No digas ni una palabra más, Bloom —lo amenazó Rash—. Ni una sola palabra más hasta que hayamos acabado. ¿De acuerdo? ¿Entendido?

Falk hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Preben se colgó el Koba en el hombro izquierdo por la correa, luego sacó el APD de Falk de su funda. También cogió su cuchillo.

—Cubrid a las mujeres —le dijo Rash a Preben—. Simplemente mantenedlas a cubierto. Vigila a esa zorra rubia, tiene un cuchillo.

—Está bien —asintió Preben. Las mujeres del cuartucho se habían quedado en

silencio.

Rash hizo un gesto con su arma y le señaló a Falk que se dirigiera a una de las habitaciones decoradas de forma tan primitiva. Este hizo lo que se le dijo. Era la habitación con baño. No había otra salida, y la ventana era una unidad sellada.

—Quédate aquí —le ordenó Rash.

Falk se lo quedó mirando fijamente.

—Volveré dentro de un minuto —le dijo.

Retrocedió, sujetando firmemente el PAP 20, y luego cerró la puerta. Solo, Falk bajó las manos. Esperó un segundo. Oyó las voces que se alzaban en señal de protesta, las mujeres farfullando de miedo mientras Preben le quitaba el cuchillo de cocina y registraba a las demás por si llevaban algo oculto. Oyó a Rash y a Preben dándoles instrucciones, lentamente y en voz alta, en inglés, a las que las chicas respondían aterrorizadas en ruso. La chica rubia era la más estridente. Ninguna de ellas sabía hablar realmente en inglés, sólo unas cuantas palabras y la frase «por favor, no hacer daño». Rash continuaba diciéndoles que se callaran y se sentaran. Le dijo a Preben que iba a usar el cuartucho como una celda de retención para ellas tan pronto como estuviera seguro de que las mujeres no escondían nada más peligroso que un cuchillo de cocina.

Falk se sentó en la cama, escuchando las dos conflictivas conversaciones superpuestas de fuera, dos idiomas en colisión. Podía entenderlos los dos. Se tumbó sobre la delgada y desgastada colcha y cerró los ojos.

—¿Cleesh? Por favor. ¿Estás ahí? ¿Cleesh?

Estaba totalmente convencido de que no obtendría ninguna respuesta cuando ella le contestó.

—Pensábamos que te habíamos perdido para siempre.

Su voz era esquelética y lejana, pero en la oscuridad de sus ojos cerrados le llegaba como un suave oleaje envuelto en agua tibia.

—¿Qué sucedió? —preguntó él.

—No lo sé. Podíamos oírte, pero estaba claro que tú no podías oírnos a nosotros. Ayoob dice que había alguna clase de retraso en la reposición sensorial. Tal vez fuera un efecto colateral de lo que quiera que sea lo que esté utilizando el Bloque para codificar las señales en esa zona.

—¿No estarán simplemente interfiriendo nuestras comunicaciones? —preguntó él, disfrutando de la tranquilidad de la cálida oscuridad por un momento, la sensación de su cuerpo y sus extremidades relajadas, apoyadas y balanceándose en el oscuro seno.

—Si estuvieran interfiriendo, ¿cómo podrían coordinar sus propias respuestas? —le contestó Cleesh—. Es un efecto de recodificación. Muy específico, muy nuevo. Nuestras fuentes dicen que el D.M.O.A. está volviéndose loco intentando encontrar la

clave.

—¿Qué más dicen las fuentes, Cleesh?

—No mucho. Se avecina una gran tormenta. Mucha actividad en Thompson Diez y en los campos de Broadknot, y en otros diversos depósitos. En el Cabo también están sucediendo algunas cosas. Los conductores de vehículos comerciales están despejando la órbita de estacionamiento. Un amigo de un amigo dice que eso sólo pasaría si algún enorme fruto[®] culo se estuviera acercando a un tránsito de intersistemas.

—¿Algo grande?

—Ya sabes, Falk. Alguna enorme nave de la Flota Armada de los Estados Unidos. Una nave principal de combate.

—Se acabaron los buenos vecinos.

—Y siglos de paz, no lo olvidemos.

—¿Qué sucedió, Cleesh? ¿Con el idioma?

Oyó una pequeña y avergonzada risa.

—Podíamos oírte, Falk. Una vez que conseguiste las lentes podíamos oír lo que estabas diciendo acerca de la traducción. Hicimos una para ti y te la enviamos de vuelta, pero era evidente que no podías oírla. Así que supuse que al menos podríamos permitirte que lo tradujeras tú mismo. De todos modos, tengo tu enlace conectado. Al idioma ruso. Sólo al nivel básico. Pensé que te estaba ayudando.

—Eso se volvió en mi contra.

—Lo siento —dijo Cleesh. Un agua invisible chapoteó a su alrededor.

»Hay... —continuó, pero cualesquiera que fueran sus últimas palabras, se oyeron confusas y se convirtieron en un sonido incomprensible. El chasquido del escarabajo, el gorjear del sapo.

—¿Qué? —preguntó él—. ¿Qué?

—Hay buenas noticias —repitió ella, regresando con más fuerza y mayor claridad.

—¿Sí?

—Oh, sí. Ayoob cree que te puede sacar.

—¿Fuera del tanque? —preguntó Falk.

—Fuera del tanque, fuera de ese tipo.

—Bloom.

—Sí, Bloom. Por supuesto. Ayoob cree que ha creado un... Bueno yo no entiendo nada de eso, para ser sincera. Alguna clase de regulador neuronal. Básicamente amortiguará y absorberá cualquier trauma que puedas sufrir durante la desconexión. Bueno, parece que lo que ocurre es que podemos sacarte con vida. Buenas noticias, ¿no?

—¿Podéis sacarme de aquí?

—Sí, Falk. ¿Es que no me estabas escuchando?

—¿Y qué pasa con Bloom? —preguntó Falk—. ¿El regulador lo protegerá a él también? Si no es así, el trauma probablemente lo joderá por completo.

Ella no le respondió.

—¿Cleesh? ¿Todavía puedes oírme?

—Sí. Sí, Falk. Estoy aquí.

—¿Cuál es la respuesta, Cleesh? ¿Estará protegido o no?

—Tenemos que sacarte de ahí, Falk. Bari lo sabe. Los abogados del D.M.O.A. lo aceptan. No podemos ponerte en peligro por más tiempo.

—Y entonces, ¿qué? ¿Bloom se jode?

—Escucha, Falk. No es agradable. No es lo ideal. Ambos lo sabemos. Ambos también sabemos que esta operación conllevaba riesgos sin evaluar. Bloom también lo sabía.

Falk suspiró.

—Pero el resultado final es que si me salvas a mí y me sacas de aquí, Bloom muere como consecuencia del biochoque resultante.

—El resultado final es que Bloom está muerto de todas formas —le respondió Cleesh—. Lo siento. Él sólo sigue aún viviendo porque tú estás allí. Ya no queda nada. Aunque pudiéramos sacarte sin ningún trauma, desaparecería y moriría sin ti manteniendo en funcionamiento sus funciones automáticas.

Falk permaneció tumbado en silencio. Abrió los ojos y se quedó mirando fijamente al techo de color gris pálido de la habitación, la sombra borrosa de la lluvia cayendo al otro lado de la ventana. Cerró los ojos de nuevo, regresó a la oscuridad y la cálida suspensión salina del tanque Jung.

—Si dejas esta vida —dijo tranquilamente—, este cuerpo se muere. Sin mí a bordo para manejarlo, Bloom está acabado.

—Falk...

—Voy a mantenerlo con vida. Teóricamente, podría mantenerlo con vida hasta que encontrara una estación médica para que lo traten y lo ayuden y tú hallaras una forma indolora de desconectarme.

—Ninguna de esas dos cosas son especialmente probables, Falk —replicó Cleesh—. Sobre todo, en el plazo de tiempo que tenemos disponible. Sí, hipotéticamente, si Bloom tuviera un pleno y sistemático soporte vital, y descubriéramos cómo desconectarte sin consecuencias traumáticas, entonces él podría tener una oportunidad. Pero eso supone un gigantesco esfuerzo. Tenemos que barajar todas las posibilidades, Falk. Tenemos que sacarte de ahí.

—No —replicó él.

—¿Falk?

—No me desconectéis a menos que tengas mis instrucciones precisas, ¿me oyes,

Cleesh?

—No hagas eso, Falk.

—¡Maldita sea, no me desconectes hasta que yo te diga que lo hagas! ¿Vale? ¿De acuerdo? ¡Cuento contigo, Cleesh! ¡Cuento contigo! ¡No permitas que lo hagan, ni Ayoob ni el puñetero Bari Apfel! ¿Me comprendes?

—Por favor, Falk...

—Joder. ¿Me entiendes?

—Hablaré con ellos, Falk.

—Haz algo mejor que eso. Haz lo que yo te diga.

La puerta de la habitación se abrió de golpe. Falk abrió los ojos y se sentó rápidamente. Preben estaba de pie en la puerta, con Rash a su lado.

—¿Con quién estabas hablando? —le preguntó Preben.

—Con nadie.

—Entonces empieza a hablar con nosotros —le dijo Rash, entrando en la fría habitación delante de Preben—. Y hazlo bien. Realmente bien.

—Ha habido un desafortunado malentendido —anunció Falk.

—¿Sí? ¿Cuál? —preguntó Rash.

—Tengo un parche lingüístico.

Rash se encogió de hombros.

—¿Y qué?

—Él lo hizo —dijo Preben tranquilamente—. Se puso uno de esos artilugios de censura del lenguaje. Todos nos cabreamos con él por hacerlo.

Rash seguía mirándolo.

—Es bastante bueno a la hora de soltar tacos, por lo que he visto —replicó.

—Un disparo en la cabeza —le explicó Falk—. Creo que se jodió el aparato.

—Vas a seguir jugando esa carta, ¿eh? —le preguntó Rash.

—Únicamente cuando sea la verdad —le contestó Falk.

—Está bien. Explica el ruso.

—En serio, Rash, comprendo por qué te extrañó tanto. A mí también me sorprendió.

—Sí, claro.

Falk se puso de pie.

—En medio de todo esto, todos pudimos oír los cotilleos. Todos oímos lo que se decía sobre que el Bloque podría estar involucrado. Esta vez parecía que era verdad. Así que fui y me puse el parche porque supuse que habría una gran cantidad de medios de comunicación, y no quería avergonzar a mi madre al aparecer en un servicio de noticias con la boca sucia. Nuestros valientes muchachos que están en la guerra. El D.M.O.A. pagó el coste de los parches. Todos visteis las noticias. Parches gratis.

—La mayoría de nosotros podemos evitar soltar tacos —dijo Rash.

—El tipo que me lo hizo me dijo que, si me rascaba el bolsillo, él podría parchear todo lo que yo quisiera —siguió explicando Falk—. Dijo que yo podría adquirir un nivel básico de ruso y de chino. Por el precio de unas cuantas imitaciones de cerveza. Así que elegí el ruso. Pensé que me podría resultar útil. Esperaba que no tuviera que serlo. Lo juro por Dios, muchachos, se me había olvidado hasta que estaba aquí. Nunca lo había usado. Nadie me había hablado nunca antes en ruso. Sólo respondí. Ni siquiera me di cuenta de lo que estaba sucediendo hasta que vi vuestra reacción.

Preben lanzó una mirada a Rash.

—A mí me suena bastante convincente —le dijo.

Rash frunció el ceño.

—Sí. Y suena exactamente como lo que diría cualquier espía del Bloque —contestó Rash—. Sabemos que estaban muy profundamente introducidos entre nosotros antes de que nos cayera toda esta mierda. Sabemos que estaban en el lugar apropiado y listos para avanzar. Sería lógico pensar que hubieran estado también entre nosotros.

—Oh, vamos, Rash —exclamó Falk—. Piensa bien en ello.

—¿Eres capaz de mirarme a los ojos y decirme que no eres un infiltrado del Bloque?

—Sí, Rash. Eso es exactamente lo que estoy haciendo.

—¿No eres un espía?

Difícil de responder. Mucho más difícil. No había forma alguna de controlar los sentimientos.

—No soy un espía —le contestó Falk.

—Ni siquiera puedes mentir bien —le espetó Rash—. Cabronazo, lo puedo ver en ti. Ni siquiera eres capaz de mentir.

—Rash, no seas un tonto de mierda —exclamó Falk—. Si soy lo que dices, ¿por qué habría hecho cualquiera de las mierdas que he hecho estos últimos días?

Rash no respondió.

—¿Habría puesto a tiro a Kilo en el complejo hortofrutícola? ¿Habría llevado a cabo el loco plan de Masry para escapar de aquí? Si yo fuera un infiltrado del Bloque, os habría conducido a una trampa, o simplemente me hubiera sentado y provocado problemas en el camino.

Rash lo miró, luego salió de la habitación. Falk miró a Preben.

—¿Qué piensas? —preguntó Falk—. ¿Qué sale simplemente para pensárselo un poco más?

Preben sonrió. Dejó caer el Koba sobre los pies de la cama. El peso hizo tambalearse el colchón. Después le entregó a Falk su APD y su cuchillo.

—Me acojonaste de verdad hablando de esa forma, como los del Bloque —le dijo

Preben en voz baja.

—Me acojoné hasta yo —le respondió Falk con una sonrisa—. ¿Qué hicisteis con esas chicas?

Estaban en el cuartucho, agachadas en una esquina.

—Venga —dijo Falk—. Salid de ahí. Vamos a hablar.

Ellas lo miraron fijamente, ariscas y reacias.

—Todo está bien —les aseguró.

Ellas se levantaron.

—Todo está bien —dijo él de nuevo.

—Esto es raro de cojones —le susurró Preben—. La forma en la que dices esas cosas.

—Lo sé —le susurró él también.

—¿Adonde quieres llevarlas? —preguntó Rash.

—¿Dónde están Valdes y Ratón?

—En la sala principal. El salón.

—Llevémoslas de regreso al edificio anexo —dijo Falk—. Allí es donde estaban viviendo. Vamos a darles algo de comida, algo de beber, y preparemos algo para nosotros también. Quizá estén dispuestas a hablar más si se sienten más cómodas.

Rash asintió. Condujeron a las tres muchachas hasta el final del pasillo y bajaron por la escalera trasera. La chica rubia era claramente la cabecilla. Mantenía a las demás juntas, con uno de sus fuertes brazos sujetaba por los hombros a la más pequeña, una pelirroja, como si fuera su hermana menor. La otra chica, una morena alta y demasiado delgada, era casi de la misma edad que la rubia, y se mantenía a su sombra, con la cabeza agachada. La chica pelirroja aún mostraba un ligero asomo adolescente en su rostro y en su cuerpo. La morena habría sido una modelo de pasarela tan sólo con que se irguiera y echara la cabeza hacia atrás. La rubia simplemente poseía un tremendo poder, como un luchador.

—¿Cómo os llamáis? —les preguntó Falk.

Había un pequeño hornillo de fusión en el espacio de la cocina del anexo, y Preben hirvió un poco de agua en una jarra de cristal. En la encimera había un bote de cocina abierto con imitación de café. Las chicas se sentaron en un pequeño banco bajo la ventana y lo miraron fijamente.

—¿Vuestros nombres? —les repitió.

—Pregúntales si tienen papeles —dijo Rash—. Identificaciones, broches, documentos, algo por el estilo.

Falk les repitió la pregunta en ruso.

—Ellos los cogieron —respondió la chica rubia, levantando la barbilla hacia arriba para liberar las palabras, como si su boca experimentara un retroceso al hablar.

—¿Quién lo hizo? ¿Quién los cogió?

—Popa —dijo tranquilamente ella—. Popa y los hombres.

—¿Así que teníais papeles pero ellos os los quitaron? ¿Y esos papeles demostraban que sois todas ciudadanas del Bloque Central?

Hizo una señal de asentimiento con la cabeza.

—¿Con permisos de viaje de 86 hacia dónde? ¿A uno de los feudos polares?

Otra señal de asentimiento.

—Pero sin visado, supongo, ni dispensa de entrada para los Estatus Unidos de los Territorios del Norte. Los lugares donde están el buen trabajo y el dinero de verdad.

Ella negó con la cabeza.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Tal —respondió ella.

—Hola, Tal. Alguien, ¿tal vez ese tal Popa?, os prometió que os llevarían al territorio de los Estatus Unidos, ¿verdad? Os dijeron que podrían llevaros a ti y a tus amigas hasta la frontera, encontraros algo de trabajo, dinero en mano. A cambio, tuvisteis que darles vuestras identificaciones.

—Sí.

—¿Cuánto?

—Seiscientos cada una. Bueno cuatrocientos cincuenta por Lenka, porque ella es más joven. —Señaló a la chica pelirroja—. Nos dijeron que en un par de meses habríamos conseguido veinte veces más.

—¿Qué clase de trabajo os ofrecieron? —preguntó Falk.

—Trabajo de bar. Camarera en una pequeña ciudad. Elaboración de alimentos, ya sabes. Tal vez trabajo de granja.

—¿Y qué resultó ser, en realidad?

—Ya sabes lo que resultó ser —le respondió ella.

Preben estaba echando el agua en las tazas y removiendo el contenido. El tintineo de la cuchara era, de alguna manera, prosaico e irritante. Falk miró a Rash.

—Fueron víctimas de la trata de blancas —explicó—. Traídas por la frontera del norte, tal vez a través de Antrim por la autopista, con la promesa de un trabajo de verano. Pero se vieron obligadas a realizar trabajos sexuales.

Rash pensó en ello durante un segundo.

—¿Aquí? —preguntó.

—¿Eso sucedió aquí? —le preguntó Falk a la chica rubia.

—Primero estuvimos en otro lugar durante unas cuantas semanas, abajo, en el valle, en una granja. Después nos trajeron hasta aquí.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Cuatro meses.

—¿Por qué no se marcharon? —preguntó Rash—. Pregúntaselo a ellas.

—¿Por qué no os marchasteis?

—No teníamos papeles —dijo la chica rubia—. No nos dieron dinero. No teníamos ropa. No sabíamos dónde estábamos. Además, nos amenazaron y nos golpearon. Popa o uno de sus hombres estaban aquí todo el tiempo.

—¿Popa es ruso?

Ella negó con la cabeza.

—No, él es de los Estados Unidos, como vosotros.

—¿Dónde está el guardia ahora? ¿Por qué estáis aquí solas?

—Hace cuatro días, el hombre que estaba aquí recibió un mensaje de teléfono. Se fue a toda prisa. Dijo que volvería al cabo de tres horas, dijo que debíamos quedarnos aquí, y que tendríamos un grave problema si no nos quedábamos aquí. Dijo que Popa nos encontraría y nos cortaría la cara. Pero nunca regresó, y nadie volvió jamás. Y nosotras no sabíamos qué hacer.

—¿Por eso os escondisteis?

Ella asintió con la cabeza.

Falk les dijo a Preben y a Rash todo lo que ella le había contado.

—He visto esta clase de cosas antes —comentó Rash—. En 80. Emigrantes buscando trabajo, tratando de permanecer fuera de la red. Nadie los echa de menos. Nunca antes lo había visto con ciudadanos del Bloque, pero no me sorprende. Responden a un anuncio, hablan con algún tipo en un bar, y lo siguiente que saben es que están prisioneros en algún lugar.

—Bueno, ellas podrían simplemente irse. Salir huyendo —dijo Preben.

—¿Salir de aquí? —preguntó Rash—. Este tipo de territorio a las afueras es perfecto. No hay nadie alrededor en kilómetros. En cuanto al tráfico de paso, la mayoría son hombres. No hacen preguntas. ¿Los conductores que llegan a la estación, los trabajadores temporales del campo? Sólo vienen buscando imitación de cerveza, una cama y un polvo. Así es la economía. Oferta y demanda.

—Aquel viejo espíritu de la frontera —apuntó Falk—. Sudor, trabajo y una justicia elemental. Buenos valores tradicionales.

—No pensarás que todo esto es a causa de unas muchachas, ¿verdad? —preguntó Preben.

—¿Qué si pienso que es qué a causa de unas muchachas? —le preguntó Falk.

—Esta guerra —le contestó él—. ¿No creerás que el Bloque haya venido en plan matón porque un grupo de agricultores de los asentamientos se han apoderado de unas cuantas muchachas?

—Algunas veces eres un gilipollas, Preben —dijo Falk—. Esto no es más que la misma mierda de siempre. El Bloque no se preocupa por estas mujeres más de lo que lo hacen los Estados Unidos. Ellas no son más que víctimas estadísticas.

—Aunque existe una relación —apuntó Rash—. La frontera es claramente muy

porosa, al menos en términos del mercado negro. Esto sugiere unas rutas que podrían ser usadas para llevar a otras personas hasta el otro lado de la frontera. Los insertados. Las fuerzas del Bloque estaban integradas en la región, esperando salir a la luz. Probablemente, así fue como consiguieron entrar.

Falk asintió con la cabeza.

Supieron que las muchachas se llamaban Milla, Lenka y Tal. Milla era la morena alta. Lenka era su hermana pequeña, que no parecía querer hacer otra cosa que no fuera llorar sin hacer ruido. Falk cogió un café y se sentó en la pequeña cocina a hablar un rato con Tal.

—¿Sabes qué es este lugar?

—Popa dijo que iba a ser la casa de un hombre muy importante. Este hombre, que había puesto una reclamación por la tierra, se adelantó y comenzó a construir. Pero la demanda fue rechazada, o algo así. Así que la construcción se detuvo. El hombre estaba muy enfadado.

—¿Sabes cómo se llamaba el hombre?

Ella negó con la cabeza.

—Nunca me lo dijeron, pero vimos algunos documentos la primera vez que llegamos aquí, y tenían escrito el nombre de Seberg.

—¿Ellos usaron la casa porque estaba vacía?

—Porque estaba vacía y porque tenía una cierta clase. Popa dijo que podía conseguir más dinero llevando a los hombres a un lugar mejor. Creo que el hombre que poseía esta casa tenía negocios con Popa, y con los hombres que nos vendieron. Todos ellos trabajaban en la minería y en el transporte.

—Entonces, los hombres que venían aquí, ¿eran conductores? ¿Transportistas? ¿Agricultores?

—Algunos, pero la mayoría de ellos eran mineros. Ingenieros de las minas. Los que hacían prospecciones. Estaban trabajando en la zona. Se quedaban durante uno o dos meses.

—¿Eran ciudadanos del Bloque?

—Sí, y también de los Estados Unidos. De ambos lados.

Falk oía la lluvia caer sobre las claraboyas.

—¿Trajeron más chicas con vosotras?

—He visto a algunas más —le confirmó ella—. Pero no nos mantenían a todas juntas.

Falk se quitó las lentes, cerró el reproductor, congeló una imagen y se las dio a Tal para que se las pusiera.

—¿La reconoces? —le preguntó.

Ella se veía rara con la cabeza en alto y las lentes puestas, como si estuviera mirando algo invisible frente a su cara.

—No la conozco —respondió.

—Está bien.

—Pero reconozco al hombre que está con ella.

—¿Si? —le preguntó él.

Tal asintió con la cabeza y le devolvió las lentes.

—Venía aquí algunas veces. Era un cliente.

Falk se puso las lentes y miró la imagen fija que le había enseñado. Un momento de la grabación de Smitt. La chica que le había disparado y un hombre grande de cabello oscuro, agachados junto a la escotilla abierta del *Pika-don*, iluminados por una intensa luz blanca. Un segundo después, se levantaban y caminaban hacia la cámara.

—¿Estás segura de que es él?

—Sí.

—¿Sabes su nombre?

—No.

—¿Era del Bloque o de los Estados Unidos?

—Era del Bloque —le aseguró Tal—. Pero fingía que era de los Estados Unidos. Su acento era bueno, pero no creo que fuese así de bueno. Era como el tuyo. Podría decir que era falso.

—Tenía un parche lingüístico.

—¿Qué es eso? —le preguntó ella.

El negó con la cabeza, como si no tuviese importancia.

—Así que parecía que sonaba como si fuese de los Estados Unidos.

—Oí que Popa decía que era un socio de negocios. También oí a alguien más decir que era un trabajador de una granja local. Sus manos olían a abono para plantas. No era nada agradable.

—¿A qué se dedicaba Popa? ¿Lo sabes? Además de explotar a las chicas, me refiero.

—Popa dijo que trabajaba en el depósito de combustible. Como proveedor de suministros. —Ella lo miró fijamente—. Me preguntaste por la chica primero. ¿Por qué?

—Porque me disparó.

—¿Te disparó? —Su voz estaba teñida de incredulidad.

—Esto es un agujero de bala —dijo él, señalándose la cara.

Ella se inclinó hacia Falk, entornando los ojos para ver mejor la herida.

—¿Ahí entró una bala?

—Sí.

—¿Todavía estás vivo?

—La verdad es que yo también estoy pasmado.

Ella lo miró más de cerca, fascinada.

—¿Te duele?

—Sí —le dijo—. No lo toques.

La chica se apartó bruscamente.

—No lo iba a tocar —le contestó—. No volveré a tocar a un hombre nunca más.

La chica se puso en pie y caminó hacia la encimera.

—¿Quieres otra bebida? —le preguntó—. Yo sí.

—No, gracias —respondió Falk.

—¿Qué está pasando aquí? —quiso saber ella—. Oímos bombas, antes. Y después ese cóptero se acercó mucho.

—Hay una guerra —dijo Falk—. Ha comenzado una guerra de verdad.

Falk se dirigió a la espaciosa sala de estar. Valdes estaba durmiendo sobre uno de los sillones envueltos en plástico. Ratonazo estaba sentado en otro. Parecía medio dormido, también, pero estaba rígido e incómodo, y su piel parecía de cera. Falk se arrodilló junto a él. Su respiración era superficial y dificultosa, y cuando Falk la escuchó de cerca, pudo oír un crujido desagradable en lo más profundo de su pecho.

Fuera estaba empezando a oscurecer, y la capa de lluvia empapaba la creciente oscuridad. En la penumbra se podía ver a Rash y Preben caminando por el perímetro de la casa, mirando hacia el valle en la zona de la carretera.

En la cocina del anexo, Milla había encendido una vela en el interior de una copa.

—Mantenla alejada de las ventanas —le advirtió Falk.

Tal estaba dormida en el banco, con Lenka acurrucada en el asiento junto a ella, con la cabeza apoyada en su regazo. Falk entró en la pequeña y desaliñada habitación que compartían y cerró la puerta tras él.

—¿Cleesh?

Esta vez se oían unos cuantos sonidos accesorios, clics de escarabajos y gorgoteos de anfibios.

—¿Cleesh?

Se sentó sobre la cama deshecha. Las chicas probablemente habían compartido la cama para calentarse. Las cosas se habían acumulado alrededor y debajo de ella: trozos de velas, envoltorios de alimentos, ropa sucia. También había libros, libros de imágenes de colores cogidos, suponía él, de la habitación infantil de arriba. Tomó uno de ellos. No había visto ningún otro libro en la casa, pero se figuró que las chicas lo habían elegido porque no tenía las impenetrables losas de un texto escrito en inglés que una novela puede contener. Simples títulos en negrita que acompañan atractivas y fascinantes fotografías.

Nuestra Gran Aventura, decía en la cubierta. Las palabras estaban superpuestas a la imagen de un hombre con un traje espacial de la Primera Era realizando una

actividad extravehicular, flotando al lado de una cápsula en la órbita cercana a la Tierra. La Tierra se veía parcialmente reflejada sobre la enorme cúpula teñida de oro de su casco. Parecía indefenso, a la deriva, como un hombre muerto, hinchado, flotando en unas aguas revueltas. El acrónimo de color rojo de su agencia de lanzamiento estaba grabado a lo largo de la placa del pecho de su traje presurizado de color blanco nieve. Las sombras eran duras. La luz era dura, había escasa difusión, una especie de pureza.

En su interior, las palabras contaban una versión muy simple de los primeros hitos de la expansión posterrestre. La carrera espacial. Falk había olvidado que alguna vez se la hubiera llamado así. Una forma muy simple de llamarla, tan alegre y optimista. Por lo que él sabía, no había habido un caballeroso juego limpio. Solamente tres superpotencias mundiales envueltas en una despiadada, y a menudo temeraria, competición para establecer los dominios más allá de los límites terrestres. Dos de ellas, los Estados Unidos y el Bloque, habían utilizado fundamentalmente la Primera Era para continuar y expandir la rivalidad de su guerra fría a través de la superioridad tecnológica y un esfuerzo temerario.

Estaban los grandes momentos que él recordaba de las imágenes de sus propios libros infantiles, los componentes básicos que habían llevado a la aceleración real en la Primera Expansión. Vostok y Gemini. Glenn y Leonov. Shepherd y Gagarin. Los programas Soyuz, Apollo y Long March. Los lanzamientos. Las órbitas. Los paseos espaciales y los incendios de la plataforma de lanzamiento. La fotografía más memorable de todas, la imborrable imagen del primer hombre en la luna: Virgil Grissom en junio de 1967.

—¿Falk?

Se sobresaltó y dejó caer el libro.

—¿Cleesh? ¿Dónde estabas?

—El mismo problema de antes, lo siento —dijo ella.

El cerró los ojos y se deslizó en la oscuridad para poder escucharla mejor.

—Tengo una pequeña información para ti —le dijo ella—. He estado escuchando. Lo siento. Era difícil no hacerlo. Te he localizado en el registro de la propiedad de la Oficina de Asentamiento. Bueno, es casi seguro que sé dónde estás. Había un Grayson Seberg trabajando en el Suministro de Recursos aquí, en 86. Era el director de operaciones. Cuando las secciones de costa y la sección de la autovía de Gunbelt se abrieron para el desarrollo, solicitó alrededor de unas cuatrocientas ofertas de compra de parcelas privadas en el área.

—Eso es mucho.

—Así es, aunque no es inusual para un alto ejecutivo que está cerca de su jubilación y quiere hacer grandes inversiones en un asentamiento en desarrollo. De hecho, Seberg formaba parte de un pequeño cartel. Especuladores privados, varios de

ellos con estudios en mineralogía y ciencias de la tierra. Creo que esos treinta años trabajando como proveedor de recursos en un mercado en desarrollo como éste le enseñaron que las inversiones más inteligentes eran los derechos y las infraestructuras mineras. Cogió los fondos de su jubilación de Suministro de Recursos y eligió las montañas Gunbelt. Creó una pequeña compañía llamada Exploraciones Oceánicas.

—¿Esta casa?

—Un lugar de retiro. Un sitio familiar cerca de la mayor parte de sus inversiones.

Falk suspiró. El agua lo envolvía

—¿Y luego?

—Hasta hace aproximadamente dos años, las cosas le estaban yendo francamente bien a Exploraciones Oceánicas. Estaban desarrollando relaciones con varias grandes entidades empresariales de los Estados Unidos y del Bloque, probablemente buscando la propuesta adecuada para poner en marcha una aventura conjunta y comenzar a explotar las tierras de Seberg que sus socios habían asegurado.

—¿Así que jugando en ambos bandos?

—Nada extraño allí. Seberg trataba por igual a las compañías mineras del Bloque y de los Estados Unidos, a los inspectores o a las firmas de ingeniería de extracción. Su compañía estaba también en conversaciones con dos consorcios de procesamiento chinos. Estaban manteniendo reuniones para entrar en negocios con las compañías mejor posicionadas.

Falk se tendió en la sucia cama, escuchando su voz.

—Hace dos años comenzaron los problemas —añadió Cleesh—. Al principio fueron pequeñas cosas. Varios artículos en el noticiero de Shaverton afirmaron que Seberg había usado datos de propiedad protegidos adquiridos durante los años que trabajó como proveedor de suministros para informarse a la hora de elegir territorios. Su oficina y dos de las mayores compañías mineras de los Estados Unidos de Marblehead lo iban a demandar por uso de información privilegiada. Seberg fue expedientado y dijo que era difícil clavar un alfiler en un mapa de 86 y no perforar algún valioso recurso minero, y que él simplemente encarnaba al ideal de emprendedor del asentamiento y bla, bla, bla. Pero luego todo se volvió raro.

—¿A qué te refieres...?

—Todo quedó en silencio. Exploraciones Oceánicas cerró la tienda. Seberg desapareció del mapa, y todos los proyectos de la zona se paralizaron. Si levantas la tapa y examinas los archivos, como yo acabo de hacer, podrás ver por qué. La Oficina de Asentamiento intervino. Primero acusaron a Seberg y a Exploraciones Oceánicas de explotar parcelas antes de su aprobación y de que los permisos hubieran sido concedidos o la propiedad transferida formalmente. Luego los sacudieron con una Orden de Desarrollo Estratégico.

—Duro. ¿Qué conclusión sacamos de todo esto?

—¿Qué conclusión sacas tú de todo esto, Falk? —le preguntó ella.

Él se encogió de hombros.

—La parcialidad hacia los Estados Unidos en 86 es particularmente obvia. Quizá Seberg estaba siendo demasiado amable con un socio del Bloque y a varios rivales de los Estados Unidos no le gustó.

—Eso suena creíble, ¿verdad?

—Bueno, seguramente había mucho en juego —le contestó él—. ¿Miles de millones, quizá, a largo plazo, desde la extracción? Depende de lo que él tuviera aquí. Un par de grandes corporaciones de los Estados Unidos creen que van a salir perdiendo, ejercen un poco de presión a la Oficina de Asentamiento, que entonces cae sobre Seberg. Supongo que si Seberg y sus socios no habían presentado sus solicitudes de manera impecable, la Oficina de Asentamiento podría haber encontrado algún detalle técnico para aprovecharlo, y convertirlo en motivos para rechazar formalmente todas las ofertas pendientes de Seberg.

—Lo cual, por encima de todo, dejaría a un grupo de socios del Bloque Central del norte de la frontera muy descontentos, lamentándose por el fracaso de su acuerdo y por su inversión perdida.

—En efecto, eso es lo que pasaría —le confirmó Falk.

—Es una noticia bastante seria —comentó Cleesh.

—Es una noticia muy, muy importante —afirmó Falk—. ¿Estás de broma? Es la evidente inclinación mostrada por la Oficina de Asentamiento y el uso de su poder y su influencia para favorecer los intereses de los Estados Unidos, y al hacerlo comenzar la primera guerra pos mundial. Nuestros nombres se verán muy bien en los premios.

—Lo harán. Bari dice...

—Escucha, Cleesh. Creo que aquí tenemos que pisar con mucho cuidado. Bari trabaja para la D.M.O.A., y la D.M.O.A. no deja de tener un interés personal en todo esto. ¿Puede oírme decir esto?

—No.

—Es la verdad. La D.M.O.A. es una gran corporación de los Estados Unidos.

—Estoy de acuerdo, con la salvedad de que la D.M.O.A. es el principal inversor en los asentamientos de 86, y lo ha sido desde los primeros días, y no tiene un interés particular en las competencias de la minería. Aunque la inclinación de la D.M.O.A. estuviera a favor de los Estados Unidos, una guerra en 86 la perjudicaría en varios aspectos fundamentales. Bari quiere que esto salga a la luz tanto como nosotros. Si puede hacer algo para romper el bloqueo y traer este conflicto de vuelta del mismo borde del abismo, tenemos todo su apoyo.

Se oyó un lejano ruido, un sonido hueco. Alguien había golpeado contra el exterior del tanque Jung, y el eco del tambor de la caldera había retumbado hasta él a

través del agua.

—Sería muy útil conseguir alguna prueba de ello —dijo Falk.

—¿Qué piensas que estoy haciendo? —le replicó Cleesh—. Estoy revisando algunos archivos bastante gruesos, aquí: Seberg, Exploraciones Oceánicas, las ofertas de las parcelas, los acuerdos de negocio, el Orden de Desarrollo Estratégico...

—Sí, pero ése será el registro oficial. La Oficina de Asentamiento y las corporaciones favorecidas habrán ocultado cualquier cosa inapropiada muy cuidadosamente. Necesitaríamos contratar abogados para buscar las pruebas, y aunque encontraran alguna irregularidad, probablemente sería algo tan sutil que carecería de cualquier peso en las noticias.

—Puedo conseguir un equipo que se encargue de eso —le contestó ella—. Bari puede traer algunos especialistas.

—Esperemos por ahora. Se venderá mejor si logramos que una firma independiente haga las investigaciones. La huella de la D.M.O.A. no sería de mucha ayuda.

—Bueno, caray, Falk, no sé lo que un pez gordo como tú tiene en el banco, pero yo no me puedo permitir ese tipo de ayuda. Necesitamos a Bari para esto.

—No, necesitamos una salida. Tenemos que decidir cómo vamos a publicar esta noticia y a manejarla. Eso significa una agencia o red muy respetable. Piensa un poco. Entre los dos tenemos un montón de contactos.

Alguien volvió a golpear suavemente la cubierta de metal de su tanque.

—Por tanto ¿lo que quieres son las pruebas? —preguntó ella.

—No lo sé. Resultaría útil saber si un depósito determinado o inusual fue la raíz del conflicto. Sería bueno encontrar a Seberg o a alguno de sus socios.

—Ah, con respecto a eso... —dijo ella—. Puede que no sea mucho, pero en los archivos de los empleados del depósito de Eyeburn aparece un administrador de archivos llamado Reed Popper. Estuvo allí durante dos años y figuraba aún en el momento en que el lugar dejó de comunicarse.

—¿Él era proveedor de suministros?

—No, era contratista, pero le pagaban como proveedor de suministros. Me estaba preguntando si sería vuestro «Popa». Lugar apropiado, momento oportuno, probablemente conocía a Seberg...

—Probablemente.

—Lo localicé de nuevo, y sólo te diré que su registro de identidad no es muy explícito. No está suficientemente claro quién es Reed Popper, de dónde viene, o cuando llegó a 86.

—Mira a ver lo que puedes hacer para rastrear a Seberg o a alguno de sus asociados clave —le pidió Falk—. El verdadero premio, supongo, sería la prueba de que la corporación de los Estatus Unidos está explotando cualquiera de los recursos

que Seberg reclamó en esta zona.

—Porque no debería ser así, ¿no?

—Exactamente porque no debería ser así. La Oficina de Asentamiento le arrebató todos los derechos sobre las tierras a Explotaciones Oceánicas. ¿Conocemos los motivos del Orden de Desarrollo Estratégico?

—No están obligados a difundir las condiciones —le aclaró Cleesh—. Lo revisaré minuciosamente para comprobar si existe cualquier indicio. Por lo general, se emiten ya sea para resguardar la seguridad de un Estado soberano o para proteger un área de singular interés científico o un entorno natural de excepción.

—Está bien, así que técnicamente todas las parcelas deberían haber vuelto bajo la protección de la Oficina de Asentamiento. ¿Cómo hicieron con la llanura del oeste en 77? ¿Con el habitat de esos herbívoros de pastoreo?

—Así es. Y con esa enorme refinería que los chinos trataron de construir en una isla fuera del asentamiento del Bloque en 26. Todo aquel alboroto, Falk, ¿recuerdas?

—Sí. Por lo tanto, si hay un operador u operadores comerciales de los Estados Unidos trabajando en cualquier parte en lo que solían ser las propiedades de Explotaciones Oceánicas, aunque de manera preliminar, es una prueba más que evidente el que la Oficina de Asentamiento obligara a los competidores comerciales a retirarse, despejara la región y dejara entrar a los intereses nacionales de los Estados Unidos por una puerta trasera. Sería la principal prueba de una conducta impropia con prejuicio parcial.

—En ese caso, me apuesto dinero de verdad a que está conectado con lo de Heligo —dijo Cleesh.

—¿Lo que aparece en la grabación?

—Sí. ¿Has visto la grabación desde que te parché, verdad?

—No, yo...

—¡Falk! ¡Ponte las pilas! La traducción que conseguí de tu versión de sonido deja bastante claro que Heligo es lo importante. Sea lo que sea Heligo.

—Mierda. Está bien. Voy a reproducirlo de nuevo ahora y...

El golpeteo sonó de nuevo. Alguien pateando el exterior del tanque.

—¡Nes! ¡Nestor!

Falk se levantó, con los ojos abiertos. Valdes entró en el dormitorio con gran agitación.

—¡Tienes que venir, tío! ¡Tienes que ver esto!

Fuera ya había caído la noche, una fría y dura noche presidida por una lluvia desagradable. Falk siguió a Valdes a través de la sala palaciega. Todos se habían reunido allí para mirar por las caras ventanas hacia el oeste. Incluso Ratonazo, desplomado sobre el sofá, había abierto los ojos y se había incorporado un poco.

Más allá del borde del bosque, a unos seis o siete kilómetros, el paisaje estaba iluminado. Unos grandes destellos de descargas de proyectiles iluminaban las nubes bajas con un resplandor anaranjado. Después de cada uno, transcurrido un tiempo, se oía el lejano estallido de las detonaciones. Cada explosión sonaba como si alguien estuviera pateando el exterior de una caja de metal.

Se trataba de un duelo de artillería, un enfrentamiento armado de gran tamaño, a lo largo de la línea de la carretera y sobre el área donde estaba el depósito. Los rápidos y parpadeantes destellos, los eructos de gas en combustión, eran las firmas de los disparos de las armas principales de los blindados. El resplandor de los estallidos, más grande y lento, era de las detonaciones. Las bolas de fuego de los proyectiles de alto explosivo. Las breves y gigantescas explosiones pertenecían a algo subiendo mientras su compartimento o grupo motor era alcanzado. La lluvia de chispas provenía de los cascos blindados destrozados. Falk podía ver las ráfagas de las trazadoras y la ocasional y extraña luz parpadeante de los disparos láser.

—Joder —susurró Preben.

Todos veían el reflejo de color ámbar de sus propios rostros horrorizados en el cristal de la ventana, iluminado por los fuegos lejanos. La unidad de vidrio sellada se estremecía en su marco con las sacudidas más fuertes. Tal apretaba con fuerza a Lenka contra ella.

—¿Qué está pasando, Falk? —preguntó Cleesh.

—El contraataque de la Oficina de Asentamiento ha comenzado —le comunicó Falk—. Las fuerzas de tierra vienen directamente hacia el valle por la carretera, y se han encontrado cara a cara con las unidades del Bloque.

—Todos podemos ver la mierda que está pasando, idiota —le espetó Rash.

—Lo siento, yo... —se disculpó Falk—. Lo siento.

Falk vio pequeñas luces, como luciérnagas, que aparecían y desaparecían alrededor del espectáculo. Eran cópteros artillados de combate que realizaban ataques terrestres, visibles por las relucientes descargas de sus armas.

—El puto bosque está ardiendo —dijo Valdes, apuntando hacia allí—. El puto bosque.

A su izquierda, a unos tres kilómetros de la casa, una gran parte de la línea de árboles estaba ardiendo con un color amarillo vivo. Falk vio las bandas negras de los troncos de los árboles en el resplandor, y se dio cuenta de que la estela de humo

proveniente del fuego, negro sobre negro, ocultaba una sección completa del infernal cielo de la noche. Algo había salido mal, y alcanzó a los árboles, o quizá algo había disparado a un objetivo camuflado en el bosque. Rayos H, probablemente, quemando y abrasando la vegetación.

Todos estaban contemplando el incendio del bosque cuando llegó «el grande». Sintieron como sacudía el edificio, y el destello fue tan brillante que todos ellos gritaron. Una inmensa lengua de fuego se extendió por el cielo, hirviente y feroz. Fue igual que una supercatástrofe volcánica. El fuego no se extinguió, sino que se avivó. Las llamas se elevaron un kilómetro en el aire, un húmedo fuego anaranjado que se enrollaba y se plegaba en un infernal humo de color negro.

Unos cuantos segundos después de que el destello y la tierra chocaran, la onda expansiva de la explosión los alcanzó, golpeando los árboles de los bosques cercanos, aplastando la hierba alta de la pradera, salpicando el gran ventanal con semillas, trozos de hierba, gotitas de agua, arenilla y ramitas. El azote duró varios segundos antes de calmarse.

—El depósito —apuntó Rash—. El depósito acaba de explotar.

—Seguro que no fue un objetivo intencionado —dijo Preben.

—No, mierda —contestó Rash.

El colosal resplandor de combustible llenó el cielo occidental como una nueva salida del sol.

—Deberíamos largarnos. Salir de aquí —dijo Falk.

—¿Adonde? —preguntó Rash con un tono de voz presidido por la duda.

—A las colinas. Lejos de todo eso.

—Sí, pero ¿cómo?

—A pie, si es necesario.

—¿Y qué pasa con Ratonazo? —preguntó Rash.

—Lo llevaremos con nosotros.

—Entonces no llegaremos muy lejos —vaticinó Rash.

Falk lo miró.

—No creo que quedarse aquí sea una gran opción durante mucho más tiempo —advirtió, y luego señaló hacia el espectáculo de luces—. ¿Preferirías ir en esa dirección?

Rash le devolvió la mirada.

—Ahora mismo, estamos jodidos hagamos lo que hagamos —dijo—. Creo que deberíamos tratar de restablecer las comunicaciones de nuevo. Veamos si podemos contactar con algunos aliados ahora que están cerca.

—Sí —se mostró de acuerdo Preben—. A estas alturas hay muchas posibilidades de que hayan eliminado ya esa mierda de interferencias.

—¡Eh!

Se volvieron. Era Tal. Estaba de pie junto al sofá, mirando a Ratonazo. Su postura era incómoda, inquieta.

—¿Qué le pasa? —preguntó ella.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Rash.

—¡Mierda! —exclamó Falk.

Se dirigió directamente hacia Ratonazo y se arrodilló junto a él. Los demás se colocaron a su espalda.

—No respira —dijo Preben.

Ratonazo se había desplomado de nuevo, con los ojos cerrados. Incluso en la oscuridad iluminada por el fuego de la habitación, Falk vio la sombra de la cianosis en las mejillas y los labios de Ratonazo.

—¡Oh, joder! —gritó—. No me hagas esto, joder. ¡Ratón! ¡No te atrevas!

—¡Despéjale las vías respiratorias, tío! —gritó Valdes.

—Sí, eso es útil de cojones —asintió Falk.

Estaba tratando de desabrochar la placa pectoral y la camisa de Ratonazo. La presión sobre el magullado torso de Ratonazo debería haber provocado una reacción de fuerte dolor. Ratón ni se movió. No respiraba.

—Vamos —dijo Falk.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Cleesh dentro de su cabeza.

—Ninguno de nosotros es médico —dijo Falk en voz alta—. Ninguno de nosotros es un puto médico. En ocasiones como ésta, realmente querría saber qué hacer con alguien que ha dejado de respirar como consecuencia de un fuerte golpe en el pecho.

—No jodas —le contestó Preben, ayudando con la placa pectoral—. Tenemos que conseguir que vuelva a respirar.

—Aguanta —dijo Cleesh—. Voy a buscar a Underwood.

—Tienes que bombearle el pecho, tío —le dijo Valdes al mismo tiempo que lo empujaba—. Lo he visto. Tienes que hacer que sus pulmones funcionen.

—No tenemos ni idea de las heridas que tiene —intervino Rash—. Si comenzamos a empujarle el pecho arriba y abajo, podríamos clavarle una costilla rota en los pulmones. Lo que podría colapsarlos. O podría tener uno de éstos, un coágulo de sangre.

—Un neumotorax —dijo Falk.

—Sí, eso. He oído hablar de los daños de la pared torácica, donde sectores enteros de la puta caja torácica se desprenden.

—¿Hay en la casa algún botiquín de primeros auxilios? —le preguntó Falk a Tal en ruso—. ¿Nada de nada? ¿Has visto algo?

—Hay una caja en el cobertizo de fuera. Un maletín de primeros auxilios para los constructores que trabajaban aquí —le contestó ella con los ojos muy abiertos—. Algunas veces cogíamos calmantes para el dolor.

—Vete y cógelo. Dile a Preben dónde está —le ordenó. Comenzó a hablar en inglés—. Preben, Tal te va a llevar a coger un botiquín médico de uno de los edificios exteriores. Daos prisa.

Salieron juntos de la habitación, corriendo.

—Señor Falk, aquí Underwood —dijo una nueva voz en su cabeza—. ¿Qué puede decirme?

—Ayer recibió varios disparos en la placa pectoral —dijo Falk—. Tiene graves magulladuras, lesiones en el pecho, ahora ha dejado de respirar por completo.

—¿Qué? —preguntó Rash.

—Sólo estoy pensando en voz alta —dijo Falk.

—Probablemente se trate de una contusión pulmonar grave —dijo Underwood muy despacio—. ¿Tiene la piel de color azul? ¿Y los labios?

—Sí —dijo Falk.

—Sí, ¿qué? —preguntó Valdes.

—¿Cuánto tiempo hace que dejó de respirar? —preguntó Underwood.

—¿Cuánto tiempo hace que dejó de respirar? —preguntó Falk.

—¿Cinco minutos? —apuntó Valdes.

—Estaba bien cuando llegamos aquí —dijo Rash—. Habló conmigo. ¿Dos minutos quizá?

—Dos minutos —contestó Falk.

—Tienes cuatro o cinco minutos como mucho antes de que el daño sea irreversible —dijo Underwood. Su voz sonaba como si estuviera al otro lado de una puerta cerrada—. Tienes que despejar las vías respiratorias y conseguir que respire. ¿Puedes hacerle una reanimación cardiopulmonar?

—La reanimación cardiopulmonar podría hacer que sus lesiones empeorasen —dijo Falk.

—Exacto, exacto —confirmó Valdes.

—Estar muerto también va a hacer que empeoren sus lesiones —dijo Underwood—. Comienza la reanimación cardiopulmonar. ¿Se le puede intubar de alguna manera? ¿Tienes algún tipo de equipamiento médico?

—Comienza la reanimación cardiopulmonar —le dijo Falk a Rash.

—¿Tú crees? —Rash lo miró inseguro.

—Sí. ¿Puedes hacerlo?

—Sí —asintió Rash.

—Tenemos un botiquín médico de camino —anunció Falk.

—Lo sé —asintió Rash, arrodillándose junto a Ratonazo y mirando a Falk como si lo que decía no tuviera ningún sentido.

—La reanimación cardiopulmonar es lo mejor que podemos hacer hasta que llegue —dijo Falk.

—Cuando el botiquín llegue, necesitarás un tubo endotraqueal y una mascarilla con bolsa autoexpansible —dijo Underwood.

Rash comenzó la reanimación cardiopulmonar. Detrás de ellos, Milla lanzó un grito.

Falk se volvió a mirar.

—¿Qué es lo que pasa? —le preguntó.

Ella estaba mirando fijamente por la ventana a la noche iluminada por el fuego.

Falk se levantó y se le acercó. El fuego del depósito aún iluminaba el valle, y la batalla entre blindados seguía parpadeando a lo largo de la línea de la carretera. Caía una suave lluvia de cenizas, brillantes como brasas, por todo el paisaje, como consecuencia de la gran explosión del depósito.

Pero se veían varios vehículos aproximándose, subiendo por el borde de la ladera, en el mismo lado de la casa. Eran camiones de transporte, vehículos ligeros utilitarios, circulando con las luces apagadas, pero el resplandor de las llamas del depósito era tan grande que la visibilidad era como la de una brillante puesta de sol.

Había tres. Tres camiones. Detrás de ellos, a lo lejos, dos más.

—¿Vienen hacia aquí? —le preguntó Milla. Era la primera vez que se dirigía a él directamente.

—Sí —le contestó.

—¿Quiénes son?

Se ajustó las lentes, y modificó el enfoque y el balance de visión. Se trataba de camiones de transporte de materiales de construcción de la Oficina de Asentamiento, vehículos de carga normales, pintados de un color negro grisáceo. Eran la clase de vehículo militar utilitario que cualquiera de los dos bandos podría utilizar, pero él apostaba que se trataba de fuerzas del Bloque. Pero ¿por qué avanzaban en esa dirección? ¿Estaban huyendo del combate o iban a la caza de un objetivo? ¿Estaban simplemente buscando una posición en la retaguardia para defenderse ante la agresión a gran escala del D.M.O.A.?

Una cosa era cierta: no habría ningún tipo de negociación. Desde el momento en que comenzaron a destruir Eyeburn y a eliminar a sus habitantes, las fuerzas de operaciones del Bloque no habían mostrado ningún interés en querer hablar de nada. Se trataba de un asunto serio, profesional. No había margen de maniobra en absoluto.

—¡Tenemos compañía acercándose! —gritó.

—¿Cuántos son? —preguntó Rash.

—Demasiados.

Valdes corrió hacia la ventana junto a Falk y la chica. Gruñó.

—Tenemos que irnos, tío —le dijo a Falk—. —¡Digo sólo irnos! No huyo de los combates, ¡pero no me importa huir de una situación estúpida!

—¿Y qué pasa con Ratonazo? —preguntó Rash.

—¡No quiero abandonarlo, tío! —gritó Valdes, dándose la vuelta—. Es mi hermano, y no quiero dejarlo tirado, ¡de ninguna manera! ¡Pero ya está muerto, Rash! ¡Míralo! ¡Y si nos quedamos aquí por él, hará que nos aniquilen!

Rash miró a Falk sin dejar de practicarle la reanimación cardiopulmonar. Lenka estaba arrodillada a su lado, aguantando la cabeza de Ratonazo.

—Supongo que es tu decisión —le dijo a Falk.

—¿Si? —contestó Falk—. ¿De verdad? Esto es cojonudo.

Preben y Tal entraron corriendo en la habitación cargando con una enorme caja médica de color verde.

—¡Se acercan unos vehículos! —les informó Preben, casi sin aliento.

—Lo sabemos —le contestó Falk.

Preben puso la caja al lado del sofá.

—Tenemos que salir de aquí —dijo—. Ahora mismo.

—Sí, así es —asintió Falk.

Rash seguía aplicando la reanimación cardiopulmonar. Cada vez que levantaba la cabeza, miraba a Falk.

—¿Tiene pulso? —preguntó éste.

—No —dijo Rash.

Falk miró a Tal.

—Abre la caja, rápido —le dijo en ruso—. Necesitamos un tubo endotraqueal y una mascarilla con bolsa autoexpansible.

Ella asintió y abrió la tapa de la caja de plástico.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Preben—. ¡No tenemos tiempo para toda esa mierda!

—Lo intubamos y lo llevamos con nosotros —dijo Falk.

—¡Joder, está muerto, Bloom! —le gritó Preben.

—Lo intubamos y lo llevamos con nosotros —confirmó Rash con voz tranquila.

Preben miró a Rash.

—Los dos estáis locos de remate. ¡Tarados! ¡Unos completos tarados!

—Valdes y tú —dijo Rash—. Id y mantened la puerta trasera libre. La parte de atrás del anexo. Tendremos que salir por allí.

Miró a Falk.

—¿De acuerdo?

Falk asintió.

—Está bien. Haced lo que dice Rash. Mantened la zona despejada. Aunque no lleguemos muy lejos, al menos intentaremos llegar hasta los árboles. Quizá consigamos ponernos a cubierto y esperar a que se marchen.

Valdes y Preben lo miraron.

—¿Qué? ¿Acaso estoy hablando en ruso otra vez? —les gritó—. ¡Largaos de una

puta vez!

—¡Jesús! —contestó Valdes.

—¡Hacedlo en silencio! ¡En silencio! —insistió Falk—. No disparéis a menos que sea absolutamente necesario. Si podemos escabullimos, ése es el mejor camino para hacerlo.

Se dieron la vuelta para marcharse.

—¡Preben! —lo llamó Falk. Cogió el pesado lanzagranadas y la bolsa de proyectiles de grueso calibre de Ratonazo.

—Si tenéis que empezar a disparar, que merezca la pena.

Preben asintió. Con rapidez fruto de la práctica, sujetó su M3A a la placa de su espalda, se colgó la bolsa de proyectiles alrededor del cuello y cogió el lanzagranadas. Valdes y él se dirigieron hacia el anexo. Valdes todavía seguía refunfuñando.

Falk observó de nuevo el espectáculo. El primer camión estaba a menos de un minuto de distancia. Continuaba la lluvia de hollín ardiendo.

—Está bien, vamos a intubarlo —dijo él.

—¿Sabes cómo hacerlo? —preguntó Rash.

—Probablemente no tenga sentido hacerlo si no hay pulso —dijo Underwood, como si ella estuviera de pronto justo a su lado.

—Lo haremos de todos modos —decidió Falk.

Tal había encontrado una mascarilla con bolsa autoexpansible de goma y estaba quitando el embalaje de plástico estéril que envolvía un tramo de tubo de plástico.

—¿Esto? —preguntó.

—Sí —dijo él, y lo cogió. Miró a Milla—. Ve y coge las láminas de plástico de ese sofá. Trata de no romperlas.

La muchacha se apresuró a obedecerlo.

—Inclínale la cabeza hacia atrás —dijo Underwood—. Tienes que abrirle las vías respiratorias tanto como puedas. Tendrás que tirar de la lengua hacia adelante y hacia abajo, probablemente para evitar que se interponga en tu camino. Usa un depresor, si tienes uno. O los dedos.

Falk apartó a Lenka y sujetó la cabeza de Ratonazo. Había sangre espumosa alrededor de los labios del hombre.

Sintió frío.

—Creo... —comenzó Rash—. Creo que ahora ya hay pulso, pero muy débil.

Falk asintió y cogió el tubo que Tal tenía en la mano.

—No bajes el tubo por el esófago —le dijo Underwood en voz baja—. No lo fuerces. Si lo introduces por el conducto equivocado, llevarás el contenido estomacal hacia sus pulmones.

—¿Cómo sabré si estoy llegando hasta el esófago? —preguntó él. Estaba

manipulando el tubo flexible al mismo tiempo que la lengua y los labios de Ratonazo.

—¡No tengo ni puta idea! —dijo Rash.

—Simplemente deslízalo hacia dentro —dijo Underwood tranquilamente—. Hazlo lo mejor que puedas.

Falk comenzó a introducir el tubo. Le temblaban las manos. Era como tratar de alimentar a una serpiente a través de un calcetín de deporte húmedo. ¿Era así como la serpiente había terminado en su propio estómago?

Lo metió más. Sintió un temblor que podría haber sido un reflejo faríngeo de los músculos de la garganta de Ratonazo.

—Vamos, vamos —lo urgió Rash.

—¿Está ya dentro? —preguntó Underwood.

—Casi —dijo Falk. Miró por encima del hombro a las chicas. Milla había conseguido sacar una gran lámina de plástico para envolver.

—Tiéndela en el suelo —le dijo en ruso—. Ponla plana, luego dóblala varias veces, en capas dobles o triples a lo largo. Necesitamos construir un soporte para llevarlo. Como una hamaca. ¿Lo entiendes?

Milla asintió con la cabeza. Lenka y ella comenzaron a doblar el plástico y a colocarlo.

—Está bien, no vamos a tardar mucho más —avisó Falk.

—Muy bien —dijo Underwood—. Pégaselo con cinta adhesiva a la barbilla o a la mejilla, luego conecta la parte final de la mascarilla y comienza a bombear con la bolsa.

—¡Cinta adhesiva! —pidió Falk.

Tal sacó un rollo de la caja y comenzó a cortar tiras. Falk aseguró la parte final del tubo a la cara de Ratonazo. El tubo mantenía la boca de Ratonazo medio abierta, por lo que parecía un hombre con náuseas mientras trataba de tragar o regurgitar una anguila.

—Dame la mascarilla —dijo Falk.

Rash se la dio. Le llevó sólo un segundo descubrir cómo se acoplaba el conector de plástico, luego lo colocó en su lugar y lo sujetó con la correa y más cinta adhesiva.

—Apriétala —le dijo a Rash—. La bolsa, la bolsa.

Rash comenzó a bombear con la bolsa. Se oyó un desagradable ruido de succión mientras el aire entraba y salía del cuerpo flácido de Ratonazo. Falk examinó la garganta y apoyó la yema de dos dedos.

—Hay pulso —dijo él—. ¡Por fin hay pulso!

Miró a los demás.

—Está bien, vamos a levantarlo. Tú y yo, Rash. Tal, por favor, sigue ocupándote de la bolsa.

Se dio cuenta de que lo había dicho todo en ruso.

—Lo tengo —dijo Rash, colocando sus brazos alrededor de la parte inferior de las piernas de Ratonazo mientras Tal se hacía cargo de la mascarilla.

Falk puso las manos bajo los hombros de Ratonazo.

—Agárrale la cabeza mientras lo levantamos —le dijo a Tal en ruso. Ella asintió—. En tres. Uno, dos, ¡tres!

Lo bajaron del sofá y lo arrastraron por la alfombra hasta que estuvieron de pie sobre el rectángulo de lámina de plástico colocado en el suelo.

—Abajo, con suavidad —dijo Falk.

Lo bajaron. Durante todo el tiempo, Tal siguió bombeando la bolsa con su mano izquierda y sujetando la parte de atrás del cráneo de Ratonazo con la derecha. Luego lo colocaron sobre el plástico.

—Haz esto —le dijo Tal a Lenka, enseñándole la forma de mantener la bomba en funcionamiento—. Hazlo y no pares. Milla y yo le levantaremos los pies.

—Está bien —asintió Falk.

Rash vio lo que estaban haciendo.

—Yo cogeré el extremo más pesado —le dijo a Falk—. Ponte delante y sácanos de aquí.

—¿Seguro? —preguntó Falk.

—Es tu puto espectáculo —le contestó Rash.

Falk se levantó y recuperó su Koba. Rash sujetó el PAP a su placa, luego se agachó al lado de la cabeza de Ratonazo, se colocó en el borde de la lámina y la envolvió alrededor de su mano derecha para agarrarla mejor. Milla y Tal hicieron lo mismo por los pies, tirando del plástico para formar una especie de bolsa alrededor del cuerpo de Ratonazo. Lenka seguía bombeando como le habían enseñado.

—Está bien, subámoslo —dijo Rash.

Entre los cuatro, Rash y las dos chicas, levantaron a Ratonazo en la improvisada camilla de plástico. Era pesado y difícil de manejar, pero mucho más fácil que tratar de llevarlo en volandas.

—Moveos —los urgió Rash—. No quiero estar aquí de pie.

Falk abrió el camino a través del pasillo hasta el edificio anexo, moviéndose lentamente para que pudieran seguir el ritmo, luchando con la carga.

—¿Cuál es la situación? —preguntó Underwood—. ¿Falk? ¿Qué está pasando? ¿Está respirando?

—Salir de aquí es ahora nuestra mayor prioridad —le contestó Falk tranquilamente.

—¿Qué? —preguntó Rash.

—Nada —replicó Falk. En voz baja añadió algo más—: Dile a Cleesh que se ponga.

—¿Qué has dicho? —gritó Rash.

—Que sigas moviéndote —le contestó Falk.

Preben y Valdes habían apagado todas las velas de camino al anexo, pero la luz ámbar inundaba la oscuridad a través de las ventanas y las claraboyas. Falk ajustó sus lentes para poca luz mientras mantenía el Koba en alto. Sentía frío, el aire de fuera en la cara, el olor de humedad. También percibía el olor a quemado, de las cenizas que caían. Bajó hacia la salida del anexo, con el equipo de transporte arrastrando los pies detrás de él. La lámina de plástico hacía mucho ruido.

La puerta trasera estaba entreabierta. Fuera, la noche de color ámbar, el frío, el aire de tormenta. Ahora ya era más fuerte el olor a productos petroquímicos y humo. Unos cuantos copos de ascuas, de color naranja brillante, pasaron flotando.

Detrás de la casa había un área cubierta de césped que crecía espeso al unísono con hierbas invasoras del prado, un barranco, y luego los bosques oscuros de más allá. A su derecha estaba la extensión del bloque de servicio, una estructura que contenía un enorme tanque para recoger el agua de lluvia y un sistema de filtrado, así como varias tinas grandes de compostaje. A su izquierda, una fila de bidones de aceite o gravilla contra la pared, y la esquina de la casa. No había ni rastro de Preben ni de Valdes. Falk oía los motores, ruidosos, acercándose.

¿Tendrían tiempo? ¿Podrían cruzar la puerta y atravesar la hierba hasta los árboles? ¿Podrían desaparecer antes de que llegaran los visitantes? En realidad iba a intentarlo, pero Preben apareció a su izquierda, corriendo desde el borde de la casa, mientras hacía gestos de negación con la cabeza.

—Mierda. ¿Dónde está Valdes?

—¡Quién coño sabe!

El tercer camión apareció de repente. Después de adelantar a los otros, había dado la vuelta hacia la parte trasera de la casa. Sus luces aún estaban apagadas. Pasó a través de la hierba alta, apisonando el liso y húmedo césped con sus pesadas ruedas todoterreno. Preben y Falk se escondieron de nuevo detrás de la puerta. El vehículo de la Oficina de Asentamiento se detuvo casi enfrente de la puerta. Los hombres se bajaron de un salto. A la sombra de la casa encendieron varias linternas, creando un grupo de salpicaduras de luces blanquiazules frente al vehículo, al otro lado del bloque exterior y la planta de agua. Se olían los gases calientes del camión. Los *blurds* comenzaron a agitarse con frenesí delante de los faros.

—¡Atrás! ¡Atrás! —susurró Preben a Rash y a las chicas. Llevaron su carga hacia atrás por el pasillo del anexo.

Fuera, las voces subieron de tono. Falk agarró con fuerza el Koba. El conductor del vehículo de la Oficina de Asentamiento, el jefe de escuadra, bajó de un salto y se colocó un arma de asalto sobre el hombro. Estaba dando órdenes. Los hombres que bajaron del camión con él comenzaron a desplegarse. Algunos se dirigieron directamente hacia la puerta. Era todo tan prosaico, tan rutinario. La normalidad lo

hacía mucho más siniestro. «Entrad ahí. Mirad en la puerta. Si veis a alguien, disparadle. Tenemos cosas que hacer.»

—¡Dirigíos hacia la puerta! —Falk oyó gritar al líder en ruso—. ¡Poned una carga explosiva ahí! ¡Registrad el lugar! ¡Pera, da la vuelta por el otro lado!

No podían esconderse en ninguna parte. En menos de un segundo, la onda de una carga explosiva iba a llegar atravesando el hueco de la puerta.

Eso era lo que realmente significaba el sitio duro.

Falk miró a Preben. Se fijó en lo intensa y profunda que era la mirada del hombre. Preben comprendió que habían entrado, por desgracia, en uno de esos estados innegociables donde ni siquiera el miedo era ya moneda de cambio.

Falk le dio un par de golpecitos al lanzagranadas que Preben sostenía en sus manos y luego le señaló un lugar a la derecha de la puerta: el bloque exterior.

—Enséñame cómo hacerlo —le susurró Falk.

Preben asintió, pero Falk se lo había dicho a Nestor Bloom.

Salió por la puerta con el Koba al hombro. Dos soldados del Bloque se dirigían directamente hacia él equipados con una resistente placa pectoral de color negro. Habían estado avanzando para tomar posiciones a ambos lados de la puerta antes de entrar. Ambos tenían Kobas. Uno tenía una carga explosiva en las manos que había sacado de su morral.

Falk disparó la primera ráfaga a la cara del hombre, ya que su compañero andaba rebuscando a tientas otra carga explosiva. Aquel individuo tenía su arma preparada. Estaba muy cerca, a poco más de un metro. Falk apuntó hacia arriba porque el hombre llevaba una resistente placa antibalas. Fue instinto.

La cabeza de su objetivo se convirtió en una pulpa rosácea de carne y hueso, como una sandía aplastada. Su rostro se desintegró antes de que le diera tiempo a nada: sorpresa, miedo, furia. El tipo cayó de espaldas hacia atrás.

Falk ya estaba moviéndose para disparar una ráfaga al segundo hombre. No tan limpia. Los disparos atravesaron la placa pectoral y lo hicieron girar como un bailarín callejero que realizara una pirueta. La carga explosiva salió disparada de sus manos. Lanzó un gruñido enorme cuando los proyectiles lo alcanzaron, como el cómico grito de un muñeco de dibujos animados.

Preben casi empujó fuera del camino a Falk mientras lo seguía a través de la puerta. Giró a la derecha con las botas resbalando sobre la hierba mojada. El lanzagranadas disparó dos rondas de proyectiles en la dirección de los bidones de compostaje y el bloque exterior. Los miembros de la escuadra del Bloque que se habían dispersado por esa área dieron la vuelta al oír el rugido del primer disparo, sorprendidos, horrorizados, y levantaron las armas para apuntar. Dos de ellos lograron abrir fuego. Una ráfaga pasó por delante de Falk con un chasquido. La otra ráfaga acribilló el marco de la puerta y el muro de la casa junto a Preben.

Las granadas explotaron. La primera alcanzó al muro del edificio exterior, y la fuerza de la expansión lanzó a tres hombres por el patio como si hubieran sido arrojados desde un vehículo a toda velocidad. La otra detonó al chocar contra el esternón del hombre cuyos disparos acababa de esquivar Preben. La fuerza de la explosión lo clavó en el suelo como una estaca, y dejó la parte superior de su cuerpo y sus brazos destrozados y achicharrados. El Koba que aferraban sus chamuscadas manos disparó el resto del cargador de forma alocada e irrefrenable, dejando la pared lateral de la casa convertida en una lluvia de polvo de mampostería, flecos de plástico y tejas destrozadas.

Falk continuó moviéndose. Si una bala tenía que encontrarlo, lo encontraría. Él no iba a detenerse y esperarla, ni a agacharse con la esperanza de esquivarla. Una vez que salió de detrás de la puerta, sólo tuvo que dar una zancada para disparar a los hombres casi a bocajarro, luego continuó disparando, corriendo hacia el camión. El jefe de escuadra del Bloque y los dos hombres que estaban con él podrían haber disparado a Falk fácilmente, pero un instinto animal primario les hizo dar la vuelta y echar a correr. Falk estaba corriendo, los demás deberían salir corriendo también. Ni siquiera lo pensaron un segundo. Fue una simple respuesta ante el peligro. Para cuando sus cerebros lograron procesar la situación, ya estaban dando la vuelta, fuera de su posición, con toda la ventaja perdida. Falk disparó a uno en el centro del pecho y lo hizo caer de bruces.

El jefe de escuadra llegó a la cabina del camión. La puerta estaba todavía abierta. Trató de izarse y subir, desesperado por ponerse a cubierto. Los disparos de Falk lo alcanzaron en la espalda, en la espina dorsal, en la parte posterior de los muslos, alcanzaron también el bastidor de la cabina y el panel de la puerta. Metal convertido en metal triturado. El jefe lanzó un enorme grito de dolor y cayó hacia atrás, inerte, pesado, rebotando en el marco, en la barandilla del escalón, en el guardabarros; los hombros, las caderas y los codos rebotando en todo lo que encontraban a su paso. Acabó con la espalda contra la enorme rueda frontal del vehículo de la Oficina de Asentamiento, con una pierna doblada bajo su cuerpo, mirando directamente a Falk mientras éste se acercaba a él. De algún modo, aún tenía su Koba. Había permanecido aferrado a su cuerpo gracias a la correa. Abrió fuego. Falk nunca supo adonde fueron a parar las balas. Era un tiroteo salvaje, descontrolado. La hierba a la altura de la rodilla que tenía a su alrededor susurró, crepitó y floreció convertida en nubes de fibra pulverizada. Falk abrió fuego. Alcanzó al jefe de escuadra en la cara y en el pecho. La sangre tiñó el guardabarros como si hubiera sido aplicada con una pistola de pintura. La cabeza del hombre golpeó contra la rueda repetidamente, sacudida por los impactos. Su boca quedó abierta en un silencioso grito. De alguna forma, involuntariamente, volvió a disparar. Falk sintió una feroz picadura, como el latigazo de una rama, atravesándole la cadera izquierda.

Continuó disparando. Los dos tercios superiores de la cabeza del líder desaparecieron y cubrieron la rueda de sangre y pulpa. Sólo la mandíbula inferior y la lengua permanecieron intactas, lacias, incrédulas.

Falk cayó a unos cuantos metros del hombre muerto. El dolor de su cadera era abrasador, como si el atizador de un horno al rojo blanco estuviera clavándose en ella.

—¡Joder! ¡Joder! —gritó.

El tercer hombre se largó por la parte delantera del vehículo de la Oficina de Asentamiento, corriendo hacia el bosque. Se dio la vuelta, a cubierto a medias por el camión, y apuntó el M3A que llevaba. Pero Preben, saliendo de la puerta detrás de Falk, ya había ajustado la puntería y lanzó una granada en dirección al hombre. Cayó en la alta hierba a unos cinco metros delante del camión haciendo estallar los tallos y las raíces de las plantas en cualquier dirección. La explosión levantó al individuo del Bloque, lo arrojó contra la rejilla delantera del vehículo y le destrozó la cara, las costillas, la clavícula y el cuello. Rebotó y cayó desplomado sobre la hierba.

Preben llegó hasta Falk, y lo levantó agarrándolo por las correas de la placa pectoral.

—¡Levanta!

—¡Estoy bien! ¡Estoy bien!

—¡Corramos al bosque! —gritó Preben—. ¡Vamos!

—¡Está bien, vale!

Rash y las chicas ya estaban sacando a Ratonazo por la puerta trasera. Un humo de color azul envolvía toda el área de detrás de la casa; pólvora y gases propulsores, un baño de explosivos. El destrozado cuerpo que había recibido la granada en el pecho estaba todavía ardiendo, como una fogata olvidada. Cayeron más cenizas ardiendo.

—¡Por aquí! —le gritó Preben a Rash.

Lenka continuaba bombeando la bolsa de la válvula. Iban dando tumbos. El suelo era inestable, y Ratonazo pesaba cada vez más.

Falk miró su herida. La sangre le empapaba la cadera, y vio que tenía buena parte del abdomen destrozado.

Miró hacia la esquina de la casa, hacia donde se había dirigido el vehículo de la Oficina de Asentamiento. Estaban llegando los demás. Los escuadrones que bajaban de los camiones en la parte delantera corrían hacia allí, atraídos por el feroz intercambio de fuego. Apareció la primera pareja, por la esquina, junto a la fila de contenedores de grano. Falk comenzó a dispararles, pero su Koba se atascó casi inmediatamente. Sin munición. Había agotado el segundo cargador doble.

Un fuerte haz de fuego lo asaltó por su derecha, desde la línea de árboles más allá del camión. A cubierto, Valdes tenía un excelente ángulo sobre la esquina. El primer rayo de su M3A le dio a uno de los bidones, haciendo saltar la gravilla en todas

direcciones como una bomba de clavos. Uno de los soldados del Bloque cayó, cegado, aturdido. Valdes derribó a su compañero con un segundo disparo.

Medio corriendo, medio cojeando, Falk se dirigió a la parte delantera del camión, donde los *blurds* revoloteaban furiosamente bajo la luz de los faros. Arrojó el Koba sin munición a la hierba y recuperó el M3A con el que iba armado el tercer hombre. Necesitaba un arma de repuesto rápidamente, y podía decir, podía sentir, que Bloom quería un arma láser, no un arma de proyectiles. La examinó rápidamente y con atención por si estaba dañada a causa de los impactos. El M3A era una robusta pieza de combate. Éste no era un modelo capturado del D.M.O.A., era un modelo ligeramente más antiguo que el M3 usado por el Bloque, el mismo diseño básico pero con menos lujos y detalles adicionales. Falk sacó los cargadores de energía de repuesto de la bolsa del maltrecho cadáver.

Estaban recibiendo un fuego intenso desde la esquina de la casa, a pesar de las descargas de Valdes y de las granadas arrojadas por Preben. Falk estaba bastante seguro de que los otros dos camiones, los que venían rezagados detrás de los tres primeros, habían llegado ya. Su pequeño puñado de supervivientes podría estar enfrentándose a unos treinta soldados enemigos. El aire se estremecía y resonaba con el fuego cruzado. Estalló un rayo láser, un invisible calor fantasmal, y comenzó a arder la línea de árboles.

Rash y las chicas casi habían llegado hasta donde estaba el vehículo de la Oficina de Asentamiento, pero se vieron obligados a bajar y soltar a Ratonazo a causa del tiroteo. Lenka estaba llorando. Milla trataba de protegerla cubriéndola con sus brazos. Los proyectiles repiqueteaban contra la carrocería del camión.

Falk levantó el M3 y lo alineó. Sintió el servobrazo bloquearse para soportar el peso del arma. Disparó. El arma emitió su rugido característico y vibró firmemente con la descarga.

—¡Sé conducir esto! —le gritó Tal. Ella le estaba haciendo unas aparatosas señas desde el vehículo de la Oficina de Asentamiento—. ¿Por qué estamos corriendo hacia el bosque? ¡Puedo manejar esta cosa!

Falk miró a Rash.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó Falk—. ¡Daos prisa! ¡Subid al camión!

Comenzó a disparar a discreción hacia la esquina, tratando de que el enemigo mantuviera la cabeza agachada. Preben recargó y lanzó unas cuantas bombas de humo. Valdes abrió fuego, de nuevo, avanzando desde los árboles.

Rash y las chicas subieron a Ratonazo a la parte trasera del camión. El vehículo de la Oficina de Asentamientos tenía una altura de ejes bastante elevada, y levantarlo hasta la plataforma les supuso un esfuerzo enorme. Milla gritó de angustia. Por un segundo, Falk temió que le hubieran disparado.

Lo deslizaron al interior. Tan pronto como quedó acomodado, Tal lo soltó y salió

corriendo hacia la parte delantera del vehículo, saltando a través de la puerta de la cabina del lado más alejado de la casa. Rash, Milla y Lenka treparon al lado del herido.

Falk oyó el motor arrancar. Disparó el M3 de nuevo, dos disparos más, uno de los cuales reventó un buen trozo de la esquina del muro de la casa. Llamó a gritos a Preben y a Valdes. El humo del aire secaba su garganta y hacía que le llorasen los ojos.

Valdes fue el primero en llegar.

—¡Entra! —le gritó Falk, y el soldado trepó por la parte de atrás.

Rash lo ayudó agarrándole las manos. En cuanto Preben subió, Falk corrió a la cabina, medio empujando el cadáver del jefe de escuadra en su esfuerzo por entrar. Tal estaba detrás del volante. Ni siquiera esperó sus instrucciones. El vehículo de la Oficina de Asentamiento arrancó con una sacudida salvaje, con las ruedas girando y chirriando sobre la húmeda hierba. Todos los de la parte de atrás gritaron al ser desplazados violentamente. Falk se agarró al panel de control para sujetarse.

Los disparos llovían sobre ellos desde detrás. Los impactos de los proyectiles sólidos sonaban como si alguien estuviera golpeando con un mazo la parte trasera y los paneles laterales. Un disparo láser alcanzó la lona de litex impermeabilizada de la parte trasera y le hizo un profundo corte. La tela, sobrecalentada, comenzó a arder. Nadie en la parte de atrás tenía la suficiente estabilidad como para levantarse y apagarla.

El suelo era duro. Botaban, saltaban. El mundo a través del cristal frontal se había convertido en un resplandor de color blanco de hierba y maleza hiperiluminada, y un vendaval de *blurds* que se arremolinaban para ser aplastados por el impacto. La forma de conducir de Tal era implacable y sorprendente. Estaba de pie sobre el acelerador, luchando con las ruedas, estrellándolas sobre la hierba, lanzándose para corregir el sobreviraje causado por no poder evitar baches demasiado profundos. Se estaban adentrando en el bosque; los haces de los faros delanteros iluminaban sólo los troncos de los árboles. Estaba conduciendo intencionadamente hacia la espesura, y los árboles los iban a detener al igual que habían detenido al *Pika-don*.

Eso iba a doler.

Con lo que a Falk le pareció ser mucha suerte en vez de juicio, Tal, los llevó entre los árboles.

Los eucaliptos de nieve y los árboles sombríos, algunos con troncos de un metro de diámetro, aparecían por sorpresa ante el marco luminoso de las luces de los faros del vehículo de la Oficina de Asentamiento, y Tal los esquivaba todos y cada uno de ellos. Se llevaron golpes de refilón, y varios de ellos lo suficientemente fuertes como para deformar la carrocería y sacudirlos a todos brutalmente. Algunos de los giros que hacía para esquivar los obstáculos eran tan fuertes que Falk pensó más de una vez que iba a ser lanzado fuera de la cabina. Se preparó para el momento en el que llegarían hasta dos árboles demasiado juntos como para pasar entre ellos.

—¡Más espacio! ¡Más espacio! —gritó.

Comenzó a sentirse muy raro. La cadera le dolía horrores. El traqueteo del motor, el golpeteo de cada rebote, las roturas provocadas por los impactos y los rasguños de las ramas y la maleza gruesa hacían imposible oír si todavía les estaban disparando. En cualquier caso, tendrían que detenerse al cabo de poco tiempo. El bosque sólo podía ir volviéndose cada vez más espeso; tendrían que abandonar el camión y buscar un lugar en el que permanecer ocultos. Era difícil pensar qué hacer. Era difícil tener las ideas claras. Se sentía como si estuviese encerrado, como si todo estuviese encerrado.

—¡No puedo ver absolutamente nada! —se quejó Tal, sujetando con fuerza el volante.

Se dio cuenta de lo que ella quería decir. Los faros iluminaban, pero su foco sólo cubría el terreno cercano. Los troncos de los árboles, cegadoramente blancos, aparecían casi sin previo aviso. Los remolinos de *blurds* eran peor que una ráfaga de nieve en pleno invierno.

Ajustó sus lentes a la configuración para poca luz, se las quitó y se las colocó a ella mientras conducía. Tal no se apartó, aunque él se dio cuenta de que, a pesar de su intensa concentración, estaba confundida.

Luego él se inclinó y apagó los faros delanteros.

La muchacha hizo un sonido suave, riendo entre dientes, encantada por la forma en la que había aparecido el mundo delante de ella. En el verde baño de la visión nocturna de las lentes, ella tenía profundidad y distancia, una mejor percepción del espacio existente entre los árboles de lo que previamente había sido oscuridad tras el inmediato resplandor de los árboles. Su forma de conducir se hizo menos salvaje.

Se echó hacia atrás durante un segundo y trató de esforzarse por liberar la tensión. La sensación de sentirse atrapado tan firmemente como en un puño era más de lo que podía soportar.

Pero el trayecto era demasiado irregular. Tenía que sujetarse sólo para mantenerse en posición vertical. La cabeza le daba vueltas. Estaba casi seguro de que estaba a punto de caer muy enfermo. Tenía unas imágenes clavadas en la parte posterior de los ojos, impactantes y espeluznantes, las dos caras que había desintegrado a disparos, mirándolo fijamente.

Pensó en el desesperante cliché en que se había convertido. Era tremendamente patético, con la indignación moral suavemente centrada, con el estilo de vida de los Primeros Asentamientos evitando el contacto con la feroz realidad. Pero no era enojo. No era el choque por lo que acababa de ver o hacer. Tampoco era eso, como el periodista de su interior se hubiera apresurado a confesar con calculada sinceridad; repugnancia por la alegría con la que había asumido su papel.

Estaba experimentando una subida extrema de adrenalina por la tensión del tiroteo por el que acababa de pasar. Era así de simple. Se había enfrentado cara a cara con hombres que habían sido preparados para matarlo, y él acabó con ellos primero, y con el fin de avanzar por una senda en ese estado, había recibido una gigantesca descarga de adrenalina. No le importaban un carajo los cabrones a los que había derribado. Era simplemente una sobrecarga bioquímica provocada por el esfuerzo de excitarse más allá de lo normal y los frenos de cada día, como el miedo y la duda.

Cleesh lo llamó.

—Por Dios, Falk, ¿estás bien?

—Estoy bien —le contestó en voz baja para que Tal no pudiera oírlo.

—Aquí te has salido de la escala, Falk —le indicó Cleesh.

»Ayoob y Underwood están aterrados. Es como si tuvieras una convulsión en el tanque o algo así.

—Me siento bien.

—¿Qué? —preguntó Tal, con la mirada clavada en los árboles de delante.

—Underwood dice que la química de tu cerebro y los patrones neuronales están mucho más allá de los límites aceptables —insistió Cleesh—. Ella quiere tranquilizarte, calmarte.

—Mierda, no —se negó él.

—Dice que tiene que hacerlo irremediablemente o podrías sufrir un derrame cerebral y morir. Sólo una estabilización básica.

—No. Déjalo. Me pondré bien. Déjalo.

Tal apartó la mirada del camino por un segundo y lo miró.

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó.

—No pasa nada —contestó él. Trató de sonreír—. Sólo estaba pensando en voz alta.

Lo miró de nuevo, sus manos firmes al volante.

—Pareces enfermo.

—Estoy bien. Concéntrate en lo que estás haciendo.

Podía sentir la presencia de Cleesh allí, oír su respiración.

—Cleesh necesito relajarme por mí mismo. Lo juro por Dios, si ella me tranquiliza justo ahora, moriré.

—Está bien —aceptó ella.

Falk sentía una quemazón en el corazón, como si se estuviese escapando ácido desde algún lugar del interior de su pecho. Notó un sabor metálico amargo, los sabores poco saludables y artificialmente coloreados del pánico y el terror. Tragó con dificultad. A pesar del traqueteo, sintió una leve y lenta curva regresando a la postura natural de su columna vertebral.

—No podemos ir mucho más lejos —dijo.

—¿Qué? —preguntó Tal. Esta vez él lo dijo en ruso.

—Podemos —lo rebatió ella.

—Necesitábamos el camión para salir a toda prisa, pero no resulta nada práctico; el bosque, las colinas...

—Espera —le respondió ella.

—¿Para qué, Tal?

—Ya lo verás.

Y él lo vio. Sólo pasaron otros tres o cuatro minutos y ella los llevó hacia lo que se había estado dirigiendo. El vehículo de la Oficina de Asentamiento rebotó entre los árboles, las enredaderas arrancadas colgaban de los rieles del techo, y giró para entrar en un sendero.

Se detuvo. El motor siguió resonando.

Falk se inclinó hacia adelante, tomó sus lentes y miró. El bosque era espeso en ambos lados, tan espeso que formaba un techo de follaje sobre el camino. La vía era peligrosa, sólo barro provocado por el constante paso de vehículos. Iba de este a oeste, aproximadamente, y se inclinaba hacia las laderas de las colinas. La lluvia suavizaba los baches, y el agua corría por ellos convertida en riachuelos.

Falk no había visto ningún camino así en el mapa.

—¿Qué es esto? —le preguntó.

—Un sendero —le respondió Tal—. Un camino minero.

—¿Adonde lleva?

Ella se encogió de hombros.

—Arriba y abajo.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —quiso saber Falk.

—Lo encontramos por casualidad —le explicó ella—. Un día, mientras paseábamos. Solíamos pasear, cuando no llovía, sólo por salir fuera. Paseábamos por los alrededores de la pradera, o por el bosque. No muy lejos. Un día, encontramos esto.

Él se las podía imaginar, a las tres, traspasando los límites de su cárcel sin muros, después de días con ellas mismas como única compañía, esperando encontrarse con alguien, y con miedo de hacerlo realmente. Encontrando la carretera un día accidentalmente, encantadas con su promesa implícita. Dos direcciones, y ellas estaban demasiado asustadas como para elegir cualquiera de las dos.

—¿Qué camino, entonces? —le preguntó. Él sabía qué camino tomar, pero quería que ella también participara en la decisión.

—Hacia las colinas —dijo ella, señalando a la derecha—. Las colinas están alejadas de los combates. Hacia abajo se va hacia la guerra.

—Subamos, entonces —asintió él. Se volvió hacia la parte trasera y les habló a Rash, Preben y Valdes del camino.

—Dame las lentes de Ratón —le dijo a Rash, quien se las entregó.

—¿Aún respira? —preguntó Falk.

—Está más vivo de lo que estaba —respondió Rash. Lenka bombeaba sin parar la bolsa de la válvula.

—Estás haciendo un gran trabajo —le dijo Falk en ruso. Se volvió y le entregó las lentes a Tal. Las había ajustado para poca luz. Ella se las colocó, ladeando la cabeza y haciendo muecas como una chica de portada en las sombras de un espejo.

—Está bien —dijo.

Encontró una marcha, y las ruedas patinaron por un momento en los lodosos ríos del camino. Luego comenzaron a moverse, siguiendo la vía por la larga y curva pendiente.

La subida era muy empinada, y las condiciones de humedad lo hacían aún más difícil. La lluvia había comenzado a caer de nuevo, con tanta fuerza que agitaba el dosel de hojas de los árboles. Pero el vehículo de la Oficina de Asentamiento estaba preparado para cualquier cosa. Era una máquina bastante simple y resistente, diseñada para utilizarse en terrenos difíciles.

A pesar de la cubierta, aún se podía ver un resplandor rojizo por el oeste, el brillo del depósito en llamas. Falk se preguntaba si las fuerzas del Bloque venían tras ellos. ¿Los habrían seguido con los otros camiones a través del bosque, o habrían esperado refuerzos y nuevas órdenes? Estaba seguro de que si él fuera el comandante de las fuerzas, les habría dado caza. La banda de Falk los había golpeado muy fuerte. Aparte de la venganza, querría saber quién cojones eran y qué habían estado haciendo allí.

El camino no figuraba en el mapa que Rash y él habían estado usando. La tabla de registro del Bosque de las Veinte Mil Hectáreas les había dado secuencias de números de serie, e incluso mostraba la mansión, que no debería haber estado allí.

Pero ningún camino. Y el sendero tenía una longitud considerable. No era

simplemente una vía hecha por alguien caminando por el campo. No estaba asfaltado ni formalmente construido, pero era amplio y fiable. Había sido creado por el tráfico pesado, tal vez incluso por vehículos con cadenas. Unos vehículos grandes, maquinaria industrial. El tráfico tenía que haber ido y venido por este camino frecuentemente para dejarlo así. Cada pocos kilómetros, el camino se ensanchaba en cortas secciones, lo que sugería ampliaciones de paso donde los grandes vehículos podían dejarse espacio unos a otros. Una ruta de trabajo. Al oeste, detrás de ellos, ¿qué unía? ¿La carretera? Probablemente. Un acceso de trabajo que llevaba directamente de vuelta a la arteria principal, tal vez al depósito. Al este, delante de ellos, ¿adonde se dirigía?

Muy fácil: iba adonde ellos iban.

Tal lo había llamado un camino minero. Discurría cerca de la propiedad de Seberg, y de su lujoso hogar de estilo Casman. Se encaminaba directamente hacia el área donde se habían hecho todas sus cuatrocientas peticiones de parcelas. Las cuatrocientas que la Oficina de Asentamiento le arrancó con una Orden de Desarrollo Estratégico. Esta carretera a medio acabar, literal y simbólicamente, demostraba lo grande que había sido el imperio minero de Grayson Seberg antes de que los políticos acabaran con él.

Falk se ajustó las lentes y volvió a visualizar la grabación. Vio a la pareja tal y como Smitts la había visto, enmarcada contra la sombría luz de color blanco de la escotilla abierta. Observó la boca de la chica que le había disparado, la boca del hombre que Tal había conocido y despreciado. Oyó su intercambio con una mente ahora parcheada para entender el ruso del Bloque.

—Ellos no saben nada —decía la chica, cansada, descontenta—. Ni siquiera saben para qué están aquí.

—Entonces necesitamos asegurar la zona rápidamente antes de que se encuentren el culo con las dos manos —contestó el tipo grande. Sonrió—. O tal vez podríamos encontrar al puto Grayson y preguntarle a él, ¿no?

—Por mí se puede pudrir en el infierno. Heligo. Heligo es todo lo que necesitamos.

—Sí, pero ¿qué número es? ¿Lo encontraste?

—¡Aún no! —gritó ella—. ¡Que se joda por utilizar códigos numéricos! ¡Mierda! De repente ambos miraron a Smitts, levantándose de sus posiciones en cuquillas.

—El cabrón sigue vivo...

Fin de la reproducción.

Falk lo volvió a reproducir, y luego otra vez.

«Heligo es todo lo que necesitamos. Que se joda por utilizar códigos numéricos.»

Falk respiró profundamente varias veces. Accedió al archivo y regresó a la carpeta de imágenes que había tomado con las lentes. Había tomado imágenes de

muchos mapas en el registro de Eyeburn Slope, un montón. El que habían estado usando era el más local, un mapa a gran escala de la zona, justo en el bosque donde había acabado *Pika-don*. Otros eran más antiguos, más generales, de gran variedad, escala más pequeña, de registros de análisis mineralógicos, humedad, llanuras inundables... Eran registros de diferentes estudios en diferentes momentos. Todos registraban aspectos distintos. Las bases de datos de la Oficina de Asentamiento los reunían y formaban uno más complejo con todos los detalles.

Volvió atrás y comenzó a estudiar los bordes de los mapas en busca de marcas de etiquetas o identificadores. Algunos se habían perdido. Otros estaban escritos a mano en líneas de puntos azules. Algunos tenían sellos impresos por un procedimiento de registro. Falk se las había arreglado para recortar algunos de ellos del conjunto de sus originales.

Encontró una vista general del área de las tierras altas al norte de Eyeburn Junction. A escala pequeña, con muy pocos detalles, sólo el contorno de la formación. En la línea de puntos azules había un sello, un número seguido por las letras «Exp-Ocean». El área del centro del mapa, una amplia región, estaba subdividida en vagos sectores rectangulares, todos empaquetados muy juntos, como cuñas, como dientes, sus contornos exactos y sus estructuras alteradas dependiendo de la constitución subterránea de la zona. Cada sector estaba numerado individualmente. La numeración comenzaba justo en veinticinco mil doscientos y subía hasta después del veinticinco mil seiscientos, todos consecutivos.

«Que se joda por utilizar códigos numéricos.»

Parcelas de tierra. Algo del orden de cuatrocientas de ellas, enumeradas consecutivamente. Las ofertas de Seberg. La fundación de la empresa minera Exploraciones Oceánicas. Las normas de reclamación de la Oficina de Asentamiento establecían que todos los paquetes de terrenos debían tener un número de registro. Pero un hombre, un hombre ambicioso, que ya se encontraba sobre el terreno y tratando de extenderse, le daría los nombres de lugares. Hablaba de ellos con sus hombres y sus amigos, y sus posibles socios, en términos de nombres. No hubiera jodido con los números excepto en los formularios oficiales.

¿Qué nombres le daría a esos lugares? ¿A qué parcela de tierra Grayson Seberg llamó Heligo?

Condujeron durante otra hora, subiendo por las inmensas colinas. Falk continuaba asomado a la ventana de la cabina y de vez en cuando miraba hacia atrás para comprobar si los venían siguiendo. Tres veces hizo que Tal se detuviese y parase el motor para que pudieran oír el ruido de rotores o los motores de un vehículo terrestre. Todo lo que oían era el sonido de la lluvia y el lejano estruendo de las explosiones en el valle.

En la segunda parada, Falk convenció a Tal para que dejara a Valdes conducir un rato. Ella se resistía a renunciar al volante, pero él le explicó que quería que descansara para que pudiera estar fresca para otra tanda, ya que ella era la mejor conductora.

Tal aceptó, pero insistió en quedarse en la cabina con ellos, sentada entre Valdes y Falk. Falk no le quitaba la vista de encima a la pantalla del salpicadero, pero el vehículo de la Oficina de Asentamiento funcionaba con un motor de fusión y le quedaba bastante combustible.

Acababan de tomar el camino sobre una protuberancia de una escarpadura cuando Valdes paró en seco y giró violentamente. Mientras Valdes volvía a girar el camión, con Preben y Rash gritando desde la parte posterior para averiguar qué cojones estaba pasando, Falk vio lo que Valdes había visto: una bifurcación de la carretera a su derecha, un giro.

—Sigue —le dijo Falk.

Levantó el M3 y saltó. Preben bajó desde la parte trasera y corrió junto a él.

Con el camión esperando en la boca de la bifurcación, el motor en ralentí, caminaron por el corto tramo uno al lado del otro, las botas triturando la húmeda arcilla.

En la espesa maleza de ambos lados del camino, podían ver cercados y montones de antiguos postes de fibraplaca empapados de agua. Llegaron hasta una puerta, con un pesado marco de eslabón de cadena lo suficientemente grande como para que pudiera entrar un vehículo de gran tonelaje.

La puerta estaba cerrada con una gran cadena con candado. Las malas hierbas crecían entre los postes de la puerta y cubrían el patio del interior de la verja como una fina capa de color gris. Las plantas trepadoras se habían enredado en los grilletes de la cadena. Nadie había abierto el lugar desde hacía al menos seis meses.

Falk y Preben miraron a través del enlace al interior del complejo. Había dos casas prefabricadas, y una fila de equipos de carrocerías intercambiables, junto con un antiguo Smartkart que había sido desmontado en trozos, con la transmisión y el motor dejados al aire para que se oxidaran en el suelo junto al resto del vehículo, como si fuera la autopsia de un automóvil. El óxido también adornaba los marcos de las casas prefabricadas, y las caras de barlovento de los equipos de carrocería desmontables estaban cubiertas de moho de color verde. El bosque, obligado a retroceder y frenado por herbicidas cuando el suelo estaba despejado, estaba reapareciendo. Invadiéndolo todo por todas partes, reconquistando un lugar que había estado abierto temporalmente para pruebas geológicas preliminares.

Falk caminó a lo largo de la longitud de la puerta.

—¿Estás cojeando? —le preguntó Preben.

Falk se había olvidado del golpe. En verdad no estaba pensando en el dolor de su

cadera, sólo viviendo con él. Miró hacia abajo y vio como la ropa de debajo de su destrozada placa pectoral estaba rígida y de color negro a causa de la sangre reseca. La levantó y vio un surco negro incrustado en la carne de la cadera. La piel de alrededor estaba caliente y magullada. Cuando la tocó, brotó sangre de la herida, y el dolor se le quedó pegado a la pelvis.

—Deberíamos... —comenzó a decir Preben.

Falk negó con la cabeza y dejó caer el borde de la camisa.

—Se mantendrá —le dijo.

Acababa de ver la señal. Estaba pegada a un poste, en lo alto, un enorme cartel impreso en chapa luminosa. Las ramas florecientes de un eucalipto de nieve lo habían oscurecido parcialmente.

Se podía leer en él OE 25208.

—¿Qué es eso? —preguntó Preben.

Falk no le respondió. Comenzó a caminar de vuelta al camión que los estaba esperando.

—¿Deberíamos quedarnos aquí? —preguntó Preben, corriendo para alcanzarlo.

—Aquí no —dijo Falk.

—Pero hay edificios. Podríamos atrincherarnos.

—No. Continuaremos un poco más.

—¿Por qué?

—Porque casi ningún lugar es seguro en este momento —dijo Falk—. Estamos mejor moviéndonos. Mejor aún, estaremos más seguros si tenemos algo de valor.

—¿Cómo qué? —preguntó Preben.

—Como saber de qué se trata todo esto —contestó Falk—. La gente no estaría tan dispuesta a matarnos si lo supiéramos.

Continuó caminando, dirigiéndose al extremo derecho de la boca de la bifurcación.

—Es fácil saber que te han disparado en la cabeza, ¿me entiendes? —le gritó Preben a la espalda.

Falk pensó en la subida a esa colina. La subida a esa colina, por ese camino, conduciendo un camión. Un transporte. Que llevara suministros. Valdes se había pasado. Por supuesto. Desde el camión no se podía ver la señal de la puerta. Todo lo que Valdes había visto era la curva después de haberla pasado.

Falk se adentró entre la maleza, separando las zarzas y los matorrales. Debería haber un cartel en el extremo exterior, donde un conductor lo pudiera ver desde la curva, antes de llegar a la bifurcación. Falk rebuscó entre los matorrales de vid silvestre. Unos pequeños *blurds* saltaron desde la húmeda y enmarañada cavidad. Captó un destello de algo, de una capa más luminosa diseñada para atraer y reflejar las luces de los faros.

La placa se había caído y estaba envuelta por la maleza. Tenía varios años de antigüedad, mucho más antigua que la puerta y la valla. La humedad había podrido el tronco, que había caído en el fango, pero aún resultaba fácil leer lo que decía:

PUNTO DE EXPLORACION EUCHRE

Euchre era el número 25208. Cuando los hombres bautizaban las cosas, lo hacían para que les resultara más fácil recordarlas. La luna la llamada Fred, sin ir más lejos.

Las secuencias se hacen más fáciles cuando se nombran en orden alfabético.

Tras cincuenta kilómetros y tres bifurcaciones más, salieron por fin de la cubierta forestal y llegaron trabajosamente a las verdaderas estribaciones de las colinas, rodeadas de riscos y de tierra roja oscura y cubiertas por una gruesa capa de niebla.

Además, también habían encontrado el camino hacia el amanecer. Estaba saliendo el sol, que emergía vagamente de un cielo gris. La lluvia caía floja e intermitente desde unas nubes hinchadas y apáticas. Más abajo y hacia el oeste, a una distancia que parecía el recorrido galáctico de una nave espacial, el depósito en llamas brillaba como una baliza de peligro, y generaba un cono invertido de humo de color negro en el aire que llenaba el cielo de un lado a otro en las alturas.

Se habían detenido varias veces durante la noche para hacer turnos al volante, algunas veces se detuvieron también para estirar las piernas y caminar un poco. En los tramos claros por encima de la línea de árboles, salieron del vehículo de la Oficina de Asentamiento y observaron el depósito en llamas ardiendo en la penumbra previa al amanecer, y las brillantes estrellas de las aeronaves y la cacería a través del amplio valle y la costa llana.

Después de Euchre, las dos siguientes bifurcaciones habían sido difíciles de ver. Casi dejaron completamente atrás a una de ellas. Estaba descuidada, o quizá nunca llegó a tener carácter definitivo, y la maleza era tan espesa que apenas quedaba la huella de un camino. No había ninguna señal en un poste, sólo un indicador en la carretera que Falk se vio obligado a buscar para encontrarlo.

El segundo había sido un giro a la derecha del camino principal, dando paso a un claro que se había vuelto a poblar con una abundante maraña de árboles. Una pequeña parcela, donde una vez hubo tres cobertizos desmontables, de los cuales dos habían desaparecido, dejando únicamente las paredes en pie, y el único superviviente era un caparazón destripado. No había valla, ni puerta, ni señal, ni aviso, pero esparcido en un lado de los restos del cobertizo desmontable se leía el nombre de Griseld.

La industria había sido más productiva en 25211.

La aproximación se produjo a lo largo de un barranco abierto en la empinada ladera, una garganta ampliada a base de explosiones y luego asegurada con gaviones de alambre de los escombros de voladuras y piedras pequeñas. La tierra y las piedras de por aquí eran ásperas y de color rojo, y sólo crecían los arbustos más resistentes. El camino entre los muros de contención había sido marcado por los neumáticos de un tractor y las huellas de un vehículo de cadenas. El borde de la poderosa caldera se cernía sobre los acantilados de alrededor al igual que los contrafuertes del Olimpo.

La garganta se abría en una extensa área de acantilados rojos y montones de escombros. Todo esto le recordaba a Falk la explotación que vio a las afueras de

Marblehead. Los pozos de cantera estaban situados a un lado, abiertos por las excavadoras y las cortadoras de rayos. Más allá de la puerta había una serie de patios, un complejo de casas prefabricadas y edificios también prefabricados de bloques de hormigón. También había máquinas, enormes excavadoras y camiones volquete, todos colocados en línea y recubiertos con unas enormes láminas de colores de litex industrial. Debió de costar mucho tiempo y dinero enviar todo ese equipamiento hasta allí. Seberg no se dio cuenta de cuánto había estado estirando la cuerda. Cuando la Oficina de Asentamiento decidió su orden de desestimación contra él, puso a salvo su material, con la esperanza de volver y reanudar el trabajo una vez que la batalla legal hubiera acabado. Era mucho más barato que sacar toda esa maquinaria pesada de las montañas.

A Falk le pareció casi conmovedora esta prueba de la terquedad y el optimismo empresarial de Seberg. El hombre no tenía ni idea de qué tipo de lucha iba realmente a producirse.

La parcela número 25211 había sido claramente una opción mucho más prometedora que otras ofertas de Eyeburn.

Una puerta con una pesada cadena y una valla impedían la entrada desde el desfiladero, cortando su garganta de gavión antes de que el espacio se ensanchara en el primer patio.

Preben iba conduciendo. Se detuvo frente a la firmemente cerrada puerta de entrada.

—¿Aquí? —preguntó él.

—Sí —dijo Falk. Llevaba un rato medio dormido, pero se despertó rápidamente cuando se salieron del camino. Hacía frío. Le picaban las manos.

—¿Por qué aquí? —preguntó Preben.

—Míralo —dijo Falk.

—¿Y? Es un lugar muy grande. ¿Y qué?

Falk salió y caminó hacia las puertas. Tal y Rash fueron con él. Falk se preguntaba cuántas cosas le debería contar a Rash.

—Las instalaciones tienen mejor aspecto aquí que en ningún otro sitio —le dijo—. Todos necesitamos parar y descansar.

Rash se encogió de hombros.

—Sólo unas cuantas horas —dijo Falk—. Comer, dormir, llenar el tanque del camión. Luego podemos dirigirnos hacia campo abierto, o tal vez hacia Furlow Pits.

—Eso nos llevará por lo menos un par de días, si la carretera está en buenas condiciones —apuntó Rash.

—Entonces necesitaremos descansar bastante.

Rash se lo quedó mirando.

—Hay algo más, ¿verdad? —preguntó él—. Te lo huelo. Estás buscando algo.

—Todos estamos buscando algo, Rash —le contestó Falk, sonriéndole con la sonrisa de Bloom.

Rash señaló hacia el humo negro en el cielo lejano.

—¿Ves aquello, allí donde está el depósito en llamas? —le preguntó.

—Sí —asintió Falk.

—Todo dejó de ser divertido por allí. Si sabes algo, dímelo. Dímelo, joder.

—Está bien —dijo Falk—. Entremos, y te diré lo que pienso.

Rash se rascó la barbilla, pensó en ello, luego suspiró y se volvió para mirar a la puerta. Extendió la mano.

Falk dudó, después le dio su M3.

Rash apuntó con el arma láser al candado y disparó. Una fuerte explosión resonó a lo largo del desfiladero. El viento se llevó el humo de la desintegrada cerradura. Rash le devolvió el arma láser, y luego, cuidadosamente, quitó la cadena rota. Los extremos fundidos brillaban al rojo vivo. Así estaban también las puntas de los enlaces en la malla de detrás.

Rash empujó con el hombro la hoja derecha y la arrastró por encima del barro. Falk y Tal se encargaron de la otra. Preben condujo el vehículo hacia el interior, y entonces volvieron a cerrar las puertas.

La cavidad de la cantera era lugar abonado para el viento. Aullaba a través de los patios, sacudía las ventanas de las viviendas prefabricadas y agitaba las lonas que cubrían las enormes máquinas. Todos los charcos del patio temblaban como si algo los removiera desde abajo.

El viento incluso se las había apañado para arrancar la lámina de litex que cubría uno de los pesados camiones volquete y arrojarla sobre una de las viviendas prefabricadas cercana como si fuese un manto, como una mascarilla quirúrgica desechada.

Aparcaron el vehículo de la Oficina de Asentamiento detrás de un bloque de almacenaje, examinaron los alrededores y luego entraron en las principales viviendas prefabricadas. Estaba oscuro y hacía frío, un frío que calaba hasta los huesos, y olía a humedad. El viento resoplaba a través de la cubierta y por las juntas de los herrajes de las ventanas. Encontraron dos oficinas, una cocina, un vestidor y una habitación con literas. Rash y Preben metieron a Ratonazo y lo colocaron sobre una de ellas. Valdes dio una vuelta encendiendo los pequeños calentadores de fusión, y luego miró a ver si podía encontrar una fuente de iluminación.

—El generador está en el bloque siguiente —dijo—. Iré a mirar.

El agua que salía de los grifos era de un color verde pálido y olía a estancada. Falk no estaba seguro de que hervirla pudiera servir de algo. Tal y Lenka encontraron un armario y descubrieron en su interior una pila de antiguas cajas de galletas que

contenían latas autocalentables con etiquetas de ProFood y una caja de botellas CeroCal-Cola. Abrieron algunas de ellas y bebieron sin decir nada. Las luces de la casa prefabricada se encendieron, primero sólo un destello, luego a toda potencia.

—Así se hace, Valdes —exclamó Rash, brindando con su botella.

—A comer —dijo Falk—. Vamos a comer.

Todos ellos cogieron latas de la estantería y las abrieron. Las etiquetas de las latas mostraban a Rooster Booster batiendo un ala a modo de saludo. Falk tenía una de imitación de macarrones con queso. Iba por la segunda cuando Valdes regresó.

—Habéis empezado sin mí, tío —dijo.

—Hay un montón —replicó Falk.

—Un montón —repitió Tal en inglés, y se echó a reír.

Falk sonrió.

El calor comenzó a atemperar el bloque, aunque las superficies aún se notaban húmedas. Tener comida en la panza ayudaba bastante. La cola lo hizo eructar, pero de todas formas abrió una segunda botella. Ésta sabía a lima, y era bastante mala. Miró la etiqueta. CeroCal-Cola Fruto. Sonrió.

Comenzó a registrar las oficinas. No había nada más que basura.

Los documentos que se habían quedado atrás eran simples propuestas de excavaciones y hojas con los costos de suministros, nóminas y hojas de cálculo. Encontró una carpeta repleta de informes geológicos y comenzó a repasarla. Las páginas estaban frías. Eran listas de las densidades de la composición de los minerales extraídos de las muestras. Las más antiguas tenían doce años, las más nuevas dos. Algunas llevaban un emblema. El papel de carta de la compañía Exploraciones Oceánicas.

No vio nada inusual. Indudablemente, la mina era productiva. Existían claramente unos enormes depósitos en la parcela número 25211. Material de gran valor, metales raros, incluso trazas de extratransiciones. Un equipo adecuado, trabajador, podría hacer una buena fortuna en un sitio como éste. Si las cuatrocientas inversiones de Seberg en la cadena montañosa de Gunbelt hubieran producido sólo media docena de ubicaciones tan productivas como la número 25211, entonces Exploraciones Oceánicas habría tenido unos beneficios muy atractivos al cabo del transcurso de una década, y un importante beneficio para sus socios inversionistas en dos o tres. Más que suficiente como para hacer que te cabrees un huevo si la Oficina de Asentamiento te jode vivo. Suficiente como para hacer que lucharas contra ella en los tribunales y gastaras todo el dinero necesario en las apelaciones.

Pero allí no había nada lo suficientemente importante como para arrastrar a los Estados Unidos y al Bloque a una guerra abierta. Lo importante debía estar escondido, o clasificado. Como Fred y sus rumoreadas riquezas, tenía que haber más de lo que se veía a simple vista. Tal vez no lo estaba enfocando bien. Quizá, a través de Cleesh, la

gente de Apfel podría explicarle qué faltaba en estas escuetas listas de percentiles.

¿Sería tal vez sólo una cuestión política? ¿Las profundamente arraigadas agendas de los Estados Unidos y del Bloque que la Oficina de Asentamiento estaba delimitando? ¿O quizá la pequeña especulación de Seberg era sólo una buena excusa para resolver algo menos material?

—Vale, cuando quieras —le recordó Rash. Había entrado en el despacho detrás de Falk. Llevaba otra lata de comida autocalentable para el camino. Olía a curry.

—No lo sé —dijo Falk—. Pensé que encontraría algo aquí, pero no he encontrado nada.

—¿Pensaste que encontrarías la razón por la que nos estamos matando los unos a los otros? —preguntó Rash.

—Sí.

—Eres más retrasado que Preben —le soltó, y tomó una cucharada de curry—. ¿Por qué aquí? —le preguntó mientras masticaba—. ¿Por qué este lugar? Sabes cosas que no estás contando.

—Creía que la lucha era por la explotación de minerales —dijo Falk—. Pensé que era el Bloque el que se estaba cabreando porque la Oficina de Asentamiento los había excluido de algunas grandes operaciones mineras.

Rash se encogió de hombros.

—Pero no cuadra —concluyó Falk.

—¿Y tú, un cabeza rapada de la Oficina de Asentamiento puedes decir eso, acaso eres un experto en ese tipo de cosas? —le preguntó Rash.

—No tengo que ser un experto —le replicó Falk—. *Casus belli*. Siempre se trata de algo material. De lo que yo tengo y tú no. De lo que tú tienes y...

—Yo no tengo.

—Así es, y también tiene que ser grande, entonces, ¿no? No simplemente cualquier cosa. Algo enorme. ¿Suficiente como para comenzar una jodida guerra después de todo este tiempo? Vamos, ¿sólo frustración...? ¿Tú te lo crees? ¿Simplemente hacer lo que secretamente siempre quisiste hacer?

—Mis lecciones de historia... —empezó a decir Rash tomando otra cucharada—, y entiendo que no pretendo ser un experto de ninguna clase, Bloom, me han permitido interpretar que las guerras siempre se inician por razones estúpidas. Razones como las que has mencionado, grandes motivos, incluso, pero en definitiva razones estúpidas. Siempre parece que se podría haber evitado si alguien hubiera mostrado la entereza suficiente como para comunicar el concepto correcto. Soportamos un montón de mierda los unos de los otros. ¿Por qué parar?

—¿De modo que estás diciendo que es estúpido tratar de buscar una razón que tenga sentido? —preguntó Falk.

—Así es. Culparán de todo esto a los minerales. Bien, magnífico. No es culpa de

la maldita tierra, ¿verdad? Probablemente es algún gigantesco efecto dominó. Algún imbécil en algún lugar dijo lo que no debía a otro capullo en alguna cumbre de mierda, y entonces algún otro gilipollas no consiguió su trato preferente, y por eso cortó las ganancias del contrato de otro imbécil y luego... y luego... y luego... y todo esto se convierte en una enorme bola de mierda rodante bajando colina abajo y acabando con todo a su paso. Y esa gigantesca bola de mierda rodante se llama historia, Bloom, y nosotros estamos en medio de su puto camino.

Falk volvió a deambular por las habitaciones. Preben estaba sentado en la otra oficina en uno de los escritorios de planificación y se dedicaba a desmontar y limpiar su M3A. Valdes estaba jugando tranquilamente con una consola informática que no le estaba dando nada a cambio. Las chicas estaban dormidas, excepto Milla, que seguía bombeando la bolsa de la válvula de Ratón.

Salió fuera. La lluvia era fresca y fría, y el viento era casi incómodo de soportar. Caminó hasta el pozo de excavación más cercano. La mayor parte estaba lleno de agua, como una piscina sucia. A lo largo del borde de la cantera había una pasarela de metal con un carril, y huellas de una pequeña bomba casera y un sistema de tuberías instalado de tal forma que el agua de lluvia no se convirtiera en un problema. Hacía tiempo que no funcionaba, y la lluvia iba ganando.

La superficie de la excavación inundada temblaba con cada ráfaga de viento y se formaban hoyos con las gotas de agua.

—¿Qué vas a hacer, Falk? —le preguntó Cleesh, su voz sonó al ritmo de la lluvia.

—Creo que ha llegado el momento de que ideemos una estrategia de salida —le contestó él. Cruzó los brazos para mantener las manos calientes.

—¿Te refieres a desconectarte?

—No. Quiero decir encontrar una salida. Valió la pena huir durante un tiempo, pero esto se está convirtiendo en una locura. No viste todo lo que sucedió, Cleesh. Luchando por salir de aquella casa... No es un puto juego, Cleesh. Ni tampoco es un puto encargo.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —la tranquilizó Falk—. Estoy de fábula, Cleesh. Pero Ratonazo no, y no podremos mantenerlo con vida mucho tiempo más. Y los demás no merecen estar atrapados en esta mierda si hay una salida viable. ¿Puedes hablar con Bari? ¿Puedes averiguar si la GEO es capaz de conseguirnos un medio de transporte?

—Por supuesto.

—Estamos en la parcela número 25211. Justo en la cadena montañosa de la caldera, Cleesh, bastante lejos de la principal zona caliente.

Esperó su respuesta.

—Hay una prohibición de vuelos en toda la región —le dijo ella después de un minuto aproximadamente—. Está absolutamente prohibido volar. El D.M.O.A. ha tomado el control jurisdiccional a través de toda la mitad oeste de los Territorios Septentrionales.

—Ya me imaginé que lo harían —le respondió Falk, tratando de no parecer desilusionado. Inclino la cara hacia arriba con los ojos cerrados y dejó que la lluvia la golpeará.

—Esto se está haciendo cada vez más grande a medida que pasan las horas, Falk —le advirtió Cleesh, algunas de sus palabras se volvían del revés o las oía a través de la electricidad estática—. Incluso con el apagón de las comunicaciones, está claro lo calientes que están las cosas. Hay informes de grandes combates en Antrim y Hall Valley. Se puede ver el humo de ese depósito en llamas en Furlow. Nuestra fuente en la Oficina de Asentamiento dice que existe la expectativa de que los feudos del Bloque Central emitan una declaración formal en las próximas treinta y seis horas. Lo que será, como ya imaginas, un día memorable en la historia de nuestra orgullosa especie.

—Sí, ya. Bueno.

»Vale, ¿y si seguimos adelante? Seguir el camino a través del campo, dirigirnos hacia el este tan lejos como podamos. Podríamos tardar otro día, más o menos, pero ¿hay en algún lugar un transporte que pueda reunirse con nosotros? ¿En algún lugar más cercano? Un cóptero con un equipo médico de emergencia.

—Espera, espera —lo interrumpió ella—. Dije que había una prohibición de volar. No dije que no se podía volar. Bari lo está estudiando. La GEO tiene alquilados algunos campos de aviación privados al oeste. El cree que sería posible hacer llegar un pájaro hasta vosotros en las próximas tres o cuatro horas. Estrictamente fuera de los libros, un trabajo de mirar hacia otro lado. No deberían presentar ningún tipo de plan de vuelo y tendrían que moverse bajo y lento para evitar llamar la atención, pero es posible. Bari cree que puede conseguir tener listo el aprovisionamiento de combustible y la preparación bajo la cobertura de contingencia general. La GEO le ha dicho a la Oficina de Asentamiento que a medida que las cosas se degraden pondrán en práctica una política de extraer el personal de la GEO de la zona. Además, admite conocer unas cuantas tripulaciones lo suficientemente locas como para querer intentar esa aventura.

—¿Qué certeza tiene de poder sacar esto adelante? —quiso saber Falk.

—A mí me gusta la expresión de su cara en este preciso momento.

—Está bien. Gracias. Gracias, Cleesh. Hazme saber cómo se va desarrollando.

—Dentro de una hora más o menos sabremos lo que resulta más operativo. Tú...

—¿Qué? —la interrumpió él.

—¿Estás logrando algo con eso de Heligo? —le preguntó Cleesh.

Falk casi pudo oír su sonrisa.

—Sí. Parece prometedor, pero es un lío, un montón de nada. Si saliera de aquí, tú y yo podríamos probablemente reunir todo lo que tenemos y obtener unas buenas y sólidas pruebas con respecto a los prejuicios y la mala gestión de la Oficina de Asentamiento. Algo muy, muy cojonudo. No simplemente el pequeño aperitivo que yo esperaba.

—Saldrás de ahí —le insistió ella.

—En realidad, deberíamos asumir que no, Cleesh.

—¡Oh, sí, va a ser que sí! ¡Vamos a dejar de ser unos frutos® pesimistas!

Parpadeó para quitarse las gotas de lluvia de un ojo.

—Oye —insistió Falk—. Escúchame bien. Hay una chica, una afiliada de Data-Scatter. Se llama Noma Berlín.

—Está bien.

—Vive en South Site. Ella fue quien me proporcionó la historia de Letts. Iba a darle a cambio cosas de aquí. Dáselo todo a ella, Cleesh.

—¿En serio? ¿Todo? —preguntó Cleesh.

—Sí. Entrégaselo todo. Ayúdala a ella como me ayudarías a mí. Ayúdala a sacar la historia a la luz. Dile que use los contactos que hizo. Jill Versailles en Reuters. No podríamos hacer nada mejor que eso.

—Está bien, si eso es lo que quieres. ¿Es tan buena, esa chica?

—No lo sé —contestó él—. En realidad, es como un grano en el culo. Pero podría ser. Sí, creo que realmente podría serlo. Pero todo lo que importa es que ella está exactamente en el lugar apropiado.

—¿Fue con ella con quien tuviste tanto sexo que te rompiste la cadera?

—Ja, ja. Sin comentarios —dijo él. De repente se dio cuenta de que no estaba solo. Tal había aparecido, con las manos en los bolsillos y la cabeza agachada para protegerse de la lluvia. Andaba junto al borde de la cantera para reunirse con él y se quedó mirando sus reflejos oscilantes en el pozo de agua.

—¿Con quién hablas cuando hablas contigo mismo? —le preguntó.

Él le lanzó una mirada.

—Hablas mucho contigo mismo —insistió ella, encogiéndose de hombros todo lo que le permitía el tener las manos en los bolsillos.

—Sólo pienso en cosas —dijo él—. Hablo a mi manera de las cosas.

Ella asintió.

—Yo también lo hago —afirmó ella.

—Como la mejor forma de sobrevivir a una situación.

La muchacha asintió de nuevo.

—Probablemente tendremos que continuar moviéndonos —le dijo—. Continuar corriendo. Habrá que poner bastante distancia de por medio antes de que estemos

lejos de los problemas.

Ella lo miró. El viento le movía el flequillo.

—Correr no está tan mal —dijo la muchacha—. Al menos si estás corriendo, estás haciendo algo. Deberíamos haber aprendido a correr hace mucho tiempo.

—No tenías adonde correr —dijo él.

—¿Y lo tenemos ahora? —preguntó Tal.

—Eso espero. Te lo aseguro. Si logramos la protección de la Oficina de Asentamiento, o conseguimos que nos saquen de aquí, nos aseguraremos de que las autoridades comprendan la situación en la que estabais. Nos aseguraremos de que cuiden de vosotras.

—Por mí misma, no me importa mucho. Es por Lenka, esa chica nunca mereció nada de esto.

Ella lo miró. A él le gustaban los huesos de su cara, su frágil fortaleza. Los huesos de su mejilla eran altos y su mandíbula era estrecha y con forma de corazón. Le recordaba a las aspas del molino en la granja de la colina. Incansables, llevadas por el viento, pero nunca derribadas. Dibujó una media sonrisa, como si fuera algo a lo que ella era alérgica, o un movimiento que le causaba dolor. Casi podía oír el suave retumbar de las turbinas de viento.

El ruido se hizo más fuerte y real. Tal lo miró, asustada, y ambos se volvieron.

El cóptero volaba sobre las montañas alrededor del lugar, procedente del norte. Volaba rápido y bajo, su casco inclinado hacia babor mientras se ladeaba para tomar una amplia curva. En el momento en que pasó la cima del acantilado, el ruido de sus rotores se hizo dolorosamente fuerte. No había ninguna barrera entre la fuente de ruido y ellos. La cavidad rocosa de Heligo lo convertía en una caja que hacía eco y amplificaba el traqueteo, convirtiéndolo en el ruido de un centenar de rotores de aeronaves.

Pasó de largo y desapareció de la vista, llevándose su ruido con él. Falk y Tal corrieron de vuelta hacia las oficinas del lugar. Entonces regresó. Había dado la vuelta, mucho más despacio ahora, con el fuselaje erguido a medida que aparecía sobre los acantilados. Volaba sobre las fosas inundadas del complejo de la cantera, flotando en el aire, inquisitivo.

Desde el primer momento, Falk había sabido que se trataba de un Kamov. Un helicóptero del Bloque, un 18, como el que los había pasado en la casa.

—Tú —dijo Tal mientras corrían—. Tú y los problemas sois grandes amantes.

En el interior de la casa prefabricada todos estaban en pie. Valdes junto a una ventana, arma láser en mano, tirando de las tablillas de la persiana hacia un lado para ver el helicóptero que se cernía sobre ellos.

—Es hora de irse —dijo Falk cuando Tal y él irrumpieron en la habitación.

—No jodas —le contestó Rash.

—¿Os han visto? —preguntó Valdes.

—Casi seguro que sí —le confirmó Falk—. Estábamos fuera, al aire libre, y aparecieron de repente sobre nuestras cabezas.

—Joder —dijo Preben.

—Vosotros coged a Ratonazo y llevadlo al camión —les ordenó Falk—. Saldremos volando y nos iremos ahora mismo.

—Esa maldita cosa nos achicharrará —protestó Valdes—. Vamos, tío, ese pájaro destrozará el camión.

—Pero un objetivo inmóvil como una casa prefabricada es mucho más difícil de acertar, ¿verdad? —le gritó Falk—. ¡Vamos de una puta vez!

Fuera, el Ka-18 giraba lentamente, a cincuenta metros de altura, con su amenazante morro sobresaliendo. De pronto, sin ninguna explicación aparente, aceleró hacia el norte y desapareció detrás de los acantilados.

—¡Moveos de una puta vez! —exclamó Falk.

Rash entró en la habitación de las literas con las chicas para recoger a Ratón.

—Pon el vehículo de la Oficina de Asentamiento en marcha —le dijo Falk a Preben, y éste salió corriendo por la puerta lateral de la casa prefabricada—. Valdes, nosotros nos encargamos de la puerta.

Salieron por la puerta delantera al patio y al furioso viento. Rash y las chicas ya estaban llevando a Ratón hasta la puerta trasera en su camilla. Lenka estaba llorando de nuevo. Esta vez, Falk la oyó.

Corrió a través del patio con Valdes, ambos con sus armas láser. La lluvia los golpeó con fuerza. Caía en grandes gotas pesadas. Llegaron hasta la puerta, agarraron un marco cada uno, preparados para tirar.

—¡Mierda, tío! —exclamó Valdes.

A través de la malla de la puerta se podía ver toda la garganta de gavión del barranco hasta el final del camino. Un par de camiones de la Oficina de Asentamiento iguales al que estaban usando se detuvieron en la entrada. A la luz del día se podían ver las pequeñas etiquetas con forma de estrellas de color rojo en las puertas de la cabina. Falk se preguntó si el camión que habían estado conduciendo toda la noche tendría también esas etiquetas con forma de estrella de color rojo en las puertas de la cabina.

—¡No hay salida! —gritó Valdes, y soltó la puerta.

—¿Por qué no bajan? —preguntó Falk más a sí mismo que a Valdes.

—¿Falk? ¿Qué está pasando? —le preguntó Cleesh.

Falk vio por qué se había detenido los camiones. Estaban dejando paso. Algo más grande apareció a la vista. Su unidad motora rugía con unos tremendos acelerones palpitantes. Incluso sin los camiones dejándole paso, no parecía factible que el carro de combate del Bloque pudiera colocar esa enorme masa de color gris bajo la entrada de la garganta.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —gritó Valdes.

El tanque emitió un enorme gruñido de poder y aceleró al aproximarse hacia ellos. Era un T-22, una enorme máquina de combate con una torreta en tándem. Falk no sabía ni le importaban sus variantes específicas. Su enorme sistema de vías adaptables y la suspensión hidroneumática le daban un sonido de marcha que era casi un ronroneo suave, como una hermosa y engrasada escalera mecánica de madera antigua en una elegante boutique. La planta de fusión Uralvagonzavod gruñía como un demonio enfisémico. La torreta trasera, pequeña y alta, llevaba montadas dos armas láser. La de la parte delantera, con la gran arma principal, era baja y plana, y parecía mirarlos bajo su gigantesco y frío cañón.

—¡Genial! ¡Genial! —se exasperó Falk—. ¿Y ahora qué cojones hacemos?

—¡Enseñarles cómo luchamos, tío! —gritó Valdes—. ¡Enseñarles cómo luchamos!

—¡Sé realista, Valdes! —le replicó Falk.

Comenzaron a correr de vuelta a través del patio. Casi habían llegado a la casa prefabricada cuando el vehículo de la Oficina de Asentamiento apareció a la vista, con Preben al volante. Todos los demás ya estaban a bordo.

—¡Atrás! ¡Atrás! —le chilló Falk.

Preben frenó de golpe, levantando una gruesa ola de barro de color marrón, y comenzó a dar marcha atrás, girando el camión para dirigirse de nuevo al interior. Falk y Valdes corrieron detrás de él.

Oyeron el cóptero regresando. Traía a un amigo. Los dos Ka-18 sobrevolaron los acantilados del norte en formación y comenzaron a descender hacia el centro del espacio más grande del patio. Sus rotores estaban colocados casi verticalmente. Valdes levantó su arma para dispararles.

—¡No seas idiota! —le dijo Falk.

Corrieron hacia la línea de cobertizos buscando una posición donde hubiera algo que se interpusiera entre ellos y las unidades del Bloque.

Los cópteros artillados besaron el barro de forma casi simultánea creando vórtices contrarios de espuma de barro y abrieron las puertas correderas. Los soldados enemigos bajaron de un salto y se dispersaron. Iban equipados con placas pectorales

de color negro, con las armas en alto y preparadas. Se trataba de fuerzas especiales del Bloque. Escorpiones, tal vez. O las Mariposas Negras.

Tan pronto como las escuadras de combate estuvieron desplegadas, los Ka-18 se elevaron de nuevo, con las puertas aún abiertas y los morros bajados mientras ascendían.

El T-22 se abrió paso a través de las puertas del sitio. A través de ellas. Los marcos de eslabones se arrugaron y se desplomaron como terrones de azúcar bajo sus orugas y sus faldones blindados.

Los primeros disparos llegaron procedentes de las fuerzas especiales. Valdes y Falk oyeron los proyectiles sólidos y los rayos láser golpeando contra la pared del fondo de la casa prefabricada mientras ellos daban la vuelta por un lado para dirigirse hacia las canteras. Un rayo láser hizo un corte limpio en dos plafones de fibraplaca y reventó las ventanas de la casa que había detrás de ellos.

Preben había tomado una mala decisión. En lugar de girar hacia la derecha y conducir el vehículo de la Oficina de Asentamiento a través de la superficie del parque de máquinas al este del lugar, continuó hacia adelante a lo largo del borde de las inundadas canteras, y rápidamente se quedó sin sitios adonde ir. El vehículo de la Oficina de Asentamiento se detuvo al final de un terraplén embarrado situado entre una cantera encharcada y una fila de chozas que servían como almacén. Su ruta estaba bloqueada por un enorme transportador medio extendido. El transportador tenía la cabeza de su procesador de trabajo bajada hacia las oscuras aguas de la cantera, de tal modo que parecía un saurópodo oxidado de color amarillo bebiendo de un lago.

—¿Qué cojones están haciendo, tío? —gritó Valdes—. ¡Retroceded! ¡Retroceded por aquí!

El camión estaba a tres metros de distancia, una larga y solitaria carrera junto al borde de la cantera. Valdes comenzó a dirigirse hacia él, pero Falk lo agarró. Tan pronto como las Mariposas Negras, o cualquier mierda que fueran, rodearan el lado de las casas prefabricadas, Falk y Valdes serían unos objetivos claros.

Uno de los Ka-18 apareció efectuando un giro cerrado mientras rodeaba dos tolvas oxidadas de mineral de color verde. Pasó rozando la cantera, levantando nubes de agua pulverizada de la superficie.

Valdes gritó. Falk lo agarró y lo puso a cubierto detrás de los almacenes. Treparon a toda prisa por una hondonada llena de tubos de drenaje.

El Ka-18 había captado el rastro térmico del vehículo de la Oficina de Asentamiento. Se detuvo a mitad de camino del lago de la cantera y activó sus cañones delanteros. Se oyó un ruido áspero y chirriante, como el de un molinillo de café lleno de clavos. El vehículo de la Oficina de Asentamiento comenzó a temblar, vibrando sobre sus amortiguadores. Luego se despedazó. Los trozos de metal salieron

disparados en todas direcciones, y el vidrio se pulverizó como si fuese agua. Varios fragmentos grandes del chasis del camión, de la transmisión y del bloque del motor volaron por el aire, girando una y otra vez, arrojando restos por doquier, despedidos del camión que una vez los mantuvo en su interior. Algo en el corazón de todo aquello comenzó a arder e iluminó la destrucción con una llamarada de gas ardiente.

Las piezas del vehículo desintegrado cayeron sobre los tejados de las cabañas y en el fango, salpicando la cantera encharcada.

Valdes gritó. Falk quiso gritar también, pero sabía que ya era demasiado tarde. Agarró con fuerza a Valdes y evitó que saliera corriendo y se pusiera al descubierto.

Llegaron hasta el final de la fila de cabañas de almacenamiento, atravesando la nube de humo de color acre que desprendían los restos del camión. Valdes trepó hasta la base de apoyo del transportador, y Falk lo siguió. Oyeron al cóptero acercándose, reposicionándose. Si había captado el calor de alguno de ellos, estaba manteniendo la distancia.

Y si estaba manteniendo la distancia, eso significaba que las tropas terrestres del Bloque estaban cerca.

Dos o tres disparos sonaron por el barranco e impactaron en el pesado metal del transportador. Los puntales de metal resonaron como un gong. El viento, implacable, aullaba alrededor de la estructura superior de la enorme máquina. Falk vio dos o tres figuras vestidas de negro dirigiéndose hacia la parte de atrás de las cabañas por el camino por el que Valdes y él habían huido. Cada vez más y más cerca.

Falk y Valdes salieron corriendo del transportador a través de un pequeño y fangoso patio entre dos talleres prefabricados. Falk se preguntó hacia dónde estarían corriendo en realidad. Heligo era una zona limitada, rodeada de antiguos acantilados. Lo más que podían esperar era encontrar un lugar donde esconderse.

Más allá de los talleres con las ventanas cubiertas con tablones, el terreno se inclinaba en un tajo en la tierra roja, donde un amplio saliente corría al lado de una cantera mucho más profunda bajo el muro de un acantilado colgante. Rejillas de metal pavimentaban el saliente, y un conjunto de escalones temporales unían los dos niveles.

El pozo de cantera donde habían destruido el vehículo de la Oficina de Asentamiento debió de haber sido un corte superficial, de tipo exploratorio, para haber estado tan lleno de agua. Al que se estaban aproximando era un enorme depósito reforzado en un lado, cortado en el suelo con una pala gigante. Las escaleras de metal y las plataformas de los andamios se alineaban en la parte de debajo de la calzada. Una gigantesca rampa de tierra compactada, algo parecido a lo que se levantó para ayudar a la construcción de las pirámides, llenaba el lado oeste, proporcionando acceso a la maquinaria pesada. Muy por debajo de ellos, el nivel inferior del pozo estaba lleno de aguas oscuras. Era una excavación enorme. Seberg

realmente estaba realizando un gran trabajo cuando la Oficina de Asentamiento lo paró. Bajaron las escaleras corriendo, haciendo resonar toda la plataforma.

El acantilado colgante les proporcionó un pequeño refugio. Tres soldados del Bloque aparecieron en la parte superior de la escalera y se detuvieron para disparar con sus Kobas. Falk sintió los disparos impactando en la roca sobre la pasarela. Vio las nubes de polvo que desprendían. Valdes, hirviendo con una inexpresiva ira, se volvió y apuntó de forma rápida y fluida. Al instante captó una marca roja a través de sus lentes y disparó. Su arma láser rugió. Se produjo un guiño de luz caliente y distorsionada y uno de los soldados del Bloque salió volando. Falk estaba seguro de que había visto el cielo a través del agujero que Valdes había abierto en el torso del hombre. Los otros dos se agacharon y efectuaron algunos disparos más. Falk tuvo que tirar de Valdes para que continuara corriendo de nuevo.

El Ka-18 apareció por encima del corte en la tierra y giró en el espacio aéreo de la inmensa cantera. El sonido de los rotores llenó el resonante agujero de la enorme fosa. Muy por debajo, la superficie del oscuro sedimento del agua de lluvia embalsada se agitaba y se arremolinaba.

El cónico llegó volando bajo, prudente, inquisitivo. Estaba a la altura de la plataforma principal, con el morro hacia el acantilado, a la caza de presas. Falk continuó corriendo. La pasarela tenía que llegar hasta algún maldito lugar. Se dio cuenta de que Valdes no estaba con él.

Éste se había detenido. Estaba de pie, erguido sobre la plataforma, sin ninguna intención de ocultarse o ponerse a cubierto, apuntando con su M3A al Kamov que se asomaba.

—¡Valdes! —gritó Falk, patinando y dando marcha atrás—. ¡Valdes, estás loco de remate!

El arma láser que Valdes empuñaba era un arma increíble, pero un cónico artillado del Bloque era algo muy superior. Tenía blindaje compuesto reactivo, revestimiento ablativo, y láminas absorbentes de calor. Era una jodida máquina asesina, y algo contra lo que un hombre a pie con un arma, no importa de la clase que fuera, no podía luchar.

Nadie, al parecer, le había explicado nada de eso a Valdes. Tenía tres cosas a su favor. Era un experto en el manejo de todas las armas de clase M3, una distancia de disparo ridículamente corta, y una furia casi incandescente. El Ka-18 estaba justo delante de él, con los rotores en posición vertical y tronando, tan cerca que podía ver al piloto y al artillero a través de la burbuja ahumada de la cabina.

—¡Cómete esto, hijo de puta! —gritó Valdes.

Abrió fuego. El rayo láser abrió un agujero del tamaño del puño en la burbuja y decapitó al piloto. El control desapareció instantáneamente cuando las manos o los pies inertes del piloto sufrieron un espasmo. El cónico se precipitó hacia adelante a

toda velocidad.

No alcanzó a Valdes. Cayó de morro contra el muro de la cantera que había directamente debajo de él, doblado, arrugado y triturado de la misma forma que el vehículo de la Oficina de Asentamiento había sido destrozado. Hubo un estallido enorme cuando una bola de fuego ardiente se extendió a partir de sus restos. Los trozos pasaron zumbando por el aire como fuegos artificiales. Falk los sintió golpeando las placas de la plataforma, el muro y el saliente del acantilado. La cabeza de un grupo rotor completo salió arrancada y giró violentamente, cortando el aire como una turbina eólica letal y sin control. Rebotó una vez, más allá de la plataforma entre Valdes y Falk, y sus palas arrancaron placas de metal y las esparcieron por el aire. Luego se rompió en dos en el saliente del acantilado y cayó al fondo de la cantera.

El resto de la máquina, la mayor parte de ella, ardiendo y deformada, cayó hacia atrás, resbalando sobre el muro de la cantera, arrancando las placas de la plataforma y las escaleras de metal, que giraban mientras caían. La mayor parte del andamiaje de la superestructura que recubría aquel lado de la cantera se vino abajo con él. Y cayó en las frías y oscuras aguas del fondo del pozo. Falk oyó el chirrido sibilante del metal en llamas al hundirse en el gélido líquido, parecido al sonido de un océano golpeando una playa de guijarros.

Los restos en llamas caían a su alrededor. Valdes se levantó de su posición arrodillada.

—¡Joder, tío! ¡Joder, Nes! —gritaba, inconmensurablemente orgulloso de sí mismo—. ¿Has visto alguna vez una mierda como ésta, tío?

El primero de los Mariposas Negras que apareció sobre la plataforma detrás de Valdes le disparó tres proyectiles a la cabeza. Falk se estremeció y gritó mientras una roja bruma reventaba un lado del cráneo de Valdes.

No se derrumbó, probablemente por el peso de su arma láser. Muy erguido, simplemente se inclinó hacia adelante y cayó fuera de la plataforma, de cabeza, con las extremidades lacias.

Falk disparó salvajemente a lo largo de toda la plataforma. No parecía capaz de darle a nada. Disparó tres ráfagas antes de acertarle a algo, que resultó ser sólo el saliente del acantilado. Le arrancó algunos trozos, haciendo retroceder unos cuantos pasos a la escuadra de operaciones especiales.

—¡Vamos! ¡Ponte a cubierto, capullo! —le gritó Rash.

Se puso de rodillas al lado de Falk y soltó dos ráfagas con su PAP, seguidas de un par de granadas antipersonal del arma que llevaba acoplada debajo del cañón. Las granadas estallaron entre los enemigos, matando al menos a uno de ellos con una lluvia de fragmentos de metralla de alta densidad. Rash agarró a Falk y lo arrastró de vuelta por la plataforma. Había un hueco diez metros más adelante, una abertura de

corte cuadrado en la roca, como una cueva. Rash lo empujó hacia dentro.

—¿Cómo coño estás vivo? —preguntó Falk.

—Abandonamos el camión —dijo Rash—. No había ningún sitio adonde ir. Nos dimos cuenta de que escondernos era una mejor idea.

—¿Todos salisteis?

Rash no respondió. No tenía que hacerlo. Rash nunca dejaba a nadie atrás.

Se adentraron corriendo más profundamente en la cueva. Era un túnel, un ramal lateral perforado y excavado en la roca. ¿Un canal de exploración? Se había invertido en él mucho esfuerzo.

—¿Qué es esto? —preguntó Falk.

—Es mejor que ahí fuera, eso es lo que es —contestó Rash—. Era la mejor opción.

Corrieron. No se oía nada que los hiciese sospechar que los estaban siguiendo. Había una barrera delante de ellos, una magnífica y resistente puerta de cristal instalada con un gran coste.

—¿Qué es esto? —repitió Falk.

—Supongo que se trata de un acceso de trabajo a una de las minas especializadas —le contestó Rash.

Él ya había forzado antes la cerradura de la escotilla de cristal para dejar que los demás pasaran. La sostuvo abierta para Falk. Era pesada, como la de una cámara de aire hermética. En el interior de la escotilla había un anillo de paneles de sensores.

—Creo que encontraron un filón de algo bastante valioso aquí abajo —dijo Rash—. Extrotransición, o algo como eso. Probablemente registraban a los técnicos a la salida para asegurarse de que no salían con los bolsillos llenos de ese valioso material para hacer un poco de negocio extra.

No había energía. El corte había sido abandonado y sellado con la escotilla. Todavía quedaba un persistente olor a insecticida en el aire frío, como si el lugar hubiese sido alguna vez presurizado y ventilado. Falk supuso que era para bombear el agua y limpiar la superficie de trabajo.

Alcanzaron a Preben y las chicas. Sólo Preben y Tal, que llevaban puestas las lentes, podían verlos con tan poca luz. Tal rápidamente tranquilizó a Milla y a Lenka. Entre las tres estaban cargando con Ratonazo.

Falk y Rash se hicieron cargo de él, cogiendo cada uno de ellos un extremo de la camilla.

—¿Dónde está Valdes? —preguntó Preben.

—No viene —contestó Falk.

—Pues alguien sí —comentó Rash. A lo lejos y detrás de ellos se podía oír cierta actividad.

—Seguid adelante —dijo Falk, cargando con el peso—. Vamos a buscar una

posición defendible. Detengámonos aquí. Tal vez luego podamos encontrar otra ruta para salir. Este lugar estaba presurizado pero no había ni tuberías ni aparatos de ventilación en la entrada. Podría haber otro conducto, quizá un puerto de servicio para maquinaria pesada o para la extracción de minerales.

—Se ensancha más adelante —dijo Tal—. Hay un espacio más amplio.

El túnel de corte cuadrado daba a un espacio más grande, una cavidad natural en la roca. Había una pasarela a través del hueco que conducía a una caverna natural incluso más grande, enorme y con mucho eco, una capilla de roca. En la zona de la entrada, clasificados y apilados cuidadosamente, había equipamiento minero, cajas de herramientas, carros de escombros y otros equipos de excavación.

Llevaron a Ratonazo hasta allí, lo colocaron en el suelo y lo pusieron cómodo. Falk casi había olvidado de cómo sonaba la voz de Ratonazo. No esperaba oírla de nuevo. Miró la inmensa cavidad que los rodeaba.

Era fría y oscura, con un leve toque de humedad. Falk nunca se había sentido tan escondido, tan encerrado. Cerró los ojos para escapar durante un segundo del brillo verde de la visión para poca luz.

Había encontrado paz y seguridad, aunque sólo fuese por unos cuantos minutos.

—¿Qué demonios? —exclamó Tal.

Falk abrió los ojos de nuevo y la buscó con la mirada.

Ella se había alejado por el interior del espacio subterráneo, justo hasta una valla de seguridad de metal colocada para prevenir que los trabajadores torpes cayeran de la plataforma de roca de la zona de la entrada y se precipitaran hasta el fondo de la cueva principal.

Fue cojeando hasta ella. Rash fue con él. Se detuvieron en la barandilla al lado de la chica y miraron hacia abajo. Vieron lo que yacía en el fondo de la cueva, medio enterrado, medio excavado.

Lo vieron, pero realmente no lo asimilaron. Tardaron un momento antes de darse cuenta de qué podía ser eso que estaban viendo.

—Oh, Dios mío —dijo Rash.

Estaba justo allí, delante de ellos, en la roca.

Incrustado.

—Se oyen unos ruidos muy extraños subiendo de allí —comentó Preben.

—¿A qué te refieres? —preguntó Rash, demasiado preocupado para estar realmente interesado.

—Suena como un puñetero combate —le explicó Preben—. Un tiroteo. ¿No dejarías a Valdes allí arriba luchando en la maldita retaguardia, no?

—No —dijo Falk.

Entonces, Preben miró abajo.

—No lo entiendo. ¿Qué es eso?

—No estoy completamente seguro —dijo Falk.

—¿Y a quién coño le importa? Sólo es una piedra.

—No creo que sea una piedra —le replicó Rash.

—Creo nos va a importar a todos —declaró Falk—. Ésa es la idea.

Se volvió y miró a Rash.

—Voy a regresar arriba. A ver qué está pasando. Mantén a todo el mundo aquí.

—Puedo ir contigo.

—Mantén a todos aquí, a salvo, Rash. Y no pierdas esto de vista. Voy a hacer todo lo que pueda para que salgamos de aquí.

—¿Qué? ¿Ahora puedes hacer eso? —preguntó Rash—. ¿Por qué no pudiste hacerlo antes?

—Porque el juego acaba de cambiar por completo —contestó Falk—. Todo acaba de cambiar. Ahora sabemos qué es lo que está en juego.

Se dirigió de regreso por el largo e inclinado túnel desde la oscuridad hasta la luz. Probablemente hubo, decidió, algo terriblemente simbólico en el camino que estaba tomando, algo en lo que podría trabajar más adelante. Sinceramente, no le importaba.

—¿Has oído lo que te he dicho? —preguntó.

—¿Estás de guasa? —preguntó Cleesh—. Es una broma, ¿verdad? Una maldita broma. ¿Verdad, Falk?

—No es broma, Cleesh. No es ninguna broma. Entrégaselo a Noma. Todo. Entrégale todo lo que tengas de mí antes de que deje de enviar información.

—¿Por qué crees que vas a dejar de hacerlo, Falk? —le preguntó Cleesh.

—Porque no sé lo que me está esperando allí arriba —respondió él.

Empujó la escotilla de cristal. Notó el olor del aire del exterior, el humo. Sintió una brisa. Se veía un cuadrado de luz pálida más adelante. Cuando salió a la plataforma sobre el pozo, sintió de nuevo la lluvia en su piel, lo impregnó la humedad. Columnas de sucio humo negro se vertían al aire desde detrás de las casas

prefabricadas. Habían sucedido cosas en las explanadas de la excavación. De vez en cuando, las llamas eran lo suficientemente altas como para dejarse ver por encima de la línea de los tejados.

Falk oyó un ruido. Se pegó al muro del acantilado con cuidado. En formación cerrada, dos panzudos sobrevolaban la zona. Se aproximaron a través de la cortina de humo negro, dando vueltas, dejándose ver, y cruzaron volando la cantera hacia la parte sur del lugar. Un tercer Boreal los siguió unos segundos más tarde.

Naves de combate del D.M.O.A.

Se estaba aproximando a la escalera de metal cuando sus lentes comenzaron a señalar códigos de aura. Los cuerpos se movían, acercándose a él. Vio veinte o treinta marcas de identificación, agrupadas, danzando, dirigiéndose hacia él desde las explanadas.

—¡D.M.O.A.! —gritó—. ¡Amigos del D.M.O.A., por aquí! Aparecieron unos soldados vestidos como él, armados como él, pero mucho más limpios y frescos. Los que iban en cabeza se desplegaron en la parte superior de la escalera de metal, cubriéndolo con sus armas.

—¡D.M.O.A.! —repitió Falk, por si su broche no estaba funcionando.

No dejaron de apuntarlo.

—¡Baja el arma! —le ordenó uno de ellos—. Déjala a tu lado. De rodillas. Levanta las manos.

—¡D.M.O.A.! —protestó Falk.

—¡Hazlo! ¡Obedece o acabaremos contigo!

Se agachó, dejó el M3 en el suelo y se puso de rodillas a pesar del dolor de la cadera. Colocó las manos en la cabeza, los dedos enlazados contra su cuero cabelludo empapado.

Algunos de los soldados bajaron la escalera y lo rodearon.

—D.M.O.A. —repitió él—. Soldado Nestor Bloom, del Equipo Kilo de Lasky.

—¿Estás solo, Bloom? —preguntó el jefe del escuadrón. Su etiqueta lo identificaba como Essley—. ¿Hay alguien contigo?

—Tengo gente conmigo, Essley —le respondió.

—¿Cuántos son? ¿Dónde están?

—Quiero una garantía sobre su seguridad antes de decirte dónde están.

—¿Quién cojones te crees que eres? —le preguntó uno de los soldados que lo cubrían.

—Creo que soy personal del D.M.O.A., y creo que estoy un poco jodido por el trato que estoy recibiendo —dijo Falk.

—¿Acabo con el puto cabrón? —preguntó uno de los soldados.

Falk se puso tenso de repente. No se le escapó el hecho de que se trataba de una sugerencia seria.

—No seas idiota, Benet —le contestó el jefe del escuadrón—. Hay un procedimiento.

—¿Un procedimiento? —preguntó Falk—. ¿Qué clase de procedimiento?

—La clase de procedimiento en el que te callas la boca —le replicó el jefe del escuadrón—. Toda esta situación está bajo el control de los Servicios Humanos de la Oficina de Asentamiento, y eso significa que está unos cuantos trillones de kilómetros por encima de ti.

—¿Qué son los Servicios Humanos? —preguntó Falk. Nunca había oído hablar de ellos. Pero se lo podía imaginar.

—Nosotros somos los Servicios Humanos —dijo el soldado, Benet.

—Lárgate, Benet —le ordenó el jefe—. Ésta es una operación altamente confidencial, Bloom. Es Bloom, ¿verdad?

—Sí —asintió Falk.

—Altamente confidencial, ¿lo entiendes? —le recalcó Essley—. Hay ciertos asuntos en juego. Cuestiones con las que tenemos que lidiar.

—Lo entiendo —volvió a asentir Falk.

Miró a Essley. El hombre estaba bien afeitado, de labios finos, delgado, anónimo detrás de sus lentes.

—Lo entiendo —repitió Falk—. He visto lo que hay ahí abajo.

Los hombres que había a su alrededor enmudecieron. El que se llamaba Benet soltó un taco.

—¿Lo has visto? —preguntó Essley.

—Sí.

—¿Sabes lo que es? —le preguntó Essley.

—No parezco ser tan retrasado como algunos de los hombres de tu escuadrón —dijo Falk.

—A mí me pareces estúpido de cojones —le contestó Essley—. Acabas de meterte en la mierda más profunda sólo por hablar. —Se volvió hacia uno de sus hombres—. Es posible que necesitemos organizar un sometimiento aquí —le dijo.

—¿Por qué mierda molestarse con eso? —preguntó Benet—. Sólo debíamos limpiar la casa.

Essley miró de nuevo a Falk.

—¿Cuántos sois, Bloom? —le preguntó él—. ¿Cuántos lo han visto?

—¿Por qué? ¿Es que vas a silenciar a todos los posibles testigos? —le preguntó Falk—. ¿A acabar con toda la gente prescindible? Pensaba que ésos eran los métodos del Bloque Central. Entiendo de qué va todo esto, Essley. El apoyo de los Estados Unidos a los esfuerzos de la Oficina de Asentamiento por llevar a cabo el encubrimiento, protegiendo así los intereses de los propios Estados Unidos. No se sostendrá, y no va a funcionar.

—¿De verdad? —Benet se echó a reír. No era una risa divertida—. Pero tú eres quien está arrodillado en el fango con una pistola apuntándote a la cabeza.

—Yo sé algo que tú no sabes —lo desafió Falk—. Así que cuanto más rápido te hagas a la idea de que me necesitas con vida, mejor será para ti.

—Empieza a hablar —dijo Essley.

—No contigo —le contestó Falk. Miró por encima de Essley, en el pelotón de personal del D.M.O.A., buscando el código que había visto unos minutos antes cuando se acercaron por primera vez—. No voy a hablar contigo, Essley. Pero hablaré con ella.

—¿Con quién? —preguntó Essley.

—Con ella. Tedders.

Tedders se adelantó y se colocó al lado de Essley.

—Te quiere a ti —le dijo Essley con el ceño fruncido.

—¿Te conozco? —preguntó Tedders, mirando a Falk—. Bloom, ¿verdad? Creo que te vi en Lasky.

—Me voy a poner de pie —dijo Falk.

Essley asintió. Nadie impidió que Falk se levantara. Se colocó delante de Tedders. Se dio cuenta de que la estaba mirando desde un ángulo diferente del de la última vez que se encontraron.

—No te conozco —repitió ella—. Excepto de vista.

—Entonces conversemos —dijo Falk—. Conozcámonos el uno al otro.

—¿Por qué?

—Porque tengo algo que comunicar —le contestó él—. Iba a ser difícil de vender, pero verte me da una pequeña oportunidad para hacerlo más fácil.

Tedders miró a Essley, luego se apartó con Falk. Caminaron un corto trecho por la plataforma, los miembros de la unidad especial esperaban y observaban atentamente.

—Así que perteneces a los Servicios Humanos, ¿eh? —dijo él.

—¿Y a ti qué te importa? —contestó Tedders—. Los Servicios Humanos no tienen cometido público. No es un departamento reconocido. No tiene ninguna responsabilidad.

Levantó la mirada para observar la lluvia.

—Sin responsabilidad, ¿eh?

—Así es.

—¿Cuántas veces ha sucedido esto, Tedders? —quiso saber Falk.

—¿Esto?

—Sí.

—Nunca antes había sucedido. Por eso se ha convertido en un gran problema. Ahora dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—Darme gusto durante unos momentos. Seberg lo encontró por casualidad,

¿verdad? ¿Y lo mantuvo oculto mientras encontraba la manera de sacarle el mayor provecho posible?

—Sí.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Unos cuantos años, hasta donde sabemos.

—Y la Oficina de Asentamiento lo encontró porque a alguien se le escapó su existencia y quería tener todo el asunto asegurado. Pero algunos de los socios de Seberg, especuladores del Bloque, ya se habían enterado de todo.

—No es así como yo lo describiría.

—Empezó una guerra de contraespionaje para descubrir la localización actual del lugar, porque Seberg había mantenido ese detalle oculto para proteger su valor, y esa guerra se convirtió en una guerra real.

Ella lo miró fijamente, concentrada e inmóvil.

—Me recuerdas a alguien —comentó ella.

—Ya lo sé. Y tengo razón, ¿verdad?

—No podría comentar nada al respecto.

Falk sonrió.

—La Oficina de Asentamiento está apoyando a los Estados Unidos en una guerra secreta contra el Bloque para localizar y conseguir el control del hallazgo más valioso de la historia.

—Nunca ha habido nada parecido —declaró Tedders—. Trescientos años, trescientos mundos, y finalmente encontramos pruebas de algo que ya no pensábamos que fuese posible. Esto lo cambia todo. —Ella lo miró a la cara—. ¿Lo has visto?

—Sí.

—¿Es asombroso?

—No lo sé. No sé lo que es. Es un artefacto. Grande. Existe tecnología para realizar ingeniería inversa. Décadas de estudios y análisis. Nadie sabe de dónde cojones viene o cuánto tiempo ha estado ahí abajo. Sí, es asombroso.

Ella suspiró.

—Te habrás dado cuenta de por qué esto es altamente confidencial. Algo como esto tiene que estar contenido, controlado. Es la sensibilidad adversa. Las implicaciones...

Ella lo miró.

—Hasta el Bloque lo entiende. Llegaron en silencio e implacables precisamente por la misma razón. Ellos querían su contenido tanto como nosotros, sólo que bajo sus términos. Comprenden todo lo que está en juego.

—Todo el mundo debería saberlo —le dijo Falk—. Todo el mundo. Esto es demasiado grande de digerir y clasificar.

—Esa es una actitud muy ingenua.

—No realmente. Se trata de un asunto de interés público, Tedders.

Ella asintió con la cabeza.

—Ya he oído suficiente, creo —dijo ella—. Lo siento, soldado. Siento toda esta situación. No puedo pretender que no se va a poner difícil para ti. Simplemente no lo entiendes. No estás viendo la imagen completa.

—Eso es porque no me conoces muy bien, Tedders —le contestó él—. No te vayas. Tengo a seis personas ahí abajo. Tres soldados de la Oficina de Asentamiento y tres civiles, ciudadanos del Bloque. Nosotros siete seremos escoltados fuera de aquí y atendidos. Nadie nos va a juzgar ni a silenciar.

—Yo no estoy al cargo de nada, yo...

—Tendrás que persuadir a los Servicios Humanos de que el hacernos daño no les interesa en absoluto —dijo Falk.

—Bueno, ellos no lo verán así.

—Lo harán cuando se den cuenta de que la historia ya ha salido a la luz.

—Toda esta operación es segura —replicó Tedders. Se aclaró la garganta—. Esta zona ha sido aislada durante setenta y dos horas.

—No es tan segura como piensas —insistió Falk—. La historia está fuera, Tedders. Ha salido y se ha marchado. Es demasiado tarde para fingir que se puede contener. Así que es demasiado tarde para molestarse tratando de ganar o imponer nuestro silencio.

—Eso no es verdad —dijo ella. Sonrió y negó con la cabeza tristemente—. Buen intento. Ya veo que estás desesperado por ayudar a tu gente. Pero no hay forma de que la noticia salga de esta zona.

—Reuters ya la tiene.

—Tonterías —replicó ella.

—No, de verdad. ¿Sabes qué voy a hacer ahora, Tedders?

—¿Qué?

—Voy a mostrarte mi mejor juego —le dijo Falk.

Ella entrecerró los ojos y lo miró fijamente.

—Me llamo Lex Falk —declaró.

—¿Qué? ¿Falk? Más estupideces.

—Lex Falk. Cuanto antes lo creas, antes podremos negociar. Me llamo Lex Falk.

—Cierra la puta boca. He hablado en persona con Lex Falk y...

—Estoy conectado por reposicionamiento sensorial a un lugar de Shaverton —la interrumpió él—. La localización exacta, como a vosotros os gusta decir, carece de importancia. Reuters la tiene. Reuters tiene la noticia. Incluso esta conversación que estamos teniendo está siendo retransmitida, palabra por palabra, en tiempo real.

—¿Qué tonterías estás diciendo? —se alarmó Tedders.

Se dio la vuelta y comenzó a alejarse.

—Era un restaurante pequeño y familiar a las afueras de Equestrian —le gritó—. Y la mejor era que la imitación del pollo a la pamesana te llegaba mientras todavía estabas vivo.

Tedders se detuvo en seco.

Le dieron un bastón, y después de aprender a caminar con él, se lo quedó para tener mejor aspecto. Una ola de calor poco habitual en esa época del año había caído sobre Shaverton. Las ventanas de los mástiles de cristal brillaban como espejos. Los bichos estaban por doquier, y todo el mundo olía como si hubiera sido embalsamado con repeleinsectos.

El cielo tenía el color amarillo de la crema echada a perder cuando el coche lo llevó al hospital de veteranos que había en la autovía del Cabo. El lugar tenía un aspecto agradable. Era un complejo abrasado por el sol de edificios blancos del estilo de los Primeros Asentamientos rodeado de eucaliptos. Mostró la autorización en la recepción y luego en el puesto de guardia situado en el ala de lesiones graves. El personal del D.M.O.A. revisó su acreditación de prensa y los permisos con las etiquetas de holograma del departamento de Servicios Humanos.

—Por aquí —le indicó la enfermera que salió de la sala para recibirlo—. Está aquí al lado.

Parecía algo sofocada, pero el lugar era fresco. Pensó que probablemente se debía a la bata de color rosa y a las paredes de tonos beis.

—¿Cómo está? —quiso saber Falk.

—Estable. No está fuera de peligro. Disculpe, pero debo preguntarlo. ¿Es un familiar?

—No.

—¿Un colega de trabajo?

—Algo así.

La enfermera lo condujo a una pequeña zona de espera.

Una pared de cristal daba a una habitación privada. A través del cristal vio la figura tendida en la cama, pálida, inmóvil, conectada a una máquina de soporte vital. Oyó el tintineo rítmico de los monitores, el bombeo del aparato de ventilación asistida.

Vio el vendaje que le cubría la mejilla. El recuerdo era algo físico, igual que un moratón. Se llevó la mano a la mejilla y se la tocó de forma involuntaria.

No había ningún agujero, ni cicatriz alguna.

Después de todo lo que habían pasado juntos, pensó que debía entrar. Decirle algo. Cualquier cosa. La agenda de su teléfono había sonado justo antes de llegar al hospital. Actualización diaria. Su nave partiría dentro de cuatro días, y él debía estar en la Terminal dentro de dos horas. No tenía mucho tiempo, y estaba bastante seguro de que nunca regresaría. Seguro que podría sacar alguna conversación sobre lo mucho que había cambiado todo, y de que ellos habían formado parte de eso.

—¿Puedo entrar y sentarme con él?

—Supongo que sí, señor Falk —le contestó la enfermera. Abrió la puerta y bajó la voz—. Por favor, no tarde mucho. El soldado Bloom tiene unos periodos de conciencia muy limitados. La recupera y la pierde con frecuencia. Probablemente no lo reconocerá.

—Lo entiendo —la tranquilizó él con una sonrisa.

—Para ser sincera... —La enfermera se inclinó hacia él para hablar de un modo confidencial—... no creo que durante la mayor parte del tiempo sepa quién es.

Falk hizo un gesto de asentimiento.

—Sé cómo se siente.



DAN ABNETT, de cómics inglés, Dan Abnett comenzó su carrera trabajando para colecciones como 2000 AD y para Marvel cómics o DC. Su obra más conocida es la que ha realizado para las franquicias de Warhammer y Warhammer 40.000 de Games Workshop con más de un millón de copias vendidas.